BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

5

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM

JOSE ANTONIO PAEZ

FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA

CARACAS - 1973

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

5

Director de la Academia Nacional de la Historia:
Cristóbal L. Mendoza

Comisión Editora

Ramón J. Velásquez
Presidente

Guillermo Morón
José Carrillo Moreno
Pedro José Muñoz
Ildefonso Leal

Director de Publicaciones:
Guillermo Morón

Coordinador:
Antonio Arellano Moreno

JOSE ANTONIO PAEZ

General José Antonio Páez

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

5

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM

JOSE ANTONIO PAEZ

EL PRESENTE VOLUMEN HA SIDO EDITADO BAJO EL PATROCINIO
DE MANUEL VICENTE RODRIGUEZ LLAMOZAS

CARACAS - 1973

Copyright by
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1973

HECHO EN VENEZUELA ITALGRAFICA S.R.L. - CARACAS

La primera edición en inglés de la presente biografía fue hecha en Londres en 1929 por William Heinemann, Ltd.

Treinta años más tarde se puso en circulación la primera edición en castellano, realizada en la Imprenta López de Buenos Aires y editada bajo los auspicios del bisnieto del general José Antonio Páez, don Manuel Vicente Rodríguez Llamozas y de la Academia Nacional de la Historia. La traducción la realizó don Antonio de Blois Carreño, quien falleció en un irreparable accidente debiendo complementar la traducción Rafael Bosch.

El prólogo a la citada edición en español estuvo a cargo del Dr. Cristóbal L. Mendoza, Director de nuestra Academia.

Hoy nos complace hacer una nueva edición de esta obra que es posiblemente una de las biografías que por la forma resumida en que está escrita, por la claridad del lenguaje y por poseer otras cualidades, es de las que deben estar más al alcance del lector que desee tener una visión muy general de José Antonio Páez.

INTRODUCCION

Las hazañas legendarias han ejercido siempre y en todas partes una poderosa sugestión sobre la imaginación de los hombres, que se exalta hasta el delirio ante las proezas en las cuales la persona del héroe, su humanidad de carne y hueso, juega un papel preponderante y nos maravilla con el portento de sus hechos, más deslumbradores ante el sentimiento de las multitudes que las famosas campañas de los grandes capitanes, realizadas a base de consumada pericia o profundo acopio de ciencia militar. Vieja como el mundo es esa admiración apasionada que en todas las edades han tributado los pueblos a los personajes en quienes ven como la razón de ser de su propia existencia, como la encarnación de las virtudes y recursos latentes en el seno de la nacionalidad, recursos y virtudes que, en un momento dado, el héroe pone de relieve con refulgentes características. Esas hazañas, reales o imaginarias, constituyen, a la vez, ariete para estimular los ideales de una comunidad humana y escudo para defender cuanto forma la esencia y raíz de su vida colectiva. Todas las agrupaciones sociales encarnan sus propios sentimientos y aspiraciones en figuras excepcionales, cuyas acciones son ensalzadas hasta asumir caracteres legendarios, forjándose alrededor de tales personajes una verdadera aureola mística. Esto explica que el pueblo más culto y de más elevada mentalidad de los tiempos antiguos haya sido el creador de la más rica y heroica mitología, en la cual se equipara a los hombres con los dioses y se los dota de sobrehumanas energías que sirvieron de inspiración a los helenos para escribir las páginas más memorables de la historia de las naciones de la antigüedad.

Tal es, en Venezuela, el caso del General José Antonio Páez. En los albores mismos de la nacionalidad, cuando ésta era combatida y acosada no sólo por sus naturales adversarios, lógicamente empeñados

en el mantenimiento de la condición colonial, sino también por no pocos nativos, surge, como de la propia tierra, su figura llena de fuerza y poderío, cual una comprobación del empuje incontrastable de las llanuras venezolanas, que después de haber ahogado en sangre y lágrimas la Segunda República, se incorporan triunfalmente a la lucha por la Independencia. Las hazañas increíbles del Prócer adquieren las proporciones del mito y encienden en los moradores de aquella región el fuego del fanatismo por la causa de la República, encarnada para ellos en la personalidad avasalladora del Caudillo llanero, cuyo imperio sólo cede ante la voluntad irresistible y soberana del Libertador.

El ambiente en que se formó Páez y sus primeras actividades, lo prepararon admirablemente para convertirse, al estallar la guerra, en el auténtico tipo del Centauro legendario, capaz de consumar sobre el lomo de su caballo, y formando un solo todo con éste, los hechos más prodigiosos. Esos relieves mitológicos adquieren vida y significación desde el momento mismo en que se inician sus proezas, caracterizadas por la audacia, la astucia, el valor indómito innatos en su naturaleza. Inspirado por el ambiente peculiarísimo de los Llanos y gracias a su profundo conocimiento de los hábitos e idiosincrasias de sus habitantes, Páez desarrolló una estrategia muy suya, ajena a libros y academias, basada en el medio y en los elementos proporcionados por éste y sacó de ella los más asombrosos resultados, merced a sus excepcionales aptitudes. De tal estrategia es parte esencialísima el noble bruto, cuya estampa se confunde con su jinete en los horizontes de la llanura sin fin. Históricamente, bien puede decirse que el General Páez fue el jefe de una heroica legión de centauros, quienes lo siguen ciegamente en la realización de aquellas empresas estupendas, dignas de ser cantadas por Homero. Entre nosotros, el inolvidable don Eduardo Blanco empuñó la pluma del autor de la Ilíada y trazó para las más remotas generaciones venezolanas, en frases encendidas y llenas de patrióticas pasiones, el cuadro de las épicas andanzas de aquel grupo de hombres, cuyo esfuerzo constituyó uno de los más decisivos aportes al triunfo de la Revolución emancipadora. Venezuela entera recordará siempre con honda emoción el relato recogido de labios del General Páez por nuestro insigne compatriota cuando, en el mismo campo de Carabobo, el héroe, transfigurado por el recuerdo inmortal, describe la batalla decisiva: "Ailá estaba Bolívar"... "Por allí entramos"... "Allá se plantó la Legión Británica"... Lentamente, el ya anciano Caudillo se

anima en la evocación gloriosa y revive aquellas horas que fueron para él su apoteósis. El campo de Carabobo cobra vida a medida que habla el Centauro: resucitan los valientes escuadrones lanzados al asalto de las filas realistas: Barbastro es destruído, mientras Valencey se retira en cuadro, y los llaneros montan los infantes a la grupa de sus caballos para cargar sobre el enemigo. De pronto Falcón, militar y poeta, pone su mano en el hombro de Eduardo Blanco: "Joven —exclama—, está usted oyendo la Ilíada de los propios labios de Aquiles...!"

Bolívar mismo, con su característica vehemencia, inició ese proceso de exaltación de las portentosas hazañas de Páez. Testigo presencial de aquella inconcebible proeza de las Queseras del Medio, y poseído de un desbordante entusiasmo ante la épica escena, el Libertador dirigió "a los bravos del Ejército de Apure" estas vibrantes palabras, cuyo eco perdura aún en todo corazón venezolano: "¡Soldados! Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento y cincuenta hombres, mejor diré, ciento y cincuenta héroes, guiados por el impertérrito General Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas: la infantería ha buscado un asilo en el bosque: los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Sólo las tinieblas habrían preservado a ese ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destrucción.

"Soldados: Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podéis hacer. Preparaos al combate y contad con la victoria que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas".

Hasta el propio adversario contribuyó a la formación de la aureola legendaria en torno a las gloriosas acciones del General Páez. En la Memoria dirigida al Rey después de la batalla de Mucuritas, el experto General Morillo explicaba así la derrota realista: "Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones, me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habían informado, sino tropas organizadas que podían competir con las mejores de Su Majestad".

Nada tiene, pues, de extraño que con el correr de los tiempos aquella leyenda homérica nacida al calor de la llama revolucionaria que abrasaba de un extremo al otro toda la extensión del territorio, haya venido creciendo y arraigándose en el alma de los venezolanos hasta consubstanciarse con las fibras más entrañables del sentimiento nacional. Como ha ocurrido en otros pueblos, el nuestro se ha forjado alrededor de las actuaciones de Páez, inconcebibles aunque rigurosamente históricas, una convicción acerca de cuánto el hombre de esta tierra es capaz de realizar cuando un elevado ideal y una necesidad imperiosa le exigen un esfuerzo sobrehumano. Por ello la memoria del ínclito llanero ocupa puesto tan preferente en el amor y la reverencia de sus conciudadanos hacia los Padres de la Patria. Sin dejar de pertenecer a la Historia con todas sus virtudes y aún sus defectos, la figura del General José Antonio Páez se ha elevado hasta los ámbitos de la leyenda, tan cara a las multitudes de todos los tiempos y lugares.

Bajo este doble aspecto lo vio el autor de la presente biografía, Robert Cunninghame Graham. Según nuestro colega don José Nucete Sardi, quien ha trazado en su ensayo titulado *Osadía y Leyenda de Roberto Cunninghame Graham* un excelente retrato de tan pintoresco personaje, éste descendía de reyes escoceses por la rama paterna, y por la materna tenía sangre de hidalgos españoles. El Almirante británico Carlos E. Fleeming que visitó nuestro país por los años de 1828-1830 y trabó amistad con el General Páez, era abuelo de Graham. Como sus antepasados habían sido hombres de acción y de aventura, la inquieta existencia de Graham tiene "origen lejano en sus propias gentes". Fue un incansable viajero, un gustador de emociones fuertes. A los 17 años, después de realizar estudios en Inglaterra y en Bélgica, vino al Nuevo Mundo. Hacia 1869 andaba de ranchero por las pampas argentinas, trajeado de gaucho y montando tan diestramente como los mejores nativos; a poco se alistó en el Ejército Uruguayo, luego fue ganadero y su hierro, similar al que usaba el General Urquiza, hízose pronto famoso. Regresó a Europa. En París, donde frecuentó por algún tiempo los círculos intelectuales y artísticos, conoció a Gabriela de la Balmondière, con quien contrajo matrimonio. No por esta circunstancia llevó en lo sucesivo una vida más sedentaria, pues las inmensas extensiones de América parecían ejercer sobre su espíritu una irresistible fascinación: los recién casados fueron a establecerse en Tejas. Allí, Graham negoció en caballos, en ganados, en algodón...

Sus andanzas comerciales lo condujeron con su esposa hasta la capital de Méjico en donde, para hacer frente a dificultades económicas, abrió una Academia de esgrima que se convirtió en punto de reunión de la mejor sociedad. Al morir su padre regresó a Escocia, puso orden en los asuntos de la familia e intervino apasionadamente en la política hasta llegar a ocupar en 1886 un escaño en el Parlamento Británico. Aun cuando hombre de ancestro y espíritu aristocráticos, militó sin embargo en las filas de los radicales, defendió las reivindicaciones de los mineros escoceses, la jornada de ocho horas, y luchó al lado de los primeros socialistas como Bernard Shaw, John Burns, Hyndmann, aunque se proclamase a sí mismo con orgullo un independiente, "una lanza libre". Su actividad como escritor, iniciada hacia 1895, fue desde entonces constante y fecunda: sólo para la *Saturday Review* escribió entre ese año y el de 1914 más de cien cuentos y relatos, además de sus treinta y siete libros, numerosos prólogos y abundantes artículos y escritos de índole política. En Inglaterra se le consideraba una autoridad artística en todo lo relacionado con España e Hispanoamérica. Fue amigo de Wells, de Conrad, de Wilde, de Hudson, de Lawrence de Arabia. Chesterton lo consideraba "un peregrino y feliz ingenio; el más perfecto estilista inglés". Y Rudyard Kipling lo llamó "llanero de ojos azules". Después de la muerte de su esposa, que también fue escritora, Graham viajó a Marruecos, volvió a la Argentina, visitó Colombia y como fruto de sus andanzas por esos países, dejó varios libros.

Vino también a Venezuela. Nuestro mencionado colega narra así la estancia de Graham en nuestro país: "Poco después de la muerte de su madre, acaecida en 1925, y a pesar de sus 73 años, salió para Venezuela. Entró por las bocas del Orinoco y llegó, remontándolo, hasta su confluencia con el Meta. Allí adquirió un caballo, y nuevo jinete de la aventura, tomó rumbo al Norte explorando nuestros llanos. Estaba otra vez en propia casa. Esta jira por las llanuras venezolanas quedó descrita en su libro *Rodeo,* en un bosquejo admirable que tituló: "Los Llanos de Venezuela". Y allí mismo planeó su biografía de José Antonio Páez, a quien admiraba con exaltación. Páez fue para él, entre todos los héroes de la Independencia, el carácter más atractivo. Escribió su vida con profunda simpatía humana y con todas las posibilidades dramáticas del héroe. Páez, cowboy de nuestras pampas, lleno de fuego épico, tenía que arrastrar la admiración de ese otro cowboy escocés, pampero argentino también, de gran espíritu, que fue don

Roberto. ¡Cuántas veces envidió al Catire de la lanza brava y cómo hubiera querido realizar otras Queseras! Este libro suyo sobre el gran llanero está esperando la traducción al castellano. También admiró al Libertador, indagó su vida y sus prodigios. Entre sus recuerdos bolivarianos nos dejó una admirable página escrita directamente en español, en la que relata su encuentro con una antigua servidora de don Simón, una india del altiplano, en La Paz, a quien llamaba "La Vieja del Libertador". Este es el título de la historieta. En el invierno de 1926-1927 volvió a Venezuela e hizo nuevo viaje hasta los Llanos de Apure. Entonces vimos de nuevo su noble figura con la blanca cabellera al aire, por las calles de Caracas. Hurgaba nuestros archivos y los que formábamos la muchachada literaria de entonces, solíamos visitarlo en su hotel. Nos acogía siempre su espíritu joven, sonriente. Le admirábamos y recibíamos su palabra como un rocío de benéfico cosmopolitismo, como una lección de fuerza y nobleza ante la vida".

Volvió a Inglaterra, regresó a Hispanoamérica y fue a morir en Buenos Aires en 1936. Tuvo la pasión de los caballos, hasta el extremo de exclamar en cierta ocasión: "¡No permita Dios que yo vaya a un cielo donde no haya caballos!" Era un jinete empedernido. En su último libro *Mirajes,* que terminó en Buenos Aires, narra la historia de Carlos el Gaucho, un inglés de noble familia que "después de una vida agitada en las Pampas, volvió a Inglaterra para regresar al fin a Sud América y morir con las botas puestas". Es casi una autobiografía; y no estamos distantes de pensar que al través de la pasión que le dominó toda su vida por el noble compañero de los hombres, se despertó su profunda admiración hacia el incomparable jinete que entró por las puertas de la Historia y contribuyó decisivamente a la independencia de su país cabalgando sobre el lomo de su bestia. Lo cierto es que en presencia de las perspectivas ilimitadas de nuestros llanos, dominados en todos sus vientos por la presencia infatigable de Páez, siempre caballero sobre su alado corcel, Graham concibió la idea de escribir la biografía del formidable adalid, que muy pronto realizó, publicándola en Londres en 1929.

Es sensible que obra tan llena de afecto y admiración por el ilustre Caudillo no haya sido traducida y publicada sino treinta años después de haber aparecido la edición inglesa. Gracias al generoso patrocinio de don Manuel Vicente Rodríguez Llamozas, bisnieto del Ge-

neral Páez, y al desvelo de la Academia Nacional de la Historia por las glorias del eminente Prócer, es posible ofrecer hoy al lector de habla castellana la presente traducción. La Academia acordó dar el más amplio respaldo al proyecto, pues entendió que además de ser útil a los estudiosos de nuestros Anales, la obra de Graham habría de interesar sin duda, tanto por el relieve del personaje central como por el colorido y movimiento de la narración, a un público más numeroso.

Se comprende que dadas las naturales inclinaciones de Graham y la circunstancia de que buena parte de su permanencia en Venezuela transcurriera en los Llanos, escena principal de las épicas andanzas del General Páez, dedique aquél la mayor parte de su obra al relato de las acciones militares de su biografiado y tan sólo en los últimos capítulos haga sucinta narración de sus actuaciones como magistrado modelo a partir de 1830. Y es ciertamente digno de encomio el hecho de que a pesar de no ser historiador profesional, ni conocer a fondo y en toda su compleja amplitud los acontecimientos de la emancipación de Venezuela, Graham haya podido realizar un trabajo en el cual la figura de Páez exhibe no sólo sus relieves heroicos, sino también los aspectos políticos y humanos de su extraordinaria personalidad. Es explicable que el autor incurra a veces en apreciaciones no del todo cónsonas con el significado y alcance de los problemas planteados por la guerra emancipadora y no enfoque con rigurosa justeza algunos sucesos de la época. Esto ocurre, especialmente, respecto de las actuaciones del Libertador, que el biógrafo no tuvo tiempo ni oportunidad de conocer y analizar de un modo exhaustivo.

Además, desde 1929 hasta hoy, los estudios e investigaciones de nuestros historiadores han aportado numerosos datos que ofrecen nuevos puntos de vista al análisis histórico y permiten ampliar y profundizar la interpretación de la vida y la obra del General Páez, precisando mejor los acontecimientos de que éste fuera testigo y actor. Por tales razones, la Academia Nacional de la Historia ha considerado indispensable aclarar mediante notas al pie de página ciertos comentarios del autor que no se compadecían rigurosamente con el estado actual de nuestros conocimientos. Tales notas tienen llamadas de asterisco, y llevan la mención *N. del E.* Además de las precedentes, hay otro tipo de notas, distinguidas con la sigla *N. del T.*, en las cuales señala el traductor alguna peculiaridad interesante desde el punto de vista lexico-

gráfico o gramatical. Y también hallará el lector las notas puestas por Graham a la edición inglesa, distinguidas por la sigla *N. del A.*

Al efectuar el cotejo de la versión castellana con el original inglés, se han notado en éste ciertas equivocaciones ostensibles en fechas y nombres de personas y de lugares, que deben sin duda achacarse en gran parte a errores de imprenta. Se ha procedido en lo posible a rectificar esos errores, acudiendo como fuente principal a la *Autobiografía del General Páez* y a los dos volúmenes hasta ahora publicados de su *Archivo*. Se ha querido aunar en esta edición el rigor científico propio de la Universidad con el propósito de estudio y fijación de los Anales Patrios, una de las finalidades primordiales de la Academia Nacional de la Historia. El Indice analítico, así como la Bibliografía, son los de la primera edición, traducidos al castellano.

Es de justicia destacar y agradecer la cooperación de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, pues la traducción que ha servido de base a la presente edición, fue realizada por el extinto Profesor Antonio de Blois Carreño, como un trabajo de investigación de la mencionada Facultad. Quedó inconclusa la traducción al fallecer en doloroso accidente el Profesor de Blois, por lo cual hubo de encargarse de terminarla y pulirla el Doctor Rafael Bosch, quien efectuó esta labor con ejemplar dedicación. Nos complace reconocer asimismo la colaboración prestada por el señor Wesley G. Woods, Director del Instituto Cultural Venezolano-Británico, a fin de recabar de la casa editorial inglesa la autorización necesaria para publicar esta traducción. No menos valiosas han resultado la asesoría del Doctor Pedro Grases y la eficaz colaboración del Profesor Manuel Pérez Vila, quien tomó a su cargo la revisión del texto castellano y ha cooperado en la redacción de las notas, así como en todo lo relativo a la edición. Las láminas han sido bondadosamente cedidas por los señores Alfredo Boulton y Manuel Vicente Rodríguez Llamozas.

La publicación de esta obra puede muy bien significar, y así lo deseamos, la iniciación de una fecunda cooperación, en empresas de esta índole, de la iniciativa privada, aquí representada por el generoso auspicio de don Manuel Vicente Rodríguez Llamozas.

Caracas, 1959.

CRISTÓBAL L. MENDOZA
Director

PREFACIO

Hace un siglo el nombre de Páez era una palabra corriente en Europa. Los reyes le enviaban espadas de honor y las reinas intercambiaban correspondencia con él, de quien a quien. Años más tarde se sentaba al lado de la Emperatriz Eugenia en un banquete que se celebraba en las Tullerías.

¿Quién conoce hoy su nombre en Europa, a excepción de unos cuantos historiadores y biógrafos medio ciegos que respiran el polvo de las bibliotecas y cuyos cerebros están enfebrecidos por las sombras del pasado? Ingrata ocupación la del historiador, o biógrafo, peor aún que la del buscador del hinojo marino, que si pierde el pie en un peñasco no sobrevive a la caída.

No obstante el historiador (o biógrafo) —que se parecen como dos gotas de agua— persiste en su empeño, como lo hacen los exploradores que van a conquistar el Polo Norte o las damas que cruzan a nado el Canal de la Mancha.

Desde luego que su recompensa es exigua, ya que no alcanza siquiera la notoriedad que un campeón de golf o de boxeo obtienen por su propio derecho, del mismo modo que las herederas suceden a los pares.

*Entre todas las figuras heroicas de la lucha contra España por la Independencia, era la de Páez la más simpática. Bolívar, la figura más grande que haya producido América, fue superior a Páez en genio. San Martín, héroe de la asombrosa marcha a través de los Andes con su caballería de gauchos, era militar más dotado y de mayor experiencia, pero Páez poseía lo que en español se llama "el don de gentes",[1] es decir, un magnetismo personal que aquéllos no tenían".**

---

1. Citado por el autor en español en el original. *(N. del T.).*

* El autor destaca con justicia el don de gentes de Páez, pero no acierta al negárselo a Bolívar. Ese "magnetismo personal" fue también una de las características más notables del Libertador, como lo reconocieron sus contemporáneos. *(N. del E.)*

Después de haber nacido en una humilde choza situada a orillas de un riachuelo perdido en medio de los Llanos[2] *y de haber recibido su instrucción primaria en una escuela improvisada al aire libre a cargo de una mujer casi tan analfabeta como sus alumnos, se elevó a la dignidad de primer hombre del país. Durante las dos veces que ejerció la presidencia demostró una liberalidad en sus ideas que sorprende en un hombre que pasara la vida entera a caballo, con la lanza y el lazo siempre en la mano.*

Fue el primero en abogar por la libertad de los negros en las Américas, como dice en sus Memorias, no por las teorías acerca de los derechos del hombre, pues para la época en que promoviera la emancipación las ignoraba, sino por su amplitud de espíritu y generosidad innatas. El mismo había pasado varios años en una situación que rayaba en la esclavitud cuando fue aprendiz de un negro brutal, un tal Manuelote, quien, después de un día de faena larga y agotadora en las llanuras, montado en un caballo a media doma, le obligaba a lavarle los pies. Esto, no obstante, pesó poco sobre Páez, pues los espíritus generosos no se dejan influir por los sufrimientos personales, y la amargura le era desconocida.

Venezuela, que lo expulsara sin consideraciones después de su segundo período presidencial, le debía aún más de lo que debía al Libertador, Simón Bolívar. Si no hubiera estado a la altura de las circunstancias cuando defendió el deseo unánime de autonomía, con toda seguridad habría sobrevenido una desastrosa guerra con Nueva Granada.[3]*

En caso de derrota, Venezuela habría sido hoy una mera dependencia del estado más poderoso.

Estas fueron sus conquistas en el campo de la política. Brilló principalmente como jefe de guerilla, pues la táctica militar le era desco-

2. Aquí y en general en adelante el autor nombra a los Llanos en español. *(N. del T.).*

3. Hoy Colombia. *(N. del A.)*

* La muy legítima admiración del autor por la figura legendaria del General Páez lo lleva a ciertas exageraciones, como ésta de contraponer la deuda de Venezuela con Páez a la que tiene el país con el Libertador. El papel que desempeñó este último en la guerra de la emancipación lo coloca en un lugar aparte. Respecto a la guerra civil, la afirmación de Graham parece algo aventurada: ni es posible asegurar que hubiera sido ineludible, ni Bolívar hubiese consentido que se desencadenara. *(N. del E.).*

nocida. Ver al enemigo y cargar contra él lanza en mano y siempre dos o tres caballos a la vanguardia de sus hombres y, de no tener éxito, retirarse "en barajuste",[4] *como los llaneros*[5] *llaman a la maniobra parta, y reorganizar sus filas para luego volver al ataque, hizo estragos una y otra vez entre los dragones pesadamente armados de los españoles. Sólo tácticas de esta naturaleza podrían haber tenido éxito entre sus partidarios, indómitos jinetes de los llanos, sin disciplina, semidesnudos y mal alimentados. La única superioridad de éstos consistía en su extraordinaria habilidad como jinetes. El mismo Páez, jinete como ninguno, era para ellos un general nato.*

Su adversario era el General Pablo Morillo, oficial escogido por el propio Duque de Wellington para conducir el ejército español contra las colonias. El también había surgido de las filas, era valiente y hábil, tenía a su disposición dinero e ilimitados recursos, y era en todos sentidos un enemigo temible.

Sin embargo, tras una contienda que duró dieciséis meses, Páez lo expulsó de los Llanos, y después, junto con Bolívar, lo derrotó totalmente.

Sus victorias en Mucuritas, La Mata de la Miel, Queseras del Medio y Carabobo están en boca de todos los venezolanos aún hoy, pues su figura atrae especialmente a la juventud, que ve en él a la juventud in excelsis *y personificada.*

Su cabello rojizo y su tez clara le ganaron el sobrenombre de "El Catire Páez", catire significando rubio en el dialecto llanero. El solo hecho de ser blanco por los cuatro costados, como dice el refrán español, sin mezcla de sangre india ni negra, le hacía resaltar entre sus compañeros de los llanos.

Sus hazañas con la lanza, su pericia como jinete, su cortesía y generosidad, lo convirtieron en el ídolo de los llaneros. De mediana estatura y de contextura fuerte, soportaba todas las penalidades como un indio, y conservó su fuerza y actividad hasta el final de su larga vida. De hábitos sencillos, el lujo no le atraía, y había algo de muchachil en su naturaleza que atraía fuertemente a sus amigos los niños y los ani-

4. En español en el original, significando "en aparente desorden". *(N. del T.).*
5. Llanero aparece aquí y generalmente en lo que sigue en español. *(N. del T.).*

males. Ningún hombre ha podido tener mejores credenciales en cuanto a carácter. Si en algunas ocasiones cometió errores cuando desempeñó la difícil posición que el destino le impusiera, hasta sus enemigos reconocieron su honradez y desinterés.

Aunque, a la manera de muchos hombres casados, tuvo una amante que le hiciera más llevadero el yugo del matrimonio, las mujeres parecen haber influido poco en él a lo largo de toda su carrera.

Su amante, Bárbara Nieves, es descrita como muy alegre y gran entusiasta del baile. Su esposa, dama de buena familia, era muy seria y recatada.

Cuando Páez estuvo encarcelado en la insana y asfixiante prisión del Castillo de San Antonio, en Cumaná, su esposa, a quien él había abandonado, lo mortificó haciendo todo lo posible por aliviar los sufrimientos de su errante marido. Tal vez Bárbara, la ligera de cascos, estaría ensayando un nuevo paso de baile, estaría durmiendo, haciendo planes, o tal vez estaba ausente, de viaje, o por el contrario empleada, pues no se dejó ver en Cumaná. Lo cierto es que Páez no llevó consigo a ninguna de las dos a su largo exilio, ni apenas hace mención de ellas en sus voluminosas Memorias.*

*Como quiera que Páez era amante del baile y de la música, pronto encontraría otros consuelos, pero jamás llegó mujer alguna a influir sobre su vida como lo hiciera la fascinante Manuela Sáenz en la del Libertador.***

Hombres como Páez son contados en cualquier país. Sólo los periodos heroicos los producen; mas cuando surgen, conquistan un lugar seguro en la historia.

Páez ha conquistado un lugar seguro en los anales de la historia de Venezuela, y más seguro aún en los corazones de los venezolanos.

---

* Según recientes investigaciones, se sabe que Bárbara Nieves murió en Maracay el 14 de diciembre de 1847, antes de la prisión del General Páez. *(N. del E.).*

** En su obra *Católogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar,* t. III, pp. 277-298, el doctor VICENTE LECUNA comprueba que ni Manuela Sáenz, ni ninguna otra mujer, ejerció influencia alguna sobre el Libertador en materias políticas, militares o de administración pública. *(N. del E.).*

Desde los vastos llanos requemados de sol que vieron su nacimiento, el destino le llamó a ser uno de los libertadores de su patria. De todos los títulos que el hombre puede otorgar, ninguno iguala al de Libertador.

Los títulos de rey, presidente y aun protector (a no ser que sea Protector de los Pobres, como dicen los árabes) nada son en comparación.

*Páez fue en verdad un auténtico libertador. Rompió las cadenas que doblegaban a su patria bajo el yugo de los españoles. Posteriormente haría igual para los esclavos.*** Finalmente dio la mayor prueba de virtud que el hombre público tiene el poder de dar, pues murió en la pobreza.*

No es justo que semejante figura quede en el olvido en la tierra en que Canning llamó a existencia a un nuevo mundo para invertir el equilibrio del viejo. Vaya esto como pobre tributo de su más reciente biógrafo, con cuantas imperfecciones, vacilaciones y erores de omisión sólo el autor sabe.

R. B. Cunninghame Graham

*** El autor se refiere a la libertad de hecho que Páez acostumbraba. En el terreno de los principios, debe recordarse el empeño con que defendió Bolívar a la manumisión de los esclavos, decretada por él en Carúpano el 2 de junio de 1816, y pedida luego al Congreso de Angostura con aquellas hermosas palabras. "Yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República". *(N. del E.).*

CAPITULO I

José Antonio Páez nació el 13 de junio de 1790 en una hacienda situada a orillas del río Curpa, cerca de la población de Acarigua, perteneciente al distrito Araure. Dicho distrito formaba parte de la provincia de Barinas, en el territorio que ahora se llama República de Venezuela. En la época en que naciera José Antonio, destinado a ser héroe de las guerras de Independencia, todavía era un virreinato de España.*

Era el séptimo hijo de Juan Victorio Páez y de María Violante Herrera. Todavía existe en el pueblo de Acarigua la pequeña iglesia donde fue bautizado. Sus padres distaban mucho de ser ricos, estando empleado su padre en un almacén de tabaco del gobierno en la población de Guanare. Por una razón u otra, su madre vivía separada con sus hijos, y, como decía el propio Páez, jamás tuvieron residencia fija.[1]

A los ocho años de edad, su madre lo mandó a lo que en Inglaterra habríamos llamado en otro tiempo una "hedge school", es decir,

---

* No siempre expresa el autor con exactitud los nombres y los límites de las circunscripciones territoriales existentes en el período colonial o creadas después de la emancipación. La Provincia de Barinas no formaba en 1790 parte de ningún Virreinato, sino de la Capitanía General de Venezuela. *(N. del E.).*

1. "Nuestra fortuna era escasísima" — *Memorias del General José Antonio Páez,* Bibioteca Ayacucho, Madrid, 1916. A pesar de todo la familia debe de haber estado en buena situación, aunque pobres. En 1776 Don Juan Victorio Páez, padre del General Páez, elevó una queja ante el Gobernador Agüero de que el Alcalde de San Felipe le había prohibido llevar pistolas en su silla de montar, alegando que no era blanco. Páez sostuvo que era blanco "de los cuatro costados". Se halló tras una investigación que era de pura sangre blanca, sin mezcla alguna de sangre judía o mora, y menos aún de negra o india.

   Por lo tanto el Gobernador Agüero declaró que Don Juan Victorio Páez tenía derecho a llevar pistolas en el arzón de su silla, así como otras armas legales ("y demás armas lícitas"). Este privilegio o derecho era sin duda

una escuela rural improvisada, dirigida por una tal Gregoria Díaz, en la población de Guanare.

Dice Páez en su autobiografía: "Por lo general, en Venezuela no había escuelas bajo el gobierno de España sino en las poblaciones principales, porque siempre se tuvo interés en que la ilustración no se difundiera en las colonias". Posiblemente sería éste un error de su parte, ya que dice "excepto en las poblaciones principales" y no parece razonable que un gobierno que deseara mantener ignorante al pueblo descuidara deliberadamente al campo más bien que las ciudades.

Las verdaderas razones han debido ser la conocida inercia del gobierno español y la falta de vías de comunicación en la Venezuela de esa época.

Doña Gregoria enseñaba mal los rudimentos de la doctrina cristiana,[2] que hacía aprender de memoria a los muchachos a fuerza de azotes. Su escuela ha debido de ser exactamente como esas escuelas de Marruecos donde los niños aprenden de memoria el Corán cantando juntos la monserga con los gritos más altos que pueden. Tanto la doctrina del Corán como la cristiana, aprendidas de esta forma, parecen infundir en los discípulos una fe impermeable a la razón, y como quiera que el objeto principal de un credo es que sea creído pertinazmente, quizá sea éste el mejor método.

Aprendió a escribir según el método del profesor Palomares,[3] sin duda un paleógrafo de la época; es lástima que no se conozca algo más acerca de este personaje.

De esta Primavera pieria fue sacado Páez por su cuñado Bernardo Fernández, quien lo llevó a su negocio y le enseñó a vender mercancías detrás del mostrador. A las horas de ocio le hacía sembrar cacao en la hacienda.

---

de más utilidad para él en algunas ocasiones que las armas que en forma de escudo pone en su automóvil un ventajista.

La información arriba mencionada procede de los *Estudios sobre Personajes y Hechos de la Historia Venezolana* por el Doctor PEDRO M. ARCAYA, página 53, Caracas 1911. *(N. del A.).*

2. "Enseñaba a leer mal la doctrina cristiana, que a fuerza de azotes se hacía aprender de memoria a los muchachos" (Texto de las *Memorias de Páez* aducido en español en *N. del A.). (N. del T.).*
3. *El método del Profesor Palomares.* (idem).

La familia Páez parece ser originaria de las islas Canarias, porque un tío suyo, Domingo Páez, natural de Canarias,[4] lo llevó a él y a su hermano José de los Santos a la ciudad de San Felipe, donde tenía grandes intereses.

Páez, que ya tenía diecisiete años, pronto tuvo la primera de sus muchas aventuras a campo abierto. Su madre lo llamó a Guanare, donde entonces residía, por un importante asunto de familia. En el mes de junio de 1807 lo despachó con ciertos documentos y una suma de dinero para ser entregados a un abogado que vivía en Patio Grande, cerca de Cabudare, en la vecina provincia de Barquisimeto.

Su equipaje recuerda al de D'Artagnan en "Los Tres Mosqueteros", aunque en lugar de montar un estrafalario rocín fue provisto de una buena mula. Para sus gastos en el trayecto llevaba doscientos pesos,[5] y para defenderse una vieja espada y dos pistolas de bronce, una sola de las cuales estaba cargada. Le acompañaba un peón, que lo más probable es que corriera a pie tras su mula. El viaje de ida se realizó sin novedad.[6] Al regreso, satisfecho de sí mismo, cómodamente montado en su mula, canturrearía probablemente una de esas canciones que llaman "galerones" los llaneros de Venezuela, parando luego en el villorrio de Yaritagua para desayunar.

Deseando demostrar que era persona importante, y muy orgulloso de las armas, la hermosa mula y la suma considerable que llevaba, entró en una tienda, y después de haber comprado alguna fruslería, dejó caer en el mostrador una pesada bolsa. Luego volvió a montar, satisfecho de sí mismo y del mundo. Tenía razón para estar contento, pues ¿qué cosa mejor podía ofrecer la vida a un hombre joven que poder apretar los pies dentro de los estribos, erguir la espalda, dejando que el viento soplara sobre su enorme sombrero de pelo de guama[7] y, bien armado, ir montado en una mula que devoraba las distancias?

---

4. Aclarado en español en el original en *N. del A. (N. del T.).*
5. En este y otros casos posteriores, el autor habla de dólares donde se ha traducido "pesos". *(N. del T.)*
6. Novedad literalmente significa algo nuevo, pero como algo nuevo en el camino en aquellos días, en España o en sus colonias, era casi con certeza de carácter desagradable, la palabra llegó a usarse gradualmente en el sentido de aventura o accidente. *(N. del A.)*
7. Pelo de guamo (el autor da así el nombre) es como llaman los llaneros al sombrero de ala ancha y largo pelo que llevan por lo común. Son negros

En todas las tiendas rurales de Venezuela, como en las "pulperías"[8] de las pampas de la Argentina, siempre hay un grupo de espectadores ociosos holgazaneando alrededor del mostrador, bebiendo y jugando a las cartas. Amarran sus caballos al palenque, es decir, el poste de atar los caballos en Tejas y América occidental, y se deleitan en hacer sonar sus espuelas en el piso de ladrillo como gozarían también los jóvenes galanes de los tiempos isabelinos haciendo sonar las suyas en las baldosas de Powles.[9]

Estos "caballeros", en la época de Páez, solían andar siempre muy bien armados. Algunos del grupo se fijaron en el joven y en la ostentosa exhibición que hiciera de su bolsa, e inmediatamente acordaron librarle de su peso. Confiado y alegre, el joven Páez iba a trote corto por una estrecha vereda, bajo la sombra de los árboles, subiendo hacia el cerro de Mayurupí. Era cosa natural que quisiese probar sus pistolas, y viendo un papagayo posado en una rama, apuntó y se dispuso a disparar.

Su angel guardián, la intuición de que alguien lo acechaba, o quizá simplemente precaución —algo le hizo reflexionar que tenía que seguir de camino toda la noche para llegar a su casa, y recordando que sólo tenía una bala en la recámara, bajó la pistola sin descargarla.

Fue suerte que así lo hiciera, pues al poco rato un rufián alto, seguido por otros tres, le salió al encuentro, asiendo la mula por la brida. Si hubiese llevado caballo, habría podido abrirse paso entre ellos picando espuelas sin una voz, pero las mulas suelen tener una disposición distinta y al meterles un espuelazo a menudo se detienen en seco. El joven Páez bajó de un salto por el lado opuesto, pistola en mano. El que lo hiciera así demuestra que siendo joven e inexperto no había perdido la cabeza. Cuando un hombre ase la brida de un animal para detenerlo, diez veces de cada once lo hace por el lado más cercano. Si Páez se hubiese apeado del mismo lado, habría caído en sus ma-

---

o castaños, y se hacen en Austria. Se sostienen con una cinta bajo la barbilla, llamada "barboquejo".

El nombre viene del parecido del pelo del sombrero con el interior de la fruta del árbol de guamo — la "Inga lucida" de los botánicos. *(N. del A.)*

8. Las palabras "pulperías", "pampas" y "palenque", aparecen en español en el original. *(N. del T.)*
9. La Catedral de San Pablo. *(N. del A.)*

nos. Tal como ocurrió la cosa, probablemente los dejó sorprendidos, con la brida de la mula en la mano.

El jefe de la pandilla, el sujeto alto que había aparecido el primero, avanzó hacia Páez poco a poco con un machete en una mano[10] y un garrote en la otra.

Dos veces le advirtió Páez que no se acercara, pero el bandido continuó avanzando sigilosamente y ganándole terreno. Así siguió por unas veinte yardas y luego, de repente, brincó tirando un machetazo desesperado a la cabeza del joven. Este lo esquivó y apuntó con cuidado, pero, como él dice, sólo para herirle en una pierna.

El bandido se echó atrás violentamente, y por fortuna para Páez recibió el balazo en la ingle.

Aunque el rufián cayó al suelo, Páez se quedó inmóvil por un instante. Luego, no ocurriéndosele que estaba muerto, desenvainó la espada y saltó delante para darle el golpe de gracia. Al verlo muerto, se arrojó sobre los otros bandidos, que se dieron a la fuga. Entonces Páez volvió a montar su bestia, la cual se había quedado pastando cerca, y el joven aventurero se puso de nuevo en marcha.

Al pasar junto al cadáver de su difunto asaltante, arrojó sobre él la pistola descargada, y entonces se dio cuenta por primera vez de que había estallado, hiriéndole la mano.

Esta primera aventura y bautizo de sangre advertía[11] la clase de madera de que estaba hecho el futuro libertador.

No obstante, no se encontraba todavía completamente a salvo. Una tormenta repentina, de truenos ensordecedores y lluvia torrencial, hizo crecer las corrientes. Se vio atrapado por todas partes sin poder llegar al sendero. Vadeando y nadando, resbalando a veces en el fango, logró salir de las montañas, pero eran las cuatro de la mañana cuando llegó a su casa.

No dijo palabra a nadie de lo que le había sucedido, al parecer por temor de que se le acusara de asesinato, aunque hubiese actuado sólo en defensa propia.

---

10. "Machete" es un cuchillo usado para cortar caña de azúcar y maleza. Es de unos tres pies —un metro— de longitud, hoja ancha y sin empuñadura. La punta es roma, pero la hoja puede afilarse como una navaja de afeitar. *(N. del A.)*
11. Los comentadores parecen estar de acuerdo en que esta clase de bautismo por lo general se realiza por delegación. *(N. del A.)*

Al fin, atormentado por los temores, abandonó el distrito y se dirigió hacia los Llanos, donde en aquel entonces, y aun hoy, un hombre puede ocultarse del mundo entero. En un gran rancho de ganado[12] llamado "La Calzada", perteneciente a un tal Don León Manuel Pulido, se empleó como peón de ganado con un sueldo de tres pesos mensuales.

Esta decisión del joven aventurero afectó el curso de toda su vida y de su carrera subsiguiente.

Siendo hijo de padres que pertenecían a la clase comercial relativamente pobre y que evidentemente habían inmigrado hacía poco tiempo de las Islas Canarias, nada tenía de común con los llaneros de tez obscura ni por la sangre ni por la crianza.

El mismo apodo de "catire Páez" que recibiera en el hato de la Calzada donde trabajaba, indica que lo consideraban distinto de ellos. Catire se usa en Venezuela, es decir, en los Llanos, para designar a un hombre de pelo rubio, y sabemos por la descripción de Páez que nos dejaran oficiales ingleses que sirvieron bajo Bolívar en las Guerras de Independencia que el apodo estaba bien aplicado. Nada tan diferente de la vida que Páez había llevado hasta los diecisiete años que la que debía vivir de allí en adelante.

En esa época (1807), la Capitanía General de Venezuela[13] tenía unos ochocientos mil habitantes según los cálculos de Humboldt. Comprendía unos quinientos mil kilómetros cuadrados.

Pocas regiones del mundo en donde se hablara un idioma europeo, se profesara la fe católica y cuyos habitantes en su mayoría tuviesen algo de sangre española, podrían haber resultado más salvajes, ni más ajenas a la vida europea de esa época. España, con la falta de visión política que la caracterizaba, prestaba poca atención a sus posesiones en América a excepción de aquellas que estaban dotadas de minas.

Por encima de los demás territorios, dedicaba su mayor atención a México, Bolivia y Perú. De manera que las enormes extensiones de

12. Estos ranchos son conocidos como "hatos" en los Llanos de Venezuela. Se corresponden a las "estancias" de la Argentina y a las "haciendas" de México. "Hato" en español significa rebaño. En Venezuela se aplica al rancho donde pasta el rebaño. *(N. del A.)* En adelante se empleará la palabra venezolana "hato" tanto cuando el autor la usa como cuando dice rancho. *(N. del T.)*

13. "Capitanía general" en español en el original. En los casos en que una palabra o expresión aparezca en español más de una vez, solamente se advertirá la primera vez. *(N. del T.)*

territorio de Venezuela y la Argentina estaban prácticamente abandonadas a los descendientes de los primeros conquistadores, quienes poco a poco se vieron obligados, por el clima en algunos casos y en otros por falta de comunicación, a llevar una vida perezosa. Es cierto que en las capitales siempre habían florecido en cierto grado las conquistas intelectuales, pero todos los puestos oficiales estaban reservados para los nativos de la madre patria, y había poco estímulo para la ambición, así que lo corriente era la paralización. La lucha que debía comenzar poco después mostró que a los criollos[14] no les faltaba ni ánimo ni inteligencia.

En los grandes llanos, que se extienden a lo largo del Orinoco, Apure y Arauca, la vida colonial tendía a convertirse en una especie de feudalismo primitivo, aunque no tanto como en México o Perú. Aunque había en Venezuela hombres ricos, dueños de mucho ganado y caballos, jamás se vieron en el llano esas grandes casas antiguas españolas con sus techos planos, sus torres de observación, capillas, almacenes, corrales inmensos y grandes edificios para los criados, como todavía existen en México.

Los hacendados vivían invariablemente en las poblaciones del Llano, tales como Calabozo, Villa de Cura, San Fernando de Apure, Arauca y otras semejantes.

En los hatos, con pocas excepciones, las casas eran de estructura ligera, generalmente hechas de cañas y barro, material llamado "pajareque"[15] y con techos de hojas de palma. Muchas veces ni paredes tenían, en cuyo caso se llamaban "caneyes",[16] copiados de las viviendas originales de los indios achaguas.

El Almirante La Puebla, el primer hombre que navegó por el río Apure, al ver estas viviendas dicen que observó que eran excelentes para el clima[17] y que sus hombres harían bien en imitarlas.

---

14. Criollo significa nativo, así que un criollo puede ser blanco o negro. El ganado vacuno y equino criado en Venezuela, México, Perú o la Argentina es siempre aludido como "criollo". Pero el término rara vez se usa hablando de animales de sangre extranjera y nacidos en el país. *(N. del A.)*
15. En español en el original. *(N. del T.)*
16. El autor dice "caneys". Sus errores con las palabras españolas o venezolanas serán corregidos de ahora en adelante. *(N. del T.)*
17. Si realmente dio expresión a tales palabras, esto no fue tan tonto como podría parecer, dado el gran calor del clima. En San Fernando de Apure, algunos ponen la temperatura media a noventa grados Fahrenheit, otros a

Los Llanos que se extienden hacia el norte hasta los Andes, que los separan de Colombia, y hacia el sur, en donde lindan con las montañas de la Guayana y la provincia de Amazonas del Brasil, presentan el aspecto de un inmenso mar interior. Un mar de hierba interrumpido por islotes de gráciles palmeras[18] que se yerguen entre las olas de hierba verde como los arrecifes de coral surgen de las profundidades del Pacífico.

Grandes ríos, como el Apure y el Arauca, fluyen por los Llanos antes de desembocar en el Orinoco, y constituirían un medio de comunicación con las Indias Occidentales, e incluso con Europa en ciertas épocas del año, si fuesen navegables. Estos ríos también tienen su afluen-

---

noventa y dos. De este modo, resultaría adecuado casi cualquier tipo de refugio en el que el techo guardase del sol o de la lluvia.

Los indios achaguas han dejado mucho de su sangre entre los llaneros. Poco se ha escrito sobre ellos, aunque el PADRE JUAN DE RIVERO, jesuita andaluz, compuso una gramática de su idioma.

Se titula *El Arte Gramatical de la Lengua y Vocabulario Achagua-Español.*

El Padre Rivero fundó la misión de San Francisco de Regis en el Alto Orinoco.

Se le describe como "Hombre incomparable en la educación de aquellos Indios". Aunque sufrió "innumerables Trabajos", uno siente que sus simpatías están con "aquellos Indígenas".

No se sabe dónde murió ("Se ignora dónde acabó sus días"), 1700?

La información anterior procede de *Los Idiomas de la América Latina,* FÉLIX Y SOLORÓN, Madrid, 1872. *(N. del A.)*

En todo lo anterior, como en algunas otras ocasiones antes y después, las citas textuales y algunas expresiones van en español. *(N. del T.)*

18. Estas palmeras son generalmente de la variedad conocida como "moriches", la *Mauritia flexuosa* de los botánicos. El PADRE GUMILLA, en su *Orinoco Ilustrado,* Madrid, 1741, página 84, dice: "Del tronco desfrutado de las dichas palmas, sacan tablas para el suelo de sus casas, calles y plazas y las paredes de sus casas... Los delantales que usan las mujeres y los guayacucos que usan los hombres para alguna, aunque poca, decencia, sacan de unas entretelas que hay... Las redes o chinchorros en que duermen, todo el material es de cáñamo que dixe sacan de las hojas tiernas de la dicha Palma".

El título completo de este libro es: *El Orinoco Ilustrado, Historia Natural, Civil y Geographica, de este Gran Río y de sus caudalosos verticales, Govierno, usos y costumbres de los Indios, sus habitadores, con nuevas y útiles noticias de animales, árboles, frutos, aceytes, resinas, yervas y raíces medicinales y sobre todo se hallarán conversiones muy singulares a nuestra Santa Fe, y casos de mucha edificación. (N. del A.)*

La cita textual y el título completo en español en el original. *(N. del T.)*

tes, como el Portuguesa, el Uribante y el Sarare, corrientes que en Europa darían lugar a importantes ciudades, pero que en realidad sólo tienen a lo largo de sus riberas unas cuantas poblaciones semi-indias. Durante la mitad del año se inundan los Llanos formando un lago gigantesco. Los habitantes, centauros en los seis meses secos, navegan entonces por sus llanos en canoas, tan diestros con el canalete como con el lazo, sintiéndose tan cómodos en sus piraguas como sobre el lomo de sus fieros caballos. No queda nada sobre la superficie de las aguas, cuyo promedio es de seis pies de profundidad, excepto los islotes de palmeras y los bancos de arena, conocidos en la región como "mesas" o "médanos".[19] Estas curiosas formaciones se extienden a veces por muchas leguas. En ellas se refugian de las aguas el ganado y los caballos.

Al bajar las aguas, viene un período de seis meses en que casi no llueve, salvo por algún chaparrón de vez en cuando, y poco a poco se secan las llanuras, dejando un pasto lujuriante que al poco tiempo se tuesta y reseca por efecto del sol.

Toda clase de hierbas reviste al llano, tal como el gamelote[20] de hojas largas como pequeñas espadas. El ganado y los caballos lo encuentran demasiado áspero para comerlo, pero en cambio los "chigüires",[21] esos curiosos anfibios roedores conocidos en la Argentina por el nombre de "carpinchos", lo comen vorazmente.

La "granadilla", hierba que crece hasta tener casi cuatro pies de altura,[22] la "carretera"[23] y la "lambedora", ofrecen pasto ilimitado para los rebaños de ganado y caballos que vagan por los Llanos.

Pocas partes del mundo han cambiado menos para la mirada exterior que los Llanos. Paraíso para las aves, sólo el jardín del Tigris o las grandes lagunas alrededor de Chascomús, en la Argentina, pueden compararse con ellos. Los deportistas de Buenos Aires sin duda habrán acabado ya a estas alturas con ese paraíso. Los jardines del Tigris sólo podemos conocerlos de oídas o inclinándonos sobre el libro del Génesis.

En cuanto a Venezuela y sus llanos, especialmente los de las riberas del Apure y del Arauca, exceden la imaginación la multitud y di-

19. Ambos nombres en español en el original. *(N. del T.)*
20. *Panicum maximum. (N. del A.)*
21. *Hydrochaerus capybara. (N. del A.)*
22. *Chaetochloa palmifolia. (N. de A.)*
23. Este nombre y el siguiente entrecomillado, en español en el original. *(N. del T.)*

versidad de las aves. Todas las especies que frecuentan los ríos, ciénagas, lagos y lagunas, se elevan del agua y los juncos en incontables miríadas. Chillan los papagayos en los espesos bosques a orillas de los ríos, y enormes guacamayos azules, rojos y amarillos, vuelan entre los árboles, pareciendo halcones abigarrados. Los colibríes revolotean y se posan quietos, cual masas de brillantes alhajas, en las flores, haciendo vibrar sus diminutas alas con tal rapidez que sus movimientos resultan imperceptibles al ojo humano. Grandes grullas se yerguen solitarias, pescando en el marjal. Por los ríos abajo vuelan en batallones disciplinados, compañía tras compañía, los pájaros acuáticos negros llamados "cotúas" en los llanos, tan vasto su número que forman una sombra en el agua por donde pasan. Patos de cien especies diferentes, desde el enorme "pato real" hasta el veloz "güiriri", frecuentan las lagunas.

Estas aves constituirían un paraíso para el deportista, pues sin duda los pájaros de todas clases fueron creados para servir de blanco a la escopeta del cazador. Afortunadamente son escasas las armas de fuego en el Llano, y el auténtico sentido deportivo, el matar por placer, sólo se encuentra donde la vida es fácil y abrigada. Ciertamente, la vida en los Llanos no es ni abrigada ni fácil, en esas vastas soledades donde el hombre tiene que luchar contra los animales salvajes, la sed, el hambre, el paludismo y un clima en que el termómetro rara vez registra menos de noventa a noventa y dos grados.[24]

Abundan los gavilanes, águilas, buharros y las bandadas de buitres que hacen presa en los otros pájaros. Su número es tan grande que todos los estragos cometidos por estos rapaces piratas hacen poca mella en las otras aves. El mismo Adán, a menos que hubiese trabajado en el Edén un tiempo diez veces mayor de lo que podemos suponer, no habría podido dar nombre a más de una pequeña fracción de los pájaros.

El "Rey Zamuro", jefe de los buitres, con su plumaje blancuzco, su desnudo cuello azul, rojo y anaranjado, alza su elevada cresta cuando desciende entre sus súbditos, que aunque estén devorando algún caballo o buey muerto, le dan paso y lo reconocen como su soberano. Los otros buitres adoptan hacia su rey una actitud no servil, pero como si sintieran que algún gran poder lo ha ordenado así desde el comienzo del mundo. El rey asume el aire de un zar de Rusia o un dirigente sindical. Una reserva desdeñosa, indiferente a los deseos de sus

24. Fahrenheit. *(N. del A.)*

súbditos, si es que por casualidad tuviesen algún deseo. Pichones, palomas y codornices, junto con orioles y arrendajos, abundan en Venezuela más que los gorriones en el norte. "Turpiales",[25] "gonzalitos" que anidan en las casas, "uripopos",[26] "gaviluchos",[27] "caricaríes",[28] "gallinetas", chotacabras —sus nombres hacen legión.

Un ornitólogo (palabra funesta para todo animal de pluma) podría pasarse la vida en los Llanos coleccionando especímenes y aun omitir una docena por más que se afanase.

Mientras tanto, una providencia menos negligente que de costumbre con las cosas hermosas que ha creado, las ha sabido conservar. Así que el buho cerval, el "titirijí" de los llaneros, sigue ululando tristemente al atardecer. El "alcaraván", una especie de chorlito patilargo, aun canta en las horas de la noche sereno autodesignado, y cuando se le domestica resulta mejor que un perro guardián en la casa.

No obstante, hay mucho más que ver conforme penetramos el Llano; los "arrucos" con sus fuertes espolones en las alas; el ganso "carretero", cuyo fuerte aleteo suena como si atravesase el aire una carreta pesada; y la tijereta, que corta el aire con las plumas de su cola cuando vuela por encima de la hierba.

El huaco encopetado, conocido por una infinidad de nombres en las diferentes repúblicas,[29] se posa noblemente en las ramas, sacando el pecho como las palomas buchonas, recibiendo los rayos del sol sobre sus plumas de color azul metálico que lo convierten en fácil blanco para la escopeta cristiana o la cerbatana india cuyos pequeños dardos significan la muerte instantánea. El "jacul", "paujil", "paují", llamémoslo como queramos, según la república de la cual es ciudadano involuntario, no merece el denigrante apelativo de "crax alector" dado por los científicos.

En semejante jardín del Edén como es el Llano el hombre de ciencia debería trabajar en estrecha colaboración con el observador, com-

25. *Turpialis guianensis. (N. del A.)*
26. Llamado "Turkey Buzzard" en inglés. *(N. del A.)*
27. *Vultur barbatus. (N. del A.)*
28. *Polyborus brasiliensis,* el "carancho" de la Argentina.
29. Hispanoamericanas. *(N. del T.)*

binación como la que se dio en Hudson, el inspirado naturalista práctico.[30]

Sólo él podría haber dado una descripción adecuada de las bandadas de airones, de blancura deslumbrante cuando al atardecer se posan en las ramas de los árboles que se extienden como penínsulas y cabos dentro de los grandes ríos de los Llanos. Cuando el sol comienza a descender, aparecen primero unas cuantas filas delgadas. Estas son reforzadas por columnas más gruesas. Luego grandes masas de pájaros planean por el aire y descienden sobre los árboles, cubriéndolos densamente con un velo blanco, como se cubren de nieve las ramas en el norte, después de una fuerte nevada.

La península de bosques que hace sólo una hora era del color de la tinta, reflejándose en las aguas de la corriente como un vasto lecho del más negro coral, ahora fulge como algún cabo de las Nuevas Hébridas o de la Tierra de Kerguelen.

La algarabía de los pájaros se aquieta al ponerse el sol. Cuando sus últimos rayos caen sobre las miríadas de airones establecidos en las ramas, las aves se tornan por un momento rosadas, y al hacerse más intensa la obscuridad del cielo, los pájaros, árboles, y la saliente lengua de tierra vuelven a reflejarse por un momento con la negrura de un pino septentrional en la corriente que se desliza lenta. Esta pululante vida de los pájaros es solamente una faceta de la magia que tienen los Llanos.

Una abundancia de hierba alta que corre en filas, guarida de tigres, separa las llanuras verdes, desprovistas de toda mata o arbusto, de la frondosa vegetación de las riberas de los ríos. Esta hierba, de casi cuatro pies de altura y cuyos filos cortan como navajas, se encuentra reforzada por una barrera de arbustos espinosos casi impenetrables. Más atrás se elevan los árboles, último baluarte contra el llano que todo lo devora.

El amplio samán[31] y muchos otros árboles de la familia de las mimosas, como el "caro", la "mora"[32] y el "sánguiro", que van desde el mismo gigantesco samán hasta los olorosos arbustos con sus florecitas

30. W. H. Hudson, autor de *El Ombú, Días de Ocio en Petagonia y El Naturalista en el Plata,* aparte de otras muchas obras sobre pájaros de los condados meridionales de Inglaterra. *(N. del A.)*
31. *Inga samaan. (N. del A.)*
32. *Mora excelsa. (N. del A.)*

como pequeñas bolas amarillas, llamados "espinillos de olor" en Argentina; la riqueza de toda clase de madera, que bien podría constituir algún día una fuente de grandes riquezas para el país, crece en los bosques que cubren las riberas de los ríos.

El Tacamahaca[33] y el "guayacán", árboles bien conocidos en el comercio, tanto en el Brasil como en las Guayanas, pero que en Venezuela crecen y mueren como lo han hecho desde el principio del mundo, juntos con el "angelino"[34] y el "acapro",[35] los cuales proporcionan una madera liviana que utilizan los indios para hacer balsas, y el "algarrobo", de cuya corteza hacen sus canoas los habitantes del Orinoco, no son sino algunos de los árboles más conocidos. El "matapalo", especie de higuera silvestre y la "cañafístula"[36] con sus flores amarillas y sus cápsulas de un pie de largo, el lignum vitae y cientos más, algunos de ellos de mucho mayor tamaño que nuestros más grandes robles y sicomoros. Las "ceibas"[37] de enormes troncos bulbosos, como el algodón sedeño de las Indias Occidentales, con sus grandes racimos de flores color violeta, se elevan en las orillas de los marjales, antediluvianas en su monstruosa inmensidad. Se destacan majestuosas, dominando toda la vegetación tropical. Tampoco faltan las orquídeas que brotan de las hendeduras de los troncos o cuelgan de las ramas de los árboles.

Las lianas, conocidas como "bejucos" en casi todas partes en Sudamérica, estrangulan a los gigantes de la selva, triturándolos como tritura una boa constrictor a un buey. La flor del bejuco corona la copa del árbol muerto, de modo que el tronco desnudo parece una masa floreciente.

El "guaco",[38] que en Venezuela, Colombia, México y Tejas se tiene como antídoto contra la mordedura de serpiente, aunque las víctimas se empeñan maliciosamente en morir, como se mueren también a pesar de los esfuerzos de los brujos, trepa por los árboles y los cubre de hojas de verde muy oscuro. Esta planta, como la liana llamada "chaparro" en Venezuela y la "aristoloquia",[39] excelente también para las

33. *Elapbrum tormentosus. (N. del A.)*
34. *Homalium pedicellatum famidacea. (N. del A.)*
35. *Tecoma spectabilis, Bignomacoe. (N. del A.)*
36. *Cassia fistula. (N. del A.)*
37. *Bomba Ceiba. (N. del A.)*
38. *Mikania Guaco. (N. del A.)*
39. *Aristolochia Apurensis. (N. del A.)*

mordeduras de serpientes aunque raras veces lo bastante eficaz para salvar a la víctima, cuelga de los árboles en forma de espirales, lo que le da el aspecto de un barco de vela detenido en su marcha de repente, con las drizas rotas colgando en la brisa.

Detrás de esta muralla de vegetación corren los ríos amarillos y turbios, lechos de caimanes y cocodrilos.[40] Pocos ríos tienen tal magnitud de peces. Desde el "caribe"[41] de escamas azules y aletas rojizas, más terrible por su ferocidad y número que el caimán, hasta el enorme puerco marino de agua dulce, llamado "tonina", el barbo rayado que mide cinco pies, el "coporo" que emite un sonido como si algún duende soplara por un caracol, la espatiforme "payara" cuyos dientes son afiladísimos, su número hace legión, incluyendo al "curito",[42] que en la época seca se entierra en el barro seco dejando un pequeño agujero para respirar.

Jaguares, gatos cervales, "pecaríes" y osos hormigueros vagan enormes y monstruosos. Se elevan y empequeñecen a ese gritador rojo conocido por el nombre de "araguato",[43] con su voz estentórea que suena como si un león estuviese rugiendo en los bosques, y el pequeño "machango"[44] negro con su cola prehensil y su aire de humanidad frustrada. Cientos de ciervos pastan en las llanuras y las entradas de los bosques.

Los perezosos, que en Venezuela se llaman "perezas",[45] cuelgan de las ramas más altas de los inmensos samanes y ceibas de tal manera que se confunden con los árboles y al observador inexperto le parecen excrecencias sobre las ramas. La tortuga, el "morrocoy" y el "terecay", la "lapa"[46] y el "armadillo"[47] parecen haber sobrevivido a las épocas pasadas en que la tierra era joven.

El mosquito, el simulio,[48] todas las plagas conocidas al entomólogo, convierten la vida en los Llanos y en las selvas en continua lucha, tan-

40. En las próximas ocasiones en que el autor hable por error de cocodrilos en América, se traducirá "caimanes". *(N. del T.)*
41. Ejemplar del género *Serrasalmonae.* En Brasil se le llama "piranha". *(N. del A.)*
42. *Silurus:* este curioso pez se encuentra también en el Gran Chaco. *(N. del A).*
43. *Mycotes teniculus. (N. del A.)*
44. *Simia sajous. (N. del A.)*
45. En Colombia se les da el irónico nombre de Perico Ligero. *(N. del A.)*
46. *Myopotamos Coypú. (N. del A.)*
47. Los llaneros les llaman "cachicamas". *(N. del A.)*
48. En Venezuela, jején. *(N. del T.)*

to para los animales como para los hombres. Los vampiros chupan la sangre del incauto dormido, abanicándole tan suavemente con sus alas que la víctima continúa durmiendo y por la mañana despierta bañada en sangre. Se adhieren a los caballos en el cuello, debajo de la crin, para dejarlos luego completamente abatidos y debilitados.

Tampoco faltan las serpientes en este paraíso terrenal, desde el boa constrictor, que mide treinta pies, grueso como el tronco de una palma, y capaz de matar a un buey si lo enreda en sus pliegues letales,[49] hasta el diminuto "matacaballo", semejante a una anguila, temible para los caballos, como indica su nombre, e infinidad de serpientes de cascabel.

La "sabanera" mide unos diez pies, es inofensiva, y como generalmente se encuentra en los senderos asoleándose, es un ejemplo del proverbio español: "Serpiente que sale al camino, corre a su muerte". Las ligeras culebras de agua nadan en los ríos, serpenteando con sus cabezas erguidas, amenazantes, y otras culebras verdes se cuelgan de los árboles en los estrechos caminos para asustar al viajero.

El clima en los Llanos, con su temperatura de noventa y dos grados,[50] las serpientes, boas, caimanes, anguilas eléctricas,[51] las rayas picadoras, caribes, tigres, las inundaciones y las sequías, y la plaga siempre presente de los insectos hacen de la vida en los grandes Llanos una constante batalla para los habitantes.

Los que sobreviven, se hacen curtidos, capaces de afrontar los peligros de las aguas y de las llanuras; indiferentes al calor, al frío y al hambre, arriesgando ecuánimes desde la adolescencia los peligros de la vida diaria. El "Cow-boy" del Oeste, el "gaucho", el cosaco y el "butero", el "Stockman" australiano, el árabe y el "vaquero" mexicano, todos son hombres de hierro, acostumbrados a las penalidades, pero el llanero se compara con el mejor de ellos por su resistencia y sobriedad.

Los Llanos con sus apariciones de espejismos, sin caminos, como un océano inexplorado, por donde vagan rebaños de caballos y asnos

---

49. A este boa se le llama "tragavenado", pues frecuentemente se traga el cadáver entero de un pequeño ciervo. *(N. del A.)*
50. Fahrenheit. *(N. del T.)*
51. En adelante se les llamará por el nombre venezolano de "Tembladores", que el autor nunca usa. *(N. del T.)*

tan salvajes como sus remotos progenitores de las estepas de Asia, constituyen una gran escuela para producir una raza curtida de jinetes.

La carne de res es el alimento básico[52] del llanero y a menudo el único; bebe corrientemente el agua barrosa de la vecina corriente o laguna. Su lujo es el café y la azúcar morena cruda, llena de lejía, llamada "panela"; por cama usa un chinchorro, el cual lleva siempre enrollado y amarrado a la silla de montar. Su orgullo es su caballo, compañero de sus faenas y peligros, sobrio y resistente como él mismo.

Este medio tan duro, la constante lucha contra la naturaleza, el aislamiento, la carencia de aquellas cosas que hacen la vida digna de vivirse a los habitantes de otros países, han producido una raza de hombres que conservan los hábitos y costumbres de un mundo muy remoto. Diferente al "gaucho" y al mexicano y al indio de las llanuras del norte, el llanero no es de carácter taciturno ni melancólico.

Sus dichos, a veces sentenciosos, como son los dichos de todo aquel que se envanece de tener sangre española, son alegres y maliciosos, y en la rara ocasión de una fiesta, las canciones que canta, llamadas "trovas" o "galerones", al acompañamiento de su guitarrico de cuatro cuerdas, nunca son trágicas como las "tristes" de los "gauchos" del Sur, y raras veces son de carácter amoroso.

El baile nacional, llamado "joropo", es rápido como un "reel" escocés, e igual de violento. El arpa, el cuatro[53] y un extraño instrumento, la "maraca", calabaza llena de semillas duras, constituyen el acompañamiento. Los tocadores de arpa y de guitarra se sientan, pero el que toca las maracas está obligado a permanecer de pie pudiendo ser esto cosa de etiqueta del viejo mundo o bien porque así obtienen mejor efecto en la ejecución. Un proverbio dice que el oficio del "maraquero" es maldito, porque mientras los otros músicos ejecutan sentados, él está condenado a tocar de pie.

Pocas y diseminadas son las iglesias, las distancias son grandes, y los viajes a las ciudades son tan raros como las peregrinaciones a la Meca entre los mahometanos pobres. Así que el matrimonio es generalmente sólo un consejo de perfección, en cuanto concierne a la iglesia. Parece importarles poco a los llaneros, pues viven bastante feliz-

52. La "arepa", el pan de maíz y el "queso de mano" (queso de requesón usado por casi todas las naciones pastoras) sólo aparecen en grandes ocasiones. *(N. del A.)*

53. El "cuatro" se llama así por sus cuatro cuerdas. *(N. del A.)*

mente sin la ceremonia, y son tan fieles o infieles a las compañeras de su vida como si hubiesen sido bendecidos en latín, como reza el dicho español, o hubieran nacido en el mejor barrio de Nueva York o Londres.

A este mundo salvaje y duro, justamente cuando empezaba a fermentar la lucha por la independencia en la sangre de los sudamericanos, haciéndoles recordar que eran dignos descendientes de los conquistadores, fue arrojado Páez a la madura edad de diecisiete años.

CAPITULO II

El hato de La Calzada, donde se encontraba el joven Páez para el año 1807 o 1808, ha debido de ser en verdad un lugar desolado y salvaje.

El caney, con su techo de pajareque, sin paredes, sobresalía como una isla en la vasta pampa, mar de hierba cuyas olas llegaban casi hasta la misma puerta. Había entre cardos e inmundicias de toda clase, osamentas de reses matadas lo más cerca posible de la casa para ahorrarse la molestia de transportar la carne. Esto se conocía con el nombre de "los escoberos" y correspondía al estercolero que en los antiguos días adornaba la entrada a los "cottages" escoceses. Dentro de la choza no había mueble alguno; los cráneos de caballos o de bueyes servían de asiento a los patronos quedándoles las rodillas a la altura de la cabeza. En idéntica forma, Artigas, Protector de la República del Uruguay, se sentaba por el año 1811 en un cráneo de buey, dictando a dos secretarios[1] a la vez.

Esta escena de Artigas vendría a repetirse con Páez en el año 1816, con la excepción de que en su caso probablemente no habría mesa de tablas ni sillas de enea. En cuanto a la ginebra que bebía Artigas en un cuerno de vaca, semejante lujo era desconocido en los Llanos de esa época.

---

1. "¿Qué creeréis que ví sino al Excelentísimo Protector de la mitad del Nuevo Mundo sentado sobre el cráneo de un buey junto a un fuego encendido en el suelo de barro de su choza, comiendo carne de vaca de un asador y bebiendo ginebra de un cuerno de vaca?... El Protector dictaba a dos secretarios que ocupaban junto a una mesa de tablas las únicas dos maltrechas sillas de enea del cobertizo". *El Reinado del Terror de Francia,* J. P. y W Robertson, Londres, John Murray, 1839, páginas 101-102. *(N. del A.)*

El mismo Páez, en su autobiografía, dice que el mayor placer en la vida del llanero era beber agua fresca de una calabaza.[2]

No hace mención del "cocuy", aguardiente hecho de raíz de áloes, o de la piña silvestre llamada "mescal" en México. Sin duda se conocía en esa época, heredando los llaneros probablemente el secreto de su fabricación de los indios achaguas, del mismo modo en que los mexicanos heredaron el mescal de sus antepasados indígenas. La ginebra jamás llegó a difundirse en los Llanos de aquellos días, de modo que en este sentido se había progresado más en las pampas argentinas que en los Llanos de Venezuela, ya que había mayores facilidades de comunicación con Europa o cuando menos con España.

La dieta del llanero era la carne, y su bebida principal el agua del río. El que podía ostentar una hamaca se consideraba afortunado, según dice Páez. Esta hamaca, probablemente estaría hecha de cuerdas de piña silvestre o cortada de un pellejo. El lecho más corriente era una piel de caballo. El llanero, como el gaucho de la misma época, sólo hacía una comida regular al caer la tarde, y durante el día mascaría un pedazo de tasajo empapado en agua. El gaucho era más afortunado al tener el "mate", ese té paraguayo que da una bebida muy substanciosa.

Tanto en Venezuela como en la Argentina, se desconocía el reloj, excepto en las ciudades. Gauchos y llaneros se despertaban al cantar del gallo. En sus ranchos habría perros, generalmente cruzados y de pelo amarillo, hambrientos y feroces como lobos. Ay del extraño que se apeara de su caballo antes de ser invitado a hacerlo por el dueño de la casa.

La jauría se lanzaría sobre él de la misma manera en que atacarían los lobos de las llanuras del Norte a un búfalo herido. Si por casualidad el infeliz forastero montaba un animal a media doma, parecían intuirlo los perros, y era seguro que alguno de ellos le mordería a la cola, dándole al jinete amplia oportunidad para probar su pericia. Al aparecer el dueño de la vivienda, empuñando un látigo y maldiciendo con todas sus fuerzas, desaparecerían entonces los perros como por

2. "El más deleitoso regalo consistía en empinar la tapara, especie de calabaza donde se conservaba el agua fresca".

Páez cita también un dístico con el que sus compatriotas tendían a consolarse por lo duro de su vida:

El pobre con agua justa
y el rico con lo que gusta. *(N. del A.)*

encanto y se deslizarían en sus guaridas. Ni gaucho ni llanero daba de comer a esta horda infernal, que vivía de lo que encontraba, como los chacales, aunque cuando se mataba algún animal, como obsequio, se les permitía devorar los desechos.

La indumentaria del llanero de esos días era una modificación del traje de los campesinos españoles adaptada a las exigencias de un clima mucho más cálido. Llevaba sobre la cabeza un pañuelo, dejando colgar sobre sus hombros dos de las puntas, costumbre que todavía se observa entre los campesinos más viejos de las provincias de Toledo y Extremadura. Esto podría haber sido un atavismo referente al uso del turbante de los moros. Sobre el pañuelo, generalmente de seda y de vivos colores, llevaba el llanero tanto de los distritos de Apure como de Guárico, al contrario del sombrero siempre negro del castellano, un sombrero de pelo de guama de ala ancha, denominado así por estar hecho de una felpa cuyo color es parecido a la parte de adentro de la fruta de la guama.[3] Este se mantenía en su puesto por medio de lo que los marinos llaman un carrillero y los gauchos y llaneros un barboquejo, hecho de seda negra, con dos borlas bajo el mentón.

Llevaba una camisa blanca de hilo, con muchos pliegues en la parte delantera, con el cuello flojo y doblado, que se abotonaba con dos moneditas de plata unidas por una pequeña cadena. La camisa se dejaba por fuera del pantalón quizá por eufonía.

El pantalón también era una reliquia del traje de "charro" de Salamanca, el cual, hecho de piel de ante, en vez de terciopelo, llegó a ser el traje típico de México. El pantalón llanero, estrecho en la rodilla y más ancho hacia el ruedo, terminaba en la forma llamada "uña de pavo"[4] o que más usualmente se conocía como "garrací".

Esta ropa desde luego presentaba el tipo ideal de indumentaria, pues los oficiales británicos que sirvieron bajo las órdenes de Bolívar y Páez en las guerras de Independencia cuentan que los llaneros peleaban muchas veces casi desnudos, vistiendo apenas un paño por la cintura, atado con una piel estrecha.

La silla de montar que más se usa es la "silla vaquera", una especie de término medio entre el "recao" argentino y la silla de puntas

3. "Guamo es un árbol tropical que produce un fruto muy dulce, carnoso, en el interior de unos estuches peludos, que parecen terciopelo". Página 25, *El Llanero* DANIEL MENDOZA, Caracas, 1922.
4. Aclarado en español en el original en *N. del A. (N. del T.)*

largas de los mexicanos. Es decir, que tiene un arzón generalmente hecho de bronce, pero más para adorno que para uso. El borrén trasero es casi tan alto como el de la silla del "cow-boy" del Oeste. Los estribos son pequeños, concebidos así para el pie descalzo o con "alpargatas" que lleva todo llanero. Debajo del estribo colgaba una especie de prolongación en forma de cuña, lo que facilitaba el colgar la silla más equilibradamente y el montar de prisa.

La montura es suave, y como el "recao" argentino, lleva algunas mantas o zaleas encima. Los llaneros casi siempre llevan la cincha poco ceñida, pues nunca amarran el lazo a la silla, sino a la cola del caballo, según la antigua manera española que describe Pepe Hillo en su "Tauromaquia".[5] Hillo, más prudente que el llanero, insiste en que debe amarrarse el lazo a la silla en terreno acidentado o de muchos arbustos, para evitar que se enrede.

A la entrada de la casa del hato de un llanero de los tiempos de Páez, como a la de un gaucho incluso en las provincias menos evolucionadas de la República Argentina, siempre había un caballo ensillado, a la espera de cualquier eventualidad. Con todo lo centauro que era y es todavía, el llanero no depende tanto de su caballo como el gaucho de las pampas del sur. Quizá sea porque los caballos no abundan en los Llanos como en las Pampas, ni podrán nunca abundar tanto debido al clima y a las plagas a que están expuestos.

La Pampa de Buenos Aires, de clima templado, con hierba perenne y agua, fue al parecer destinada por la naturaleza a ser una región ideal para la cría de caballos. No existe el invierno con sus nevadas, como en las estepas asiáticas, ni plagas de insectos que pican, como en los Llanos, pocas serpientes y casi ningún animal rapaz. En los Llanos abundan las serpientes. El zumbido de infinidad de insectos siempre se oye en el aire. Los caimanes acechan en los ríos. Estos y los tembla-

5. *Tauromaquia o arte de torear a caballo y a pié,* por el célebre Profesor Josef Delgado (Vulgo) Hillo, Madrid, 1804.

Pepe Hillo fue el torero más celebrado de sus días, si se exceptúa a su gran rival, el "Zeño" Romero. Las escuelas rivales dividieron a Andalucía en dos partidos que quizás en lo esencial verdaderamente diferían tan poco como los antiguos "whigs" y "tories" o los modernos partidos conservador y laborista, cada cual insistiendo en que pueden regenerar a la humanidad si se les permite continuar largo tiempo en el poder y reciben bastante salario. *(N. del A.)*

dores hacen peligrosas las aguas. Abundan los tigres[6] en los matorrales que atacan continuamente a los cérvidos jóvenes y también a los más débiles entre los animales adultos.

El venenoso vampiro chupa la sangre de los caballos cuando éstos se aventuran a penetrar en la selva. Durante la mitad del año, los Llanos están cubiertos de agua. Durante los otros seis meses se calcinan y resecan bajo los inclementes rayos del sol tropical. Así que el caballo lucha constantemente contra condiciones adversas. El sólo hecho de sobrevivir en tan gran número demuestra elocuentemente la resistencia de la vieja raza española.

Sin embargo, el llanero es jinete de nacimiento. Montado en su pequeño pero fuerte caballo, cabalgando a paso cómodo, hace fácilmente sesenta millas al día. Atraviesa a nado ríos infestados de caimanes y tembladores, y doma un potro salvaje como los mejores. Ejecuta una hazaña que jamás se practica entre los gauchos. Consiste ésta en "colear un toro".[7] El llanero, montando su caballo, se aproxima al toro, lo agarra fuertemente por la cola y luego, apartándose un poco, derriba al más fiero de un tirón con la mayor facilidad. Esta proeza requiere poca fuerza; la ejecutan con destreza mozos de dieciséis años. Esta suerte se originó en España, así como el lazo, la silla de alto fuste y el fuerte bocado.

En su "Tauromaquia" lo dice Pepe Hillo en términos que entendería cualquier llanero: "Otro modo, aunque poco usado, de derribar las reses, es cogiendo la que se pretende por la cola y arreando al mismo tiempo al caballo emparejado con la res, ésta se derriba con facilidad increíble", y añade, al parecer para caballeros aventureros: "aunque este modo de derribar es sumamente fácil y lucido, son muy pocos los que se determinan a exercitarle".[8] En verdad, es un deporte deslucido para el que no sea jinete consumado.

Pronto llegaría Páez a dominar estos secretos y a convertirse en diestro llanero de la escuela más dura. El hato de La Calzada, la universidad donde aprendiera el joven Páez todas estas artes, estaba administrado en esa época por un negro, esclavo del General Pulido, dueño del hato.

---

6. En realidad jaguares, siempre conocidos como tigres en toda Hispanoamérica. *(N. del A.)*
7. Aclarado en español en el original en *N. del A. (N. del T.)*
8. *Tauromaquia,* página 49. *(N. del A.)*

Su nombre era Manuel, aunque todo el mundo lo llamaba Manuelote,[9] por su tamaño, fuerza y brutalidad. Ejercía Manuelote el cargo de "mayordomo", es decir, capataz. Parece curioso que, siendo negro y esclavo, estuviera en la posición de ejercer autoridad sobre hombres libres, y aun sobre hombres blancos como Páez, que no tenía una gota de sangre indígena.

La esclavitud en las colonias españolas no tenía el mismo carácter que la de las colonias inglesas, francesas y holandesas. La naturaleza democrática del español convirtió la esclavitud en una cuestión más bien patriarcal que comercial, como sucede entre los mahometanos. Sin duda Manuelote fue criado en casa del General Pulido casi a la par de los propios hijos de éste. Juntos montarían a caballo y pelearían y si acaso uno de los jóvenes Pulido se cayese del caballo, se reiría Manuel de él sin temer las consecuencias. Le enseñaría posiblemente la dueña de la casa el catecismo, y ocuparía una posición de término medio entre el mono favorito y un cristiano.[10] Pasando los años, llegaría Manuel a ser demasiado grande para tenerlo de juguete, y lo mandarían a una de las haciendas del amo.

Allí, si mostraba disposición para la vida de los Llanos, se le otorgaría confianza y sería promovido, y como a pesar de la esclavitud jamás han existido, ni podían haber existido, barreras raciales en las colonias españolas, se le nombraría administrador. Siendo él mismo esclavo, trataría a todos los que estuviesen bajo sus órdenes como esclavos. Como la casa de vivienda de esa propiedad fue destruida por un incendio, el General Pulido, a la manera azarosa de los días coloniales en los dominios españoles, jamás llegó a reconstruirla y por lo tanto pasaba años sin visitarla. Así que su administrador ha debido ser considerado por los otros empleados casi como el dueño de la hacienda.

Desconfiado, como todos los de su condición, parece que sospechaba que Páez hubiese sido enviado a espiarlo. Bien fuera por suspicacia o por un deseo no antinatural de ejercer su autoridad sobre un blanco, llegó a tratar a Páez con un rigor que rayaba en la crueldad. El

9. La terminación de aumentativo en español corrientemente comporta el sentido de brutalidad además de tamaño. *(N. del A.)*

10. Cristiano designa a un hombre bautizado en la fe y por lo tanto equivale a católico. *(N. del A.)*

tirano lo llamaba siempre "el catire Páez".[11] Bien merecía Páez este apodo, pues siendo moreno en comparación con un europeo, su color vivo, pelo castaño claro y rostro pálido lo hacían aparecer como rubio a los tostados llaneros, por cuyas venas corría su buena parte de sangre india.

Ciertamente no había recibido Páez una crianza delicada, pues fuera de Caracas había poco lujo en la Venezuela de aquellos días, y ninguno ciertamente en el medio donde vio luz por primera vez. Sin embargo, no había nacido en una choza de los Llanos. El mismo cuenta todo lo que tuvo que sufrir. La vida, como él dice, era una continua luca contra las fieras. Los caballos y el ganado, traídos por los españoles[12] de la conquista, se habían vuelto salvajes y erraban por las llanuras a su antojo. Aun hoy se encuentran hordas de caballos y asnos salvajes tanto en los Llanos de Apure como en el Estado Guárico. En algunos hatos son tan feroces los toros que en los rodeos periódicos para marcarlos no es raro que mueran varios caballos en la faena.

La vida del llanero es de las más rudas que es posible imaginar. ¿Cómo sería hace cien años? Manuelote, fuera por su afán de convertir al joven Páez en llanero consumado o bien creyéndolo espía o simplemente porque siendo un hombre brutal no tuvo compasión para el joven, jamás consintió en que éste montara un caballo ya domado. Como el primer deber del peón en Venezuela es montar su caballo al amanecer para "ojear" el ganado, impedir que sea atacado por las fieras, y soportar el terrible calor del llano sin sombra, se comprenderá que resultaba bastante más difícil la tarea montando un potro semisalvaje.

Además de este trabajo, tenía otro que odiaba más. De noche debía vigilar los caballos e impedir que se extraviasen. Los que han hecho esta tarea saben cuán lentamente pasan las horas, aun en climas menos severos que el de Venezuela. Están además los insectos, conocidos allí por "la plaga". Mosquitos, jejenes y todas las endemoniadas especies del mundo de los insectos, aguardan la noche para atacar. El que vigila no puede encender una cerilla para fumar por temor a una estampida. No puede llamar a compañero alguno por la misma razón, y durante toda la noche, contemplando las constelaciones que van cambiando de

11. Véase el capítulo I. "Catire" equivale a "rubio" en España y la Argentina y "huero" en México. *(N. del A.)*
12. Un español, un tal Cristóbal Rodríguez, fue el primero que introdujo el ganado en los Llanos en 1548.

posición, trata de adivinar la hora. Desde luego que en tiempos de Páez no existían las cerillas, y probablemente éste no tendría tabaco, y si un caballo medio domado duplica la faena del jinete durante el día, de noche la cuadriplica.

Todo esto y más tuvo que soportar el joven Páez. El cortar maderos para hacer corrales era sólo una de sus ocupaciones, de ninguna manera la peor, y desde luego no la más peligrosa.

Como son muchos los ríos y riachuelos que dividen los Llanos, el ganado a menudo se niega a meterse en el agua, y un hombre montado a caballo debe vadear a la vanguardia para darle confianza. Casi siempre es éste un experto nadador y está acostumbrado a esta clase de trabajo. Si el río es estrecho, permanece montado, cuidando de no tocar el morro con el bocado, pues esto probablemente haría que el caballo lo echase al agua. El jinete lo guía salpicándole la cabeza de agua por el lado donde quiere que dé la vuelta o, si le ha quitado el bocado del freno como precaución, a fin de que pueda respirar mejor el caballo, le da unos golpecitos suaves con el ronzal, que lleva en la mano. En los ríos más anchos, se desmonta y se deja llevar, agarrado de la cola, aunque tenga que afrontar el peligro de caimanes, caribes y tembladores.

Si acaso el peón no sabe nadar, se agarra a la crin y pasa su brazo por la cruz del animal para sostenerse. Un día Páez, Manuelote y los otros peones llegaron a un río bastante ancho. Manuelote le ordenó que se echara al agua para guiar el ganado, y cuando el desdichado mozo le dijo que no sabía nadar contestó: "Yo no le pregunto a usted si sabe nadar o no; le mando que se tire al río y guíe el ganado". En semejantes circunstancias, se supone que pronto se hizo nadador experto.

Páez, quien después se hiciera famoso por sus asombrosas hazañas como jinete, escribió en su vejez, cómodamente instalado ante una chimenea en Nueva York, una narración sobre cómo había adquirido esa destreza que lo había destacado aun entre los centauros del Llano.[13]

Nos pinta un retrato de Manuelote, el capataz: "Tocóme de capataz un negro alto, taciturno y de severo aspecto, a quien contribuía a hacer más venerable una híspida y poblada barba". Una de las primeras

13. *Memorias del General José Antonio Páez,* p. 27. Edición de Madrid. La edición original apareció en Nueva York en dos volúmenes, 1867-9. *(N. del A.)*

órdenes que recibió, "en voz imperiosa", del formidable negro fue montar un caballo salvaje. Eran escasas las sillas de montar en esos tiempos, y quizá para evitar que se estropease una montura (más valiosa que un hombre) tuvo que montarlo a pelo. Páez dice que sin riendas; por esto ha de entenderse, con toda probabilidad, sin riendas unidas a un bocado, sin más que un ronzal por el morro.

Es cosa común, tanto en las pampas como en los llanos, saltar sobre un caballo salvaje sin montura ni ronzal ni nada para guiarlo.

Esta suerte se ejecuta generalmente dejándose caer sobre el lomo del caballo desde el travesaño de la entrada de la cerca. Este espectáculo tiene lugar a la hora de marcar el ganado, de esquilar las ovejas, o en cualquier otra ocasión en que se reúna la gente y en que se haya bebido bastante. A veces alguien que nunca ha visto esta faena le paga a cualquiera que se estime lo bastante diestro para que la ejecute.

En todo caso, se trata de una suerte que se ejecuta para demostrar la habilidad del jinete. No tiene nada que ver con el proceso de domar un potro joven.

Por lo visto quería decir Páez que montaba sujetando el ronzal con la mano, estando la otra punta atada al morro del caballo. Sea como sea, su descripción del terror que sintiera es en extremo real. En cuanto a las órdenes del negro, no cabía réplica, y el infeliz peón saltó sobre el fiero potro, cogiéndose a las espesas y rudas crines con ambas manos. No bien se había montado cuando la fiera comenzó a dar saltos y corcovos, o tirando furiosas dentelladas al jinete, cuyas piernas corrían grave peligro, trataba de desembarazarse de la insólita carga, y despidiendo fuego por ojos y nariz se lanzaba enfurecido en busca de sus compañeros en los Llanos, como si quisiera que éstos le ayudaran a librarse de su molestia.

El pobre jinete se creyó llevado por un huracán; el viento zumbaba en sus oídos y apenas se atrevía a respirar. Si conservaba abiertos los ojos era solamente para ver si podía hallar auxilio en alguna parte o convencerse de que el peligro no era tan grande como parecía. El terreno que al tranquilo espectador no presentaría la más leve desigualdad, para el aterrado jinete se abría a cada paso en simas espantosas donde la fiera debía despeñarse sin remedio. No había que esperar más ayuda que la que pudiera venir del cielo, y, aguardando su último momento, se encomendó a la Virgen del Carmen, cuyo escapulario llevaba colgado al cuello.

Al fin cesó la angustia, pues el caballo se rindió de puro cansancio. Sin embargo, así como el herrero llega a dominar su oficio mediante el trabajo, también el llanero poco a poco va perdiendo el miedo, y al cabo de un tiempo llega a ser su mayor placer el domar un caballo salvaje.

Aparte del dudoso placer de adiestrar potros salvajes e indómitos el único solaz en la vida de los llaneros era escuchar los melancólicos galerones acompañados por la guitarra de cuatro cuerdas[14] y trenzar cuerdas de pelo de caballo. El mismo Páez nos lo cuenta en sus memorias. Se queja de que jamás llegaba el repique de las campanas a los oídos del llanero y de que, en raras ocasiones, una visita para oír misa a los pueblos vecinos era lo único que los unía a la vida más civilizada.

Vivían y morían como hombres a los que no cupo otro destino que el de luchar contra las fieras de los Llanos.

Fue en esta dura escuela donde Páez se educó, y así gradualmente adquirió una robusta constitución, su fuerza aumentó, su cuerpo se fue haciendo de hierro y surgió de esta dura prueba todo el hombre capaz de resistir las penalidades de tantos años de guerra, en la que debía desempeñar un papel tan importante, y de conservar su vigor intacto hasta la edad de ochenta años. Además de estas penalidades, no faltaban las humillaciones. Después de un día de dura faena en la silla o con el hacha, Manuelote, echado en una hamaca, solía llamarle: "Catire Páez, traiga un camazo con agua y láveme los pies", y después le mandaba que lo meciese hasta quedar dormido. Muchos años después, cuando Páez había alcanzado gran fama, y era dirigente importante en las guerras de la Independencia, por casualidad hizo prisionero a Manuelote en una refriega en un lugar llamado La Mata de la Miel. Lo trató con bondad, y hasta le hizo sentarse en su propia mesa. Al principio el negro se mostró taciturno, y rechazando toda oferta que le hacía Páez para que se quedase con él, sólo le pidió que le diera un salvoconducto para volverse a su casa.

Más tarde el negro, agradecido por el buen trato que había recibido, se incorporó a las filas patriotas. Entonces los soldados que ya conocían la historia decían en su presencia: "Catire Páez, traiga un camazo con agua y láveme los pies". Manuel al fin les contestó molesto: "Ya sé que ustedes dicen eso por mí; pero a mi me deben el tener

14. El cuatro. *(N. del A.)*

a la cabeza un hombre tan fuerte y la Patria una de las mejores lanzas, porque fuí yo quien lo hice hombre".

Así salvaba su conciencia el negro, tan tranquilo como si hubiera sido blanco por los cuatro costados. Una feliz casualidad le permitió a Páez escapar de esta esclavitud y la dura vida del peón de ganado, y le dio su primera oportunidad de superarse.

El negro Manuel fue enviado desde La Calzada a un lugar denominado El Pagüey para marcar algunas cabezas de ganado y preparar otras para ser vendidas. Allí conoció Páez al dueño del hato, un tal Manuel Pulido, quien le tomó simpatía, y como conocía a la familia del joven, lo empleó en vender ganado en la ciudad más próxima. Como desempeñaba bien su trabajo, Pulido lo conservó a su lado, y como sabía leer y escribir, cosa rara[15] entre los llaneros de aquellos días, le fue enseñando el negocio de la ganadería.

El aprendizaje severo que había sufrido le sirvió ahora de mucho. Tan bien le fue, que al poco tiempo pudo comprar ganado por su cuenta y logró reunir suficiente dinero, el cual le sirvió de base para una pequeña fortuna.

Poco después se casó con una dama llamada Dominga Ortíz.[16]

15. No obstante, el autor más adelante hace hincapié varias veces en el hecho de que Páez llegó al poder siendo aún analfabeto. *(N. del T.)*

16. En 1809. Doña Dominga Ortíz nació en Canagua en 1792. Páez, que no fue un marido ejemplar, la abandonó en 1820 y vivió con una tal Doña Barbarita Nieves, célebre belleza.

    Su esposa se retiró a Barinas, donde era muy respetada por su vida ejemplar. Años después, cuando Páez estaba preso en el Castillo de San Antonio, en Cumaná, su esposa le hizo la vida imposible al compartir voluntariamente su prisión. *(N. del A.)*

CAPITULO III

La Capitanía General [1] de Venezuela en la época de la dominación española abarcaba una vasta extensión de territorio. Estaba separada del Virreinato de Nueva Granada, hoy República de Nueva Granada,* por los Andes. Por el norte quedaba el Atlántico, y por el este la Guayana inglesa. Por el sur lindaba con el Brasil, separada solamente por las montañas de Tapirapecú y Paracaima. Aunque eran escasas las vías de comunicación, salvaban en parte esta falta los grandes ríos. El Orinoco, esa gran arteria es alimentado por los ríos que en otros países fuera de Sudamérica serían considerados como de primera magnitud. El Apure, el Arauca, el Portuguesa, el Meta y medio centenar más, son todos más o menos navegables por las pequeñas embarcaciones del país. Las canoas indígenas lo surcaban mucho antes de la Conquista. De poco servían en realidad los ríos en esa época, con excepción de esas pequeñas embarcaciones que navegaban entre las poblaciones de las riberas.

La política de España era excluir a los extranjeros de sus posesiones americanas. No tanto por las cuestiones de comercio o de contrabando, sino por evitar la difusión de las ideas. Todo Gobierno, desde que el mundo es mundo, por estúpido que sea, y los ha habido ciertamente bastante estúpidos para satisfacer al más ortodoxo, se da cuenta instintivamente de que una vez que la gente empieza a pensar su poder terminará pronto.

Monarcas, presidentes, liberales, conservadores, socialistas y comunistas, todos coinciden en que hay que suprimir la libertad de pensamiento una vez que se llega al poder. A pesar de todos los

---

1. Aclarado en español en *N. del A. (N. del T.)*

* El autor quiso decir sin duda *Colombia. (N. del E.)*

esfuerzos de los españoles, resultó imposible mantener ignorantes e inconscientes a los pueblos de Sudamérica. El célebre Don Antonio Nariño tradujo al castellano el Contrato Social de Rousseau,* el cual se difundió como reguero de pólvora en el país. Es difícil explicar la inmensa influencia que ejerciera esta obra, pues nada contiene que no hubiese sido tratado de mucho mejor manera por Platón y Aristóteles. De todos modos era considerada como una obra tan peligrosa que, por haberla traducido, el desdichado Nariño fue encarcelado primero en el calabozo de Cartagena y fue enviado luego preso a España.

Sin duda lo que precipitó la revolución de las colonias españolas fue la ocupación de Madrid por Napoleón y la imposición de un monarca extranjero.

Cuando llegó la noticia a Venezuela, en el año 1810,** las autoridades dejaron ver su intención de reconocer cualquier Gobierno de España con el objeto de destruir las aspiraciones de independencia de los criollos. No se habría podido adoptar una política más corta de vista, pues la única oportunidad que España tenía de mantener su autoridad sobre sus vastísimas colonias era incitarlas a realizar una cruzada contra los franceses. Lejos de hacer esto, recibieron con aclamaciones al capitán francés que traía la noticia de que en España se había establecido un monarca extranjero.

El pueblo de Caracas, justamente indignado y mucho más patriótico que sus propios gobernantes, se rebeló, y habría matado al capitán francés si el Gobierno no lo hubiese enviado de noche con fuerte escolta hasta su barco.

Un marino inglés, un tal capitán Beaver, citado por Páez en sus Memorias, cuenta de modo muy curioso la situación. El también había sido enviado con despachos a Caracas. Inglaterra había firmado la paz con España y Wellington estaba por iniciar su campaña en la península. Beaver traía una comunicación que narraba el traidor secuestro y encarcelamiento del Rey Carlos IV y el ascenso al trono de José, hermano de Napoleón, en Madrid. Naturalmente el despacho

---

* No fue el *Contrato Social,* sino los *Derechos del Hombre. (N. del E.)*

** Fue en 1808, y no en 1810, cuando llegaron a Venezuela las noticias de lo ocurrido en Bayona y en Madrid. Los sucesos a que se refiere el autor en los párrafos que siguen acaecieron, por lo tanto, en el primero de los citados años *(N. del E.)*

de Beaver daba una versión de los sucesos muy diferente de la del emisario francés. Dice Beaver: "La ciudad [Caracas] se puso inmediatamente sobre las armas. Diez mil de sus habitantes rodearon el Palacio del Capitán General y pidieron que se proclamase rey de España a Fernando VII, lo que aquél prometió hacer al día siguiente".

El pueblo de Caracas dudó al parecer de su buena fe, pues, según dice Beaver: "No dándose aún por satisfechos, por medio de heraldos proclamaron al Rey Fernando aquella misma tarde por toda la ciudad con las usuales ceremonias, y colocaron el retrato del Rey entre luces en la galería del Ayuntamiento". Habiendo oído decir que el capitán francés había salido de la ciudad bajo guardia, trescientos hombres lo persiguieron, pero sabiendo él que de ello dependía su vida, espoleó al caballo por el serpenteante sendero que lleva desde las altas montañas hasta abajo a La Guaira, y llegó a bordo de su buque. "A pesar de que el Gobernador me recibió con frialdad", dice Beaver, "los habitantes más respetables de la ciudad me rodearon y me aclamaron como su libertador, y prorrumpieron en gritos de gratitud a Inglaterra".

"A las cinco de la tarde, cuando regresé al Palacio del Gobernador, le pedí que me rindiese la fragata francesa, o que al menos me permitiese apresarla en la bahía. Negóse a una y otra petición y me informó de que había dado órdenes para que se hiciese a la vela inmediatamente. Le dije que yo había tomado disposiciones para que la apresaran si salía del puerto y que si no se encontraba en poder de los españoles a mi regreso a La Guaira,[2] yo mismo la apresaría. Me contestó que ordenaría al Comandante de la Plaza hacer fuego sobre mi buque, si yo intentaba tal cosa, a lo que repuse que él sería responsable de las consecuencias, añadiéndole que la acogida que me había hecho era más de enemigo que de amigo, siendo así que yo le había traído informes de que habían cesado las hostilidades entre nuestros países, y que ahora España estaba en guerra con Francia. Contestóme que nada sabía de eso. Yo le repetí lo que le había dicho, y añadí que si la prisión del rey de España y la ocupación de Madrid no eran actos de hostilidad, ¿qué entendía él

2. En aquellos días el capitán británico y sus oficiales podían haber llegado a La Guaira fácilmente a caballo en tres o cuatro horas, pues por el antiguo sendero de mulas la distancia no es muy superior a veinticuatro millas. *(N. del A.)*

por estado de guerra? Replicóme que nada le había comunicado su Gobierno sobre esa guerra y que no consideraba oficiales los despachos que yo había traído".

Una respuesta muy oficial, cuya lectura no debe sorprender, pues por lo visto al convertirse un hombre en autoridad gubernamental, aunque antes haya sido muy inteligente, es atacado por una especie de "lues gubernatoria" que entorpece la mente.

En 1810 se recibió en Caracas la nueva de la mala situación de España y de la intención del Gobierno de sancionar cualquier medida que frustrara la libertad de las colonias. Los principales ciudadanos de Caracas depusieron al Capitán General y organizaron una Junta que debía gobernar al país hasta que el Trono de España volviese a ser ocupado por sus soberanos natos.

Al leer la historia de las negociaciones que se llevaron a cabo antes de la revolución, viene a la mente el caso de Irlanda. La misma intolerancia y la misma ceguera para los acontecimientos, la arrogancia en el trato para con los representantes del pueblo, el orgullo racial y sobre todo la insolente actitud de parte de las autoridades —en todo esto incurrió el Gobierno de Cádiz en España al tratar con los criollos, como lo hiciera Inglaterra en el caso de los partidarios más moderados del autogobierno en Irlanda.

En Venezuela y en Irlanda las cosas sucedieron de la misma manera y tanto España como Inglaterra perdieron la última oportunidad de retener territorios que fácilmente se hubieran podido apaciguar. Los gobiernos no parecen aprender nunca, y la política gubernamental, tanto de Inglaterra como de España, terminó en la ignominia.

Después de haber hecho muchas peticiones ante el Gobierno español, que entonces se reunía en Cádiz por encontrarse el resto de España en manos de los invasores franceses, y después de haber recibido sólo insultos por respuesta, los representantes de los varios Estados de Venezuela declararon su independencia de la Madre Patria el 5 de julio de 1811.[3] Solamente las provincias de Coro y Maracaibo permanecieron fieles al Gobierno español.

Cuando ya era tarde, el Gobierno español ofreció las medidas que tanto se habían retrasado. Los puertos se abrirían al comercio inter-

3. México y el Río de la Plata siguieron pronto su ejemplo. *(N. del A.)*

nacional. Se decretaría la igualdad de derechos entre los españoles europeos y los criollos de la colonia. Serían eliminados los monopolios. Y por último, todo súbdito de la monarquía española tendría acceso a todo empleo público, civil, militar y eclesiástico.[4]

Cuando se hicieron públicas estas condiciones, Lord Liverpool ordenó al Gobernador de la Isla de Curaçao que mediara con vistas a una conciliación de las colonias. Los términos que proponía eran: Cese inmediato de las hostilidades. Amnistía general para todos los comprometidos en la revolución contra España. Representación de los criollos en las Cortes españolas, y libertad de comercio dando la preferencia a España. La elección de virreyes y gobernadores sin discriminación entre criollos y españoles. El establecimiento de municipalidades en las poblaciones. Finalmente, el reconocimiento por parte de los colonos de la soberanía de las Cortes españolas, como representantes de Fernando VII, entonces prisionero en Francia.

Estas sabias y generosas propuestas, las cuales habrían podido apaciguar a los colonos y reconciliarlos con la Madre Patria, si se hubieran hecho a tiempo, fueron rechazadas por las Cortes españolas.

El 24 de julio de 1810, las Cortes emitieron un manifiesto en el cual expresaban que la libertad de comercio para las colonias sería la peor calamidad que pudiera caber a la Madre Patria. También daban como opinión suya que tal desarrollo llevaría a España a la bancarrota y llegaría a ser juguete de los extranjeros, y que tal comercio atentaba contra todos los derechos de la religión, la moralidad y el orden.

Al ver que nada se lograba con las prolongadas negociaciones, la Junta de Caracas depuso a las autoridades españolas e instituyó un cuerpo legislativo en la capital. Otros se crearon en todas las provincias con excepción de Maracaibo, cuyo Gobernador, Miyares, se apoderó de los nuevos diputados y los remitió como presos de Estado a Puerto Rico. En premio a estos servicios fue nombrado Capitán General de Venezuela, con órdenes de adoptar severas medidas contra los revolucionarios.

4. Ningún gobierno parece aprender nunca de los errores de los demás, o comprender que los derechos, cuando han sido ganados por la fuerza, nunca son mirados como mercedes o privilegios. *(N. del A.)*

El valiente pero desafortunado Miranda, cuya entrega en manos del General español Monteverde por una acusación de traición (nunca probada) fue una mancha indeleble en la carrera de Bolívar,* fue el primer Comandante en Jefe patriota. La Junta de Caracas envió también al Marqués del Toro, caballero rico y liberal que ostentaba uno de los pocos títulos nobiliarios del país, para operar contra la ciudad de Maracaibo. Después de unas victorias preliminares, al ver el Marqués en peligro sus comunicaciones, se vio obligado a retirarse.

Contaba ahora Páez veinte años cuando fue llamado a las armas a comienzos de 1810. Era para esta época todo un llanero, tan experto con el lazo como en el arte de domar caballos salvajes, y acostumbrado a todos los peligros que ofrecía la vida en los Llanos. Se alistó, como es natural, en la caballería, y sirvió primero en la provincia de Barinas bajo las órdenes de su antiguo patrón Don Manuel Pulido. Sirvió durante corto tiempo, y poco antes de la ocupación del país por los realistas bajo el mando del General español Don Domingo Monteverde, se retiró del ejército en 1813 con licencia indefinida[5] después de haber alcanzado el grado de sargento. Se supone que regresó a su pequeño hato, llevando allí una vida tranquila, cuando al

* El episodio de la prisión de Miranda en La Guaira ha sido definitivamente aclarado en los últimos años, en especial por los documentados estudios del doctor Lecuna, recogidos en su *Catálogo de errores y columnias* ya citado. Hoy está probado que el Libertador participó en el arresto del Generalísimo con el propósito de desconocer la capitulación de San Mateo y proseguir la lucha contra los españoles, como lo hizo constar el propio Bolívar en comunicación dirigida al Presidente del Congreso de Colombia, fechada en Trujillo a 26 de agosto de 1821. Así ha venido a confirmarlo ahora —en documento todavía inédito que pertenece a Alfredo Boulton— el insospechable testimonio de Narciso Coll y Prat, Arzobispo de Caracas entre 1810 y 1816, a quien no podría en ningún caso tildarse de parcial en favor de Bolívar. En una exposición dirigida a Fernando VII, el prelado recuerda la indignación con que recibieron los oficiales patriotas la noticia de que Miranda había capitulado, y su intención de desconocer ese acto y de continuar la lucha. Por lo demás, cuando Bolívar y sus compañeros arrestaron al Precursor, La Guaira estaba todavía en poder de los patriotas; y fue horas más tarde, al acatar la capitulación el comandante de la plaza Manuel María Casas, cuando Miranda vino a caer en manos de los españoles. Es, pues, completamente falsa la especie de que Bolívar hubiese entregado a Miranda a los realistas. *(N. del E.)*

5. Aclarado en español en *N. del A. (N. del T.)*

poco tiempo recibió una orden del General español Don Antonio Tíscar, la cual le prevenía que debía presentarse de inmediato en el hato de Carrao, que quedaba a unas cincuenta leguas, recoger todos los caballos mansos y ganado mayor de dicho hato y conducirlos a su Cuartel General en Barinas. Aunque Páez no era soldado español —por el contrario era sargento de las filas revolucionarias— creyó prudente obedecer la orden. De no haberlo hecho, la desobediencia podría haberle costado la vida. Con la renuencia que es de suponer, se dirigió al hato y de los grandes rebaños que allí había sólo llevó mil reses, junto con doscientos caballos, al Cuartel General de Tíscar. El General le tomó simpatía y lo invitó a comer a su casa, donde sabía reunidos varios oficiales españoles contra quienes había peleado Páez hacía poco. Con toda probabilidad se trataba de realistas venezolanos, porque en esa época había pocos soldados realmente españoles en el país. Estos debían venir más tarde bajo el mando del General Morillo. Como Tíscar había impuesto una contribución de dinero forzosa para continuar la campaña, Páez le preguntó con qué cantidad debía contribuir y aquél le contestó: "Ninguna, pues pienso destinarlo a la caballería con el grado de capitán". Nada podría haberle resultado más desagradabe al joven patriota. Ya Bolívar estaba en campaña, y aunque sus primeros intentos fueron desastrosos, se había fijado la atención de los revolucionarios en el joven jefe. Pertenecía Bolívar a la misma clase social que el Marqués del Toro: era rico, había viajado por Europa y disfrutado de las ventajas de una educación que jamás tuvo Páez. Como Bolívar naciera en 1783, era siete años mayor que Páez, quien estaba destinado a llegar a ser uno de sus mejores oficiales. Joven, rico y emprendedor, excelente jinete y de un valor que rayaba en lo temerario, Bolívar era el tipo de General que había de ganarse la admiración del joven llanero. Por un tiempo retuvo el General Tíscar a Páez, posiblemente porque no confiaba del todo en su lealtad.

Después de un mes de inactividad, recibió Páez su comisión de capitán y el mando de una tropa de caballería de manos del Teniente Montero, con órdenes de estar preparado para ponerse en marcha. Tíscar pensaba atacar a Bolívar a sabiendas de que este disponía de escasas tropas.

Páez, que ya se había ganado la confianza de Tíscar, le pidió permiso para regresar a su hato por unos días para recoger lo nece-

sario para la campaña. Fue ésta su oportunidad y decidió aprovecharla para unirse a los patriotas. Guiado por un tal Acevedo, contrabandista, y en compañía de un amigo, Don Antonio María Fernández, cruzó las montañas de Pedraza, y en el pequeño pueblo de Santa Bárbara encontró al comandante patriota Manuel Pulido con una compañía de soldados.

A la sazón Bolívar se había retirado hacia Caracas con el grueso de sus fuerzas, de modo que el gobierno local de Barinas sólo contaba con sus propios recursos para combatir a los realistas. El General Tíscar, de quien había escapado Páez, fue derrotado y se retiró hacia San Fernando de Apure, ciudad que llegaría a ser escena de muchos combates. Está situada a orillas del Apure, a una distancia de cien millas del punto en que éste se une con el Orinoco. El río Apure es navegable durante la mayor parte del año para las ligeras embarcaciones veleras del campo. Estas barcas, generalmente de un solo mástil y abalandradas, llevan una gran vela mayor cangreja cuadrada y una vela gavia muy grande, pero poco velamen de trinquete. Se deslizan por el agua con rapidez considerable y cuando surgen de la lejanía en el río con su potente casco de madera y su misteriosa apariencia, a un lugar abierto, parecen haber salido de otro mundo.

Para esa época tenía Venezuela escasísima población. La extensa área de la Capitanía General se calculaba que tenía solamente ochocientos mil habitantes. No había concentración de población fuera de la capital. Por lo tanto los combates que tanto duraron contra los españoles tenían generalmente el carácter de guerrillas. Era el llanero el mejor dotado para este tipo de acción. Paciente para las penalidades, jinete nato, y avezado desde la juventud a los peligros de la vida a campo abierto, no deseaba ninguna intendencia, sino que vivía del ganado tan abundante en los Llanos. Los caballos eran numerosos y todos estos rudos jinetes parecían comprender naturalmente el uso de la lanza y el sable, o al menos necesitaban poca instrucción en esas artes.

El Gobierno temporal ofreció a Páez el grado de capitán como compensación por el grado que había rehusado entre los realistas.

En años venideros, sus enemigos —y era de la clase de hombres que con la misma facilidad se granjean amigos que enemigos— le echarían en cara el haber servido en las tropas enemigas de su patria. Nada más injusto, ya que es difícil que hubiese podido actuar de otra manera en aquellas circunstancias.

En el mes de octubre de 1813 tuvo su primera victoria como jefe. Se le ordenó atacar un destacamento español de unos cuatrocientos hombres en un lugar llamado Canaguá. Páez los sorprendió al amanecer, infligiéndoles una derrota total, y emprendió la marcha hacia Barinas con muchos prisioneros.

No duró su buena suerte, y se vio en un conflicto del cual pocos hombres habrían salido con vida. En el camino a Barinas encontró a un soldado que le informó de que había sido tomada por los españoles y que los patriotas se habían retirado a San Carlos, otra pequeña población. Separado así de su base, Páez resolvió refugiarse en Guasdualito y en caso de no poderse sostener allí retirarse hacia las llanuras de Casanare, en territorio granadino. Estas llanuras son una prolongación de los Llanos de Apure, y constituyen una de las regiones más salvajes de Sudamérica. Tiene hoy pocos habitantes, y en esa época aún tendría menos, pero por otra parte había bastante ganado para proporcionar sustento a los hombres que seguían a Páez. Páez tenía poca confianza en la lealtad de sus seguidores, que lo acompañaban más por simpatía hacia él mismo que por patriotismo. Por lo tanto, pidió al soldado que le trajo la noticia que no revelase la derrota de los patriotas. Este prometió no hacerlo, mas a la manera de la mayoría de los que prometen, no cumplió la palabra. A la madrugada siguiente, Páez informó oficialmente a sus hombres de la derrota y les pidió que lo acompañaran a los salvajes Llanos de Casanare en caso de ser necesario. Con excepción de veinte, soltaron las armas y lo dejaron en el aprieto. Al mediodía hicieron alto en un hato para comer. Allí todos lo abandonaron, salvo José Fernández, mozo de dieciséis años. Vagaron durante cuatro días por aquellos parajes inhóspitos sufriendo hambre, sed y la plaga de los insectos que hacía la vida casi intolerable, no atreviéndose a acercarse a una casa, aunque las casas debían ser pocas y distantes. El mísero muchacho, que moría de hambre y sed, medio enloquecido por los mosquitos y calado hasta los huesos, pues era la estación de las lluvias, oyendo hablar en su desesperación de una fuerza española a algunas millas de distancia, fue a entregarse a ellos, que lo fusilaron despues de uno o dos días.

Quedó solo Páez, errando por aquellas llanuras sin atreverse a comunicarse con nadie, pues toda la población de Barinas era realista. Lo que tuvo que soportar sólo pueden imaginárselo los que conocen

esas regiones y han sentido los rayos inclementes del sol en aquellas llanuras y han sufrido las plagas de insectos en la noche.

Iba bien montado, y probablemente sufrió menos su caballo que él mismo, ya que había abundante pasto. Cómo sobrevivió Páez es asombroso. Las armas de entonces no eran apropiadas para la caza. Además no se habría atrevido a disparar por temor a atraer la atención de algún enemigo. Posiblemente pudo echar mano a alguna iguana o a un cachicamo de vez en cuando, y como buen llanero llevaría seguramente piedra de yesca para hacer fuego. El día debía de resultarle un purgatorio, escondido en los bosques o en la hierba cercana a los ríos, protegiéndose del sol como mejor podía bajo la escasa sombra que proporcionaban los morichales, siempre con un ojo puesto en el horizonte y el otro en su caballo, pues perderlo significaba perder la vida, ya que sin caballo no tenía modo de escapar en caso de ser perseguido. El más miserable "caney"[6] le habría hecho feliz por la noche. El tener que esconderse en los bosques o en alguna cueva, blanco de cuanto insecto existiese allí, ha debido resultarle intolerable a un hombre debilitado por la falta de alimento y enloquecido por los rayos del sol; después de beber del río cuanta agua le cupiera, probablemente encendería una hoguera.

Al socaire del fuego, muy metido en el humo para protegerse todo lo que era posible de los vampiros y mosquitos, jejenes y todas las otras plagas, él y su caballo se alebrarían esperando la luz del día como los pájaros de los climas septentrionales dormitan en la nieve. Al fin, después de una semana de tantas penalidades, llegó el momento de decidirse a morirse de hambre y de la inclemencia del tiempo o entregarse al enemigo con la esperanza de salir con vida. Cualquiera de las dos alternativas era suficiente para desconcertar al más valiente, ya que los realistas mataban a primera vista.

Después de reflexionar largamente y pesar bien las oportunidades por ambos lados, optó por entregarse. En su vejez, exiliado en Nueva York después de haber sido dos veces Presidente de Venezuela, narra detalladamente cómo le fue.[7]

Estas reminiscencias son narradas con tal espontaneidad que parecen haber sido escritas poco después de los sucesos. Páez no se vio

6. Un caney es una choza sin paredes. Su techo es generalmente de palmas o enea. *(N. del A.)*
7. *Memorias del General José Antonio Páez (N. del A.)*

a sí mismo glorificado por la juventud, como acostumbran tantos escritores en su vejez, sino que anotó todo lo que sucedió como en un diario.

Como ocurre a menudo en las guerras civiles, peleaban en bandos contrarios padres contra hijos y amigos contra amigos. Seguían siendo amigos si se presentaba la oportunidad, pero esto ocurría rara vez.

Páez no dice cómo entró en comunicación con Don Manuel Pacheco, Comandante Militar de Canaguá, que era amigo suyo. Todo lo que nos dice es: "Un día, Pacheco envió a un soldado con un recado pidiéndome que fuera a hablar con él". Lo más probable es que Páez hubiese sido visto, cuando se ocultaba en sus escondites, por algunas personas que no quisieron entregarlo. El dice: "Pacheco, aunque amigo, me había estado persiguiendo como si fuera un enemigo". Páez devolvió el recado con el soldado, pidiendo a Pacheco que fuese a verle, pero solo. Dónde se encontraron no lo dice Páez, pero Pacheco acudió a la cita. Allí expresó su pesar por ver a Páez en un estado tan mísero, y lamentó que no estuvieran los dos del mismo lado en la contienda. Pero dijo que las autoridades realistas no estaban enojadas contra él y que como el Gobernador de Barinas era Don José María Luzardo, de Maracaibo, amigo de ambos, si Páez se le presentaba estaría perfectamente seguro.

Páez concibió un plan de reunirse de nuevo con los patriotas en San Carlos, para lo cual debía obtener un pasaporte de Pacheco para Barinas, y allí otro de Luzardo con el pretexto de ir a presentarse al Coronel Yáñez en su cuartel general de Guanare. El riesgo era desesperado, pero al menos con un pasaporte podía viajar abiertamente, y confiar en su suerte para unirse a los patriotas. Con cierta imprudencia, fue al día siguiente a la población de San Carlos donde tenía una casa. Lo primero que vio fue un piquete de unos treinta soldados de caballería delante de su casa. Se apeó del caballo y se dirigió, con su mosquete cargado, al grupo, diciéndoles:

—Señores, aquí estoy: soy el mismo a quien ustedes han estado buscando; si quieren tomar venganza de mí, ahora tienen la ocasión.

—No queremos ninguna venganza —contestaron, y luego gritaron— ¡Viva el Voluntario José Antonio Páez! —afectando creer que éste se había arrepentido y que se unía a los realistas.

El Capitán Pacheco le pidió la espada. Páez se la entregó inmediatamente, confiando en su buena fe. Tan pronto como Pacheco obtuvo la espada, entró en casa de Páez y se apoderó de su trabuco. Páez en-

tonces le pidió un pasaporte, pero Pacheco le contestó que era innecesario pues como él debía ir a esa ciudad al día siguiente, Páez podía acompañarlo, y así se encontraría a salvo en su compañía. Esto parece haber despertado las sospechas de Páez, pues le pidió que le devolviera sus armas. Como Pacheco se negara a dárselas, Páez entró en la casa de aquél y las tomó. Dice Páez: "Salí a la calle y por media hora estuve provocándoles hasta que al fin les dije 'si quieren llevarme sin armas, vengan a tomarlas' ". Pacheco, que por lo visto había actuado de mala fe desde el principio, se dirigió a los soldados ordenándoles que le quitasen las armas. Un viejo sargento realista dijo: "Ciertamente es nuestro deber", y se dispuso a quitárselas por la fuerza. Páez dio un salto atrás y blandiendo su espada dijo: "Sin duda podrán quitármelas, pero costará una o dos vidas, y yo lucharé hasta morir". Viendo que la cosa iba en serio, los soldados se negaron a moverse, y Páez y Pacheco salieron de Barinas. En el paso del río Pagüey, un fraile, un tal Simón Archila, gran amigo de Páez, le salió al encuentro, y llamándolo, dijo que sentía mucho verle y había hecho mal en confiar en promesas ya que sin duda los españoles se alegrarían de apoderarse de él. Páez le informó que su único objetivo era reunirse con los patriotas y que en el acto pediría a Pacheco que despidiese a sus hombres o que de lo contrario no seguiría con éste. Fray Simón le rogó que no lo hiciese, pues como se le había visto hablando con Páez, se pensaría que tal resolución se debía a un consejo de su parte, y esto mucho le perjudicaría. Páez esperó hasta que hubieron andado dos o tres leguas más para poner en práctica su decisión, y luego de esto, después de largas consultas, Pacheco despidió al piquete y siguieron el camino los dos solos.

En las afueras de la ciudad le dijo Páez: "Amigo, ha llegado el momento de que usted me demuestre su amistad. Tráigame un pasaporte del Gobernador Luzardo y yo esperaré aquí hasta que me lo traiga". Al poco tiempo regresó Pacheco con una carta del Gobernador en la que le manifestaba el deseo de hablar con Páez, asegurándole que podía confiar en estar a salvo. El Gobernador lo recibió amistosamente y le dijo que su idea de presentarse a Yáñez no era buena y que sería mejor que se quedase allí en su casa. Confiando en su palabra, Páez, que parece haber sido muy poco suspicaz a la sazón, fue a casa de Luzardo. Al cabo de un par de horas llegó un mensaje en el que le decía que para guardar las apariencias debía someterse por fórmula a tres días de arresto. Al tercer día, cuando esperaba ser puesto en libertad,

llegó el Comandante español Antonio Pérez con una fuerza de caballería. Habiendo sido proclamado Gobernador Militar de la Provincia, inmediatamente envió a un oficial a la prisión, donde Páez estaba bajo lo que él imaginaba ser un arresto hipotético. El oficial, Capitán Rafarte, cuando un teniente, un tal García, le preguntó si sus grillos podían ser ligeros, le respondió: "Ligeros, ¿eh? Ya veremos". Páez, que era joven y, en esta ocasión, exaltado, exclamó que no quería grillos ligeros, y tomando un par de los más pesados pidió como favor que se los colocasen. Parece que el Capitán Rafarte le tomó simpatía desde el comienzo, porque en lugar de mandarlo fusilar, como podría haber hecho, se rió de la bravata del joven llanero. Con los grilletes puestos, Páez se sentó en una hamaca y comenzó a canturrear en voz baja, posiblemente uno de esos interminables galerones que gustan a los llaneros.[8] Un oficial, quizá impresionado por su coraje y juventud, le advirtió a Páez que no cantara, pues podía predisponer a las autoridades en su contra, de creer que lo hacía por burla.

Poco después entró Rafarte y le dijo a Páez que lo siguiera, pues necesitaba los grillos pesados para un preso enorme, un tal Juancho Silva, mulato de tan extraordinaria fuerza que solía coger un toro bravo por los cuernos y contenerlo mientras le hundía una estocada. Desde aquel momento —dice Páez— Rafarte manifestó mucho interés por él y trató de salvarle la vida, porque, añade, estar preso en aquellos tiempos valía tanto como estar condenado a muerte. Desgraciadamente, en aquellos días y aun casi hasta el comienzo de este siglo, tal era la práctica en casi todas las repúblicas hispanoamericanas durante las guerras civiles.

Después de un intervalo apareció Puy, el nuevo Gobernador que llegó para reemplazar a Luzardo. Puy era un bárbaro cruel que se deleitaba en jugar al ratón y el gato con cualquier desdichado patriota que cayera en sus manos. Preguntó a Páez su nombre y el grado que

8. Algunos de los galerones son interminables, pero hay canciones más breves en forma de "coplas" de cuatro versos, que se llaman "corridos".

"Cuando monto en mi caballo
Y me fajo mi machete
No envidio la suerte de nadie
Ni aún al mismo Presidente".

Pudo ser algo de esta clase lo que Páez cantaba. Tenía buena voz, y en años posteriores le gustaba exhibirla. *(N. del A.)*

tenía en el ejército insurgente, y después se dirigió al carcelero diciendo: "Mire usted que los grillos de este señor Capitán estén bien remachados. Si él se escapa, le cortaré a usted la cabeza", y diciendo esto tocó el sable que llevaba. Pasada una hora, se presentó el Comandante Ignacio Correa con una compañía de lanceros. Leyó la lista de los condenados a muerte o, como reza el dicho español, los que debían ser puestos "en capilla".[9] Páez era el cuarto de la lista, y al salir pidió que se le permitiese coger su sombrero, a lo cual contestó el Comandante con una sonrisa burlona: "Ya no lo encontrará necesario". Los prisioneros fueron llevados a una habitación tan pequeña que era imposible sentarse. Es fácil imaginar qué clase de noche pasarían en semejante clima. A la mañana siguiente llegó la esposa de Páez, Doña Dominga Ortíz, con objeto de informarse acerca de su marido, ignorando que estaba condenado a muerte. Traía una carta de Fray Simón Archila en la que expresaba su esperanza de que las autoridades no llegasen a extremos con Páez, ya que era joven y excelente persona. Quiso el azar que se encontrara en la puerta con el Gobernador, y al enterarse éste de quién se trataba, la cubrió de injurias e improperios, amenazándola con mandarla fusilar si no se retiraba al instante.

Al leer Puy la carta todo lo que le dijo fue: "Este pícaro fraile debe ser un patriota". Afortunadamente, al cabo de unas dos horas se le permitió a Páez acercarse a la puerta para respirar un poco de aire y tomar agua.

Un comerciante español lo vio por casualidad y le manifestó cuanto sentía ver a un joven en tan triste situación y condenado a muerte. Páez le imploró que utilizara su influencia, pues se le respetaba mucho en la ciudad, para que Puy aceptara un rescate. Apoyado por el Capitán Rafarte, a quien parecía haberle impresionado Páez, volvió el comerciante al cabo de una hora diciendo que Puy le perdonaba la vida a cambio de trescientos pesos. Aunque el comerciante, un tal Escutarol, tuvo miedo de ser su fiador, consiguió otro que se ofreciera a serlo.

9. "Poner en capilla". Los criminales españoles en aquel tiempo, cuando eran condenados a muerte, eran puestos en una pequeña capilla u oratorio, donde pasaban la noche escuchando las exhortaciones de un fraile. Poco a poco la frase vino a ser aplicada al lugar donde eran llevados los prisioneros la noche anterior a su ejecución. En un lugar tal como San Carlos, se trataba probablemente de un simple cuarto en que el condenado era separado de los otros presos. *(N. del A.)*

Páez fue sacado de la cárcel y le fueron sacados los grillos. Cuando subía por la escalera se encontró con un caballero, don Marcos León, de quien dice Páez que era "de edad avanzada y de apariencia distinguida". Páez y él fueron llevados a presencia del Gobernador al mismo tiempo. Después de hacer algunas preguntas a León, Puy hizo devolverlo a la prisión. Aquella misma noche fueron matados salvajemente los prisioneros a lanzazos, incluyendo el desafortunado León. Como no se le acusó de nada, pensó Páez que había sido su substituto. Viendo una oportunidad de hacer una ganancia, Puy negó el perdón diciendo que ahora exigía seiscientos pesos en lugar de los trescientos acordados. No es posible razonar con un tigre cuando nos tiene puesta encima la garra. Páez los tuvo que pagar sin chistar. No explica Páez por qué al verse libre no montó en su caballo para irse a esconder aunque fuera en las llanuras de Casanare. Es posible que estuviera vigilado todo el tiempo y la cuestión del rescate fuese sólo un truco para sacarle dinero; lo cierto es que permaneció en Barinas por quince días.

Entonces, el 5 de diciembre, fecha que probablemente ya no olvidaría, le llegó un soldado con un mensaje del Gobernador en que éste le ordenaba presentarse a él. Apenas entró Páez en el cuarto cuando Puy preguntó a un soldado que había servido a las órdenes de Páez, "con qué número de gente atacó Páez al destacamento que había desarmado". El soldado le contestó que con ciento cincuenta. Entonces, volviéndose a Páez le preguntó: "¿Dónde están las armas?"

Sin esperar respuesta, Puy se dirigió a un oficial diciéndole: "Lleve usted al caballero a la cárcel, remáchele un par de grillos y póngale en capilla". Pensó Páez que esta vez no habría salvación, como realmente no la hubiera habido si no se hubiera salvado como por un milagro. Durante la noche una pequeña banda de patriotas atacó la ciudad. Uno de esos pánicos que de vez en cuando invaden un ejército, haciéndolo huir de estampía, cundió entre los realistas. A toda prisa ensillaron los caballos con su Gobernador a la cabeza y evacuaron la ciudad, demasiado alarmados para hacer más que enviar un piquete a cuyo encuentro salió la pequeña banda de patriotas, que a su desafiante pregunta sobre su identidad dio la respuesta: "Soldados Libres de la Muerte". Como era una noche de luna clara, la pequeña banda de Soldados de la Muerte parecía más numerosa de lo que era, y Puy temió que iban a atacar y dio órdenes de retirarse.

No tuvo tiempo siquiera de ordenar la matanza de los prisioneros, como era su costumbre, sino que huyó hacia San Fernando de Apure sin que nadie lo persiguiera. Por segunda vez en una quincena fue arrancado Páez de las garras de la muerte. Había en la prisión de Barinas más de cien prisioneros que esperaban ser ejecutados, y en otro lugar se encontraban confinadas muchas esposas e hijas de los patriotas.

Lo primero que hizo Páez al verse libre fue ir a casa a buscar sus armas. Afortunadamente encontró su caballo y, montándolo, espada en mano, llegó hasta la cárcel. El guardia huyó y Páez convenció a planazos al carcelero de que abriera los calabozos. No tardaron los prisioneros en salir, muchos de ellos sin esperar que les quitasen los grillos. Después derrumbó la puerta del edificio donde se encontraban las mujeres. Tan enfurecido estaba que resolvió seguir a Puy, introducirse en sus filas y vengarse de él.

Sin embargo, llevaba Puy demasiada ventaja. Al llegar Páez al río Pagüey encontró a un Teniente realista, Diego Ramírez, y los dos continuaron su camino conversando. Era tal la ira que sentía Páez que su primera intención fue matar al Teniente. Afortunadamente dominó sus impulsos, y siguieron cabalgando por espacio de una hora, sin que Ramírez sospechara de lo que había escapado. Cuando llegó Páez a su casa en Canaguá, el pueblo estaba desierto, con excepción de unas pocas familias. Su hermana, loca de alegría por verle, estaba preparando el desayuno para su hermano y Ramírez cuando llegaron Escutarol y otro español, los cuales, con gran sorpresa de Páez, se extrañaron de verlo, pues creían que había sido masacrado junto con los otros prisioneros. Los cuatro desayunaron amistosamente. Como los españoles se preparaban para seguir a Puy en su retirada y no tenían dinero, pidieron a Páez que les ayudase. Todo lo que tenía era la suma de sesenta pesos, y dándoles cincuenta y nueve, cuando Ramírez le dijo que no tenía dinero alguno, le dio el último peso a él. El incidente era típico de Sudamérica, donde el dinero tenía escasa importancia en esos días y aunque la lucha era cruenta no dejaba de existir cierta camaradería, en esas sangrientas guerras, entre los hombres. Una vez más se encontraba Páez en los Llanos solo. Su caballo estaba agotado y debía proveerse de otro. Cerca de Canaguá tenía un hato. Allí cambió de caballo; mas seguían los contratiempos. Al llegar a su casa, había cinco soldados del Ejército de Yáñez en la puerta, y al llegar Páez detuvieron el caballo cogiéndolo por las riendas. Al ser interrogado, les dio un nombre

fingido, manifestándoles que era su intención unirse a los realistas. No le creyeron, y le pidieron que entregase las armas, pues pensaban llevarlo preso. Entonces dijo Páez: "Estoy resuelto a no entregar mis armas mientras tenga aliento". Los soldados, que por lo visto tenían pocas ganas de pelear, desistieron de su propósito y le preguntaron dónde podrían conseguir comida. Probablemente no serían españoles sino realistas venezolanos. Su jefe era un joven llamado Rafael Toro, y mientras conversaban, éste y Páez se hicieron amigos. Sería realista de poca convicción, pues al decirle Páez que era Capitán de las fuerzas patriotas y que había dejado su compañía a la salida del pueblo, gritó "¡Viva la República!" con tanta energía que Páez tuvo que hacerle callar y preguntar cuál sería la reacción de sus compañeros al oírle, a lo que Toro contestó: "Mis hombres harán lo que yo les ordene". De modo que Páez se encontró de repente a la cabeza de una pequeña banda de hombres, quienes hacía una hora habían sido sus enemigos. Al día siguiente, como no aparecía soldado alguno, Toro le manifestó a Páez su convicción de que no existía tal compañía pero que como había dado su palabra de seguirlo para servir con los patriotas, la cumpliría, si bien con la condición de que se dirigiesen a Barinas para tratar de encontrar reclutas. Desde luego Páez estuvo de acuerdo, y a medida que pasaban, en cada pueblo que les quedaba en el camino se unían al bando uno o dos hombres, de modo que al llegar a Barinas mandaba Páez una pequeña tropa. Los ciudadanos, que según parece pasaban de un bando a otro sin mucha dificultad, quisieron nombrarlo Gobernador. El les dijo que resultaba imposible defender la ciudad contra las fuerzas que pronto la atacarían y les aconsejó que estuviesen tranquilos por el momento, prometiendo ayudarles en circunstancias más favorables.

Resultó en efecto feliz la idea de Toro de dirigirse a Barinas, pues la misma noche en que habían partido para Canaguá estuvo tras ellos el comandante Miguel Mendino con fuerte tropa de caballería, buscando a Páez y jurando matarlo instantáneamente si lo encontraba. En los Llanos constituyen los caballos el primer elemento de guerra y Páez y sus acompañantes iban pobremente montados, de modo que con siete de sus hombres fue hasta La Calzada, hato en que había hecho su rudo aprendizaje, para tomar caballos frescos. Tuvo Páez recelo de quedarse a dormir en La Calzada, de manera que decidió pasar la noche en la sabana con los caballos elegidos. Fue suerte que así lo decidiera, pues poco antes del amanecer aparecieron en el hato el Mayor Mendino y

sus hombres. Pero el pájaro había volado y una muchacha que lavaba ropa nada sabía excepto que Páez y sus hombres habían dormido en la sabana. Toro y sus compañeros, ignorando el peligro que corrían, querían regresar a La Calzada para acorralar y domar los caballos. En esa época abundaban los caballos en los Llanos, pero el que quería uno tenía que enlazarlo y domarlo. Páez había elegido algún otro sitio, ya en la ciénaga, ya cerca de la ribera, en cuyo límite podrían ser retenidos los caballos para domarlos. Cerca del lugar había un árbol solitario, al cual subió Páez, y mientras sus seguidores empujaban los caballos hacia abajo de las ramas, él los enlazó con facilidad.

Los caballos que enlazara debían de estar amansados, pues no tuvieron dificultad de ensillarlos y montarlos. Estando ya listos para partir, uno de sus hombres observó una tropa de caballería que se encontraba en las afueras de un bosquecillo que se llamaba "La Mata de León",[10] pronta a atacarlos. Como el bando de Páez era poco numeroso y entre todos sólo disponían de un mosquete y tres lanzas para hacer frente a cuarenta hombres bien armados y montados, todo lo que podían hacer era huir. Y huyeron para salvar la vida, con los de caballería disparando de vez en cuando, pero sin matar a nadie. Al llegar a la orilla del Cajaro, se lanzaron al agua a pesar de los caimanes, temblabadores y caribes. Cruzó Páez el último, y aunque le silbaban las balas por encima de la cabeza, llegó sano y salvo a la otra orilla. A los perseguidores no les gustó un procedimiento tan desesperado[11] y no los per-

10. Las concentraciones de plantas en los bosques, que generalmente están formadas por palmeras moriches, y que salpican los Llanos como islas, son conocidas por el nombre de matas. En su mayor parte tienen nombres como La Mata del León, La Mata del Tigre, La Mata de los Zamuros, La Mata de San Juan, etc. *(N. del A.)*

11. Su fuga es un paralelo de la fuga de Kinmount Willie en las Baladas Fronterizas, fuga que este personaje literario realizó del Castillo de Carlisle, y su travesía a nado del Edén con el caballo, con la excepción de que Willie el Kinmount estaba aherrojado.

> "Buccleugh ha vuelto al Agua del Edén
> Incluso aunque ésta rebosa hasta los bordes,
> Y se ha echado a él con toda su banda
> Y nadan seguros a través de la corriente.
> Terriblemente asombrado se quedó Lord Scroope:
> que se quedó de piedra:
> Apenas se atrevió a volver los ojos
> Hacia el agua por donde se habían ido". *(N. del A.)*

siguieron, de modo que Páez y sus hombres se encaminaron a Barinas. Todavía le esperaba otra gran aventura antes de llegar a esa ciudad. Su caballo, que tan útil le había sido hasta ese momento, empezó a temblar violentamente, sin avanzar sino despacio y arrastrando las patas. De haber ocurrido esto en la otra ribera del Cajaro, no habría vivido Páez para escribir sus memorias, mas afortunadamente todo acabó bien. Al ver un negro que venía por el camino montando un hermoso caballo, esperó a que se le acercara. Entonces saltó de repente a tierra, espada en mano, y cogió las riendas del caballo del negro. Sorprendido el negro desmontó del caballo sin oponer resistencia. Lo montó Páez y siguió con los demás hacia Barinas, todos riendo por sus últimas aventuras, cuando descubrieron un grupo de hombres que los perseguían. A la cabeza iba el negro, montado en el caballo que Páez había abandonado y que por lo visto había recobrado su fuerzas en seguida. Los jinetes resultaron ser unos hacendados vecinos que al ver el incidente del negro y su caballo creyeron que Páez y los suyos eran bandidos y, viendo que eran pocos, se disponían a capturarlos. Dieron la bienvenida a Páez y sus hombres, pues eran amigos de él, y los invitaron a sus casas, donde fueron atendidos regiamente.

Tal era la guerra de guerrillas en aquellos días. Republicanos y realistas hacían matanza de sus prisioneros a conciencia, salvando su responsabilidad moral con los gritos de "Libertad" o "Lealtad".

CAPITULO IV

Mientras Páez se perfeccionaba en el arte de las guerrillas llaneras, en las que llegó a ser maestro consumado, recrudecía cada día más la lucha por la independencia bajo la jefatura del gran Bolívar. El Gobierno español, aunque no era en esa época sino una bobada en Cádiz, ya que todo el resto del país estaba ocupado por los franceses, y había sido coronado en Madrid José Bonaparte, a quien llamaban los españoles "Pepe Botella",[1] aun seguía siendo tan autocrático y tan decidido a no conceder gobierno propio a las colonias como cuando España era verdaderamente una gran potencia.

El Gobierno de Cádiz no se contentó con tener que librar una lucha desesperada por su propia independencia contra Napoleón, sino que estaba empecinado en realizar un esfuerzo supremo para aplacar la rebelión en Venezuela, empresa que exigía recursos mayores de los que poseía España en ese momento, agobiada como estaba por la guerra en su propio territorio.

Las fuerzas de que disponía eran pocas, pero por otra parte la población entera de Venezuela, según los cálculos de Humboldt, era de unos ochocientos mil habitantes por esa época. Aunque las fuerzas de ambos bandos eran reducidas, pues España nunca tuvo más de diez mil soldados combatiendo en el campo de batalla y el ejército de los patriotas no ha debido de ser mucho mayor, los problemas en disputa eran grandes. La concentración de grandes ejércitos no implica que el premio por el que luchan esté necesariamente en proporción a su tamaño. En Venezuela el resultado de la lucha significaba no sólo la libertad de ochocientas mil almas, sino la independencia de enormes territorios, tan vastos que, debido al estado de decadencia en que había caido Es-

1. Se creó la calumnia de que bebía, y de aquí el apodo. Pero era un hombre muy poco bebedor, por el contrario. *(N. del A.)*

paña, prácticamente no tenían gobierno alguno, por lo menos en lo que a la madre patria se refería.

Durante el año 1812, después de los éxitos iniciales de los patriotas y el establecimiento de la Primera República de Venezuela, que duró sólo de Julio de 1811 a Julio de 1812, hubo una fuerte reacción realista. Un nativo de las islas Canarias, un tal Don Juan Díaz Florez, acaudalado comerciante de Caracas, instigó una revuelta realista. El y dieciséis de sus partidarios fueron presos y ejecutados. La siguiente rebelión tuvo lugar en la ciudad de Valencia. El Marqués del Toro salió al encuentro de los realistas insurrectos, pero fue derrotado, y el General Miranda sólo logró dominar la rebelión después de una terrible batalla en la que tuvo ochocientos muertos y mil heridos.

La situación era en extremo peligrosa para los patriotas en aquella coyuntura, pues el país entero atravesaba uno de esos momentos de reacción tan frecuentes en todas las guerras revolucionarias. Un indio, Reyes Vargas, inició una revuelta en Siquisique, y el Gobernador de Coro, General Ceballos, destacó a Domingo Monteverde con una compañía para ayudarlo contra los patriotas. Domingo Monteverde, cuyo nombre es execrado como el de un tirano sangriento en Venezuela, había sido marino, y llegó a Venezuela capitaneando un barco de guerra. Aunque tenía poca instrucción, era hombre audaz, ambicioso y capaz, mas sin escrúpulos de ninguna clase. Inmediatamente se unió a Reyes Vargas, y sin autorización de su jefe, Ceballos, atacó la ciudad de Carora, la tomó y la saqueó totalmente.

Entonces, aprovechándose de un terremoto que había dejado casi en ruinas las ciudades de Caracas, Barquisimeto, Mérida y otras, marchó sobre Barquisimeto, de donde había huído la mayor parte de la población, y encontró suficientes armas y municiones que no habían sido destruidas por el terremoto, para equipar una fuerza potentísima.

Luego marchó adelante, dejando un sendero de sangre y ruinas, y ocupó Valencia, la segunda ciudad del país. Las provincias de Trujillo y Mérida se declararon a favor del Rey. Sólo en la capital prosperaba la causa de la revolución. Para salvar la República, el Congreso Nacional nombró dictador militar al General Miranda.

Francisco de Miranda nació en Caracas en el año 1750. Antes de elevarse a la fama el ilustre Simón Bolívar, Miranda era sin duda el hombre más importante que produjera Venezuela. A la edad de diecisiete años fue enviado a España, donde ingresó en el ejército y parti-

cipó en la expedición a Argel y luego en las expediciones a Nueva Orleans y Florida. Cuando terminó la guerra fue a Francia, ingresó en el ejército francés y tomó parte con Lafayette en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Lo que allí vió, junto con las ideas que absorbió, lo indujeron a emprender la emancipación de su patria. Abrigando este ideal, visitó varias cortes de Europa y fue recibido con simpatía.*

En 1790 se encontraba en Londres y presentó a Pitt un plan para la formación de un imperio suramericano. Ya había alcanzado el grado de General de Brigada en el ejército francés y había servido con gran distinción bajo las órdenes de Dumouriez. Su nombre estaba entre los que fueron grabados en el Arco de la Estrella entre los trescientos ochenta y cinco juzgados dignos de este honor por la Asamblea Nacional. A este hombre acudieron los patriotas venezolanos en la hora de peligro. Para esa época era un héroe nacional, alto, apuesto y de aspecto marcial. Había pasado su vida en armas.

De todos los jefes revolucionarios sólo él había mandado soldados disciplinados. Esta experiencia iba a resultar una de las causas principales de su fracaso. Acostumbrado a los ejércitos bien equipados y armados de España y Francia, cuando se encontró a la cabeza de un ejército mal alimentado, ignorante de toda vida militar y muy impaciente respecto de toda clase de disciplina, cuyos miembros estaban acostumbrados a desertar cuando encontraban fastidioso el servicio, parece haber desesperado de salir adelante contra las fuerzas militares españolas. Al comienzo alcanzó varios éxitos. Estableció su Cuartel General en Valencia y rechazó en dos oportunidades fuertes ataques de Monteverde, quien, a pesar de todo, no levantó el sitio. Después de tres meses de lucha, Miranda tuvo que retirarse a una posición cerca del lugar llamado La Victoria.

Justamente en este momento le llegaron noticias de que Caracas estaba en peligro debido a una revolución de negros dirigida por un faccioso llamado Curiepe,** instigado, según se decía, por los comerciantes del lugar y algunos acaudalados ganaderos. Por aquel entonces

---

* Las noticias que da el autor sobre las actividades militares de Miranda no son del todo exactas. *(N. del E.)*

** *Curiepe* es el nombre de un lugar cercano a Caracas, que el autor debió confundir con el de algún caudillo realista, tal vez *Rosete. (N. del E.)*

había unos sesenta y dos mil esclavos en Venezuela[2] de los cuales cuarenta y dos mil se encontraban en la provincia de Caracas, de modo que el peligro era considerable. Afortunadamente tuvo pocas consecuencias la revuelta; mas la inquietud en Mérida y Trujillo, el mísero estado financiero de los patriotas y sobre todo la pérdida de Puerto Cabello, el mejor puerto de la República, por la traición de Rafael Hermoso y Francisco Fernández Vinoni, todo contribuyó a que Miranda se rindiese. De modo que el 12 de Julio de 1812* capituló ante Monteverde, y así cayó la Primera República.

Lo que después sucedió fue una página negra en la vida de Bolívar.**

Miranda había decidido embarcarse en el *Sapho,* barco que se encontraba en el puerto y estaba a punto de hacerse a la vela para La Guaira,*** donde esperaba Miranda reunirse con los patriotas. Quiso la mala suerte que un rico comerciante inglés confiara la suma de veinte mil dólares al capitán. Se rumoró que aquella suma era el pago de la traición de Miranda.

Desgraciadamente, Bolívar lo creyó así, y convencido de que Miranda era traidor a la causa, lo hizo arrestar a su llegada a La Guaira y lo entregó en manos de las autoridades realistas. Fue enviado a Puerto Rico y de allí a España. Fue confinado en el Castillo de "Las Siete Torres" en el Arsenal de La Carraca, en la Bahía de Cádiz. Tratado vergonzosamente, le pusieron cadenas y murió en 1816.

Así pereció miserablemente el iniciador de la Primera República de Venezuela, un hombre a quien mucho le debe su patria y que desde 1806 no descansó en su lucha por libertar su tierra nativa. Su primer intento lo hizo desde Inglaterra donde había fijado su residencia.****

Un acaudalado naviero, Mr. Samuel Ogden, financió una expedición bajo el mando de Miranda. Puso a su disposición doscientos hombres, y en tres barcos, el *Leander,* el *Bacchus* y el *Bee* hizo cargar ar-

2. *Historia de Venezuela* por H. N. M. Escuelas Cristianas, Caracas, 1927, p. 76. *(N. del A.)*

* La capitulación fue acordada el 24 de julio. *(N. del E.)*

** Sobre lo que dice el autor en este párrafo y los que siguen, véase la *Nota del Editor* de las págs, 40 y 41. *(N. del E.)*

*** Así se lee en la edición inglesa: se trata de una evidente errata, en lugar de *Curazao,* o tal vez *Cartagena. (N. del E.)*

**** La expedición de Miranda en 1506 fue organizada en los Estados Unidos del Norte, y zarpó del puerto de Nueva York. *(N. del E.)*

mas y municiones suficientes para equipar un ejército considerable. La expedición llegó bien hasta Ocumare, con Miranda a bordo del *Leander,* pequeña corbeta. Cuando se disponían a embarcar las armas, aparecieron de repente dos buques de guerra españoles, el *Argus* y el *Celoso.* Después de una corta refriega fueron apresados el *Bacchus* y el *Bee,* y sólo logró escapar el *Leander,* destrozado. Diez de los prisioneros fueron ejecutados inmediatamente y se puso el precio de treinta mil pesos a la cabeza de Miranda.

En 1806 hizo una segunda tentativa, después de haber obtenido del Almirante Cochrane[3] que le prestara quince barcos. Con estos desembarcó, saliendo de Trinidad, isla a la que se había retirado después de su primer fracaso, en La Vela de Coro, tomó el puerto y obligó a retirarse a las fuerzas realistas. Como encontró poca simpatía entre el pueblo, que no se alzó para ayudarle, se vio obligado a reembarcar.

Regresó a Inglaterra y después de mucha persuasión consiguió que el Gobierno Británico consintiese en sufragar los gastos de una expedición a Venezuela bajo el mando del General Wellesley.

Persistió su mala suerte. Poco antes de la salida, el Gobierno decidió enviarla a Portugal para pelear contra los franceses.

Es difícil imaginarse lo que esta expedición a las órdenes de Sir Arthur Wellesley habría podido conseguir si hubiese desembarcado en Venezuela. Probablemente, en vez de morir miserablemente en La Carraca, tendido sobre la paja y privado de las cosas necesarias para la vida, ocuparía Miranda el lugar que hoy tiene Bolívar en el corazón de los venezolanos.*

La guerra continuaba con diversa fortuna durante los años de 1812 y 1813. Poco a poco cobraba Bolívar renombre, después de haberse visto obligado a huir para buscar refugio en Colombia. Allí reunió un pequeño ejército, volvió a cruzar la frontera venezolana y derrotó al General Correa en Cúcuta. El 6 de Agosto hizo triunfalmente

3. Después Lord Dundonald. *(N. del A.)*

* Miranda solicitó la ayuda británica para independizar a Venezuela, pero se opuso constantemente, y del modo más enérgico, a toda tutela o dominio político y económico sobre el país por parte de aquella o de otra nación extranjera. Respecto a los probables resultados de la expedición de Wellesley —y aunque la Historia se basa en hechos, no en posibilidades— recuérdese, como un indicio de lo que hubiera podido ocurrir en Venezuela, el rotundo fracaso de Sir Home Pophan en Buenos Aires. *(N. del E.)*

una nueva entrada en su ciudad natal, Caracas, en medio de las aclamaciones y aplausos de los ciudadanos. El 8 de Agosto de 1813 anunció el restablecimiento de la República.

Después de una breve campaña, en la cual obligó a Monteverde a retirarse de Las Trincheras hasta Puerto Cabello, regresó Bolívar a la capital. Allí, el 14 de Octubre, la Municipalidad le confirió el título de Libertador de Venezuela. Este título de Libertador, tal vez el más glorioso que haya podido otorgar la humanidad a ser alguno, lo llevó él con honor hasta la muerte, cruzando los Andes para libertar el Perú y los puertos de las montañas para libertar Bogotá.

Tanto en el litoral como en Caracas se hizo popular la causa patriota, pero los llaneros, que después junto con Páez tanto harían para libertar la patria, eran aún realistas. Con toda probabilidad escasamente comprenderían lo que estaba sucediendo y lo que estaba en juego. Perdidos entre sus soledades, lejos del mundo y plenamente contentos de la dura vida que llevaban, la única que estimaban apropiada para un hombre libre, consideraban esta guerra como algo que estaba fuera de su comprensión. No obstante había grandes potencialidades en aquellos primitivos jinetes tan aislados de la civilización, que habían conservado algunas de las virtudes y la mayoría de los defectos de la barbarie. La esperanza del saqueo y una salvaje vida errante debía tener mucho atractivo para ellos. Todo lo que necesitaban era un jefe que reuniera y unificara lo que hasta entonces habían sido pequeños bandos de hombres dispersos por los Llanos, que vivían como los árabes, mas sin un sistema tribal que los hiciera fuertes. Era Páez todavía un subalterno desconocido. Su hora no había llegado; fue un notable aventurero el que primero demostró lo que podían hacer los llaneros una vez que tuviesen un jefe, y así marcó el derrotero.

A la mayoría de los hombres crueles y sanguinarios se les puede encontrar algún rasgo redentor que atenúe sus crímenes. José Tomás Rodríguez Boves no parece haber tenido ninguno, excepto su valentía personal. Nació en Oviedo en 1783 y estudió en la Escuela Naval de Gijón. Su primer viaje a Venezuela lo hizo como piloto de un barco dedicado al contrabando. Fue cogido con las manos en la masa y condenado a ocho años de presidio en Puerto Cabello. Esta pena le fue conmutada por el exilio en la ciudad de Calabozo.

Este lugar, aunque poseía un obispo y una catedral y había en él un gobernador en aquellos días, no debía de resultar agradable como

lugar de residencia. Su clima ardiente y sus períodos alternos de sequías e inundaciones; su aislamiento del mundo exterior y falta de comunicaciones lo hacían un sitio bastante seguro al que enviar criminales y autores de delitos políticos.

No obstante, Boves no era un hombre común. En lugar de desesperanzarse, de dedicarse a la bebida o a vagar por las calles arenosas después de haber pasado las horas calurosas del día recostado en una hamaca, fumando, matando mosquitos y maldiciendo su suerte, se dedicó al comercio.

Sus negocios lo llevaron a varias poblaciones de los Llanos. Visitaba los hatos ganaderos comprando lo que se llamaba en español "los frutos del país", como queso, pieles y plumas. Sin duda en estos largos viajes que hacía aprendió a montar bien, convirtiéndose en el jinete consumado que mostró ser en sus hazañas posteriores. Pero aprendió mucho más que a ser solamente un buen jinete. De una manera u otra se hizo muy popular entre los llaneros, quienes sin duda veían en él a un comerciante simpático, pues hasta entonces no había mostrado su verdadero carácter.

Un escritor contemporáneo[4] lo describió así: "Boves tenía el cabello rubio, la cabeza enorme, los ojos grandes y azules y de mirada fija, la frente ancha y plana, la barba escasa y blanca la tez; era de talla mediana y capaz de soportar las fatigas más extraordinarias; era activo, audaz, intrépido, impetuoso, temerario, astuto, sediento de poder, cruel y sanguinario".

Estando por azar en Caracas en Abril de 1810, se unió con entusiasmo al movimiento revolucionario, aun siendo español, y pronto obtuvo el grado de capitán. Cuando servía bajo las órdenes de Juan Escalona, éste lo insultó y golpeó porque se negó a cumplir una ordenanza que correspondía a un soldado raso. Boves, que no era hombre de tolerar semejante trato, desertó inmediatamente, y se unió a los realistas a las órdenes de Monteverde, siendo nombrado Alférez.

Pronto llegó a ser Capitán del ejército realista. En 1813, el General español Cagigal evacuó la ciudad de Barcelona y se retiró hacia la Guayana, entregando a dos oficiales suyos, Boves y Morales, las armas y pertrechos de que disponía. Aprovechando Boves el conocimiento

4. Citado en la *Historia de Venezuela,* por H. N. M., pág. 127. No se da el nombre del autor. *(N. del A.)*

que tenía de los llaneros y sus costumbres, se retiró a los Llanos y pronto pudo reunir un poderoso ejército, en parte prometiéndoles saquear ciudades y después por la fuerza.

Boves, aunque sanguinario y desprovisto de todo sentimiento humano, era un jefe nato. Llamó al ejército que había reunido "La Legión Infernal" y en verdad merecía este nombre. Al mismo tiempo Yáñez, otro español, levantó un segundo ejército de llaneros en las Llanuras de Apure. Estos dos renegados emprendieron una campaña de crueldad y derramamiento de sangre, no necesitando sus seguidores, ávidos de saqueo, mayor instigación para cometer los crímenes más inhumanos.

Bolívar, con ambas manos ocupadas y abrumado por algunos reveses que había sufrido, se vio obligado a intentar contener el avance brutal. Ha debido resultarle muy doloroso el saber que estos fieros guerreros que debían estar peleando a su lado eran sus propios compatriotas. Sin embargo, para esa época él jamás habia visitado los Llanos, que probablemente eran tan poco conocidos en aquellos días para la mayoría de los venezolanos como las estepas de Asia.

Curiosamente, Bolívar designó a otro español, Campo Elías, para atacar a Boves. Este guerrillero, que servía con los patriotas, infligió a Boves una derrota desastrosa en un lugar llamado La Sabana del Mosquitero, en Octubre de 1813. Esta vez sólo escapó Boves con diecisiete hombres. Campo Elías, que por lo visto no era menos sanguinario que Boves, hizo entrada triunfal en la pequeña ciudad de Calabozo. Para celebrar su victoria pasó a filo de cuchillo a la cuarta parte de los habitantes. Este acto de terrorismo exasperó a los llaneros, que acudieron por centenares a las filas de Boves, sedientos de venganza. Al encontrarse a la cabeza de un ejército de siete mil hombres, Boves marchó inmediatamente sobre Ocumare y después de tomarlo sacrificó a la mayor parte de la población, que se había refugiado en la iglesia. Desgraciadamente no se conserva una descripción de su ejército, pero ha debido parecerse a una horda de tártaros o a una invasión de indios en las pampas del sur de la provincia de Buenos Aires hace cincuenta años. Estas invasiones, conocidas por "malones", nunca se olvidaban después de vistas.

Durante horas antes de que los indios invasores aparecieran realmente, les precedían las manadas de caballos salvajes y de ganado montaraz, los rebaños de ciervos y las bandadas de avestruces, huyendo como se huye del fuego de la pradera. Después se levantaba en la lejanía

una nube de polvo. Al acercarse, relampagueaban a través de esa nube las puntas de las lanzas que llevaban los indios, lanzas que medían veinte pies de longitud. Ellos montaban ordinariamente a pelo o sobre una zalea, lanzando alaridos y golpeándose la boca con las manos, lo que hacía más agudos sus gritos, que se tornaban semejantes a los aullidos de una manada de lobos. Cada indio llevaba un caballo de refresco, adiestrado para galopar con la cabeza a la altura de la de su compañero, al lado exterior. El burdo pelo largo de los hombres caía sobre sus hombros, contenido sólo en la frente por un pañuelo o una franja de piel. Arrollados al cuerpo, untado de grasa de avestruz, llevaban tres o cuatro pares de bolas, conocidas entre los gauchos como "las tres Marías".[5] A treinta yardas, con estas tres Marías no había perdón, es decir, que casi nunca fallaban en enredar las patas traseras de un caballo o el largo cabello de un avestruz de la Pampa, o en abrir el cráneo de un cristiano si una de las tres bolas conseguía aterrizar en él.

Los indios siempre cabalgaban en un gran semicírculo, con los principales guerreros, que a veces tenían sillas montadas en plata y bridas pesadamente adornadas con ese metal, al centro. Acostumbraban pasar tan rápidamente que parecía un sueño. El observador, que generalmente se refugiaba en una espesura de alta hierba de La Pampa, reteniendo el caballo, cuya cabeza era envuelta en un poncho o paño de silla para evitar que relinchara, firmemente con la brida, y dispuesto a saltar a la silla, apenas podía creer que en un momento la muerte hubiese pasado tan cerca de él. Los invasores alanceaban inclementemente a todo el que encontraban, dejando vivas sólo a las muchachas, que acostumbraban llevarse tierra adentro[6] montadas delante de ellos en el cuello del caballo.

Una zanja muy pequeña ante una casa usualmente salvaba a los habitantes, a menos que los indios hicieran arder el techo de paja con puñados de hierba atados a la punta de sus largos venablos, pues nunca bajaban del caballo hasta obtener la victoria.

A su retirada de una invasión empujaban delante de ellos los rebaños de ganado y caballos, y dejaban tras de sí un rastro de ruina y de sangre. Se desvanecían en la misma nube de polvo en que habían aparecido, desapareciendo primero los caballos y después las cabezas de

5. Las tres estrellas de Orión también se llamaban Las Tres Marías. *(N. del A.)*
6. "Tierra adentro" significa territorio interior. El territorio indio siempre se describía así. *(N. del A.)*

los jinetes. Finalmente los extremos de sus largas lanzas fulgían por un momento al sol, después se hundían tras el horizonte perdiéndose de vista como las lonas trinquetes de un velero ondean antes de hundirse en la línea del mar.

Los llaneros que seguían a Boves no deben de haber sido muy diferentes de los indios de la pampa en su apariencia y arreos. En aquellos días, las sillas de montar eran un lujo en los Llanos, y la mayor parte de los llaneros montaban a pelo por necesidad. Posiblemente ésta era la razón que les hacía atar sus lazos a la cola del caballo, aunque sin duda la práctica procedía originalmente de España.[7] Como ocurría con el indio de la pampa, una tira de cuero atada a la mandíbula inferior del caballo servía de bocado. El hombre que tenía un ronzal de crin de caballo trenzada[8] se consideraba afortunado. Los Llanos nunca produjeron nada que se pudiese comparar a las cantidades de caballos que fomentaban en tan extraordinario número el suave clima y la hierba perenne de la Argentina. Por eso los seguidores de Boves no habrían podido ser tan rápidos como los indios en sus invasiones. El terreno era más abrupto y cortado por ríos, el clima riguroso, y la hierba y el agua no tan abundantes como en la Pampa. El universal paso de ambladura de los caballos llaneros era por necesidad mucho más lento que el galope de la Pampa. Y sin embargo Boves hizo marchas extraordinarias, a pesar de todas las dificultades.

La diferencia entre sus incursiones y las de la pampa meridional fue que Boves tenía que pagar a sus tropas ofreciéndoles el saqueo de las ciudades. Tal botín no habría valido nada para los indios de la Pampa, a quienes sólo importaba el ganado, ovejas y yeguas. Pero los indios y los llaneros a las órdenes de Boves eran igualmente crueles y sanguinarios. Los indios mataban como un tigre mata a su presa, por ser tigre. Boves en cambio tenía el placer deliberado en frío de la crueldad y la sangre que usualmente se encuentra sólo en los renegados y en aquellos que han abandonado la civilización y vuelto a la barbarie.

Después de su primera victoria en La Puerta, Boves avanzó como el fuego por la pradera, destruyendo todo y matando a cuanto prisione-

7. Véase el capítulo II. *(N. del A.)*
8. Este ronzal de pelo de caballo todavía se usa en los Llanos y se llama "falseta". *(N. del A.)*

ro caía en sus manos.[9] Siendo él mismo blanco por los cuatro costados, declaró guerra a muerte a todos los blancos. Sus seguidores, la mayoría mestizos o mulatos y a veces zambos, naturalmente mostraban gran satisfacción al saber que toda la propiedad de los blancos[10] les sería adjudicada después de la victoria. Como anuncio de esta política inhumana, asesinó a ochenta y siete blancos en Calabozo. En Cumaná mató a otros doscientos. En Aragua masacró a dos mil que se habían refugiado en una iglesia. Con diversa fortuna, este tigre humano llevó adelante una guerra a cuchillo, siempre el primero y más sobresaliente en la lucha, pues su peor enemigo nunca lo acusó de falta de valor.

Cuáles eran sus objetivos último es difícil decirlo, pues incluso si los realistas hubiesen quedado victoriosos en la lucha, lo primero que tendrían que haber hecho era castigarlo y ejectutarlo, y él sabía bien que si obtenían la victoria los patriotas no habría salvación para él. Pudo haber soñado desde luego en hacerse independiente de los dos partidos y reinar en los Llanos como monarca o bárbaro patriarca.

Después de haber infligido una derrota a Bolívar en la segunda batalla de La Puerta, en la cual perdieron los patriotas más de mil hombres, muchos de sus principales oficiales y casi todas sus municiones, destacó Boves a su lugarteniente para que marchara sobre Caracas. El mismo atacó Valencia. La guarnición, bajo las órdenes del valiente oficial Juan Escalona, resistió hasta que se agotaron los víveres y municiones, y luego capituló en condiciones honrosas. Se celebró entre los dos ejércitos una misa solemne en lugar abierto en garantía de la capitulación. Apenas terminó la misa cuando Boves asesinó al Dr. Espejo, Gobernador Civil de la ciudad y a sus principales funcionarios. Rara vez experimentó Bolívar tan grave revés como el que le infligió Boves. Se vio obligado a abandonar la capital para tratar de levantar nuevas tropas en el Oriente.[11] Era tal el temor que se tenía a Boves que la mayor parte de los ciudadanos siguió al Libertador en su retirada. La

9. "Conservaba en medio de las matanzas su carácter indomable y fiero de marino (sic) y pasaba sin detenerse a ver cómo expiraban sus víctimas". *Efemérides Columbianas,* Luis Gonzaga. *(N. del A.)*

10. En *N. del A.* se explica el significado de mestizo, mulato y zambo. *(N. del T.)*

11. Donde están situadas las ciudades de Cumaná, Barcelona y Carúpano. *(N. del A.)*

casi totalidad de los emigrantes sucumbió en el camino por las penalidades y la falta de provisiones.[12]

Los reveses aun no habían terminado para el Libertador, pues el 18 de agosto de 1814 lo atacó Morales cerca de Barcelona con una fuerte tropa de llaneros y lo derrotó. Afortunadamente, el tiempo estaba contado para Boves, pues en diciembre del mismo año fue muerto en la misma hora de la victoria. Murió como había vivido, como un jabato, luchando hasta el último instante. Cuando estaba reuniendo sus fuerzas para dirigirlas al ataque supremo contra los debilitados patriotas, su caballo de repente se encabritó y él fue atravesado por una lanza que lo dejó tendido en el campo.[13] Su lugarteniente Morales recibió el mando y se mostró digno sucesor de su jefe. Siete de los oficiales realistas se negaron a reconocerlo como jefe, y él los hizo ejecutar y mandó las cabezas a Caracas fritas en aceite. Luego cayó como el relámpago sobre la ciudad de Maturín, y allí destruyó los restos del ejército patriota, el cual intentaba reorganizarse. Con estos desastres sucumbió por el momento la resistencia patriota y cayó la Segunda República. Una vez más los españoles eran dueños de casi todo el país.

---

12. El episodio ha cautivado fuertemente la imaginación popular de Venezuela, y existe un hermoso cuadro de Michelena* que la conmemora. En él, Bolívar, envuelto en una capa negra, y el sombrero sobre los ojos, monta un caballo blanco bajo la lluvia y la tormenta. Tras él, la fila de los fugitivos desciende un sendero de montaña. *(N. del A.)*

* El cuadro aludido es obra de Tito Salas, y se halla en la Casa Natal del Libertador. *(N. del E.)*

13. "Su caballo indócil a la voz y el freno se encabritó". La casa que ocupaba Boves todavía existe en Caracas. Es una pequeña casa española en las afueras de la ciudad, cerca de la inclusa. De bajo alero y con rejas en las ventanas, es un buen ejemplo de arquitectura colonial. Más abajo de la casa pasa el riachuelo Catuche, afluente del Guaire. Lo cruza un curioso y viejo puente de alto arco que tiene una placa adosada al muro declarando que fue construido bajo el reinado de Carlos III. Dice la tradición que desde el balcón de esta casa Boves acostumbraba ver la ejecución de sus presos. *(N. del A.)*

CAPITULO V

En 1815 España hizo un último esfuerzo por reducir a Venezuela una vez más a su autoridad. Fernando VII había ascendido al trono español después de la derrota de Napoleón en Waterloo. España, libre del yugo francés, pudo de nuevo volver sus ojos hacia América.

Una poderosa expedición compuesta por sesenta barcos y unos diez mil hombres, con armas y municiones para proveer a cualquier ejército que pudiera formarse en Venezuela, fue despachado bajo el mando del General Pablo Morillo. Morillo había servido con distinción a las órdenes de Wellington contra los franceses, y era bien conocido por su destreza y energía. Ei y Páez estaban destinados a sostener un largo duelo en los Llanos. Ambos eran valientes hasta el exceso, despiadados y enérgicos, y ninguno de los dos concedía en esa época mayor precio a la vida humana que si fuera una colilla.

A Morillo se le otorgaron poderes supremos con el título de "Pacificador de Tierra Firme".[1]

Fue uno de esos pacificadores que siembran la ruina para darle luego el nombre de paz. Su primer acto después de haber asumido el mando fue ofrecer el perdón de todos aquellos que quisieran deponer las armas. Después impuso a la capital[2] un empréstito forzoso de doscientos mil pesos. Finalmente nombró a un tal Salvador Moxó Jefe de la Corte Marcial Permanente para juzgar a los acusados de participar en la rebelión. La función del juez, naturalmente, era condenar, ya que muchos de los líderes de la insurrección eran hombres de fortuna, y después de la condena seguía la confiscación de su hacienda

1. Lo que quiere decir "pacificador del continente". *(N. del A.)*
2. Caracas. La ciudad de Caracas tomó su nombre de la tribu india de los Caracas, que tenían allí su principal aldea o "ranchería". *(N. del A.)*

como corolario natural. Todos los tribunales de la naturaleza del establecido por Morillo toman poco en cuenta a los rebeldes pobres. Sólo se ocupan de personas más importantes; el revolucionario indigente podía merecer una bala, pero rara vez un juicio legal.

La Inquisición española, que persiguió con fervor a los moriscos y judíos, ignoró a los gitanos,[3] pues no valía la pena perseguirlos.

Mientras Morillo sitiaba a Cartagena y su lugarteniente Juan Gabazo atacaba a los patriotas en la Isla de Margarita, aún se resistían algunos jefes revolucionarios a la cabeza de pequeños bandos guerrilleros en los Llanos de Apure, en el Estado Guárico y en las llanuras de Barcelona. Estos fueron los hermanos Monagas, uno de los cuales llegaría a ser luego rival de Páez por la Presidencia, Manuel Cedeño y Francisco Olmeda. Páez entró a servir en filas a comienzos de 1814 a las órdenes de un Comandante patriota, Ramón García de Sena, quien lo hizo jefe de su caballería. Desde este momento hasta que alcanzó la plena independencia, siempre estuvo Páez a la vanguardia de la lucha. Los incidentes de la campaña de 1814 parecen una página de Malory, Froissart o Monstrelet.

Los hombres luchan mano a mano, se desafían en presencia de sus partidarios, los prisioneros son masacrados a sangre fría; fugas por el espesor de un cabello de la muerte inminente, abundan en cada página. Nadie pensaría al leer las hazañas de Bolívar, Páez, Sucre y otros paladines, que se decidía la suerte de enormes territorios. Sin embargo, era éste el caso, y el futuro de países varias veces mayores que Francia o España dependía del resultado de una batalla entre tres o cuatro mil infantes y una horda salvaje de caballería llanera.

Así reconquistó el General Arismendi la Isla de Margarita, con una fuerza que al comienzo sólo contaba cincuenta hombres y cuyas únicas armas eran tres carabinas y ciento veinte cartuchos.[4]

Muy pronto sintió Páez desprecio por García de Sena, que parece haber sido, si no traidor, por lo menos frío para con la causa. Pasó a servir a las órdenes de otro jefe al que se refiere como Gobernador Paredes. Este pequeño jefe le ofreció un puesto de mando en la

3. "Pobre como cuerpo de gitano" es un refrán español. *(N. del A.)*

4. "Arismendi... reunió un grupo de hombres, y el 15 de Noviembre de 1815 entró en campaña con sólo 50 hombres, tres fusiles, 120 cartuchos; se apoderó sucesivamente de toda la isla y redujo a los realistas al solo castillo de Santa Rosa", pág. 136, *Historia de Venezuela* por H. N. M., Caracas. *(N. del A.)*

caballería. Pero Páez, que montaba un buen caballo de su propiedad que se había encontrado en un lugar llamado Ejido, según cuenta en sus Memorias, era de la opinión que la caballería no estaba lo bastante bien montada para luchar contra los godos.[5] Por lo tanto se trasladó, junto con su caballo, a un escuadrón mejor equipado bajo las órdenes del Capitán Antonio Rangel.

Los condotieros italianos y los mercenarios de la Guerra de los Treinta Años cambiaban de bando con la mayor imparcialidad, pero ordinariamente era por la esperanza de ganancias.

Estaba reservado a Páez y su clase de hombres el cambiar de regimiento porque sus caballos no se desluciesen al asociarse con caballejos delgados y huesosos. La razón era tan buena y tan persuasiva como cualquier caballero está obligado a ofrecer a su oficial superior. Esto hacía la guerra más amena, aunque no menos sangrienta.

Hombre emprendedor, Rangel salió inmediatamente al encuentro de los godos y se enfrentó con ellos en un sitio llamado Bailadores. Los exploradores cambiaron unos cuanto tiros y Rangel se retiró hacia unas colinas. Páez, que se cuidaba muy poco de la disciplina, se quedó solo. Al llegar el enemigo a un lugar donde se vio obligado a pasar en fila india gritó Páez: "¡Viva la Patria!" varias veces con voz fuerte fingiendo diferentes voces de modo que el enemigo creyese que era atacado por un destacamento. Entonces, montado en un buen caballo, cargó contra ellos matando al sargento que cubría la retirada. Al ver caer al sargento, el resto huyó, tirando sus armas y dejando dos piezas de artillería en el campo. Un solo hombre se resistió, y él y Páez sostuvieron un duelo a muerte a la manera de dos héroes homéricos.

El hombre que permaneció firme era un tal José María Sánchez, paladín digno de luchar con Páez o con cualquiera de los campeones del lado de los patriotas. Sánchez era muy renombrado por su gran fuerza. Según la leyenda, en una refriega de la población de Lagunillas, al ser desmantelada una pieza de artillería, Sánchez se la echó al hombro como hubiera hecho la mayoría de los hombres con un mosquete, evitando así que cayera en manos del enemigo. Esos dos

5. "Los godos". Páez siempre se refiere a los españoles como godos. Así se repite la historia, pues entre Boches y "Godos" no hay mucha diferencia. "Godos" significa en español "Goths" —en inglés—, en tanto los españoles llamaban a los patriotas "chocuros", es decir, pelones, por sus cabezas afeitadas. *(N. del A.)*

dignos contrincantes, después de desafiarse a la manera de Héctor y Aquiles, entraron a pelear. Ambos estaban montados y ambos eran llaneros, es decir, hombres para los que el caballo era parte de su existencia.

Sánchez no tenía otra arma que un arma de fuego corta, que tenía descargada. Páez estaba armado de una lanza llanera de unos diez pies de largo, hecho de palma de abanico.[6] La lanza era el arma característica de los llaneros, la cual todos sabían manejar desde la juventud, de tanto practicar con la puya de ganado.[7] En la lucha anudaban los llaneros las riendas y las dejaban caer sobre las crines de los caballos a fin de tener libres ambas manos para manejar la lanza.

Después de uno o dos golpes, Sánchez, que no tenía oportunidad, armado como estaba de un arma descargada, confiando en su fuerza echó mano a la lanza que Páez arrojaba contra él con ambas manos. Páez se arrojó del caballo y con un esfuerzo violento logró arrancársela, y entonces le infligió una herida mortal que lo dejó tendido en el suelo. Páez relata lo que sigue de manera tan ingenua y original que parafrasearlo[8] sería sólo desfigurar lo que dice:

"Viéndolo tendido en tierra, traté de quitarle una hermosa canana o garniel que llevaba al cinto y como prorrumpiese en palabras descompuestas e impropias del momento en que se hallaba, me puse a exhortarle a bien morir y yo rezaba el credo en voz alta para estimularle a repetirlo. Afortunadamente para mí, volví la vista por casualidad, y vi que en lugar de acompañarme en mis plegarias tenía ya casi fuera de la vaina el puñal que llevaba al cinto.

"Confieso que mi caridad se amortiguó completamente, y no permitiéndome mi indignación ocuparme del destino futuro de mi adversario, le libré con un lanzazo de la ira que le ahogaba aún más que la sangre que vertía".

Un episodio curioso y bien narrado después de cuarenta y tantos años de haber tenido lugar. Desde luego que la hipocresía no era un vicio que se le podría atribuir a Páez. No obstante, Sánchez merece cierta simpatía, pues estar herido de muerte y ser "estimu-

6. Onocarpus Cubarro. *(N. del A.)*
7. "Garrocha". *(N. del A.)*
8. *Memorias del General Páez,* pág 78. *(N. del A.)*

lado" a rezar el credo por el mismo hombre que ha asestado el golpe mortal es suficiente para provocar a un santo.

En una nota en la misma página dice Páez: "Después del encuentro con Sánchez continué la persecución, cogí prisioneros a ocho artilleros realistas, me apoderé de su bandera y de dos cañones, uno de ellos regalado por una señora de Mérida, cuyo nombre tenía inscrito encima de la boca, que, según decían, era el mismo que Sánchez había llevado de Lagunillas. Después perdimos tres veces esta pieza de artillería, y otras tantas volvimos a recobrarla".

Después del asunto de Sánchez, el cual naturalmente dio gran notoriedad a Páez, se unió a una fuerza de guerrilleros a las órdenes del General Urdaneta, quien estaba en campaña cerca de Mérida, ciudad de las provincias andinas.

Encontrándose muy atacado, Urdaneta decidió retirarse a Nueva Granada,[9] mas Páez no le siguió, pues el General de la Caballería, Chávez de nombre, quiso quitarle su caballo y dárselo a otro. "Naturalmente resistí esta injusticia, no obstante que al fin hube de ceder por pura obediencia militar",[10] dice Páez. No siendo la obediencia una de sus virtudes características, es posible que Páez cediese su caballo por la fuerza más bien que por ninguna idea imaginaria de disciplina.

"Disgustado, sin embargo", dejó el ejército de Urdaneta para poner en ejecución un plan que había estado considerando desde hacía mucho. No era otra cosa que volver a cruzar los Andes hasta llegar a las llanuras de Casanare y Apure, viaje que pocos habrían emprendido, como lo hiciera Páez, casi solo, a pie, con su mujer e hija. Tan decidido estaba a realizar este proyecto que rechazó un ofrecimiento que le hiciera el General García Robira de mandar un regimiento de caballería.

El proyecto que Páez tenía en perspectiva no parecía a la gente sensata que pudiera tener probabilidad de éxito. Sus amigos le decían que estaba loco si creía que los llaneros que tan entusiastas se habían mostrado por la causa del Rey a las órdenes de Boves, Yánez y Ceballos, pudieran ser persuadidos de volverse atrás y abrazar la causa opuesta.

9. Ahora República de Colombia. *(N. del A.)*
10. Texto proporcionado en *N. del A. (N. del T.)*

Además, para esta época Páez era un hombre joven y relativamente desconocido, o renombrado solamente por sus hazañas personales en acciones de guerrillas. Arrostrando mil dificultades y peligros llegó a Pore, capital de las llanuras de Casanare. Estas llanuras, más salvajes y menos pobladas aún que las de Apure, se extendían por varios centenares de kilómetros a lo largo del Orinoco y del Meta. En los tiempos de la guerra de Independencia, grandes manadas de ganado semiferino y caballos aún más salvajes erraban por las llanuras en cantidad prodigiosa. En la superficie de las llanuras, tan lisas como el Océano, se veían islotes de moriche, los únicos árboles que crecían en todo este territorio. Lo atravesaban hondas corrientes no señaladas en los mapas, de modo que se hacía difícil cruzarlas en cualquier época del año, e imposible en la estación de las lluvias, excepto en canoa. Tenía Páez la ventaja de conocer cabalmente los Llanos y sabía tratar a sus indómitos habitantes. De manera que su proyecto de reclutarlos para servir contra la causa que hasta entonces habían defendido no era tan descabellado como parecía a todos sus amigos. Olmedilla, el jefe de los patriotas, lo recibió con gran satisfacción, y a los pocos días se encontraba Páez al frente de un regimiento de caballería. Los soldados aportaron sus propios caballos y todas las armas a que pudieron echar mano. En un período increíblemente corto, Olmedilla había reunido unos mil voluntarios. Con esta fuerza se dirigió a las desiertas llanuras de Lareñas,* marchando solamente durante la noche y descansando durante el día. Así evitaban el terrible calor y al mismo tiempo evitaban ser descubiertos por el enemigo. Cruzaron a nado el Arauca, llevando sus monturas y armas en la cabeza. Debieron constituir un rústico espectáculo bien digno de verse esos hombres desnudos, montando a pelo sus caballos y haciendo tanto ruido que los caimanes y otros peligrosos ciudadanos de esas aguas quedaron demasiado asustados para aventurarse a atacar. Afortunadamente para ellos, los temblladores rara vez frecuentan el agua honda, de modo que pudieron llegar a salvo a la otra orilla; los que no sabían nadar fueron pasa-

---

* Así reza la edición inglesa. Es difícil saber a qué región quiere referirse el autor. *(N. del E.)*

dos en coraclos[11] hechos de cuero de vaca, atados a las colas de los caballos. La rapidez de la marcha y las precauciones que habían tomado al avanzar de noche les permitieron llegar a la ciudad de Guasdualito al amanecer del 29 de Enero (1814) sin que los realistas sospechasen que se acercaban.

La guarnición habría sido tomada por sopresa si Olmedilla no hubiera cometido la imprudencia de mandar disparar un cañonazo y tocar un redoble de tambor. Esto dio tiempo a los realistas de tomar las armas, y Páez se encontró atacado por todos lados. La noche era negra como boca de lobo.[12] Los hombres de Páez cargaban solamente guiados por el fuego enemigo. Tan furiosa fue la carga de los salvajes jinetes que las filas del enemigo se rompieron y éste huyó, dejando más de doscientos muertos en el campo y muchos prisioneros. Páez, con unos cuantos hombres, persiguió a los fugitivos hasta las riberas del Apure.

Muchos de los perseguidos se refugiaron en los bosques, pero tres de sus oficiales, el Mayor Marchán y los Capitanes Ricaurte y Guerrero, se zambulleron atrevidamente en la ancha corriente de rápido curso. Páez, que iba montado, los siguió. Ricaurte y Guerrero ganaron la otra orilla y desaparecieron entre los árboles. Páez, que se había hecho tan experto nadador como jinete,[13] llegó al otro lado del río antes que Marchán. Cuando salía del agua, Páez lo intimó a que se rindiese. Para sorpresa de Páez, lo hizo a condición de que se le perdonase la vida. Ciertamente, un hombre a caballo con el agua a la cintura está en desventaja con respecto a otro que se encuentra en la ribera. Sin embargo, era Páez hombre que amaba la lucha en iguales condiciones y es probable que si Marchán se hubiera negado a rendirse, Páez no se hubiera aprovechado de su desventaja.

---

11. Embarcaciones primitivas, redondas y a manera de cesta. *(N. del T.)*
12. Expresión que el autor traduce literalmente del español y aclara en nota. *(N. del T.)*
13. Sin duda su experiencia con Manuelote (véase capítulo I) le mostró la necesidad de aprender a nadar. Esto es casi imprescindible en los Llanos, pues es casi imposible ir a parte alguna sin encontrarse con algún río. En cuanto a puentes, "ni por pienso" como dice Sancho Panza. La mayoría de los llaneros son hábiles nadadores, y necesitan serlo, pues la mitad del año los Llanos están bajo el agua y ellos casi viven en canoas. *(N. del A.)*

Los dos hombres tenían buena monta y ninguno podía esperar ayuda de nadie, puesto que Marchán huía y Páez había dejado a sus hombres en la ribera opuesta. Páez recibió su espada y le prometió la vida. Luego los dos adversarios volvieron a cruzar el río a nado.

El episodio parece de la Canción de Rolando o de Malory. Hubiera sido mejor para Marchán que se hubiera batido hasta el fin y caído en el ardor de la lucha.

Páez fue recibido con aclamaciones por sus hombres, quienes habían reunido a más de doscientos prisioneros en su ausencia. Inmediatamente emprendió la marcha para reunirse con el Comandante Olmedilla. Era este hombre uno de esos guerrilleros salvajes que surgen en las guerras revolucionarias para vergüenza de la humanidad. Cuando Páez se le presentó le manifestó que Marchán se había entregado bajo promesa de la vida. Olmedilla se volvió hacia él, salvajemente, diciendo:

—¿Cómo tiene usted el valor de presentarme a ese hombre vivo?

Páez, que no era naturalmente sanguinario y que por lo visto había tenido desde su juventud un gran sentido de lealtad hacia la palabra empeñada, le replicó indignado:

—Porque jamás he empleado las armas contra el rendido.

Olmedilla ordenó instantáneamente a uno de sus carniceros, un tal Capitán Rafael Maldonado, que le cortase la cabeza al prisionero.

Así pereció el infortunado Marchán después de haber expuesto su vida dos veces en el mismo día, al cruzar a nado el Apure con todos sus peligros y a quien sin embargo le faltó el ánimo de espolear su caballo contra Páez y morir o vencer como corresponde a un guerrero. No contentándose con este asesinato a sangre fría, Olmedilla hizo traer a los prisioneros a una formación de soldados en cuadro, dejando un vacío al centro, y ordenó a su segundo, Fernando Figueredo, que hiciese cortar la cabeza a todos ellos. Este rufián eligió a otros dos capitanes sin honor, Juan Santiago Torres y Rafael Maldonado, para que le ayudasen en la tarea.

Páez, que no sabía porqué habían sido traídos los prisioneros, sólo se dio cuenta de lo que iba a suceder cuando los vio caer de rodillas ante un crucifijo que el capellán, el Padre Pardo, llevaba en

la mano izquierda, mientras que con la derecha les daba la bendición. Los carniceros cayeron sobre ellos en seguida y cortaron las cabezas de cuatro de los prisioneros. Al caer la quinta no pudo contener Páez su indignación, y dirigiendo su caballo sobre los dos verdugos, les gritó que si mataban a otro les costaría a ellos mismos la vida.

Atemorizados ante su enérgica actitud suspendieron los verdugos su sangrienta labor, pero Figueredo se le encaró altivamente preguntando cómo se atrevía a impedir ejecutar las órdenes de su jefe. Páez le contestó que ahora estaba plenamente consciente de los hechos y que antes de matar a otro hombre tendrían que matarlo a él primero. Figueredo fue a consultar a Olmedilla, pero Páez, yendo a caballo, se le adelantó, e hizo ver a Olmedilla en términos enérgicos la barbarie de aquella matanza y el mal efecto que seguramente tendría para la causa. Olmedilla le dijo con frialdad que las vidas de los prisioneros estaban en manos de Figueredo. Entonces dijo este salvaje: "Pues si es así deberán morir todos". Por suerte para los prisioneros, todos los hombres del regimiento que mandaba Páez apoyaron a su jefe, y Figueredo tuvo que ceder, ya que no deseaba provocar un conflicto en el que sabía que saldría perdiendo.

Al narrar Páez este incidente muchos años después en Nueva York, donde escribía sus recuerdos de guerra, dice lo siguiente: "Así se salvaron aquellos infelices condenados al suplicio por el mal corazón de un vándalo, y así consiguió el buen trato hacer amigos a otros tantos enemigos, pues todos ellos se alistaron más tarde en nuestras banderas, siendo después compañeros fieles e inseparables de tantos hechos de armas que, si no hubiera todavía de ellos muchos testigos presenciales, correrían el riesgo de pasar ante la posteridad como fábulas inventadas para su solaz y entretenimiento. Este es —lo digo con intención— uno de los actos de desobediencia e insubordinación de que algunos malquerientes míos han solido acusarme. ¡Insubordinación con Olmedilla y Figueredo! No; la obediencia, ni aun en su sentido más estrictamente militar, no llega a cambiar la espada del soldado en la cuchilla del verdugo ni la guerra en matanza de prisioneros. Infinitas gracias doy al Todopoderoso porque me ha dejado tiempo, razón y excelen-

te memoria, para contar todas estas cosas como pasaron, a fin de que los hombres justos formen de ellas el concepto que merecen".

Aunque el estilo literario de Páez no está desprovisto de esa hipérbole que todavía caracteriza a muchos de sus compatriotas en Sudamérica, y aun en el norte de ese gran continente, todo habla elocuentemente en favor de su gran corazón. Muestra su carácter mucho más claramente que el más concienzudo biógrafo, y surge como un hombre valiente, sencillo, y aunque vanaglorioso, honesto y bondadoso.

Con semejante compañero, ningún llanero ha debido temer el atravesar el Apure con todas sus fuertes corrientes, teniendo la seguridad de que si su caballo le hubiese fallado, Páez no lo habría abandonado en la estacada.

CAPITULO VI

A raíz de su intervención en favor de los míseros prisioneros, Páez se había hecho popular entre los soldados. Sus maneras democráticas, su pericia en el arte de montar a caballo y su generosidad, lo habían convertido desde el principio en un figura destacada entre los salvajes irregulares que conducía Olmedilla en la remota provincia de Casanare. Hacía falta poca experiencia militar para las operaciones en que tomaban parte los valientes e indisciplinados grupos de revolucionarios. Un contingente llamado hiperbólicamente ejército rara vez excedía de los mil quinientos o dos mil hombres. Las armas de fuego eran escasas y las municiones aún más. Muchos, quizá la mayoría de los soldados patriotas, sólo llevaban como arma la lanza y pocos disponían de uniforme, ni siquiera todos los oficiales. Una estampa de Páez ya casi en la cumbre de su fama lo representa vestido de llanero con su caballo al lado. No ostenta distintivo visible de grado, y parece lo que fue durante toda su vida de campaña, un valiente jefe guerrillero.

En aquellos días no existían carreteras en las provincias de Casanare y Apure, y en campaña resultaba más importante el conocimiento de la vida llanera y la valentía que una educación teórica de estrategia militar. Páez nació con buen ojo para el terreno y ese magnetismo personal que no se adquiere, como tampoco adquiere el pintor el sentido del color ni el escritor el estilo, y que le da a un hombre más influencia entre sus semejantes que la que pueden dar el prestigio y el dinero.

Esto se hace evidente por un incidente que ocurrió a la mañana siguiente de salvar a los prisioneros. El Comandante Olmedilla encargó a Páez el paso de los prisioneros por el río Apure. Como

había más de doscientos y sólo disponía de una canoa pequeña, la operación duró toda la noche.

Lo primero que oyó decir al romper el alba fue que Olmedilla estaba matando a setenta de los prisioneros. Sus oficiales le imploraron que intercediera una vez más para salvarlos. Pero era demasiado tarde, porque toda la horda había sido ya asesinada a sangre fría. La actitud de los oficiales demuestra hasta qué punto se empezaba a estimar a Páez. Entonces ocurrió un incidente que le dio oportunidad de lucir su pericia en la táctica de guerrillas.

El General Calzada, Jefe español, se encontraba con una fuerza considerable no muy lejos de donde acampaban los patriotas.

Después del incidente de los prisioneros, Olmedilla marchó a un lugar llamado Cuiloto y allí, manifestando que estaba disgustado con el Gobierno patriota, renunció a su puesto y se retiró adentro de la provincia de Casanare. Antes de irse nombró a Figueredo, su lugarteniente, comandante del pequeño ejército.

Este Figueredo, el mismo que se había mostrado tan dispuesto para masacrar a los prisioneros, parece haber estado poco acostumbrado a la guerra de guerrillas, lucha en la cual la caballería desempeñaba un papel tan importante. Dispuso a sus hombres a lo largo de la ribera del Cuiloto e hizo poner los caballos a pastar en una sabana cerca del enemigo. Páez y los otros oficiales que habían sido criados en las llanuras se dieron cuenta en seguida del peligro. El enemigo sólo tenía que destacar unos cuantos hombres para que espantasen los caballos, y toda la fuerza patriota quedaba a pie. Ir a pie en los Llanos equivalía a ser reducido a la inmovilidad. Páez y los otros oficiales acudieron a Figueredo para quejarse. Esta misión no les resultaba muy agradable, pues ya sabían que Figueredo era hombre rudo y caprichoso, y que odiaba a Páez por su intervención en favor de los prisioneros.

Los cuatro jóvenes fueron pasados al cuarto de Figueredo. Colocaron sus espadas sobre la mesa y Páez, a quien se reconocía como jefe natural para estas cuestiones, expuso sus quejas ante el General. Insistió en el peligro que corrían los caballos al encontrarse tan cerca del enemigo y pidió que fuesen colocados en la retaguardia y que se les montara guardia. Contestó Figueredo que los caballos estaban bien guardados y que después de todo solo él era responsable.

—Mi Comandante —respondió Páez— permítame el decirle que no es usted el único responsable, pues cada cual tiene aquí su parte de responsabilidad.

Figueredo abrió la puerta al instante y llamó al Teniente Juan Antonio Mirabal, diciéndole:

—Lleve usted preso al Comandante Páez y remáchele un par de grillos.

Bien sabía Páez la clase de hombre con quien estaba tratando, de modo que cogió su espada y le dijo a Figueredo que prefería morir peleando a que se le colocasen grillos. Diciendo esto, abandonó la habitación, montó en su caballo y galopó hacia sus hombres. Teniendo en cuenta Figueredo la popularidad de Páez entre los soldados, revocó inmediatamente la orden y rogó a los oficiales que fuesen a calmarlo, pues temía que pudiese provocar una insurrección, cosa que ni siquiera se le había ocurrido.

Tan pronto como advirtió Figueredo que había pasado el peligro, volvió a adoptar su acostumbrado aire de altanería, diciendo que estaba dispuesto a despedir a Páez y a darle pasaporte para donde quisiera ir. Páez le tomó la palabra y lo abandonó. A las veinticuatro horas había desertado la mayoría de los soldados, dejando casi solo al General.

Ambos oficiales expusieron su respectiva posición ante el Gobierno patriota. El Gobierno aprobó la conducta de Páez y relevó a Figueredo de su mando, confiriéndolo a otro oficial, de nombre Guerrero, que después se elevó a la celebridad.

Páez se dirigió a Pore, capital de Casanare, donde se encontró con Olmedilla, que lo mandó llamar inmediatamente. Aunque Olmedilla era hombre valiente, que había dado muchas pruebas de su valor en el campo de batalla, se había convencido de que la contienda desigual no podía sostenerse por mucho tiempo más y que el país caería de nuevo en manos de los españoles. El colapso de la República y los rumores sobre un gran ejército que España pensaba enviar lo habían probablemente desanimado, pudiendo haber también otras causas que se desconocen, para hacerle tomar una resolución que impartió a Páez en su entrevista.

Después de significarle su convicción de que la causa de la revolución estaba perdida, le dijo que pensaba dirigirse con toda su familia a un lugar llamado Vichada, en las riberas del Meta, a vivir entre los indios.

Estos indios, en su mayoría guahibos y chiricoas, vagan hoy día por las selvas de las riberas del Meta y viven casi enteramente de la caza, aunque cultivan algo de maíz indio cerca de sus chozas. Sus armas son el arco y la flecha y una larga cerbatana con la que disparan un dardo sumergido en curare y aciertan hasta a cuarenta yardas.

"Vagan —dice el Padre Gumilla[1] en su monumental historia sobre el Orinoco y sus indios— de un río a otro. Mientras los indios pescan y cazan fieras, venados y serpientes para su alimento, las mujeres buscan raíces. Estas les sirven de pan; y cualquier cosa que encuentran, como boas, tigres y leones,[2] todo les da lo mismo y cualquier cosa es comestible para estas dos tribus". Añade que sus cabañas sólo les sirven un día o dos, y así sus vidas son apenas mejores que las de las bestias de la selva.

El contacto con la civilización les ha proporcionado varias enfermedades que les eran desconocidas cuando el Padre Gumilla escribió su obra y también los familiarizó con la pólvora y la ginebra. No obstante, siguen llevando una vida nómada, yendo de río en río y utilizando sus armas características como lo hacían en tiempos de este buen jesuita.

Entre estos salvajes se iba a retirar Olmedilla con toda su familia. Había persuadido a varios de sus amigos para que lo acompañaran, y pensaba que en Páez tenía un triunfo que jugar, pues prefería fundar una colonia en las riberas del Meta antes que volver a someterse al dominio español.

—Comandante Páez —le dijo a éste— vuelva inmediatamente al ejército y escoja de dos a trescientos hombres de toda su confianza y otros tantos caballos, y entre tanto yo me volveré con mi familia sobre el Meta para tener lista allí las embarcaciones que pueda reunir, así como también la sal que es indispensable llevar al Vichada y un sacerdote para que nos sirva allá de pastor. De paso por Pore[3] tomará usted las alhajas de oro y plata de la iglesia, quitando igualmente a los ciudadanos, por la fuerza, todo el dinero que tengan, pues estoy persuadido de que todo caerá más tarde en manos de los españoles.

---

1. *El Orinoco Ilustrado,* por el P. Joseph Gumilla, Madrid, 1741, pág. 188. Gumilla llama Guajivos a los Guahibos, pero por su situación en el Meta y sus costumbres, deben ser los mismos. *(N. del A.)*
2. Tigres y leones quiere decir jaguares y pumas. *(N. del A.)*
3. Capital del Distrito de Casanare. *(N. del A.)*

Páez enmudeció de asombro, pero conociendo el carácter de Olmedilla y viendo que se encontraba solo, pidió tiempo para considerar la proposición antes de dar una respuesta. Después de una o dos horas de pseudo-consideración, se negó a cumplir la exigencia de Olmedilla. Páez recibió la orden de volver a tomar el mando de su regimiento, y en ese mismo día, Olmedilla, junto con toda su familia, emprendió el viaje hacia San Juan de los Llanos, pueblo fronterizo que se encuentra en lo que hoy día es territorio colombiano.

En el pueblo de El Puerto, Páez se encontró con Solano,* el nuevo Gobernador patriota de Casanare. Siendo Casanare una región tan inaccesible y escasamente poblada, servía de buen refugio para los patriotas después de una derrota. Al enterarse de la deserción de Olmedilla, Solano se puso furioso y ordenó a Páez que lo arrestara y lo trasladase a la ciudad. Ningún encargo podía haberle resultado más desagradable a Páez, ya que había servido a las órdenes de Olmedilla y gozado de su confianza. Comprendió en seguida que Olmedilla lo acusaría de haber revelado sus planes. No obstante, se vio obligado a obedecer la orden, y emprendió el viaje con cuatro oficiales y sus respectivos ordenanzas. Después de cinco días de marcha forzada e ininterrumpida, lo alcanzó en la provincia de San Martín. Una marcha forzada en los Llanos, calculándola a la manera de los llaneros, vendría a ser hoy unas sesenta millas por día.

No es una mala marcha, teniendo en cuenta el clima y que probablemente tendrían que pasar a nado varios ríos. Viajarían a un paso artificial rápido conocido como "pasitrote", con el que un caballo hace seis millas por hora. Los caballos no encontrarían más alimento que hierba, y los jinetes debieron llevar consigo provisiones, pues no podían tener tiempo para cazar en el camino. Su alimento era probablemente el tasajo, que humedecerían en una corriente. Su bebida era el agua.

Saliendo mucho antes del amanecer para evitar el calor, viajarían hasta las once, hora en que el "enemigo", el sol, se haría demasiado fuerte para continuar cabalgando a pleno sol. Si por casualidad —una casualidad no muy buena— se tropezaban con un "rancho" o "caney",[4]

* *Sic.* ¿Por Serrano? *(N. del E.)*

4. Un caney es un techo sobre cuatro postes. No tiene paredes, y las hamacas de los dueños cuelgan de las vigas.
Se supone que la palabra es de origen caribe, pues los primeros conquistadores

pedirían, o se tomarían, hospitalidad, y pasarían allí las horas más calurosas del día. Si no encontraban, como era más probable, ninguna habitación humana, se detendrían en alguna "mata"[5] de moriches y tomarían la siesta allí, después de amanear para mayor seguridad los caballos, que se esparcirían por la mata, comiendo la hierba que pudieran.

Los viajeros harían con seguridad una hoguera de hierba y hojas de palma para ahuyentar los mosquitos, y quedarían descansando y fumando hasta la hora de salir otra vez. Si tenían tiempo antes de la siesta, probablemente bajarían los caballos al agua y los bañarían para refrescar y enfriar sus lomos y quitarles los roces de la silla.

Volviendo a montar a eso de las tres, cabalgarían hasta el crepúsculo, pasando por los pantanos, donde se levantarían miríadas de pájaros asustados a su paso y las grullas solemnes se quedarían pescando con una pata recogida bajo el ala. Manadas de venados se deslizarían ante ellos, después de mirarlos por un momento, con el testuz erguido, sacudiéndose los costados con el rabo, resoplando y desapareciendo al par que levantaban una nube de polvo en la llanura abierta o salpicando de agua los marjales con el galope de su desordenada huída.

Páez encontró a Olmedilla en una choza con su familia y unos cuantos seguidores, quienes inmediatamente se lanzaron a las armas. El mismo Olmedilla, armado de una espada y un trabuco, se presentó a la puerta.

—¿Quién vive? —preguntó.

—La América libre[6] —respondió Páez.

Cuando Olmedilla leyó la orden del Gobernador en la que encargaba a Páez capturarlo vivo o muerto, trató de convencerlo, proponiéndole varias alternativas. Cuando vio que Páez se mostraba inflexible, arrojó la orden sobre la mesa gritando:

—Llevarás los pedazos de Olmedilla, pero a él vivo jamás.

Luego entró en la cabaña, hizo una barricada tras la puerta y dijo a su mujer e hijos:

—Voy a morir; Olmedilla no se deja coger vivo.

Su mujer lo alentó, diciendo:

---

la mencionan en sus referencias sobre Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico *(N. del A.)*

5. Una mata es un grupo de árboles, casi siempre de palmeras moriches, en los llanos. *(N. del A.)*
6. Aclarado en español en el original en *N. del A. (N. del T.)*

—Haces bien, pues prefiero verte revolcar en tu sangre y ser testigo de tu agonía, antes que humillado y prisionero.

Páez se desmontó del caballo y trató de discutir con la dama espartana, pero a todos sus argumentos contestaba que prefería ver muerto a su marido que prisionero. Finalmente él entregó su espada a Páez, con la promesa de su vida, mientras lloraban su mujer y sus hijos, más de rabia, según dice Páez, que de pena.

Parece haber sido una lucha de voluntades, de la que salió vencedor Páez.

En cambio, Olmedilla detenía su caballo repetidas veces y exclamaba:

—¿Cómo es posible que haya sido tan cobarde?

Era en vano su arrepentimiento, ya que se encontraba solo entre enemigos. Al llegar a Pore, el Gobernador Solano le mandó a colocar grillos y le dijo que se prepara a morir. Páez y otros oficiales, junto con un tal Padre Méndez, después Arzobispo de Caracas, obtuvieron tras muchas dificultades el perdón que lo dejaba libre para proseguir su viaje a las selvas. Allí sufrió muchas penalidades. Su colonia desapareció, y él se vio obligado a alimentarse con el cadáver de un hijo suyo para satisfacer la horrible hambre que lo acosaba.

No se sabe a ciencia cierta cómo murió, pero probablemente lo mataron los indios al encontrarlo indefenso. Una muerte miserable, después de tantos sufrimientos causados por uno de esos extraños errores de cálculo que cometen los seres humanos. Si hubiese perseverado un poco más, habría adquirido fama y honor, pues habiendo llegado la causa patriota a eclipsarse en su mayor decadencia, estaba destinada a resurgir hasta alcanzar la victoria. De hecho no faltaban indicios de que la marea había cambiado de dirección.

Aunque el General Morillo arrasaba con todo en Nueva Granada, había tomado Cartagena y ocupado la capital, en Bogotá, mejor conocida en aquella época con el nombre de Santa Fe, empezaba a tener éxito la guerra de guerrillas organizada por Páez en Casanare y Apure.

El General español Calzada con una fuerza de tres mil hombres, considerada en aquellos tiempos y en un país como los Llanos como un ejército poderoso, fue derrotado en un sitio llamado de Chire por el General patriota Ricaurte bajo cuyas órdenes servía Páez. Tan primitiva era la guerra de esos días, especialmente en lugares tan remotos como las llanuras de Casanare, que las fuerzas patriotas que contaban unos

mil quinientos hombres apenas disponían de unas noventa carabinas. El resto iba armado de lanzas, sables o de cualquier arma que pudieran encontrar.

El 31 de Diciembre de 1815 tuvo lugar una escaramuza o batalla en la cual fueron totalmente derrotados los españoles, los cuales se salvaron del aniquilamiento refugiándose en el interior de Nueva Granada. En esta ocasión sufrió Páez uno de esos ataques nerviosos de que tanto padecería después, antes de cada batalla. Sus hombres, al ver el estado en que se encontraba, tuvieron que sujetarlo a la silla para que no se cayese del caballo hasta el momento de atacar. Páez pronto se repuso y volvió a la carga.

Varios escritores contemporáneos, y en especial el célebre General O'Leary, Ayudante de Campo de Bolívar, dan noticia de estos extraños ataques. Algunos los atribuían a la epilepsia, otros a la violenta excitación de los nervios.

Lo cierto es que durante ese trance se comportaba como un hombre poseído, blandiendo su lanza y echando espuma por la boca, hasta caerse del caballo. Al perseguir al enemigo que huía, Páez, quien seguramente no se había recobrado aún de su ataque, pues no es propio de un oficial con mando abandonar a sus hombres y perseguir al enemigo sin compañía, se encontró solo. Se dio cuenta inmediatamente de que corría el peligro de caer en manos de los fugitivos. Al tratar de ganar el sendero desfalleció su caballo. Afortunadamente encontró otro, y según dice él mismo, pudo hacerse con él, no sin gran dificultad. La dificultad sólo la pueden medir los que han pasado esa misma odisea.

En los Llanos y en las pampas de la Argentina, sin duda pocos caballos dejaban que se les acercase nadie a pie. Páez no pudo haber enlazado ese caballo suelto, pues el suyo estaba cansado y apenas se arrastraba con desmayo. O arrinconó el caballo contra la orilla del río o lo enlazó, echando toda su suerte a un golpe, o lo empujó hacia la ciénaga o arbustos altos. En cualquier caso, pocos que no fueran gauchos o llaneros se las habrían arreglado para lograrlo. Montado en el caballo que tan providencialmente había conseguido coger, cabalgó hasta medianoche.

Entonces, viendo una hoguera, se acercó y para gran alegría suya, se encontró entre amigos. El General lo felicitó por haber escapado con vida, y luego, a la manera del auténtico pedante militar, le reprochó el haberse presentado en "traje de mendigo". El General no le ofreció

a Páez un uniforme nuevo, y éste, descalzo y harapiento, se dirigió de nuevo a su regimiento. Si tal era el aspecto de un Comandante, los soldados comunes han debido parecerse a un regimiento de espantapájaros.

Durante el año 1816 continuó la guerra en los Llanos, inclinándose la balanza a favor de los patriotas. Después de su victoria en Chire, sorprendió Páez a un destacamento de realistas, despojándoles de un cuantioso botín de ganado y caballos, e hizo alrededor de ochenta prisioneros. Obligó al resto del destacamento a retirarse hasta el río Arauca, donde muchos murieron ahogados. Sólo su Comandante, Juan Vicente Peña, logró escaparse con veinticinco hombres, refugiándose en la ciudad de Guasdualito, junto con el Coronel Arce y una fuerte compañía española. Juzgando indefendible la ciudad, Arce la evacuó, e inmediatamente después la ocupó Páez.

El Comandante español había continuado hasta un lugar denominado Quintero, el cual decidió Páez atacar por sorpresa. Como quiera que quedaba a sólo sesenta millas de distancia de Guasdualito, no resultaba tan difícil la empresa. Sus espías le trajeron la noticia de que el enemigo se había enterado de sus intenciones y que un fuerte destacamento bajo el mando de Vicente Peña lo esperaba para tenderle una emboscada en el fuerte de Palmerita, a orillas del Apure. Antes de ponerse en marcha, Páez hizo preparar una cantidad grande de carne, secada al sol o asada, para evitar el verse en la necesidad de matar reses en el camino. El motivo que tenía para hacer esto sólo se le habría ocurrido a un llanero.

Cuando se mata algún animal en los llanos, aunque no esté a la vista un solo zamuro,[7] pronto acuden por millares de todas direcciones. El que viaja en los llanos, cuando los ve revolotear sobre un punto determinado para luego descender con gran rapidez, puede tener la seguridad de que por allí se encuentra algún muerto, y se lanzan como flechas sobre él. El que está más próximo al primer pájaro, viendo su movimiento, le sigue, y así por un sistema primitivo de telegrafía sin hilos le lleva la noticia a toda la bandada. Los viajeros de los llanos, cuando ven que los buitres han llegado sobre cierto sitio y se precipitan hacia abajo, pueden decir con certeza que hay allí un animal muerto.

7. Se las conoce por diversos nombres en las diferentes repúblicas, como en Colombia, gallinazos; en México, zopilotes; y en la República Argentina, urubús. *(N. del A.)*

En la guerra de guerrillas de la frontera, donde la seguridad depende del golpe de vista y la observación intensa y exacta de los fenómenos naturales, facultad tan difícil de adquirir a los nacidos en la protegida vida de las ciudades, la prudencia de no matar animales en una marcha por sorpresa es evidente.

Todo sucedió como había previsto Páez, y al no ser delatado por la presencia de los zamuros, ni por el humo de las hogueras para cocinar, cayó como un rayo sobre los españoles, quienes le habían tendido una emboscada para sorprenderlo. La mayoría de los españoles fueron hechos prisioneros. Entre ellos estaba su jefe, Vicente Peña. Llevado a presencia de Páez desdeñó pedir clemencia, y sólo solicitó que se le concediesen unas horas para despedirse de su esposa. Estuvo Páez a la altura de las circunstancias y al enfrentarse con este hombre valiente le dijo:

—No somos asesinos. Después de la victoria somos generosos con el vencido.

Dice el mismo Páez: "La arrogancia y serenidad[8] del hombre, que bien debía conocer la suerte que le esperaba en aquella época de implacable guerra, me llamaron extraordinariamente la atención".

Deseando salvarle la vida, se empeñó Páez en hacerle servir en el ejército patriota, pues en aquellos días muchos hombres cambiaban de partido, no necesariamente para salvar la vida, sino por motivos personales, tales como alguna desavenencia con sus oficiales superiores o por mera afición al cambio. Sin embargo no era Peña de esa clase de hombres, y se negó obstinadamente a cambiar de causa, ni siquiera para salvar la vida. No deseando ejecutarlo, Páez concibió la idea de enviarlo prisionero a la base de operaciones de los patriotas, exhortando a los otros jefes que hiciesen lo posible por atraerlo a la causa. Fueron tan convincentes sus argumentos, que al fin Peña consintió militar en las filas patriotas. En debates de tal naturaleza, una espada desenvainada colgada de un cabello, o en este caso la metáfora quizá debería decir de una tira de cuero, sobre la cabeza del que debate, puede resultar un argumento poderoso. No hay que olvidar tampoco que un gran tanto por ciento de las fuerzas realistas se componían de hombres nacidos en la colonia.[9]

8. *Memorias de Páez.* pág. 101. *(N. del A.)*
9. "Una de las glorias de la Revolución Venezolana fue la de haber tenido que luchar durante años no sólo contra España, sino contra las dos terceras partes

Solamente después de los heroicos esfuerzos de Bolívar, secundado hábilmente por Sucre, Santander, McGregor,[10] Páez, O'Leary, Piar y otros de sus generales, continuados durante largos años, se logró que el grueso de la población nativa abrazara la causa de la revolución.

La declaración de Guerra a Muerte (según la cual debía matarse en masa a todos los prisioneros) declarada por Bolívar,* y luego recogida y practicada con igual energía por el Comandante en Jefe español, Morillo, puede haber contribuido a este cambio de actitud. Era obvio que los que más sufrían eran precisamente aquellos cuyos intereses estaban en el país que rebosaba sangre. Con todo esto, existía un fuerte sentimiento realista, especialmente en la provincia de Coro, la cual, a pesar de la gran victoria de Bolívar en Carabobo, siguió fiel a la bande-

---

de la población de Venezuela. Los ejércitos de Cagigal, Ceballos, Boves, Morales, Antoñanzas, etc., estaban compuestos en su totalidad de Venezolanos. La caballería llanera de Morillo era Venezolana". *Estudios Históricos,* pág. 170. ARÍSTIDES ROJAS. Caracas, 1926. *(N. del A.)*

10. Gregor McGregor, conocido de los venezolanos como Gregorio McGregor, descendía de una antigua familia, de los Highlands de Escocia, establecida en el distrito de Breadalbane. En su juventud sirvió por breve tiempo en el Ejército Británico. En el año 1811 fue a Caracas a unirse con los revolucionarios. Allí se casó con una dama venezolana, Doña Josepha Lonera. Entrando en el servicio público se elevó hasta ser Coronel y Ayudante General del desgraciado Miranda. Después de la caída de éste se unió a Bolívar, sirvió con distinción y dirigió la célebre retirada de Ocumare a Barcelona en 1815. Estuvo presente en las batallas de Chaguaramas y Juncal. En 1817 Bolívar lo hizo General y recibió la Orden de los Libertadores, con especial agradecimiento por sus servicios. En 1819 tomó Puerto Cabello, pero fue sorprendido y obligado a huir, salvando su vida al nadar hasta un buque. En 1821 dejó el servicio de Venezuela y se estableció en la Costa de los Mosquitos, haciéndose Cacique de los Indios Poyais bajo el título de Su Alteza Gregor. Fomentó el comercio y la agricultura y fundó un banco, haciendo que le grabara los billetes el célebre grabador William Hine Lizars. Entonces fue a Londres para obtener un empréstito, pero fracasó en este intento. Cayó en una mala época y en 1839 pidió al Gobierno Venezolano que le restituyese el grado y paga de General. Se le concedió la petición teniendo en cuenta sus servicios a la República. Murió pocos años después en Caracas. *(N. del A.)***

** No todo lo que dice el Autor de Mc Gregor es exacto: La retirada de Ocumare sucedió en 1816, y en donde habla de Puerto Cabello, debe leerse Portobelo. *(N. del E.)*

* Caudillos realistas y patriotas llevaban a cabo de hecho la guerra a muerte antes de que Bolívar la proclamase en Trujillo; por consiguiente, el decreto de éste no añadió ningún nuevo horror a una situación ya existente. Contribuyó,

ra española. Incluso después que Peña había decidido cambiar de bando, su vida todavía corría peligro. Fue enviado de nuevo a Páez con órdenes estrictas de ejecutarlo inmediatamente, pues no confiaban en su sinceridad.

Páez hizo lo posible por convencerlos, mas sin lograrlo. Se vio obligado a tomar las disposiciones necesarias para llevar a cabo la ejecución, pero a última hora, cuando Peña ya se encontraba en el lugar de la ejecución, tomó Páez una resolución repentina y lo hizo trasladar de nuevo al campamento, decidido a aceptar toda responsabilidad antes que hacer matar a un hombre a sangre fría. Dice Páez que durante todo este tiempo Peña permanecía impasible.

Al fin, después de haber empeñado su palabra de honor de que respondería por la fidelidad de Peña, éste fue perdonado a última hora. Apenas hubo escapado Peña de las garras de la muerte, estando él y Páez descansando en una choza, apareció a caballo un soldado indio que servía en las filas realistas. No pudo haber conocido de vista a Páez, pero a Peña si lo conocía bien. Como no sabía que Peña se había pasado, le informó que a poca distancia se encontraba una compañía de soldados que con su capitán había tendido una emboscada y estaba pronta a atacar. Consiguieron Peña y Páez que los condujera al sitio donde estaban al acecho y capturaron a todos, con excepción del capitán, quien había desaparecido. Lo buscaron en vano, y estaban a punto de abandonar la búsqueda, cuando un soldado alcanzó a ver sus pies colgando entre las hojas de una palma alta, justamente por encima de sus cabezas. Intimado a que se bajase, lo hizo al punto observando con gracia que "en Guasdualito me escapé en alas del conejo, pero aquí no me ha podido salvar ni Nuestra Señora del Cogollo". Su valentía y astuto

---

sí —como lo hace constar el autor— a demarcar de un modo preciso los bandos contendientes. Por lo demás, la guerra a muerte no consistía en hacer perecer en masa a todos los prisioneros, puesto que Bolívar ofrecía la vida a los americanos que militaban en los ejércitos realistas. Desde el propio año de 1813, quiso el Libertador suavizar el rigor del decreto: recuérdense su proclama a los españoles y canarios fechada en San Carlos a 28 de julio de ese año, la generosa capitulación que ofreció a la guarnición de Caracas a comienzos del siguiente agosto, y sus esfuerzos para lograr de Monteverde, encerrado en Puerto Cabello, que accediera a un canje de prisioneros. Las reiteradas negativas del jefe español a tratar con "insurgentes" hicieron inevitable la matanza de prisioneros españoles que ocurrió en febrero de 1814. *(N. del E.)*

buen humor probablemente le salvaron la vida, pues Páez se rió de la gracia y envió al gracioso prisionero a Bogotá.

Era en tales ocasiones cuando Páez revelaba la bondad de su corazón y su caballeroso odio a la matanza en frío, pues no es otra cosa el matar a un prisionero. No obstante, poseía toda la ferocidad característica de su tiempo y crianza, y la Guerra Civil siempre despierta la ferocidad.

El siguiente episodio, narrado por un hombre que todo lo veía en Venezuela con parcialidad, y que sin embargo cayó bajo el influjo magnético que Páez ejercía sobre aquellos que entrasen en contacto con él, pone de relieve el aspecto más tenebroso y salvaje de un carácter que no carecía de rasgos nobles y generosos.

CAPITULO VII

Los llanos eran tan vastos y los ejércitos contendientes tan relativamente pequeños, que era posible marchar y retirarse durante días sin que hubiese contacto entre los dos bandos. Tal era el caso de la célebre batalla de la Mata de Miel, que tanta importancia tuvo en la historia de Venezuela. En esa batalla derrotaron los llaneros por primera vez a soldados regulares, provistos de artillería. Por primera vez surgió Páez de su obscuridad gracias a su hábil jefatura y obtuvo el grado de Teniente Coronel. Se le había confiado el mando de un pequeño ejército que defendía Guasdualito, por defección de su comandante, el General Guerrero, quien al saber que los españoles avanzaban con una fuerza superior y con artillería, había huído, y junto con su plana mayor y varias compañías de soldados volvió a cruzar el Arauca y se dirigió a Casanare, el acostumbrado refugio de los patriotas al verse superados numéricamente.

Quedó Páez con unos quinientos hombres, todos pertenecientes a la caballería. Salió de inmediato en busca del enemigo. Lo primero que lo alarmó fue una gran nube de polvo que se alzaba sobre un bosque de palmeras denominado La Mata de la Miel. Esto señalaba que el enemigo se encontraba cerca. Tales señales, como las nubes de polvo, la huída de las aves, y la hierba pisada por hombres o animales, son libros abiertos para todo llanero. Avanzó Páez para hacer un reconocimiento y afortunadamente para él fue seguido por un oficial con diez o doce dragones.

La guerra en Venezuela en esa época difería tan poco de la realizada ante los muros de Troya, que habiendo dado con una avanzada enemiga a unas seiscientas yardas por delante de su grueso, Páez y el oficial de ese destacamento se insultaron a gritos. Páez lo desafió a un combate personal, a la manera de Héctor y Aquiles, y salió a su en-

cuentro, cuando una bala del enemigo acertó a herir mortalmente su caballo, entrándole por un ojo, y el animal cayó muerto al suelo.

En la caída aprisionó una de las piernas de Páez debajo de su cuerpo, y a no ser por el teniente que cargó con los dragones que llevaba consigo, habría sido hecho prisionero. Cuando logró zafar la pierna montó otro caballo, y gritó al estilo de los héroes de la Ilíada: "Compañeros, me han matado a mi buen caballo, y si ustedes no están dispuestos a vengar ahora mismo su muerte, yo me lanzaré solo a perecer entre las filas enemigas". Naturalmente todos sus hombres contestaron: "Sí, la vengaremos". Como avanzaba la noche, los otros oficiales deseaban suspender el ataque hasta el día siguiente, pero Páez observó con mucha sagacidad que una batalla en la oscuridad sería más ventajosa para el bando más débil, y dio la orden de avanzar inmediatamente.

Su instinto nato para la estrategia guerrillera resultó de gran provecho para la causa patriota en esta ocasión. Oscurecía rápidamente y el temido fuego de artillería se tornaba casi inocuo por causa del súbito cambio, ya que en esas latitudes el crepúsculo es casi desconocido. Al irrumpir contra los artilleros e infantes, el caballo de Páez fue herido por una bala, y comenzó a corcovear, arrojándole a alguna distancia con la silla entre las piernas. Se encontró Páez en el suelo, y sintió pasar por encima de su cabeza a su propio escuadrón, con un ruido atronador. Se levantó ileso, y montando otro caballo que le ofreciera un amigo, se apresuró a reorganizar la segunda fila que se encontraba en la más completa confusión, provocada por la artillería enemiga. Ya estaba totalmente oscuro, y la carga de los llaneros fue tan violenta que la caballería realista rompió filas y huyó en la oscuridad.[1] Muchos fueron alanceados por los perseguidores antes de que la persecución fuese impedida por las sombras.

1. "En la carga ponen la mano del lado derecho del cuello del caballo y sostienen la lanza con la mano derecha y dispuesta para ser clavada en el antagonista. De lejos el jinete no es discernible y de más cerca es muy difícil apuntarles por lo mucho que se inclinan sobre el lomo del caballo. Su carga es furiosa, y el fuego más terrible no puede impedirles que se acerquen. Durante la carga dan los gritos más horrísonos". *Historia de la Revolución de Caracas,* Mayor FLINTER, Londres, 1819.

   Tanto los indios de las Pampas del Sur de la Argentina como los Apaches y Comanches de Norteamérica cargaban de la misma manera, echándose a lo largo del lado de los caballos, con sólo su brazo y un pie visibles. *(N. del A.)*

La infantería, probablemente compuesta por españoles, o vitalizada por una levadura de españoles, fieles a las tradiciones de su infantería, que es una de las más tenaces del mundo y especialmente en la derrota, se mantuvo unida y se retiró hoscamente en la oscuridad de la noche. Cuando Páez los alcanzó a la mañana siguiente, se habían refugiado en un bosque del Apure donde era imposible atacarlos.

Tal fue el renombrado asunto, sobre el que se ha escrito mucho, de La Mata de la Miel, en la cual perdieron los realistas cuatrocientos hombres muertos, quinientos prisioneros, muchas provisiones y municiones, y lo que quizás resultaba peor para ellos, más de tres mil caballos. Estos caballos, un número cuantioso para un ejército tan insignificante, eran conocidos como "la remuda"[2] que quiere decir la reserva, que seguía al ejército en manadas guiadas por los peones. La pérdida de ellos impidió que los realistas pudiesen reequipar[3] su caballería durante un tiempo considerable, lo cual provocó una inmovilización casi total.

---

2. "Faltaban caballos, y como estos son un elemento indispensable del soldado llanero, era preciso ante todo buscarlos". *Historia de Venezuela,* BARALT.

   Este historiador nos da una interesante imagen de la doma de los caballos por los soldados, que en su mayoría eran llaneros y por lo tanto sabían montar caballos salvajes desde la juventud.

   "Los caballos que siempre se usaban allí eran domados a la usanza llanera por los escuadrones. Era un espectáculo curioso ver quinientos o seiscientos soldados luchando al mismo tiempo con los animales salvajes. Todo alrededor del sitio donde se hacía la doma se situaban hombres montados en caballos mansos, no para ayudar a los domadores que caían, sino para perseguir a los caballos que los habían echado y evitar que escaparan con las sillas, aunque estas sillas apenas eran más que un trozo de madera de árbol de las que colgaban unas pocas tiras de cuero". *(N. del A.)*

3. Los caballos en la época de la Guerra de la Independencia, valían unos cinco pesos por cabeza en los Llanos. Este precio era probablemente por potros sin domar.

   En 1848, Ramón Páez, hijo del General, dijo que valían de 80 a 100 pesos. Ahora son más bien baratos, pues la enfermedad llamada "derrengadera" y que les ataca el riñón, ha mermado considerablemente su número. Esta enfermedad apareció por primera vez en el bosque de San Camilo cerca de las bocas del Apure alrededor de 1840. Nunca atacó al ganado, pero murieron de ella monos y otros animales salvajes. Muchos de los habitantes se contagiaron de la infección y murieron. De esa época data la despoblación de los Llanos, de la cual esa enfermedad fue una de las causas principales". *Escenas Salvajes de Sudamérica o Vida en los Llanos de Venezuela,* pág. 81, RAMÓN PÁEZ. Londres, 1863. *(N. del A.)*

Por otra parte, pudo Páez proporcionar caballos de refresco a sus hombres lo cual les permitía ampliar sus incursiones y reconocimientos sin impedimentos. El gobierno de Nueva Granada le envió la insignia del grado de teniente coronel y desde entonces su nombre adquirió gran fama a través de todo el país. Bien sea por política o por natural disposición bondadosa, pues a pesar de sus ocasionales accesos de violencia, poseía un buen corazón, dio tan buen trato a los prisioneros, dejándoles en libertad para que regresasen a sus hogares, que después de hacerlo muchos se unieron a sus filas.

Como quiera que casi todos eran venezolanos, y en esa época no había término medio entre amigo y enemigo declarado, obraron con gran prudencia y conservaron sus vidas y propiedades. La conducta de Páez causó una impresión favorable en el país y convenció a los que dudaban de la justicia de su causa, la cual había sido muy perjudicada por la crueldad de algunos oficiales patriotas. Entonces el ejército, a la manera de los romanos que al encontrarse en alguna provincia lejana alzaban al jefe en sus escudos, saludándole como Emperador por aclamación, hizo a Páez su General.

Con una prudencia encomiable rechazó el honor, pero no a la manera del "Nolo Episcopari", o como el "Viejo Noll" poniendo la corona a un lado para que se insistiese en que la aceptara, sino porque toda su vida tuvo un curioso sentido de la disciplina militar, la cual, aunque violara en ciertas ocasiones inducido por resentimiento personal o por conocer la incapacidad de sus oficiales superiores, siempre se imponía cuando recapacitaba.

En esta ocasión hizo bien en dejar que el General Guerrero, ya de regreso de Casanare después de la victoria, continuara en el mando. Su actitud moderada fue recompensada al ser relevado Guerrero por el Gobierno patriota de Casanare. Esto dejaba a Páez sin competidor para el mando en Guasdualito, el cual asumió inmediatamente.

En la batalla de La Mata de la Miel fue eficazmente secundado por los tenientes Nonato Pérez, Antolín Mujica, Gregorio Brito y otros de sus oficiales, quienes probablemente habrían recibido más instrucción militar que el mismo Páez. El joven comandante ejercía una enorme influencia sobre estos por su valor personal y desinterés. Además de estas cualidades, las cuales poseen muchos otros generales, se ganó el afecto de sus hombres no sólo porque compartía la misma comida y dormía en el suelo entre ellos utilizando como almohada su montura,

sino porque también sabía domar un caballo salvaje como los mejores, y porque su educación no había sido mucho más esmerada que la de sus mismos partidarios.

Hippisley,[4] un oficial que había servido con Wellington, y que viniera a Venezuela al frente de un regimiento que había reunido para pelear contra los españoles, aunque odiaba todo lo del país y no supo reconocer el genio de Bolívar, admiraba a Páez extraordinariamente. "Páez es un autodidacta y ha surgido de la nada durante la revolución... Su coraje, intrepidez y repetidas victorias, y el número de sus adeptos, rápidamente le dio fama. Sus seguidores eran otros tantos Páez, quienes consideraban a su general como un ser superior... En el desfile o en el campo Páez era su general, el supremo. En las horas del descanso de las fatigas de una marcha larga y rápida, o de la victoria sobre algún adversario y represalias rígidamente ejecutadas, se veía a Páez bailar con su gente dentro de un ruedo formado con ese propósito, fumando con ellos, bebiendo de la misma copa, y encendiendo un nuevo cigarro con el que tenía en la boca un compañero de armas".

Tal conducta era la única manera de hacer que sus seguidores se encariñasen con él. La democracia en Sudamérica tiene mucho del sentido democrático de los árabes que se heredó a través de los españoles. Los árabes y los españoles por igual hablan a un duque o a un sultán como si fuera sus iguales. Por supuesto que lo son en lo que concierne a su humanidad. Un accidente puede haber elevado al duque o a un sultán política o económicamente sobre el tribeño o el campesino, pero la naturaleza los ha hecho de la misma carne. Algo, sin duda, han recibido los hispanoamericanos de la mezcla ocasional de sangre india.

Entre las salvajes tribus indias, desde la Bahía de Nootka hasta el Cabo de Hornos, existe la más absoluta igualdad, y siempre existió excepto en México y Perú. La mayor parte de ellos no tenían jefes hereditarios, y cuando se veían obligados a elegir un jefe de guerra su autoridad cesaba al acabarse la guerra, es decir, toda autoridad excepto la que un hombre de poderes especiales siempre ha tenido y debe tener. Así que prevalece una absoluta igualdad bajo el sol en todas las repúblicas excepto en la gran república metalizada del norte. Las maneras son llanas y desenvueltas y todo el mundo se tiene por un caballero. De

4. *Narración de la Expedición a los Ríos Orinoco y Apure* por G. HIPPISLEY. Londres, John Murray, 1819, pág. 416 *(N. del A.)*

aquí que la actitud de obsequiosidad para con el que se encuentra uno en la calle como un amigo, semejante a la actitud de dos perros que se encuentran en la calle, es completamente desconocida, y las palmadas en la espalda, mentales o físicas, hacen odioso a su perpetrador.

Nada puede poner esto más en claro que el pasaje en que Hippisley dice "en el campo Páez era supremo" y entonces lo pinta danzando con sus seguidores. Esta era la actitud de los jefes entre los Pies Negros y los Sioux, tan difícil de imitar para hombres que por el hecho de tener un ligero tinte de ciencia o de literatura se creen semidioses.

Durante el año de 1816 y comienzos de 1817 proseguía lentamente la lucha en los Llanos de Apure, Barinas y Casanare, pero cada vez más gente del país se unía a Páez. Se hizo tan popular que cuatro meses después de la batalla de la Mata de la Miel, cuando muchos patriotas que huían de la Nueva Granada ante las tropas de Morillo se reunieron en Guasdualito y nombraron al General Santander Comandante en Jefe, se negaron los Llaneros a reconocerlo como tal. Para apaciguarlos, el gobierno provisional de Guasdualito promovió a Páez al grado de General de Brigada con poderes especiales sobre los ejércitos del Distrito de Apure.

Esta medida causó gran satisfacción entre los llaneros, quienes sólo se hubieran dejado conducir por un hombre como Páez, que era de su mismo calibre y los comprendía bien. Sus hombres siempre se referían a él como el "tío" y mientras marchaban cantaban una poesía rústica al estilo de los versos fesceninos que acostumbraban cantar los soldados romanos.[5]

Sólo en los Llanos progresaba la causa patriota, pues en esta coyuntura Bolívar, derrotado en Clarines y obligado a abandonar la ciudad de Barcelona, decidió dirigir sus esfuerzos a la selvática provincia de Guayana, al otro lado del Orinoco. Su objetivo era la ciudad de Angostura,[6] que como su nombre indica está situada en la parte más estrecha del río Orinoco y constituía un puerto que había quedado abierto a la navegación bajo el dominio realista. Allí recibían los españoles armas y refuerzos directamente de España.

---

5. De los generales cuál es el mejor.
   Mi general José con su Guardia de Honor. *(N. del A.)*
6. Ahora Ciudad Bolívar. *(N. del A.)*

Los patriotas habían organizado una escuadrilla de "flecheras", una especie de bote de pesca con un pequeño cañón en la proa. Esta escuadrilla fue sorprendida por un buque de guerra español, viéndose obligados Bolívar y toda su gente a saltar al río y nadar hacia la orilla para salvarse. Afortunadamente para los patriotas, el Almirante venezolano Brión, después de derrotar a la escuadrilla española, puso sitio a Angostura. Después de fuerte resistencia bajo su Gobernador, Fitzgerald, cayó el 17 de julio de 1817 y quedó en manos de los patriotas.

Esta fue la primera victoria importante fuera de los Llanos de Apure. Bolívar fijó la residencia provisional de las autoridades en Angostura, convirtiendo a esta ciudad en la capital de Venezuela. Tuvo lugar entonces la infeliz conspiración de los Generales Mariño, Bermúdez y Piar contra la autoridad del Libertador. Mariño y Bermúdez se las arreglaron para reconciliarse con Bolívar, pero Piar, aunque recibiera el perdón y pasaporte para las Islas de las Indias Occidentales, en lugar de ir allí, regresó a Angostura con el fin de provocar una insurrección. Fue capturado, juzgado en consejo de guerra, que lo condenó a ser pasado por las armas.

La casa donde pasó su última noche "en capilla" está situada en un ángulo oriental de la plaza frente a la catedral. El mismo cuarto que se empleó como capilla[7] está al nivel de la calle. La plaza donde fue fusilado tiene un jardín y una fuente que mana sin cesar bajo las palmeras que ondean por encima. El agua murmura elegías por el mal avisado y valiente Piar, vencedor de la batalla de San Félix, o canta un peán por el triunfo del Libertador sobre la traición, según como esté entonado el oído del que escucha. Piar quizá oiga la fuente, pero si no la oye, ésta tiene un sonido grato para los hombres de rostro obscuro que con sus ropas blancas pasean por la plaza fumando mientras hablan grandilocuentemente sobre asuntos fútiles bajo las estrellas del trópico.

Aunque ya era Comandante en Jefe del Ejército de Apure, el más temible jefe de toda la caballería de la república, del lado revolucionario, estaba Páez acosado por mil dificultades. La mayoría de sus hombres montaba caballos a medio domar, que por la violencia de la doma, después de tan largas jornadas resultaban inadecuados para todo trabajo fuerte. Hasta la hierba de esa región de los Llanos era escasa y malsana. Muchos no tenía armas de fuego y llevaban lanzas y garrotes he-

7. Sobre la "capilla" véase el Cap. III. *(N. del A.)*

chos de palma de Alvarico[8] con las puntas endurecidas al fuego. Incluso la ropa era escasa y, como dice Páez,[9] los soldados cubrían su desnudez con guayucos, es decir, taparrabos al estilo indio. Pocos llevaban sombrero, pues se pudrían en la época de las lluvias, la cual duraba varios meses. Ni siquiera llevaban mantas para suplir la falta de monturas, de modo que cabalgaban a pelo, pues no había una manta o zalea en todo el ejército. Cuando se mataban reses, los soldados se disputaban entre sí los cueros para utilizarlos como protección contra las lluvias, ya que sin tiendas de campaña estaban expuestos a toda la violencia de la lluvia tropical durante varios meses sin parar.

Además de la escasez de ropa y armas y la falta de satisfacción de las necesidades más primordiales de la vida que sufrían los soldados, se vio Páez convertido en Comandante en Jefe de las fuerzas de Apure con la obligación de organizar y dirigir la evacuación que se hacía imperiosa debido al avance del General Morillo con las tropas españolas. "Más de diez mil personas que seguían al ejército", dice Restrepo en su *Historia de Colombia,*[10] "fueron trasladadas a Araguaquén, lugar distante, inaccesible a los españoles". Páez hace sólo una mera mención de esta emigración en sus Memorias.

En una carta dirigida a Bolívar desde su Cuartel General en Burón, con fecha 26 de febrero de 1819, Páez entra en ciertos detalles, principalmente sobre la escasez de caballos y mulas para trasladar a los fugitivos. "Usted se podrá imaginar", escribe a Bolívar, "las preocupaciones y fatigas que he tenido que sufrir y cuánto he tenido que luchar. Le aseguro que sostener al ejército y a los emigrantes sólo Dios podrá decir lo que me ha costado y lo que me está costando: la escasez de caballos y la falta de ganado en las llanuras me han proporcionado grandes problemas".

No hay seguridad de que Páez hubiera aprendido a leer y escribir para esa época. El autor de una curiosa narración titulada *Reminiscencias de tres años de servicio durante la guerra de exterminación en las Repúblicas de Venezuela y Colombia,*[11] dice: "Cuando serví con él, Páez no sabía leer ni escribir, y hasta que llegaron los ingleses a los

8. Albocarpus Cubarro. *(N. del A.)*
9. *Memorias del General Páez,* pág. 122. *(N. del A.)*
10. Vol. II, Cap. X. *(N. del A.)*
11. Londres, 1828. *(N. del A.)*

Llanos (es decir, la Legión Británica) jamás había usado cuchillo y tenedor,[12] tan rúsica e incivilizada había sido su vida anterior; pero cuando comenzó a tratar a los oficiales de la Legión Británica, imitaba su modo de vivir y vestir, tomándolos como modelo hasta donde le permitía su falta de educación.

"Mide cinco pies y nueve pulgadas. Es musculoso y bien proporcionado, y posee gran habilidad y fuerza. Su rostro es bien parecido y varonil, coronado de un cabello espeso castaño rizado. Es de temperamento sanguíneo.[13] Su carácter es ardiente, generoso y afable y su inteligencia, aunque no ha sido cultivada, muestra todas las virtudes que adornan a la naturaleza humana. Sincero, franco y sencillo, es el amigo perfecto, y como le son extrañas todas las pasiones mezquinas, es un enemigo generoso". Los principales testimonios del carácter de Páez en aquel período de su carrera fueron hechos por ingleses que servían en la Legión Británica y que tuvieron amplias oportunidades de formar un criterio imparcial. Muchas de sus críticas acerca de otros jefes republicanos fueron bastante menos favorables.

Los deberes de un jefe patriota de aquellos días no se limitaban al campo de batalla. Páez se vio en la necesidad de organizar la vida y las ocupaciones cotidianas de varios miles de fugitivos en el refugio remoto y desierto que habían encontrado en las riberas del Orinoco. Su primer cuidado era el de proveerles del sustento diario, en este caso la carne. El ganado era llevado desde los llanos hasta este refugio selvático cerca del Lago Cunaviche y era matado cuando surgía la necesidad.

Las mujeres hilaban y como quiera que en las cercanías del Orinoco abundaba el algodón silvestre, nunca se encontraban ociosas. Poco a poco fueron haciéndose más llevaderas sus vidas conforme se iban

12. Los llaneros, como los gauchos de la pampa argentina, vivían enteramente de carne de vaca. Los gauchos tenían un refrán que decía: "Carnero no es carne". Comían su carne de vaca guisada en un asador puesto sobre un fuego de huesos, boñigas secas o tallos de cardo, cortando piezas de una ración grande con un cuchillo de un pie o más de largo.

    Sostenían la carne con los dientes y cortaban el pedazo más cercano a los dientes hasta que poco a poco llegaban al extremo que sostenía su mano izquierda. *(N. del A.)*

13. El autor escribe en presente porque Páez vivía en aquella época y era muy joven. *(N. del A.)*

acostumbrando al solitario lugar. Su único temor era el de ser atacados por alguna banda de españoles antes de que Páez pudiera enviar soldados a defenderlos. Los invasores del calibre del Reverendo Coronel Andrés Torrellas significaban un verdadero peligro. Este sacerdote, furibundo guerrillero, se había caracterizado por sus muchos actos de crueldad, a la manera de los sacerdotes guerreros carlistas de posterior época en España, quienes a menudo oían la confesión del prisionero, le daban la absolución y luego, con la mayor tranquilidad, despachaban su alma al paraíso con un balazo de sus propias manos consagradas. De esta clase de sacerdotes era el Reverendo Coronel Torrellas, quien jamás perdonó a prisionero alguno, aunque no se tiene noticia de que se haya molestado en escuchar su confesión antes de hacerlos ejecutar. La siguiente hazaña le asegura un nicho en el panteón de la historia.

Desde hacía mucho tiempo deseaba Páez tomar el pueblo, que llama ciudad en sus memorias, de Achaguas. Con este propósito, despachó a un oficial, un tan Rangel, con unos doscientos hombres. Con él iba el Capitán Antolín Mujica, joven valeroso que se había distinguido peleando contra los españoles. Rangel, Mujica y sus hombres bajaron por el río Apure en canoa. Se tenía la noticia de que en el pueblo disponía el Coronel Reverendo Andrés Torrellas de pocos hombres, por un informe llevado a Páez por uno de sus exploradores, uno o dos días antes. Ignoraban que el reverendo guerrero había recibido fuertes refuerzos y estaba preparado para el ataque. Silenciosamente, al romper el día, el bando atacante, deseando tomar el cuartel mientras dormía el enemigo, se lanzó sobre la ciudad. Al reconocer su error, hizo Rangel retirar a sus hombres, aunque con considerables pérdidas, ordenando a la caballería que cubriese la retirada. Antolín Mujica, como Sir Giles de Argenté en Bannockburn, dijo que prefería morir antes que presentarse a Páez con la noticia de la derrota y atacó con un puñado de soldados.

Durante la escaramuza que tuvo lugar, su caballo cayó con él en un jagüey, es decir, un depósito poco profundo formado en la llanura para conservar el agua para el ganado en tiempo de sequía. Hecho prisionero y llevado ante Torrellas, fue fusilado inmediatamente. El rufianesco presbítero hizo que friesen su cabeza y la envió a Calabozo, donde permaneció colgando de un gancho, como las cabezas que eran colgadas a las puertas de Fez hace sólo unos pocos años y como nuestros piadosos antepasados lo hacían hace doscientos años *ad majorem Dei gloriam.*

CAPITULO VIII

Ostentando ya el grado de General y reconocido como el primer jefe patriota en los Llanos, Páez fue llamado a enfrentarse a un enemigo digno de él. Resulta curioso que la carrera del hombre contra quien estaba destinado a luchar por largos años era bastante parecida a la suya.

Pablo Morillo, Conde de Cartagena y Marqués de La Puerta, cuando llegó a Venezuela en el año 1815, ya había visto mucha acción y era un comandante experimentado. Nació en la pequeña ciudad de Fuentesecas, en la provincia de Zamora. Había sido un pastorcillo.[1] A los trece años se alistó en el ejército. Luego pasó a la infantería de marina y asistió a los sitios de Tolón y a la batalla del Cabo San Vicente.

Tanto Bolívar como Morillo eran dados a admirar las hazañas heroicas. En la lucha en el Valle de Carache a un soldado patriota la mataron el caballo que montaba. Utilizando el cadáver de éste como barrera, repelía a punta de lanza los ataques de un grupo de caballería española, y, aunque herido, mató a dos de ellos. Morillo lo observó, y ordenó a sus hombres que le perdonasen la vida, haciéndolo prisionero. Cuando se hubo restablecido de sus heridas, Morillo lo envió al Libertador sin condiciones al cuidado del General O'Leary. Bolívar, para no ser superado en generosidad,[2] devolvió a cambio ocho soldados españoles del Regimiento de Barbastro.

El incidente muestra que ambos jefes se respetaban mutuamente y estimaban los hechos guerreros.

---

1. Francisco Pizarro había sido porquerizo y Belalcázar mulero. De este modo Pablo Morillo tenía una especie de sucesión apostólica que provenía de los conquistadores de América. El mismo no estaba destinado a ser un conquistador, aunque tenía la implacable energía y la indomable voluntad de estos. *(N. del A.)*
2. *Memorias del General Rafael Urdaneta,* pág. 144. Madrid, 1916. Prólogo de don RUFINO BLANCO FOMBONA. *(N. del A.)*

En Trafalgar, Morillo era sargento de infantería de marina, y se distinguió saltando por la borda para salvar una bandera que había caído por los disparos. Transferido a las fuerzas terrestres, sirvió con gran distinción en la batalla de Bailén, donde los franceses a las órdenes de Dupont[3] fueron derrotados por completo. Ascendido a Coronel en 1809, estuvo en la batalla de Vitoria sirviendo con Wellington y se elevó al grado de General en 1812. Wellington tenía tan alta opinión de él que lo recomendó al Gobierno español para el mando en Venezuela. Su elección fue ciertamente juiciosa, pues probablemente ningún otro soldado de la Península hubiera podido lograr tanto. Fracasó, como tenía que fracasar, ante la rebelión de un pueblo enardecido por siglos de malos gobiernos. De todas maneras, no fue ignominioso su fracaso. Es placentero recordar que pasó dos días amigablemente junto a Bolívar y que cuando se firmó la paz se separaron, si bien no amigos, al menos respetándose mutuamente. Tanto el Libertador como Morillo eran despiadados y leales hasta el punto de derramar sangre, es decir, la sangre del enemigo, porque consideraban justa su causa. Ciertamente no eran corderos, pero en comparación con otros generales de uno y otro lado, se puede decir que cuando se bañaban en sangre, como hacían de vez en cuando, no era por mero amor al derramamiento de sangre, sino por puntos de vista equivocados sobre el patriotismo.

Páez era de otra categoría. Bolívar había nacido en la púrpura, fue bien educado, rico y descendía de una larga línea de antepasados encopetados y acaudalados, uno de los cuales se contaba entre los primeros colonizadores del país. Aunque pobre de nacimiento, Morillo, a través de su largo servicio en el Ejército español, había llegado a ser un hombre culto y un comandante experto en quien confiaba el mismo Wellington.

Como lo demuestra la historia, poseía Bolívar un genio innato para el mando. Páez no gozaba de ninguna de estas ventajas. Debía tener unos veinte años cuando aprendió a escribir. Aunque era un jefe natural de las bandas de guerrillas no tenía dotes especiales para la milicia. El General O'Leary,[4] biógrafo de Bolívar, describe a Páez de la siguiente manera: "Era de mediana estatura, robusto, muy bien parecido, aun-

3. Dupont capituló con 20.000 hombres. La batalla se libró el 16 de julio de 1808 en Bailén, cerca de La Carolina, en la provincia de Jaén. Los generales españoles eran Rodríguez y Corpigni *(N. del A.)*

4. *Memorias del General O'Leary. (N. del A.)*

que la parte inferior del cuerpo no era de la debida proporción comparada con el busto.[5] Era ancho de pecho y de hombros; su cuello grueso y corto sostenía una gran cabeza coronada de un cabello castaño oscuro y crespo; los ojos castaños y vivaces, la nariz recta y de anchos orificios, tenía los labios gruesos y la barbilla redonda. Su tez clara indicaba buena salud, y habría sido blanca de no estar quemada por el sol. La cautela y la suspicacia eran los rasgos más distintivos de su rostro. De cuna humilde, nada debía a su educación.

"En presencia de aquellos que él consideraba más cultos se mostraba taciturno y casi tímido, y se abstenía de tomar parte en la conversación. Con sus inferiores era locuaz y dado a las bromas.[6] Le encantaba narrar sus hazañas militares. Enteramente inculto, ignoraba la teoría de la profesión que ejercía, y desconocía sus términos más elementales. Aunque hubiese recibido la más esmerada instrucción militar, jamás habría llegado a ser un comandante de primer orden, pues la menor contradicción o emoción le acarreaban convulsiones que le quitaban el sentido momentáneamente y eran seguidas de accesos de debilidad física y moral.

"Como jefe de guerrilleros no tenía rival. Audaz, activo y valiente y de grandes recursos estratégicos, tomaba decisiones rápidas y era resuelto y enérgico en sus movimientos, todo lo cual lo hacía más temible cuando sólo mandaba a unos cuantos soldados. Un millar de hombres lo habría desconcertado, especialmente si una parte hubiese estado compuesta de infantería".

En los años 1815 y 1816, Morillo se llevaba todo por delante. Sus tropas bien armadas y disciplinadas ganaban victorias fáciles sobre los ejércitos improvisados e indisciplinados de los patriotas. Tomó la ciudad de Cartagena y fusiló a sangre fría a muchos de sus principales ciudadanos. Luego llegó hasta Bogotá por el Magdalena, donde cometió muchas atrocidades, matando entre sus seiscientas víctimas al emi-

5. Esto, por supuesto, estaba causado por su vida temprana sobre la silla y frecuentemente se observa en los gauchos de la República Argentina, los vaqueros mexicanos, los "cowboys" del Oeste y otras razas que se pasan la vida en la silla y andan poco. *(N. del A.)*

6. "Juegos de manos". El proverbio dice: "Juego de manos, juego de villanos", es decir, las bromas prácticas son para payasos. Una verdad más grande que una casa, como les gusta decir a los españoles de la más rara de todas las cualidades. *(N. del A.)*

nente naturalista Francisco Caldas. Luego volvió a cruzar los Andes, atravesó las llanuras de Casanare y ocupó la ciudad de Guasdualito.

Por primera vez se enfrentaron cara a cara en los Llanos Páez y Morillo. Páez tenía a su favor su popularidad, su íntima familiaridad con la vida a campo abierto y la vasta extensión del país y sus dificultades. Y por último, tenía un poderoso aliado en el clima que hacía casi insoportable la marcha para los europeos y los exponía al constante peligro de las fiebres, de las que morían como chinches.[7] La suerte de la causa revolucionaria en Venezuela hubo de decidirse en los Llanos, teatro que brindaba todas las ventajas naturales a los patriotas. Después de tomar la ciudad de Angostura, la hoy llamada en su honor Ciudad Bolívar, el Libertador parece haber tomado por primera vez en cuenta a Páez y la guerra que libraba casi sin ayuda de los otros patriotas. Hasta esta fecha (1818), jamás se habían visto Páez y Bolívar.

Morillo, para esta época dueño de Guasdualito, y al frente de fuerzas superiores a las que podían reunir los patriotas, resultaba un adversario formidable. Si hubiera podido dominar cabalmente los Llanos de Apure, habría contado con recursos casi ilimitados de caballos y ganado. Estos no abundaban en otras partes de Venezuela. Además, la lealtad a la causa incipiente de la República era muy elástica. Los llaneros que hacía poco habían seguido a Boves con entusiasmo, podrían haber abandonado a Páez, en cuyo caso habría fracasado la causa de la República.

Morillo comprendió bien la situación, y al juzgar que había acabado toda resistencia en Nueva Granada, intentó varias veces ocupar los Llanos. El único baluarte que presentaban los patriotas contra él era el que ofrecían Páez y sus rudos jinetes. A sabiendas de que Morillo intentaría aniquilarlo con fuerzas superiores antes de que Bolívar hubiese tenido tiempo de unirse a él, Páez trasladó a sus heridos y las grandes masas de fugitivos a un lugar seguro, un hato llamado El Yagual.

Páez tenía bajo su mando mil cien hombres, todos de caballería. Morillo, quien acababa de recibir refuerzos del General Calzada, y dis-

7. En inglés se dice morir como polillas. Sin duda existen chinches tanto como polillas, pero la tendencia del espíritu nórdico es a ignorar los insectos desagradables y pretender que no existen. Sin embargo, producen feas inflamaciones en la carne. *(N. del A.)*

ponía de fuerzas relativamente crecidas, destacó al General Latorre, uno de sus lugartenientes, con tres mil de infantería y unos mil quinientos jinetes, para que atacase a los patriotas. Páez lo aguardó en un sitio no muy distante de Mucuritas, nombre que se ha hecho célebre en la historia de Venezuela. El General Latorre pasó la noche en el lugar llamado el Hato del Frío, a una legua de Mucuritas, sitio que había escogido Páez para el encuentro. Al amanecer se hicieron a las armas los patriotas y con una marcha rápida se pusieron al lado del viento de las tropas españolas. En aquellos días en los Llanos, antes del advenimiento de las armas de precisión, una posición al lado del viento con respecto al antagonista significaba una ventaja casi tan grande como lo habría sido en alta mar.

El galope de los caballos sobre las llanuras pronto levanta una nube de polvo que llevada por el viento resulta una excelente cortina de humo para el bando que ataca. Más peligrosa aún que el polvo para el ejército que se encuentra hacia el lado hacia donde va el viento, resulta la posibilidad de un incendio en las praderas, frecuentemente ocasionado por estar candentes los tacos de los rifles, en aquellos días, y a veces, como ocurrió en aquella ocasión, porque se había prendido fuego deliberadamente a la hierba seca. Las llamas avanzaban con rapidez increíble, precedidas por ondeantes oleadas de humo. La hierba reseca se quema como la leña. Nada escapa al paso del incendio. El ganado y las fieras huyen desesperados, y si no alcanzan el refugio de algún río o laguna, sólo quedan los huesos chamuscados como prueba de su triste suerte.

Un hombre en un buen caballo, cabalgando como lo hacen en esas ocasiones, echándose horizontalmente sobre el cuello del animal, espoleando y gritando palabras de aliento al caballo que está plenamente consciente del terrible peligro como él mismo, tiene una pequeña oportunidad de poder escapar. Si tiene tiempo y cerillas y puede adelantarse un poco al incendio, desmonta y cubriendo la cabeza de su caballo con un grueso poncho prende fuego a la hierba que queda al socaire de él. Así, si Alá lo quiere y hay tiempo, se encuentra en un oasis de hierba quemada sobre la que el fuego ha pasado ya y las llamas persecutorias no pueden avanzar. Se queda en ese oasis temblando y sudando, acariciando a su caballo y hablándole con las palabras acostumbradas, porque si el caballo se escapa le quedan al hombre pocas oportunidades de vida. Entonces, cuando el terreno empieza a entibiarse, monta y

busca un lugar a salvo, sabiendo que no va a tener otra oportunidad semejante.

Páez, que en esta ocasión tenía las condiciones atmosféricas a su favor, las aprovechó con tanta eficacia como Nelson en Trafalgar.

Confiando en sus fuerzas superiores, avanzó Latorre hasta ponerse a tiro de cañón, probablemente a una distancia de unas cien yardas. Antes de que tuviesen tiempo de organizar sus filas, rompió la caballería llanera sobre ellos como un huracán, provocando cierta confusión, pero la tenaz infantería española resistió el choque.

La costumbre de los llaneros, si fracasaba la primera carga, era dispersarse y retirarse en grupos pequeños para reorganizarse fuera del alcance del fuego enemigo. Esto era llamado por ellos una retirada "en barajuste", y aunque probablemente habría resultado desastroso en el caso de tropas disciplinadas, los llaneros generalmente evitaban así el tener grandes bajas. Esta maniobra es tan antigua como los Partos y se les ocurre muy naturalmente a la mayoría de los irregulares tales como los árabes, cosacos, y las tribus indias de Norteamérica.

Aunque la infantería permaneció firme, la carga de Páez tuvo éxito en el flanco derecho de los españoles. La caballería realista, compuesta en su mayoría por venezolanos, en lugar de salir al encuentro de los atacantes, esperó la acometida, decisión fatal, pues una caballería que carga, invariablemente atraviesa las filas de otra que permanece inmóvil esperando el ataque. Así resultó en esa ocasión, y después de una breve escaramuza, los fieros llaneros expulsaron a la caballería realista del campo. Sólo doscientos húsares españoles, veteranos de las guerras peninsulares, permanecieron firmes, presentando un adusto frente a todos los ataques.

Vestidos con sus uniformes amarillos, que en América se ganaron el nombre de "tamarindos", sus pellizas húngaras colgando de un hombro y sus altos gorros de húsares afirmados por un cordón de trencilla amarilla, se retiraron hoscamente hacia la infantería, manteniendo su formación como si estuviesen en un desfile.

Es probable que la carga de la caballería llanera no hubiera podido romper las filas de la infantería española, la cual, cubierta por los húsares, habría podido refugiarse en los bosques sin mayores pérdidas que las de las tropas irregulares que se dispersaron. No obstante, por algo había ganado Páez el viento a su favor. Destacó a unos cincuenta hombres que tenía ya listos de antemano con combustible y les ordenó pren-

der fuego a la hierba en un amplio frente. Con un rugido aterrador, las llamas se arrojaron sobre las masas de la infantería dispuesta en formación cerrada. De no haber sido por la casualidad de haberse quemado la hierba cuatro días antes, habría perecido hasta el último hombre reducido a cenizas. En medio del calor abrasador y las nubes de polvo, lograron ganar el otro lado de una cañada[8] donde hallaron agua y pudieron refrescarse. Conducida por el propio Páez, la caballería irrumpió varias veces sobre ellos saltando por encima de las llamas. La persecución continuó por más de una legua, legua mortal, hasta que el enemigo pudo llegar al Paso del Frío en las orillas del Apure, donde se refugiaron en los bosques. Los realistas perdieron toda su artillería y munición, y muchas de sus armas, que abandonaron para escapar del fuego y que cayeron en manos de los patriotas.

Aunque no fuera decisiva, la batalla de Mucuritas resultó una victoria moral, porque las bajas patriotas fueron muy pocas comparadas con las del enemigo. Además, fue el primer revés que sufrieron las tropas de Morillo desde que desembarcaron en América en 1815.[9]

Páez se elevó en la estimación pública como hábil jefe y muchos de los que se habían mantenido al margen de la causa patriota, por la aparente imposibilidad de éxito, se unieron a sus filas.

Morillo, que en España probablemente habría recurrido a las mismas tácticas de guerrillas empleadas por Páez y los otros jefes llaneros, reconoció en seguida que por primera vez desde que llegó a América se enfrentaba con adversarios a los que había que tomar en serio. Al escribir al Rey un informe sobre la batalla de Mucuritas, dio el siguiente testimonio del coraje y la tenacidad de la caballería llanera: "Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes, poco numerosa, como me habían informado, sino tropas organizadas, que podían competir con las mejores de Su Majestad".

Habiéndose criado entre las armas desde su adolescencia, comprendió inmediatamente que el problema que debía resolver significaría una labor ardua. Demostró además una mentalidad abierta, pues en esa época prevalecía en Europa la peregrina opinión de que los hombres

8. Una cañada es un valle seco que corresponde a la palabra india "nullah" o a la arábiga "guadi". *(N. del A.)*
9. La batalla de Mucuritas se libró el 28 de enero de 1817. *(N. del A.)*

y animales nacidos en el Nuevo Mundo pronto degeneraban. Con tal seriedad tomó Morillo los acontecimientos, que al recibir las malas noticias, se unió inmediatamente a las fuerzas destrozadas de Latorre en el Paso del Frío sobre el río Apure. Marchando por los bosques de las riberas del río, llegó a la ciudad de San Fernando y la ocupó.

Páez lo siguió. Pero no se encontraba lo bastante fuerte para intentar un ataque. De San Fernando, Morillo envió a Latorre a la provincia de Guayana, y dejando San Fernando bien fortificado, siguió la marcha hacia Barcelona para atacar a los patriotas en la gran isla de Margarita, donde se encontraban fuertemente atrincherados. Así quedaba Páez casi dueño indisputado de los Llanos, aunque la mayoría de las ciudades y poblaciones seguían en manos de los realistas.

Páez logró expulsar a todos los españoles de la provincia de Casanare, y tomó la capital, Pore, empleando una estratagema muy curiosa. Después de sorprender a un destacamento de realistas mientras dormía, los despachó a todos, y utilizó sus uniformes para disfrazar a sus propios hombres; luego se pusieron en marcha y entraron en la pequeña ciudad de Pore ostentando los colores españoles a los acordes de una banda militar. Creyó la guarnición que se trataba de una compañía española que venía a unirse a ella y por lo tanto no opuso resistencia, siendo apresados todos sus componentes.

Si bien no demostraba Páez cualidades de gran militar,[10] dio pruebas desde un principio de grandes aptitudes de estadista.

Como quiera que había escasez absoluta de dinero en los Llanos, estableció Páez su propia casa de moneda en San Fernando de Apure, probablemente la primera y última que se fundara en los Llanos. "Páez entonces estableció una acuñadora en San Fernando de Apure después de haber recogido toda la plata que pudiera encontrar, estribos, vainas y utensilios con montura de plata. Un platero[11] y su hijo convertían la plata en barras, y luego las adelgazaban a martillazos. Estas monedas no tenían forma característica alguna, y eran acuñadas de una forma muy rústica, de modo que se parecían a las conocidas en las Indias Oc-

10. Véase el juicio de O'LEARY en sus *Memorias* citadas más arriba. *(N. del A.)*
11. Su nombre era Anzola, dice PÁEZ en sus *Memorias,* que toca este episodio como al azar, como si acuñar moneda fuese un deber corriente de un jefe de caballería irregular. *(N. del A.)*

cidentales como moneda cortada".[12] La moneda que Páez emitió debió de ser muy semejante a la antigua moneda española que principalmente se acuñaba en Potosí, llamada "moneda recortada", la cual tenía tantas esquinas, que Cervantes, al hablar de un caballo, dijo que tenía "tantas esquinas como una verdadera pieza de moneda". Esta extraña emisión monetaria fue aceptada sin desconfianza en los Llanos, ya que Páez había prometido retirarla en cuanto pudiera. Esta promesa la cumplió fielmente, pero durante muchos años después su moneda recortada circulaba en todo el Llano.

Gozaba ahora Páez de una posición de autoridad, y aunque pasaba sus días a caballo, pues aumentaba el número de refriegas entre realistas y republicanos, todavía disponía de tiempo, y lo dice con orgullo, para supervisar el ganado y dar las órdenes necesarias para que no fuese sacrificado innecesariamente. Fueron cumplidas sus órdenes tan cabalmente que, aunque ambos ejércitos buscaban el sustento entre los grandes rebaños de ganado en las llanuras, todavía abundaban al terminar las guerras.

Hasta esta fecha Páez y Bolívar no se habían conocido personalmente. Mientras avanzaban las fuerzas de Bolívar desde la provincia de Guayana para unirse a las de Páez, éste no permaneció inactivo. Al comienzo del año 1818, a pesar de las lluvias que comenzaban a inundar las llanuras, emprendió marcha para tomar Pedraza, una ciudad que quedaba al otro lado del Apure, donde Morillo, la mayoría de cuyas fuerzas se encontraba en Calabozo y en Barinas, había establecido una guarnición. El mismo Páez encabezó la expedición con toda su "guardia de honor" montada en caballos blancos y con una reserva de mil caballos. "Los caballos blancos", explica "son más nadadores según los llaneros y yo[13] con ellos". Esta superstición, fundada como la mayoría de las otras supersticiones, en hechos latentes, se da en casi todas partes de Sudamérica.[14] Pedraza fue capturada con gran facilidad, y Páez pudo vestir a una parte de sus soldados con el botín.

12. *Campañas y Cruceros en Venezuela y Nueva Granada,* Londres, 1831. *(N. del A.)*
13. *Memorias,* pág. 162. *(N. del. A.)*
14. El autor está de acuerdo con Páez y los llaneros. Siempre ha encontrado que los caballos blancos son los mejores nadadores y en el Paraguay poseyó uno que era renombrado por sus proezas. Siempre nadaba con el lomo muy fuera del agua y la cabeza erguida como una serpiente marina. El autor

En una de esas rápidas incursiones en las cuales era maestro, vadeando al frente de su caballería, todos con sus monturas a la cabeza, cruzó los ríos Canaguá y Pagüey, cada uno de los cuales medía por lo menos un cuarto de milla de ancho. Apareció repentinamente en Barinas y sorprendió a la guarnición, matando a algunos y haciendo prisioneros a muchos otros. Como quiera que no tenía botes a su disposición y sus hombres se veían muy entorpecidos por el botín de las tiendas de Barinas, lo hizo colocar todo en botes de cuero como coraclos y así pudo pasar el río con éxito. Estas embarcaciones las formó cortando agujeros por todo el borde exterior de una piel de vaca y pasando un cordón de piel por los agujeros, de modo que el conjunto formase una especie de coraclo. Puso dentro las cosas que había que transportar y entonces estiró del cordón de piel formando como una bolsa y lanzándola al agua atado a un lazo. Entonces un hombre nadando lo remolcaba hasta la otra orilla del río con el lazo en los dientes.

Sus diferentes hazañas y la popularidad que había adquirido por ellas, y su manera de ser franca y abierta con sus partidarios, único método posible para conciliarlos, le dieron gran poder en Apure y en todos los Llanos. Nadie disputaba su posición de comandante en jefe, y tan grande era la confianza que le tenían los habitantes, que ponían a su disposición todo su ganado y caballos. Para esta época, dice Páez que había alrededor de un millón de cabezas de ganado y unos quinientos mil caballos en toda la provincia, y de estos últimos unos cuarenta mil domados y aptos para el servicio [15] en la guerra.

Páez en 1818 contaba unos veinte años de edad y según el testimonio de varios oficiales que le conocieron íntimamente cuan-

---

tiene la esperanza —los centroamericanos tienen el refrán "Cuando el sinsonte canta, el indio muere, yo no lo creo, pero sucede"— de que El Blanco esté ahora en algún paraíso equino donde siempre haya buena hierba y agua, donde se desconozcan las monturas y donde no exista "ninguna cruel espuela que lo deje rendido". *(N. del A.)* La última frase entrecomillada es una cita poética *(N. del T.)*

15. Cuando Páez dice que eran "domados y aptos para el servicio", quiere decir que lo eran para un llanero, aunque con toda probabilidad no habrían resultado muy tranquilizadores para ser montados por europeos. "El caballo es bastante tranquilo, para ser montado por un inglés", es una expresión que se oye frecuentemente entre los gauchos de la Argentina. *(N. del A.)*

do servían en la Legión Británica no sabía leer ni escribir. Sus habilidades naturales, su valentía y su indiscutible talento para la táctica de guerrillas lo habían colocado en el mando. Sus hombres lo adoraban e indudablemente los servicios que había prestado a la causa patriota habían sido considerables, sólo superados por los de Bolívar, y teniendo en cuenta que Páez actuó en un campo más limitado. Era un hombre que siempre se había rebelado contra la autoridad y nunca llegó a acostumbrarse a la disciplina. Sin embargo, cuando Bolívar envió a los Coroneles Manuel Manrique y Vicente Parejo con la proposición de que lo reconociese como Jefe Supremo de la República, accedió inmediatamente.

Sólo podían haberlo guiado los motivos patrióticos más puros, pues todavía no había conocido a Bolívar y no había caído bajo el hechizo que parecía ejercer el Libertador sobre todos los que entraban en contacto con él. Si hubiera estado influido por bajas ambiciones y una renuencia a pasar a segundo término era éste el momento oportuno para haberse rebelado contra Bolívar, como lo hicieron muchos oficiales casi arruinando la causa patriota con sus traiciones. Inmediatamente manifestó su decisión a su ejército, alegando que Bolívar tenía superiores derechos y que su talento y su prestigio le daban el derecho de asumir el mando supremo. De que tuviera razón en su decisión y de que juzgara acertadamente la situación no cabe duda, porque después de todo Páez era desconocido fuera de los límites de su provincia, y para esa época había adquirido Bolívar una reputación mundial y había dado pruebas de su genio militar en un campo mucho más amplio.

De modo que cuando se enteró Páez de que Bolívar había salido de Angostura y estaba en camino para encontrarlo en la ciudad de San Juan de Payara, él también emprendió la marcha para cumplir la cita. De paso invadió una plaza de Morillo, quien había avanzado y había tomado San Fernando de Apure. Aunque sólo hicieron un simulacro de ataque, más por asustar al enemigo que por derrotarlo, las fuerzas españolas cayeron en la trampa y en medio del pánico volvieron a cruzar los ríos Apurito y Portuguesa y no se detuvieron en su retirada hasta llegar a la ciudad de Calabozo, donde acampaba Morillo.

En esta ocasión, llevaba Páez varios centenares de indios cunaviches, que utilizaban como armas arcos y flechas, y marchaban des-

nudos salvo por el guayuco, con plumas en la cabeza. Convirtió Páez en general a su jefe, Linache, y temiendo que el silbido de las balas pudiera provocar el pánico en sus filas, les suministró una buena dosis de aguardiente antes de salir al ataque. Esta bebida de fuego, que probablemente les era desconocida, tuvo el efecto deseado. Hiriéndose las lenguas con las puntas de su flechas, se bañaron las caras en sangre y avanzaron al ataque como fieras. Uno de sus capitanes, que llevaba el sobrenombre de "Dos Reales" entre los españoles, por no poder pronunciar su nombre, se adelantó tanto a sus compañeros, influido por el aguardiente, que llegó solo a las trincheras españolas, y fue despedazado instantáneamente, recibiendo así una muerte de héroe por una causa que no ha debido comprender muy bien, excepto que el destino le había permitido matar a algunos tiranos blancos que habían esclavizado a los de su raza.

Después del ataque, habiéndose retirado los españoles y habiéndose recobrado quizás los indios de los efectos del extraño estimulante, avanzó Páez a encontrarse con el Libertador. A unas cuatro leguas de San Juan de Payara, se vieron por fin cara a cara. Desmontando, se abrazaron, quedando cada uno por un momento en los brazos del otro, con la cabeza de cada cual mirando a los hombros del otro, del mismo modo que los patriarcas se abrazaban en el Antiguo Testamento.

CAPITULO IX

El histórico encuentro entre estos dos hombres extraordinarios, tan diferentes en casi todo excepto en su deseo de independencia para la Patria, tuvo lugar en el hato de Cañafístola, cerca de San Juan de Payara, el 31 de Enero de 1818. Bolívar había recibido una educación esmerada, pues su familia era de las más ricas de Venezuela en esa época. Dice de él su biógrafo el General O'Leary: "Hablaba y escribía el francés correctamente y el italiano bastante bien, del inglés sabía poco, apenas lo suficiente para comprender lo que leía. Conocía a cabalidad los clásicos griegos y latinos, ya que los había estudiado y gustaba de leerlos en las mejores traducciones francesas".[1]

Páez sólo había recibido los rudimentos de la educación primaria "a fuerza de azotes" [2] de la maestra Gregoria Díaz. En qué consistían estos rudimentos[3] es difícil precisarlo ya que para la época en que conoció por primera vez a Bolívar (1818) era un completo iletrado, como atestiguaron todos los oficiales que sirvieron en la Legión Británica.

Su Universidad había sido los Llanos, y su tutor, Manuelote, el capataz negro. Hasta entonces Páez jamás había visitado Caracas.

Bolívar había viajado extensamente. Se había casado en Madrid. Había enviudado al año, había vivido en París, conocía Londres y Roma, y frecuentaba la buena sociedad en Inglaterra, Francia e Italia.

---

1. *Memorias del General O'Leary. (N. del A.)*
2. Véase el Cap. I. *(N. del A.)*
3. "Aprendí los primeros rudimentos de una enseñanza demasiado circunscrita". *Memorias de Páez. (N. del A.)*

Páez era un centauro, acostumbrado a domar caballos salvajes, experto con el lazo y la lanza, y un lancero cabal en todos los sentidos.

Bolívar montaba bien y era célebre por su resistencia en la montura, tanto que en una época posterior de su vida se ganó el apodo de "El C... de Hierro", que puede traducirse "Copper bottomed" en inglés. Dice O'Leary que no lucía muy bien a caballo, pero la belleza muchas veces depende del ojo que la ve; también es verdad todo lo contrario. No obstante sentía O'Leary una intensa admiración por Bolívar, lo cual atestigua su biografía tan voluminosa. Probablemente la diferencia que existía entre Páez y Bolívar como jinetes es la que existe entre un jinete de nacimiento y uno de escuela.

Ilustra el siguiente pasaje la impresión que le hizo el Libertador a Páez: "Apenas me vio a lo lejos, montó inmediatamente en su caballo para salir a recibirme, y al encontrarnos echamos pie a tierra y con muestras del mayor contento nos dimos un estrecho abrazo. Manifestéle yo que tenía por felicísimo presagio para la causa de la patria el verle en los Llanos y esperaba que su privilegiada inteligencia, encontrando nuevos medios y utilizando los recursos que poníamos a su disposición, lanzaría rayos de destrucción[4] contra el enemigo que estábamos tratando de vencer.

"Con la generosidad que le caracterizaba, me contestó en frases lisonjeras, ponderando mi constancia en resistir los peligros y necesidades de todo género con que había tenido que luchar en defensa de la patria, y asegurando que con nuestros mutuos esfuerzos acabaríamos de destruir al enemigo que la oprimía".[5]

Hallábase entonces Bolívar en lo más florido de sus años y en la fuerza de la escasa robustez que suele dar la vida ciudadana. Su estatura, sin ser procera, era no obstante suficientemente elevada

4. Hay que recordar que Páez escribía en español y frases de esta clase eran tan corrientes en la Venezuela de aquellos días que hasta podían parecer vulgares. *(N. del A.)*

5. Los lectores que pueden encontrar florido este pasaje nunca han escuchado un discurso en Sudamérica. Allí las alocuciones públicas rara vez se hacen para persuadir. Su objeto es despertar entusiasmo. A los europeos septentrionales les parecerían sin duda llenos de hipérbole y desprovistos de sentido común; pero quizá nuestra elocuencia nórdica les serviría a los suramericanos solamente como un narcótico. *(N. del A.)*

para que no la desdeñase el escultor que quisiera representar a un héroe; sus dos principales distintivos consistían en la excesiva movilidad de su cuerpo y el brillo de sus ojos, que eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, con mirar de águila. Su tez, aunque tostada por el sol de los trópicos, conservaba no obstante la limpidez y lustre, a pesar de los rigores de la intemperie y violentos cambios de clima que había sufrido en las campañas. Para los que creen que el guerrero debe ser atleta, Bolívar, al conocérsele, habría perdido todo lo que hubiese ganado al ser imaginado; pero el artista con una sola ojeada y a primera vista, no podría menos de descubrir en Bolívar aquellos signos externos que caracterizan al hombre de fuerte voluntad y adecuado para llevar a cabo cualquier empresa que requiera gran inteligencia y tenacidad.

A pesar de la dura vida que había llevado, capaz de quebrantar la más robusta constitución, era sano y lleno de vigor. Era de temperamento alegre y jovial y de carácter apacible en el trato familiar, aunque impetuoso y dominante cuando se trataba de acometer alguna empresa importante, así que se reunían en él el cortesano y el guerrero. Era amigo del baile, galante y aficionado a la compañía de las damas, y diestro en el manejo del caballo: le encantaba galopar por las llanuras de Apure persiguiendo a los venados que allí abundan. En el campamento mantenía el buen humor con chistes ingeniosos; pero en la marcha siempre se mostraba algo inquieto y trataba de ocultar su impaciencia entonando canciones patriotas. Sentía quizás excesiva pasión por el combate, pero mientras duraba la batalla, siempre se mantenía sereno. Para reorganizar a los derrotados, jamás escatimó ejemplo, ni voz, ni espada.

"El aspecto exterior de Bolívar, físicamente débil, acostumbrado a los lujos de una casa acomodada desde sus primeros años, formaba contraste con el de los habitantes de los llanos, robustos atletas que jamás habían conocido otra clase de vida que la lucha continua contra los elementos y las fieras". Esta descripción de Bolívar, escrita cuando Páez era ya un hombre viejo en Nueva York, lo retrata tan bien o mejor que las narraciones que nos han llegado de las plumas de los escritores cultivados, de la misma manera en que de vez en cuando capta un pintor inferior ciertas características que escapan a artistas más dotados.

Bolívar deseaba a toda costa tomar Caracas, porque se daba cuenta del prestigio que esto le daría a la causa de los patriotas. Páez y sus llaneros, como después de todo es natural, no pensaban sino en los Llanos, y era su ambición el destruir el ejército de Morillo que ocupaba la ciudad de Calabozo, y hacerse dueños de las llanuras. Ambos planes tenían algo en su favor, pues al prestigio que habría dado la posesión de la capital especialmente en el extranjero, se contraponía el dominio de los Llanos, lo cual aseguraba a los patriotas lugares propicios para la cría de caballos y de ganado, elementos indispensables para la guerra en Venezuela en esos días. Fue entonces, en esta coyuntura, cuando Páez realizó la más asombrosa hazaña de su extraordinaria vida.

Para poder marchar sobre Caracas, Bolívar se vió obligado a cruzar el Apure, pues la ciudad de San Juan de Payara quedaba en la orilla occidental de éste. El ancho del río era de un cuarto de milla, con una fuerte corriente de unas cuatro millas por hora. Los patriotas no disponían de botes y en medio del río tenían los españoles una escuadrilla armada en lanchas que impedía el paso hacia el lugar donde podían desembarcar las tropas en la otra orilla.

Durante tres o cuatro días meditó Bolívar sobre la situación sin saber qué hacer. Durante todo este tiempo, Páez intentaba persuadirle a que se pusieran en marcha, asegurándole que él mismo proveería los botes necesarios. Al fin decidió Bolívar ponerse en marcha. Cuando llegaron a una milla del río, Bolívar le preguntó a Páez que dónde estaban las embarcaciones que había prometido proporcionar. Señalando unas embarcaciones que quedaban en medio del río, Páez dijo:

—Allí están.

—Ya las veo —dijo Bolívar— pero lo que no veo es cómo tomarlas.

Páez dijo sonriendo:

—Con la caballería.

—¿Y dónde, pues, está esa caballería acuática? —dijo Bolívar, y Páez, señalando a su "Guardia de Honor", dijo:

—Aquí.

Con cincuenta hombres de su Guardia de Honor y con las cinchas y las gruperas[6] sueltas, Páez galopó hacia la orilla. Entonces, dejando que rodasen las sillas al suelo sin necesidad de desmontarse, se echaron todos al agua. Llevaban sus lanzas entre los dientes y guiaba los caballos contra la corriente salpicándoles agua en la cara. Algunos, desde la orilla, armaban un vocerío para ahuyentar a los caimanes, mientras que Bolívar observaba ansiosamente a los nadadores, que ejecutaban su desesperada empresa.

A los soldados que se encontraban en las embarcaciones, les sobrevino el pánico, pues la operación los tomó por sorpresa. Después de hacer unos cuantos disparos que no hicieron daño, pues sólo apuntaban a las cabezas de los caballos y a los hombres, desnudos de cintura para arriba, huyeron en sus canoas. Los jinetes saltaban de los caballos a las embarcaciones, ganando así una victoria en la que no corrió sangre. Soltaron los caballos y éstos inmediatamente se volvieron a la misma orilla sin que se perdiera uno solo, y Páez, triunfante, llevó las embarcaciones al lugar donde Bolívar y sus oficiales esperaban como estatuas ecuestres, pudiendo apenas dar crédito a sus ojos.

Probablemente es la primera vez en la historia que una caballería diese una escaramuza dentro del agua y con toda seguridad fue la última. Solamente hombres como los llaneros de aquellos días, montados en caballos acostumbrados por las exigencias de seis meses de inundaciones de la región a echarse al agua como perros de Terranova podrían haber realizado semejante hazaña. Ni siquiera ellos lo hubieran intentado a no tener a un Páez "en la punta" de su avance. Todos sus hombres lo conocían con el apodo familiar de "tío", y cuando gritaba "¿Quién me sigue?" el agua debía hervir con la irrupción de los fieros jinetes empujándose por el deseo de ser los primeros. Tales hombres tenían escasa necesidad de luchar por la libertad, pues todos ellos habían nacido libres en los Llanos, donde, aunque ellos no lo supieran, les iba mucho mejor que a sus descendientes, que tienen libertad para elegir a un César de vía estrecha llamado presidente para que les arrebate un diezmo de su anís y de su cúmel y les haga entregarle todo lo que piense que le deben.

6. Las gruperas son de uso universal en los Llanos de Venezuela. *(N. del A.)*

Fue en esos días cuando llegó Páez a tener contacto con varios oficiales británicos, quienes habían llegado para unirse a Bolívar en su lucha contra España por la independencia. Dice Laval Chesterton:[7] "Cuando me encaminaba hacia Barinas, algunos de los naturales me informaron de que Bolívar tenía su campo a pocas millas de esta ciudad, en la dirección de la villa de Arauca, y entonces me dirigí a este punto para reunirme con él. El bravo General Páez, aunque no me conocía, me recibió con la mayor cordialidad, y viéndome débil a consecuencia de una herida que había recibido en una escaramuza con los españoles, me ofreció generosamente cederme las pocas comodidades de que podía disponer hasta el completo restablecimiento de mis heridas. Sólo a la naturaleza debe este hombre heroico y noble todas sus ideas y virtudes.

"Criado en un territorio completamente salvaje, sin que le favorezcan las ventajas del nacimiento ni de la fortuna, y sólo por su mérito personal, sus proezas e indomable valor manifestado en las diversas acciones en que ha estado presente durante la contienda revolucionaria, le han elevado hasta llegar a ser caudillo de los soldados nativos que han sido de tanta ayuda en todo el territorio. Cuando surgió el primer movimiento revolucionario, era muy joven y servía como soldado raso en una de las partidas de irregulares que se levantaron por los Llanos; pero incluso en tan humilde posición halló bien pronto medios de distinguirse entre sus camaradas.

"Su fuerza y valor extraordinarios le dieron siempre la victoria sobre sus rivales en los ejercicios gimnásticos que practican los llaneros y por la destreza que había adquirido con la práctica en el manejo de la lanza, arma favorita de aquéllos, podía fácilmente someterlos cuando se suscitaban disputas entre ellos; tanto por esto como por ser muchos los enemigos que había dejado fuera de combate en las numerosas escarumazas que se le habían ofrecido, alcanzó el respeto de todos sus compañeros, mientras que su carácter afable y nada pretencioso le valió la amistad de éstos. Gusta muy especialmente de los ingleses, a quienes llama hermanos, y ha abogado siempre con el mayor entusiasmo por los títulos que tienen a la gratitud del país.

7. *Recuerdos de un servicio de tres años durante la guerra de exterminación en las Repúblicas de Venezuela y Colombia.* Londres, 1828. *(N. del A.)* No hay evidencia de que esta obra sea de Chesterton. *(N. del E.)*

Su intrepidez lo hace querido por ellos y exceptuando solamente a Mariño, es Páez el jefe de Colombia[8] que goza de más popularidad entre los ingleses.[9]

"Es sorprendente la fuerza que la naturaleza ha concedido al General Páez. A veces y sólo como ejercicio, mientras sus hombres están recogiendo ganado salvaje con el lazo, él escoge un toro y, persiguiéndolo a caballo, lo coge por el rabo[10] y dando un rápido tirón echa el animal a tierra. Si en sus excursiones tropieza con un tigre o jabalí, inmediatamente lo atraviesa con la lanza.

"El General Páez padece de ataques epilépticos cuando se excita su sistema nervioso, y entonces sus soldados lo sujetan durante el combate o inmediatamente después de él. Cuando viene el ataque, Páez se convulsiona tanto que cae del caballo, el cual está tan bien enseñado que se detiene en el momento que siente que el jinete se ha desprendido de su lomo; el hombre queda en tierra hasta que alguno de sus compañeros viene a levantarlo. Llévanlo entonces a retaguardia, y el único medio de hacerle recobrar el sentido es echarle agua fría encima, o si se puede, sumergirlo prontamente en ella, sacudiéndolo al mismo tiempo. Estos ataques lo han puesto en grandísimos peligros, y después de ellos queda muy débil, por algunos días, si bien invariablemente vuelve a presentarse en el campo cuando se ha restablecido lo suficiente para tenerse a caballo antes de que termine el combate. No ha dejado de hacerlo a pesar de hallarse privado del uso de la palabra después de un grave accidente".

Resume Chesterton su juicio sobre Páez de la siguiente manera: "Es un patriota sincero y ciertamente un brillante ornamento de su patria, la que sin duda le debe los principales medios de continuar siendo república". En este juicio su admirador estaba evidentemente en un error, pues a pesar de todas las cualidades de dirigente que demostraba Páez, no pasaba de ser un jefe de caballería irregular.

---

8. Colombia y Venezuela eran entonces una república unida bajo el nombre de Colombia. *(N. del A.)*
9. Chesterton se refeire a los ingleses que servían con Bolívar en aquella época. *(N. del A.)*
10. Este deporte se conoce en Venezuela con el nombre de "colear" un toro, y exige más maña que fuerza. *(N. del A.)*

    El autor se extiende un poco más sobre esto en una nota del Capítulo II. *(N. del T.)*

La continuación de la república dependía solamente de Bolívar. Muchos de sus generales eran hombres capaces, como Arismendi, Santander, Mariño, Piar, Anzoátegui y Sucre. Existía la misma relación entre éstos y Bolívar que la que podía haber existido entre Napoleón y sus mariscales. Páez era el Murat de Bolívar. La mayoría de los otros ansiaban suplantarlo de la misma manera que los generales de Napoleón deseaban despojarlo del mando supremo. Sólo Sucre, en quien Bolívar depositó afecto y confianza, no se rebeló jamás contra él. Primer Presidente de lo que ahora se llama Bolivia, Sucre habría podido continuar la labor de Bolívar si no hubiera caído a manos de asesinos en la cúspide de su carrera.

Cuando hubieron cruzado el río Apure en las embarcaciones que Páez le había procurado con su caballería marina, Bolívar emprendió la marcha hacia la capital. Habiendo acampado en la ribera derecha del río Orituco, cerca de un paso conocido como Los Tres Moriches, amenazaba Páez a Morillo que se creía seguro en Calabozo, la capital de los Llanos y ciudad de considerable importancia. Se encuentra en una llanura cubierta de hierba tiesa. Por muchas leguas no se ve sino hierba y cielo. Hacia el este son visibles las montañas distantes; los picachos gemelos conocidos como Los Morros de San Juan, apenas discernibles, semejantes a dos nubes azules. La plaza, con sus sombrosos árboles de "paraíso" y sus bancos de estuco, sus flores y su fuente, forma un oasis en un desierto de intolerable calor. La gran catedral, reliquia de los españoles, se encuentra hacia un lado de la plaza, las puertas siempre abiertas como las de una mezquita. Solamente en los climas nórdicos cerramos con llave las puertas de las iglesias.

La cárcel[11] de donde se dice que toma la ciudad su nombre, también construida por los españoles, en ese estilo sólido con que los españoles construían todo en Sudamérica, como si pensasen que su imperio hubiera de ser eterno, queda a un lado de la catedral. Las casas amplias de la época de la colonia, con sus techos bajos y sus ventanas resguardadas por rejas de hierro, tienen un aire de vieja ciudad española del sur, transplantada a un clima aún más ardiente. Se veía en las paredes de todas las casas argollas para amarrar los

11. Calabozo quiere decir prisión. De aquí procede la expresión coloquial en inglés "calaboose". *(N. del A.)*

caballos, fijadas a suficiente altura para impedir que el animal se zafase, lo cual demostraba que los habitantes eran jinetes.

Las calles, sin pavimentar y arenosas, eran meras ramblas[12] moras, demasiado caldeadas por el sol incluso para que los perros amarillos se tendieran a asolearse como lo hacen en las ciudades meridionales europeas.

Morillo probablemente ocuparía el palacio del Gobernador, que se encuentra al lado oeste de la gran plaza. Aunque algo desprovisto de su antiguo esplendor, queda hoy como monumento a la grandeza española en las Indias. Los muros sólidos, los grandes patios de baldosas, las ventanas con sus rejas de hierro, probablemente forjadas en España, livianas y artísticas, pero lo bastante fuertes para resistir cualquier agresión desde afuera, las innumerables salas en torno al patio, casi todas comunicadas unas con otras, los techos de artesonado, el inmenso salón de recepciones, todo respiraba una grandeza desaparecida.

Hoy día la mansión sirve de residencia al Gobernador del Estado Guárico. Más que habitar en la casa, acampa en ella.* En las grandes habitaciones desamuebladas cuelgan las hamacas. El mobiliario, construído, como las mismas casas, para resistir la marcha del tiempo, se ha desintegrado por negligencia o ha sido cambiado por el moderno oropel del "París de Francia".

Las calles, al estilo de la mayoría de las ciudades de Sudamérica, se pierden en las llanuras, lo mismo que los ríos van a parar al mar. Cada vez se hacen más pequeñas las casas después de una o dos cuadras más allá de la plaza principal, pues las ciudades están construídas en cuadrado con calles derechas que se cortan en ángulo recto. Luego las casas se convierten en "ranchos" con su pequeña parcela plantada de bananas, lechosas y naranjos. Todos tienen pollitos de aspecto sarnoso que nunca son alimentados y viven de lo que Dios quiere. Generalmente hay un burro o un mulo atado bajo un cobertizo con rústico techo de palmas, o hay un caballo que siempre se mantiene ensillado durante el día, cabeceando y atado a un árbol. Luego ralean las chozas y la llanura se ha tragado a la población. Desde el último "rancho" los ocupantes miran a los Llanos como el marinero a la mar.

---

12. Ramel significa arena en arábigo. La palabra española rambla es una corrupción de aquélla. *(N. del A.)*

* No olvide el lector que esto fue escrito hace muchos lustros. *(N. del E.)*

Habiendo pasado la noche con un destacamento de caballería a unas tres leguas de Calabozo, se puso Páez en marcha a las cuatro, antes de que la falsa aurora engañase al durmiente, con la esperanza de apoderarse del ganado de la guarnición. El ganado se encontraba encerrado en un corral en las afueras de la población, para estar más cerca del terreno de pasto. Cuando los primeros rayos del sol naciente irrumpieron a través de la noche, Páez y sus hombres abrieron rápidamente el corral y echaron al ganado afuera, pues como no se sabía que rondase ningún enemigo, no estaban alerta y los guardias dormían profundamente.

Cuando se movían empujando al "creagh", como se solía llamar a un rebaño de animales robados en la frontera de los Highlands, donde tenían lugar muchas operaciones como la que había realizado[13] Páez, fueron vistos por los soldados de la guarnición. Se le participó a Morillo la noticia, cuando se encontraba en su cama, de que un ejército se encontraba a las puertas de la ciudad, ya que los reconocedores, al ser sorprendidos por la aparición de un enemigo inesperado, tienden a exagerar su número.

Morillo, que no se dejaba alarmar fácilmente, saltó de la cama exclamando: "¿Qué ejército puede venir aquí? Sólo que lo haya hecho por el aire". Pidió su caballo, montó en él y, junto con su Estado Mayor, cabalgó por las arenosas calles hacia las llanuras. Afortunadamente para él, se había tomado la precaución de destacar a unos trescientos infantes en una posición estratégica para que cubriesen la retirada.

Cuando vio Páez los uniformes de los oficiales, juzgó que se trataba de Morillo que había venido a ver que pasaba. Sin pérdida de tiempo cargó sobre ellos, obligándolos a retirarse poco a poco a la ciudad nuevamente.

Morillo, que cubría la retirada de sus oficiales, salvó su vida por la devoción de uno de ellos, quien al ver que un llanero estaba a punto de atravesar a su General con la lanza, pues éste se había separado un

13. El tatarabuelo del autor, Nicol Graham de Gartmore, fue el único propietario en aquella parte de la frontera de los Highlands de Escocia que siempre se negó a pagar el chantaje a Rob Roy.

El y el temible Rab Ruadh eran una pareja en la que cada cual era digno del otro. En una ocasión se dice que Laird Nicol hizo prisionero a Rob en el viejo castillo de Gartarton y lo habría ahorcado ciertamente si Rob no hubiera tomado "las de Villadiego" durante la noche. *(N. del A.)*

poco del grupo de los oficiales, se echó encima del llanero y recibió una herida mortal. La historia sólo conserva de este héroe su nombre de pila, Carlos. Sin la devoción de éste, Morillo habría terminado su accidentada carrera en esta calle arenosa. Siendo Morillo hombre valiente y excelente jinete, espoleó su caballo y en uno o dos galopes pudo reunirse con sus oficiales. Entre tanto, abrió denso fuego la infantería, que había dejado emboscada, y Páez se vio obligado a retirar sus hombres, fracasando por muy poco en infligir a España un golpe que en aquel tiempo habría puesto fin a la lucha. La infantería, que acababa de salvar a Morillo, tuvo ese día un fin trágico, al morir hasta el último hombre cuando intentaba refugiarse en la ciudad.

Bolívar, quien se encontraba a unas cinco o seis millas de allí, al oír el fuego inmediatamente envió refuerzos, que se interpusieron entre la ciudad y la infantería española.* Esta formó en cuadro y se enfrentó valientemente a las repetidas cargas de la caballería de Bolívar. Morillo no pudo auxiliarla, pues la ciudad era atacada por un contingente considerable, el cual estimaba Páez en unos dos mil de infantería y otros tantos de caballería. Al fin, los doscientos hombres de la infantería en retirada se redujeron a cuatro. Rechazaron éstos todo ofrecimiento de cuartel y continuaron haciendo fuego mientras les quedó munición. Entonces, de pie, y espalda contra espalda, estos héroes sin nombre encontraron la muerte de cara al enemigo.

Páez lamenta su destino, y dice que sus hombres, por la noche junto al fuego, hablaron de ellos con admiración, diciendo que lucharon hasta el fin "culo con culo", frase que los que han estudiado español pueden traducir fácilmente.

---

* El Libertador dirigió en persona el ataque a Calabozo. Todos los pormenores de la campaña del Centro en 1818 han sido reconstruídos por el Doctor VICENTE LECUNA en su obra *Crónica razonada de las guerras de Bolívar,* t. II, págs. 121-208. *(N. del E.)*

CAPITULO X

Después de este éxito, surgieron las primeras diferencias de opinión entre Páez y el Libertador en una conferencia que tuvo lugar en un pueblo llamado El Rastro a unas tres leguas de Calabozo. Dicha conferencia tenía por objeto discutir los futuros planes.

Morillo tenía para aquel entonces provisiones suficientes para sólo una semana, y en efecto se encontraba en una situación difícil, aunque quizás no tan desesperada como creía Páez. Desde el comienzo, Bolívar anteponía a todo la captura de la capital por razones que resultaban obvias a un hombre de amplia visión. Veía desde luego que aumentaría el prestigio de su causa no sólo en Venezuela sino en otros países si lograba datar su correspondencia en la capital. Sobre todo deseaba el reconocimiento de los Estados Unidos. No había mayor probabilidad de que lo recibiera, si sólo fuese conocido como jefe de una banda de guerrilleros que erraba por los Llanos.*

Por otra parte, Páez naturalmente consideraba fundamental la posesión de los Llanos. Mucho podía decirse en favor de su punto de vista. De lograr derrotar a Morillo, o que éste se rindiese, recibiría el apoyo de todos en los Llanos y se encontraría al frente de un gran ejército. Habría tenido a su disposición cuantiosas manadas de caballos y ganado.

Como quiera que los llanos servían de refugio en caso de derrota tanto para los realistas como para los patriotas, pues allí se encontraban a salvo de las persecuciones, podían descansar y proveerse de caballos

---

* No sólo movía al Libertador el deseo de fechar en Caracas su correspondencia. Además de los motivos de prestigio internacional y de orden político, había otros, netamente militares, que aconsejaban la toma de Caracas. La zona central del país era el territorio más rico y poblado, y por lo tanto su posesión resultaba de gran valor desde todo punto de vista. *(N. del E.)*

de remonta para su caballería para atacar nuevamente al enemigo, el desplazar a los realistas derrotados de las llanuras habría significdo obligarlos a retirarse hacia la costa, donde podrían recibir auxilio de su flota. Así se habría ganado ciertamente un punto, y el interior del país se habría librado del enemigo.

La conferencia fue larga y acalorada, hasta tal punto que, según dice Páez, "aquellos que nos observaban desde lejos tal vez se figuraban que estábamos empeñados en una reñida disputa".[1] Probablemente esta disputa sembró la futura animosidad que debía existir entre estos dos hombres extraordinarios. Existía otra razón, la cual probablemente pesaba mucho en Páez para atacar a Morillo inmediatamente en lugar de marchar sobre la capital.

Los llaneros se sentían tan apegados a sus llanos como los suizos a sus montañas, y jamás les gustó abandonarlos. En varias ocasiones, durante la guerra de la independencia, desertaron regimientos enteros tan pronto se hallaban en la montaña. Una de las razones principales era que sus caballos no estaban herrados, siendo oriundos de las llanuras donde había tan poca piedra como en las pampas del sur, y pronto cojeaban y se volvían inservibles al tener que andar por los caminos rocosos de las montañas.

George Laval Chesterton,[2] en la interesante narración de sus aventuras, dice lo siguiente: "Conforme se iba ascendiendo, los caminos se volvían pedregosos, y todos los caballos nativos de las llanuras empezaban a flaquear y cojear. Este fue el verdadero motivo de la deserción del cuerpo íntegro de llaneros bajo el mando del Coronel Carvajal. Estos hombres, que soportaban sus propias fatigas animosamente, no podían ver con indiferencia las penalidades que sufrían sus caballos y la pérdida del mismo e iban abandonando el ejército en grupos en cada alto que hacían".

Chesterton se refería a la marcha de Bolívar a través de los Andes hasta Nueva Granada en el año 1819.

Conociendo Páez el carácter de sus hombres y su renuencia a abandonar los Llanos, el hecho de que hiciera oposición al propósito de Bolívar de marchar sobre la capital parece razonable como también lo

1. *Memorias,* PÁEZ, pág. 186. *(N. del A.)*
2. *Paz, Guerra y Aventura.* Memoria autobiográfica por GEORGE LAVAL CHESTERTON. Capitán del Ejército de Colombia. Londres, 1828, pág. 159. *(N. del A.)*

parece su oposición a dejar un ejército invicto en la retaguardia. Aunque Páez no era militar de vocación como lo era Bolívar,[3] estaba en su propio terreno y posiblemente en esta ocasión era el que tuvo mejor visión de los dos. A la mañana siguiente, antes de que se hubiese tomado decisión alguna, llegó la noticia de que Morillo había evacuado Calabozo. Bolívar dio entonces órdenes de marchar y ocupar la ciudad, a pesar de las instancias de Páez para convencerlo de que cruzara de nuevo el río Guárico para cortarle el paso a Morillo en camino de la capital. Ya sobre la marcha, Páez y su caballería, con armas ligeras pero bien montada, se adelantaron al grueso del ejército de Bolívar, dejándolo atrás.

Un tal Pernalete informó a Páez que alguien le había hecho saber a Bolívar que él se había adelantado al ejército con el propósito de saquear Calabozo. Páez se enfureció y, presentándose ante Bolívar y su estado mayor, protestó con indignación contra estas calumnias. El Libertador, no menos indignado, dijo: "Déme usted el nombre de ese infame y mordaz calumniador para hacerle juzgar inmediatamente". Dice Páez que se contentó con la amenaza y no informó al Libertador del nombre del calumniador, a sabiendas de que Bolívar lo habría hecho fusilar inmediatamente. Con esto, el incidente se dio por terminado, y los caudillos se sentaron juntos a desayunar amigablemente; pero sin duda el incidente sirvió para crear suspicacias y mala sangre entre los dos, pues ambos eran naturalmente suspicaces y a ninguno le gustaba ver al otro cerca del trono.

La inesperada evacuación de Calabozo por parte de Morillo exigía una decisión. Bolívar se vio en la necesidad de seguir los consejos de Páez y atacar a Morillo antes de avanzar sobre la capital. Se vio obligado a perseguir a Morillo a todo azar. El general español, que se encontraba al frente de fuerzas muy superiores a las de Páez y Bolívar juntas, se plegó lentamente en retirada, haciendo que su infantería formara una barrera impenetrable a las cargas de caballería.

Relata Páez con satisfacción mal reprimida[4] cómo fue repelido un ataque de sus propias fuerzas, insinuando que esto se debió a la excesiva impetuosidad de Bolívar para el ataque. Un desertor del ejército español apareció montado en el caballo de un oficial realista, el cual

3. Se dice que Wellington habló de él como "un jefe notable", lo que es un gran elogio viniendo de hombre tan poco dado al entusiasmo. *(N. del A.)*
4. *Memorias,* pág. 188. *(N. del A.)*

había robado para poderse escapar, diciendo que traía una información importante. Por lo visto Morillo había tendido una emboscada de unos setecientos hombres entre caballería e infantería en una barranca sobre el paso real del río Guárico, por donde los perseguidores debían pasar. El desertor se ofreció a guiarlos a otro sitio por donde podrían cruzar el río y evitar así la emboscada.

Según dice Páez, oyó Bolívar más bien los consejos de su carácter impetuoso y se negó a utilizar este ofrecimiento. Avanzando, gritó: "Soldados, el enemigo está ahí ante vosotros" y ordenó el ataque. Dice Páez con cierta malicia: "Llegó nuestra infantería hasta la playa del río y en menos de un cuarto de hora de vivo fuego fue rechazada, con pérdidas considerables, sobre todo de oficiales". Los generales de todas las épocas parecen haberse amado los unos a los otros como los cristianos de diferentes sectas, y los comentadores aseveran que los celos mezquinos son tan abundantes entre los guerreros emplumados, con espuelas, condecoraciones y botas altas, como en las escuelas de señoritas.

Después de otra conferencia en Calabozo, Páez instó a Bolívar a que no dejase San Fernando de Apure en manos de Morillo, manifestándole la probabilidad de que si fuesen derrotados en su marcha hacia Caracas, los llaneros de Calabozo, siempre inconstantes en su lealtad a cualquier partido que tomaran, podrían alzarse contra ellos en la retaguardia. Así se imposibilitaría toda retirada hacia los Llanos. Observó que de encontrarse San Fernando de Apure en posesión de los patriotas sería fácil embarcarse con dos o tres mil hombres, descender por el Apure hasta el Orinoco y arrebatar la ciudad de Angostura[5] de manos realistas. La ciudad dominaba el único canal por donde ellos podían recibir todo lo necesario para continuar la lucha. Era éste un buen consejo, y el conocimiento del medio que poseía Páez complementó el genio militar de Bolívar.*

Páez fue despachado a tomar San Fernando mientras Bolívar seguía su marcha hacia Aragua y Maracay, por la carretera de la capital. Al llegar a San Fernando, Páez instó tres veces a la guarnición a que se rindiese. Al negarse ésta a hacerlo, atacó la ciudad. La noche interrum-

5. Angostura, ahora Ciudad Bolívar, está situada sobre una alta escarpadura de la parte más estrecha del Orinoco (y de aquí su nombre), y domina la navegación del río. *(N. del A.)*

* Angostura había sido tomada por los patriotas mandados por Bolívar a mediados de 1817, y nunca más volvió a poder de los realistas. *(N. del E.)*

pió la lucha, y ambos bandos sostuvieron sus respectivas posiciones. Al amanecer del día siguiente, después de un fuerte intercambio de fuego, la guarnición se rindió y la ciudad cayó en manos de Páez y los patriotas. Esta refriega, aunque importante en la historia del país, fue en sí insignificante, pues las bajas sufridas por los patriotas no llegaron a veinte muertos. El poco número de los contingentes y de las bajas sufridas, aunque insignificantes, no implicaban necesariamente que la batalla careciera de importancia, pues solamente el resultado de una batalla cualquiera es lo que decide la importancia de la misma. En esta ocasión, fue grande el prestigio que adquirieron los patriotas.

Aquí cuenta Páez un incidente curioso. Cuando atravesaba la plaza principal de San Fernando, encontró la cabeza, puesta por escarnio en una pica, del valiente Comandante patriota Pedro Aldao, asesinado por Boves, que la hizo colocar allí como trofeo de su victoria. Al bajarla para darle sepultura cristiana, encontraron que un pajarillo había hecho allí su nido. En el nido había dos hijuelos. Al volar el pájaro, los soldados lo tomaron por buen augurio, pues era amarillo, color distintivo de los patriotas. Esta clase de incidentes eran frecuentes en la guerra de exterminación que se estaba llevando a cabo. Ninguno de los dos bandos perdonaba a los prisioneros y la ferocidad de Bolívar y de Páez sólo era igualada por la de Morillo y de los otros comandantes realistas.

Durante todo este tiempo[6] la campaña resultaba favorable a los patriotas, aunque la toma de San Fernando de Apure fue contrarrestada por la derrota que recibiera Bolívar en las riberas del río Semen a manos del General Morales después de seis horas de lucha. Páez atribuye de nuevo la derrota a la propia impetuosidad de Bolívar, y una vez más lo acusa[7] de no haber escuchado los buenos consejos de los hombres del lugar. La situación en este momento se tornó muy desfavorable para la causa revolucionaria.

Además de la derrota en el río Semen, Bolívar sufrió otra en la batalla de La Puerta, victoria realista que fue estimada en tan alto grado por los españoles que a raíz de ella recibió Morillo el título de Marqués de La Puerta. Bolívar, quien había llegado a Los Tiznados, ya en camino de la capital, resolvió contramarchar hacia Calabozo y espe-

6. Marzo, 1818. *(N. del A.)*
7. *Memorias,* pág. 193. *(N. del A.)*

rar allí refuerzos que venían de Apure y de Guayana para reunirse con él. De San José de Tiznados, lugar en que se había refugiado después de la batalla de La Puerta, salió para Calabozo.

De nuevo la campaña se orientaba hacia las grandes llanuras. El camino por donde marchaba desciende gradualmente a través de bosques hasta salir de las montañas para dar a las llanuras. La vegetación se torna escasa, y el calor aumenta y continúan los caminos pedregosos cruzados por grandes iguanas, que dejaban un reguero de polvo hasta Ortiz. En sus tiempos una ciudad importante, y hoy casi desierta, yace Ortiz como una ciudad maya en ruinas en medio de los últimos vestigios de vegetación que bordean las llanuras como olas que golpean sobre un mar desecado. Las casas no fueron destruidas sino abandonadas por sus antiguos dueños. La agresiva vegetación tropical trepa por las paredes abriendo grandes grietas, pareciendo extirparles la vida como lo hiciera la serpiente que aprisionaba el cuerpo de Laocoonte.

Páez se reunió en Ortiz con el Libertador al frente de un fuerte contingente de caballería. Después de una breve escaramuza en la que no hubo resultado decisivo para ninguno de los dos bandos, las fuerzas de Bolívar acamparon en un lugar llamado El Rincón de los Toros.

Era Comandante de los realistas para esa época el General Latorre, pues Morillo había sido herido de un lanzazo en la hora de su victoria en La Puerta.[8] El segundo en mando de Latorre era el General López, soldado enérgico y habituado a las luchas de guerrillas. Este concibió un plan para sorprender a Bolívar en su propio campo, plan que fracasó por un mero accidente. En aquellos días, con excepción de los Regimientos oriundos de España, como los de Valencey, Burgos y Barbastro, ninguno llevaba uniforme distintivo.

Sólo así resultaba plausible el plan que había concebido el General López. Confió su ejecución al Capitán Mariano Renovales y lo hizo acompañar de ocho hombres escogidos. Era Renovales uno de esos hombres desesperados que a menudo producen las guerras civiles. Debía

8. PÁEZ (página 192) dice que fue herido por un Capitán llamado Juan Pablo Farfán, pero Loraine Petrie dice que fue un patriota desconocido que se ocultaba en los matorrales. *Simón Bolívar,* E. LORAINE PETRIE, Londres, 1910, pág. 205. *(N. del A.)*

de saber que las probabilidades de escapar con vida eran pequeñas. Páez declara que sus seguidores eran muy valientes.[9]

Bolívar se encontraba durmiendo en su hamaca, la cual se sabía que era de algodón blanco y por lo tanto visible en la noche. A las cuatro de la madrugada, la hora que los antiguos cronistas españoles de la Conquista llamaban frecuentemente "el cuarto de la modorra", penetraron en el campo de los revolucionarios Renovales y sus ocho valientes, que se hicieron pasar por una patrulla que regresaba de un reconocimiento.

Se encontraron con el General Santander, que estaba de ronda, y pensando éste que se trataba de algunos de sus propios hombres, les pidió el santo y seña. Se lo dieron al instante, habiéndolo aprendido probablemente de algún desertor o espía. Al preguntárseles en qué lugar habían estado, contestaron que el mismo Jefe supremo los había enviado para que averiguasen la posición exacta del enemigo y que regresaban para dar parte. Preguntaron donde estaba Bolívar, porque tenían urgentes noticias para él. Santander, inocentemente, les ordenó que lo siguiesen, y señalando con su látigo en la luz incipiente del amanecer, dijo: "Allá está su hamaca, la blanca en medio del grupo". Apenas dijo esto, cuando sonaron unas fuertes descargas, dando todas en la hamaca blanca de Bolívar. Por uno de esos extraños accidentes que cambian el curso de la historia y hacen pensar tanto al incrédulo como al creyente que el destino es el único árbitro en la vida del hombre, no se encontraba el Libertador en la hamaca que fuera hecha trizas por las balas. Habiéndose levantado temprano, había mandado ensillar su mula, y en el momento en que sonaron los disparos que tanta confusión sembraron en todo el campamento, estaba a punto de montar.

Con un fuerte relincho, la mula echó a correr en la oscuridad dejando a Bolívar en tierra. En medio de las descargas, buscó Bolívar refugio entre los árboles que rodeaban el campamento.

Rara vez se encendían hogueras en ejércitos como el de Páez, pues se cocinaba poco, y por otra parte, dado el clima, tampoco hacía falta fuego para protegerse contra el frío. Por lo tanto Bolívar, que no era llanero, probablemente se sentiría desconcertado por el ataque inesperado, y por mucho que lo intentó, no logró volver a dar con el cam-

9. "Ocho hombres escogidos por su valor". *Memorias de Páez,* pág. 195. *(N. del A.)*

pamento. El mismo Páez, tan veterano en la vida llanera, confiesa que esto no era extraño, pues, como dice él, "el mejor llanero que se extravía en la oscuridad en aquellos puntos, se halla en el mismo caso que el navegante que en medio del Océano, pierde su brújula en una noche tenebrosa".[10]

Naturalmente, grande fue la confusión en el campamento. Decían algunos que Bolívar había sido muerto, otros que había sido hecho prisionero. Todavía estaba demasiado oscuro para buscarlo. Mientras esperaban el amanecer, atacaron los realistas con violencia a la primera luz. Al encontrarse sin jefes, pues Páez apareció mucho después, y todavía aturdidos por el pánico que había provocado la sorpresa, los patriotas sufrieron considerables bajas, perdiendo gran número de hombres y muchos oficiales. Satisfechos los realistas del resultado de su estratagema, se retiraron, pero perdieron al General López, venezolano, y el mejor oficial de caballería que poseían.

Uno de los jefes patriotas, el General Cedeño, que se encontraba acampado a cierta distancia, se apresuró a presentarse al oír la descarga en medio de la noche. Cuando llegó al lugar donde solía acampar el Libertador, lo encontró desierto. Amigos y enemigos habían desaparecido. Los realistas se habían vuelto a unir a su ejército. Los patriotas se retiraron desordenadamente e intentaron volver a Calabozo para reorganizar sus filas. No se hallaba a Bolívar en parte alguna; pero al continuar la marcha lo encontraron sentado debajo de una palmera, completamente perdido. Uno de los fugitivos había echado mano al caballo del General español y se lo ofreció a Bolívar, quien al montarlo debió de sentir que su buena estrella no lo había abandonado.

De haber muerto en esta oportunidad, difícil hubiera sido imaginar cuál hubiera sido la suerte de Venezuela y Colombia. Los Generales patriotas tenían diferencias desesperantes entre ellos. Santander, Ma-

10. "Los llaneros de aquellos días, cuando viajaban y eran sorprendidos por la noche en las llanuras, siempre se acostaban con el rostro hacia el punto hacia el que se dirigían en su viaje. Pues de otro modo, por la gran monotonía del desierto se hubieran confundido y perdido en el camino". *Historia de la Revolución de Caracas,* pág. 122. MAYOR FLINTERS, Londres, 1819.

Los gauchos de las pampas argentinas de la frontera del sur tenían la misma costumbre hace cincuenta años, pues al cruzar las pampas desprovistas de caminos, el que se perdía perecía.

De aquí al proverbio "Quien se pierde, perece". *(N. del A.)*

riño y Páez eran hombres capaces, pero los dos primeros eran de tal disposición que resultaba difícil cooperar con ellos. Páez, con su caballería, no tenía parangón en los llanos, pero carecía de experiencia con los grandes ejércitos, no tenía formación militar, no hablaba otro idioma que el suyo, y para esa época era completamente analfabeto.

Sucre,[11] decididamente el personaje más íntegro entre todos los caudillos revolucionarios, era joven y poco conocido, y no había tenido la oportunidad de demostrar su vocación para la milicia como la mostrara posteriormente. Descartado Bolívar, Morillo habría resultado un adversario demasiado poderoso para los patriotas.

La guerra podría haber durado muchos años más, especialmente en los Llanos, pues aunque ya se había hecho famoso para entonces, Páez no era de los que llevan consigo una intendencia, y era difícil capturarlo o llevarlo a una acción decisiva en la que los conocimientos de Morillo y sus fuerzas superiores habrían dado a éste una victoria fácil.

Con el tiempo probablemente habrían intervenido Europa o los Estados Unidos, y por otra parte el progreso de la educación y de las ideas liberales tarde o temprano habría traído el mismo resultado. No obstante, la independencia habría tardado por lo menos una generación, y las dos colonias se habrían expuesto a un largo período de lucha devastadora.

---

11. Sucre ganó después la gran batalla de Ayacucho contra los españoles en el Perú, en la que hizo prisionero al Virrey La Serna. Por esta magnífica victoria recibió el título de Gran Mariscal de Ayacucho concedido por el Congreso patriota del Perú. Llegó a ser el primer presidente de Bolivia, a la que gobernó de modo prudente y humanitario. Pero fue derrocado por las intrigas del General Obando* y bajamente asesinado en su camino a Pasto en un solitario camino de montaña por espadachines enviados por el mismo bribón. Sólo Sucre fue fiel a Bolívar hasta el final y nunca creó querellas contra él. *(N. del A.)*

* Es de justicia consignar que el general José María Obando nada tuvo que ver con la dimisión que hizo Sucre de la Presidencia de Bolivia. *(N. del E.)*

CAPITULO XI

Durante toda la última parte del año 1818 se encontraba Bolívar en Angostura, y Páez quedó solo en Casanare y Apure, donde se vio obligado a tomar decisiones que correspondían más bien a un Comandante en Jefe. Era de esa clase de hombres que nacen con entera confianza en sus propios méritos, y la lucha que encabezaba era de la clase que mejor entendía. Ejerció sus poderes sin piedad, pero generalmente con imparcialidad, es decir, con justicia, según la entendía él, pues la justicia como la verdad, casi nunca es absoluta sino como la ve en su mente el que se enfrenta con el problema.

Cuando el Mayor Villasana, amigo personal y buen jefe, junto con Garrido, valiente capitán de su guardia, y otros, cometieron depredaciones sobre la propiedad de algunos que no eran combatientes, los hizo fusilar instantáneamente, junto con un sargento, un "alférez"[1] y varios soldados. En su trato con la clase de hombres que tenía bajo su mando, se veía obligado a ser tan inclemente en el campo de batalla y en las cuestiones de disciplina, como tolerante y simpático en sus relaciones personales con sus bravos seguidores. Un inglés que lo conoció bien en esa época da una descripción interesante del jefe llanero y sus hombres:

"Era cosa corriente ver a uno de estos llaneros llegar donde Páez, decirle 'compadre'[2] y pedirle lo que necesitase, con la seguridad de que Páez por su disposición bondadosa no se lo negaría. Si se encontraba ausente cuando iban a verlo, lo buscaban por todo el campo o la ciudad, gritando su nombre en voz estentórea, hasta que Páez los llegaba

---

1. Subteniente. Palabra árabe que originalmente significaba "el jinete". *(N. del A.)*
2. Compadre = padrino, se usa mucho en español como saludo corriente entre amigos. Probablemente la palabra inglesa que más se parece es "gossip", que se usaba en la época isabelina. *(N. del A.)*

a oír. En otras ocasiones cuando estuviese comiendo (siempre comía en el campamento), si cualquiera de ellos se antojaba de un trozo de tasajo[3] o cualquier otra cosa que estuviera comiendo, se le acercaba por la espalda y se lo arrebataba de las manos. Entonces Páez se reía diciendo: 'está bien' ".[4]

En agosto de 1818, había fijado Páez su cuartel general en San Fernando de Apure. Allí recibió refuerzos, un regimiento conocido como "Los Primeros Húsares Venezolanos", bajo el mando del Coronel Hippisley. Esta compañía fue reclutada en Inglaterra, y parece haber estado compuesta por gentes de los bajos fondos, reforzada por algunos soldados veteranos que habían servido con Wellington en las guerras peninsulares y en Waterloo. El mismo Hippisley era un soldado veterano, una especie de vencejo que había servido largo tiempo en la caballería. Sus oficiales, con pocas excepciones, eran hombres jóvenes sin experiencia y sin instrucción militar, y como suele suceder entre los que conocen poco del mundo, tenían un alto concepto de sí mismos. Los suboficiales eran todos soldados veteranos. Desde el principio tuvo muy mala suerte la expedición.

El agente de Bolívar, don Luis López Méndez,[5] no parece haber sido del todo honrado, y era el prototipo de agente financiero sudamericano de aquellos días. Era pródigo en sus promesas, teniendo en cuenta sin duda que "palabras y plumas el viento las lleva".[6] Si Hippisley le pedía cualquier cosa a Méndez, prometía éste dárselo inmediatamente, tratárase de un aumento en la paga de sus hombres, recompensa para las familias en el caso de muerte de algún soldado, o de alguna promoción en el ejército venezolano. Puede que haya tenido la intención de cumplir sus promesas, o por otra parte puede ser que dispusiera de poco dinero, pues los fondos de los patriotas escaseaban, en cuyo caso no había tenido culpa. Sin embargo Hippisley lo tenía por bribón y no tuvo escrúpulos en dar constancia de ello. Se desconoce la opinión que tuviera Méndez de Hippisley, pero probablemente lo tendría

3. Aclarado en español en el original en *N. del A. (N. del T.)*
4. *Recollection of three Years Service in the Republics of Venezuela and Colombia,* Londres, 1828.
5. Hippisley se refiere a él como don Méndez, que es como si a un baronet inglés que se llamara Sir John Smith le llamase Sir Smith. *(N. del A.)*
6. Citado en español en *N. del A. (N. del T.)*

por un majadero quisquilloso, al cual era su deber enviar a Venezuela para ayudar la causa patriota.

Si es que Méndez era patriota, como parecía creerlo Bolívar, pues dicen que dijo de él que era "el verdadero Libertador de Colombia debido al éxito que había tenido en procurar armas, provisiones y hombres en Inglaterra, para la causa de la República", ha debido pensar, como muchos que abogan por determinadas causas, e incluso la religión, que el fin justifica los medios.

En el viaje hacia Venezuela, los jóvenes bisoños bebían y reñían entre sí, y al llegar a las islas de las Indias Occidentales, fue muerto uno de ellos en un duelo surgido de una bronca de borrachos. En la isla de Granada, tuvo Hippisley que sofocar un motín apuntándoles con una carronada de bronce y amenazándoles con ahorcar a alguno de una verga al estilo de Drake, o de Frobisher.*

Después de muchas demoras y dificultades llegaron a Angostura, donde ha debido provocar bastante extrañeza su indumentaria, en vista del clima. "El uniforme establecido del regimiento era una guerrera verde oscuro, con solapas y puños escarlata, trencilla dorada alrededor del cuello y puños, y un adornado nudo austríaco arriba en el brazo, una faja de encaje al cinto, dos pequeñas charreteras escamadas, pantalón verde oscuro con ribete de trencilla dorada a los lados, chacó, etc., como ropa de gala.

"Como ropa de cuartel llevaban guerrera verde oscuro con cuello y puños rojos, con adornos exteriores de encaje negro, gorro verde oscuro, guardapolvo gris y botas altas; faja carmesí, bolsa negra de cuero, cintos, faja de seda, etc., completaban el uniforme de campo o mañana".[7] La temperatura normal de Angostura es de 88 a 90 grados Fahr. o aún más. Para los habitantes, los primeros húsares venezolanos de Hippisley han debido tener un aspecto muy extraño. No se habría podido concebir un uniforme menos apropiado para el clima.

En Angostura, Hippisley y su regimiento, con sus uniformes de chaqueta y pantalón verdes, se encontraron con el Coronel Wilson y

* No todos los voluntarios británicos eran como los describe aquí el autor, y bastaría la conducta de los que tramontaron los Andes con Rooke y formaron el cuadro en Carabobo para justificar la gratitud de Venezuela. En cuanto a López Méndez, tuvo que vencer en Inglaterra mil dificultades, nacidas de las escaseces del erario venezolano durante la guerra. *(N. del E.)*

7. *Simón Bolivar,* LORAINE PETRIE, Londres, 1910, pág. 214.

sus húsares rojos. El uniforme de éstos ha debido parecer aún más fantástico que el de los otros. Como suele suceder entre oficiales del mismo rango en todos los ejércitos del mundo, Wilson y Hippisley se odiaron cordialmente desde el primer momento. Estos soldados fantásticamente vestidos estaban destinados, con sus uniformes ya harapientos, endurecidos ellos mismos por meses de campaña, con una dieta de carne y agua, y un trago de ron de vez en cuando, con sus botas altas y sus chacós descartados desde hacía mucho, a prestar servicios heroicos para la república, en la Legión Británica, a la cual se habían incorporado. Ninguno de los dos coroneles permaneció mucho tiempo en la Legión. Hippisley, quien habría podido dar un rendimiento eficaz, pues era oficial experimentado, abandonó Venezuela, disgustado, a los pocos meses de campaña.

Wilson que era intrigante por naturaleza fue encarcelado por Bolívar por su participación en la rebelión de San Fernando de Apure, y después de varios meses de confinamiento, fue libertado, regresando a Inglaterra deshonrado. De modo que ninguno de los dos comandantes participó en las batallas en que tendría tan gloriosa actuación la Legión Británica.

Tanto los Húsares Rojos como los Verdes, después de una breve estada en Angostura se embarcaron para San Fernando, donde se reunieron con Páez y Bolívar, quienes acababan de sufrir una derrota. Hippisley, quien había reñido con Bolívar en las dos conferencias que sostuvieron, parece haber sentido gran simpatía por Páez desde el primer momento. Wilson e Hippisley llegaron con sus regimientos a San Fernando precisamente en el momento en que iba a ser evacuada por Bolívar. Para esta época las relaciones de Páez y el Libertador se habían agriado, y el tiempo no hizo sino aumentar su mutua desconfianza. Dice el General Miller en sus memorias[8] que Bolívar personalmente no gozaba de gran popularidad; que aunque era un hombre de genio, no poseía la personalidad magnética de Páez.* Todos los oficiales ingleses que tuvieron contacto personal con Páez, se han referido a él con entusiasmo.

8. *Memoirs of General Miller.* Pero MILLER está casi solo en su estimación del encanto personal del Libertador. *(N. del A.)*

* Miller no conoció personalmente al General Pácz. Véase la *N. del E.* de la pág. 3. *(N. del E.)*

Esta única excepción fue la de Daniel Florencio O'Leary,[9] autor de la biografía más auténtica sobre Bolívar, y quien desde el comienzo parece haber sentido una gran aversión hacia Páez. La razón que dio por haber abandonado a Páez cuando casi todos los húsares rojos permanecieron con él, fue el asco que sintiera por la forma en que eran masacrados los prisioneros. De ser cierto esto, y solamente él e Hippisley achacaban esto a Páez, al seguir a Bolívar no hizo sino cambiar a un carnicero por otro. Fue Bolívar quien proclamó la Guerra de Exterminación, y la llevó a cabo[10] ordenando en varias ocasiones carnicerías al por mayor.*

Durante el mes de agosto de 1818 tuvo lugar en San Fernando de Apure un movimiento para promover a Páez[11] a Capitán General. Bolívar había evacuado la ciudad y se había embarcado para Angostura. Páez quedó solo en el mando, pues Cedeño,[12] cuya vida acababa de salvar, rescatándolo de los indignados soldados que lo acusaban de cobarde, contaba poco en el ejército, y Santander había recibido órdenes de Bolívar de seguir hasta Nueva Granada para iniciar allí una campaña

---

9. *Memorias* publicadas, por S. B. O'Leary, Londres [sic], 1879-88. *(N. del A.)*

10. Véase su propio informe sobre la matanza de prisioneros en su avance hacia Caracas en 1813, su masacre en Febrero de 1814 y las muchas otras matanzas de prisioneros indefensos que Bolívar no contó hasta 1820. Fue en Achaguas, no muy lejos de San Fernando de Apure, donde Chesterton, el autor de *Paz, Guerra y Aventura, Memoria Autobiográfica* vio a Páez y a sus hombres en la fiesta de San Juan cabalgando de un lado para otro en camisa y llamando a todo el mundo a salir a bailar. Los que se negaban eran arrastrados y echados al barro. Las calles estaban enlodadas y la broma (sic) consistía en poner a los demás tan manchados de barro como uno mismo. Por la noche Páez y sus hombres cabalgaron hasta el río para lavarse a lo que siguió un banquete pantagruélico. El menú consistía en costillas de vaca y jabalí asado, venado de los bosques vecinos, aves, patos silvestres, pescado del río, faisanes silvestres, queso, pan de maíz y guarapo (jugo de caña fermentada). Un banquete apropiado solamente para el estómago de héroes curtidos. *(N. del A.)*

* Es impropio tratar a Bolívar y a Páez de "carniceros". Sobre la guerra a muerte, véase la *N. del E.* de la pág. 87. *(N. del E.)*

11. En esta época sólo Bolívar mismo (pág. 387), Mariño y McGregor tenía ese título. *(N. del A.)*

12. Véase la *Narración* de Hippisley, Londres. *(N. del A.)*

contra los realistas. Tanto Larrazábal[13] como Baralt[14] insinúan que Páez instigó en secreto el movimiento. Páez lo niega enfáticamente en sus Memorias.[15]

El acta de su elección al grado de Comandante en Jefe fue firmada por todos en el ejército, con la excepción de la guarnición de Achaguas y su propia Guardia de Honor. Cuando la recibió, se encontraba en Achaguas, a pocas leguas de distancia. Inmediatamente se dirigió a San Fernando, donde convocó una reunión de todos los oficiales y les recriminó el haber dado semejante paso sin autorización. El Coronel Wilson, de los húsares rojos, parece haber sido uno de los principales promotores del movimiento. Era uno de los pocos oficiales británicos que hablaba español, y era hombre violento y ambicioso, que probablemente pensó que con Páez gozaría de más libertad que con Bolívar. Instigados sus hombres según dice Hippisley, por esperanzas de saqueo se unieron todos a la rebelión, con la excepción de O'Leary, quien junto con Hippisley y los oficiales y soldados que permanecieron leales, se embarcó para reunirse con Bolívar en Angostura.

Hasta donde se puede juzgar, después de un cuidadoso estudio de las autoridades discordantes, no parece que Páez tuviera realmente intención de rebelarse. En una nota de sus Memorias[16] dice que cuando regresó Bolívar a San Juan de Payara a principios de 1819 "me preguntó si no temía yo que el hecho de las actas de que yo hice mención tuviera malas consecuencias; le contesté que no, puesto que los autores del plan se habían retractado, y convencidos de que no estaba entre sus atribuciones el dar aquel paso, me habían suplicado olvidar lo pasado. Entonces se tranquilizó Bolívar". El largo duelo entre Páez y Bolívar estaba aún sin decidirse en 1819.

Morillo había reunido una poderosa fuerza, es decir, lo que era para esa época en América una poderosa fuerza, compuesta por cinco mil infantes y dos mil jinetes. Contaba Páez en conjunto con unos cuatro mil soldados, muchos de ellos reclutas sin experiencia. En sus filas había muchos civiles, abogados, comerciantes, hasta sacerdotes, y de hecho todo hombre capaz de aprender a montar a caballo y empu-

13. *Vida de Bolívar*, Felipe Larrazábal, 1865. *(N. del A.)*
14. *Resumen de la Historia de Venezuela*, por R. M. Baralt y R. Diaz, 1841. *(N. del A.)*
15. Página 203 de las *Memorias de Páez*. *(N. del A.)*
16. Página 207. *(N. del A.)*

ñar una lanza fue obligado a servir la causa de la República. La mayoría estaba compuesta por llaneros, que para esta época habían adquirido cierta disciplina. Es decir, en el campo de batalla, pues luego se negaban a someterse a autoridad alguna. En realidad es difícil comprender cómo pudo Páez mantenerlos unidos en la lucha durante tanto tiempo.

Los criollos más ricos, que se sentían oprimidos al ver que les era vedado todo empleo público, comprendían bastante bien lo que estaba en juego. Aunque la dominación de los españoles nunca llegó a ser tan opresiva como la de los ingleses en Irlanda, o la de los franceses en el Argel de otros tiempos, no obstante resultaba deprimente a los criollos cultos el ser tildados de inferiores a cuanto ignorante llegara de España.

La clase de los comerciantes se sentía naturalmente escaldada ante las restricciones severas impuestas al comercio, pues casi todos los puertos estaban cerrados al comercio europeo, y por lo tanto se veían obligados a comprar mercancías inferiores a España. Era ésta la política española, modificada por el tiempo y el adelanto en las comunicaciones, hasta la hora de su expulsión y de su última posesión de las Indias Occidentales, Cuba, la perla de las Antillas.

Nada de esto podía aplicarse en el caso de los llaneros. Consumían poca o ninguna mercancía europea, y tampoco habría podido importarles mucho quien gobernase en Caracas, pues tratárase de un gobernador enviado de España, o de un presidente electo, tan poco poder habría tenido para oprimir a los jinetes de las llanuras como si hubiesen sido gaviotas o peces voladores. Difícilmente habría podido existir en la tierra una mayor libertad que la que disfrutaban los llaneros. No tenían jeques como los árabes, ni tampoco vivían en constante temor de las invasiones de los indios salvajes, como los gauchos de las llanuras del sur. No obstante, el espíritu de resistencia era fuerte en todas las clases sociales, y los habitantes de San Fernando de Apure no vacilaron un instante cuando Páez les propuso incendiar la ciudad para impedir que cayera en manos de Morillo.

Se refiere Páez a esto como la "sublime resolución", como en efecto lo fue, tan sublime y gloriosa como el incendio de Moscú para salvarla de los franceses. La diferencia de tamaño entre las dos ciudades no merma el valor del sacrificio. Un hombre sólo puede sacrificar lo que tiene, y resulta tan sublime la resolución de incendiar una choza

de paja como un palacio de mármol, aunque los historiadores generalmente consagran hermosas palabras y pomposos párrafos a este último caso, y se refieren a aquél con unas cuantas palabras desdeñosas.[17]

Se dice que Morillo dudó por primera vez de poder aplacar la rebelión cuando vio arder San Fernando de Apure desde el otro lado del río. No obstante, cruzó el río Apure sin oposición y acampó en la ribera. Por la noche Páez hizo atar cueros secos a las colas de cuatro caballos salvajes. Luego los hizo llevar sigilosamente, al amparo de la os-

17. Esto está bien ejemplificado en un pasaje del *Simón Bolívar* de LORAINE PETRIE. En Julio de 1814, Bolívar (Londres, 1910, pág. 245) se vio obligado a dirigir la emigración de toda la población de Caracas para salvarla de la matanza a manos del inhumano Boves.

"Los caminos a atravesar eran malos en el mejor de los casos; ahora, en el apogeo de la estación de las lluvias, eran meros ríos de barro y fango. No había albergue para esta multitud de gentes de todas clases, de todas las edades y ambos sexos. Las damas acostumbradas a la vida confortable se vieron obligadas, después de un largo día de pesada marcha por el mar de barro o por los abruptos caminos rocosos, a acostarse al aire libre, caladas por la lluvia implacable, sin una hoguera y casi muriéndose de hambre... Se veía a las madres imposibilitadas de alimentar o incluso llevar a sus niños arrojarlos por precipicios antes que dejarlos morir al borde del camino. Todos los horrores de la retirada de Moscú (no hubo mujeres ni niños en esa retirada) estaban aquí, excepto el frío, compensado por la lluvia. Esta "emigración de 1814", como se la llamó *(sic)* se arrastró adelante durante veinte días hasta llegar a Barcelona. Para ese tiempo los emigrantes habían visto su número terriblemente reducido por las penalidades, el hambre y la fiebre.

"Desde Barcelona, a pesar de la desesperada situación de su empresa, Bolívar consideró el envío de uno de sus comandantes a Londres para inaugurar las relaciones entre la república de Venezuela y la Gran Bretaña. ¡Esto en un tiempo en que la república estaba en las últimas! Hay algo aquí de extraña mezcla de ópera cómica que parece inseparable de muchas cosas sudamericanas".

Es difícil ver dónde puede encontrarse elemento alguno de ópera cómica en la contemplación de sufrimientos tan terribles. Bolívar, como los senadores romanos después de Canas, no desesperó de la República. Tanto más honor para él. Su acción merece los adjetivos que usa: "Gloriosa y sublime", antes que el comentario despectivo sobre su heroica actitud. El número relativamente pequeño de los sufrientes no constituye diferencia esencial para la magnitud de la calamidad.

El Papa Gregorio el Grande se negó a tomar alimento durante cuarenta y ocho horas cuando supo que se había encontrado muerto de hambre a un hombre en las calles de Roma. *(N. del A.)*

curidad, hasta que estuvieron a tiro de fusil del campo de Morillo. Entonces fueron soltados, y se hicieron varias descargas al aire. Los caballos se precipitaron furiosamente sobre los soldados dormidos de Morillo, sembrando tanta confusión entre el enemigo como lo habrían hecho los dos mil bueyes que lanzara Aníbal[18] sobre el campo romano.

Todo el episodio tiene algo que recuerda el sitio de Troya. Sin duda Páez habría arrastrado el cadáver de Morillo por los alrededores de Calabozo atado a la cola de su caballo, con el mismo celo con que Aquiles arrastrara el cadáver de Héctor ante las murallas de Troya. El resultado de la estratagema fue que los españoles tardaron varios días en reunir sus bestias dispersadas. Durante los días que siguieron, los dos jefes marcharon y contramarcharon por las llanuras, intentando Páez empujar a Morillo hacia el desierto de Caribén a sabiendas de que allí le sería imposible sostener su ejército.

Morillo, que había visto mucha acción de guerrilla en España y para esta época debía estar acostumbrado a la que se hacía en la colonia, marchó de nuevo hacia Achaguas donde estableció su cuartel general. Tal era la situación, que ni Páez ni Morillo podían obtener una ventaja decisiva uno sobre otro, cuando hacia fines de marzo (1819), Bolívar se reunió con Páez con una fuerza considerable. Como de costumbre, estaban en desacuerdo en cuanto al plan de acción que debía adoptarse.

Para esta época mucho dependía de la gesta del general patriota Urdaneta, quien avanzaba sobre la capital con mil quinientos hombres enviados desde la isla de Margarita. Los isleños de Margarita, llamados en español margariteños, formaban una raza aparte. La mayoría eran pescadores o buceadores de perlas, y casi todos altos y fuertes y acostumbrados desde la infancia a los peligros y las penalidades. En muchas oportunidades durante la guerra dieron pruebas de su valentía[19] y ferocidad.

---

18. Se ha señalado que Páez a la sazón era completamente inculto y por lo tanto no podía haber oído hablar de Aníbal o de ninguno de los generales romanos a que se refiere en sus *Memorias*. Páez era analfabeto a la edad de veintiocho años. Escribió sus memorias a los setenta años, en Nueva York, y para esa época había aprendido inglés y tenía cierto conocimiento tanto del italiano como del francés. *(N. del A.)*

19. El General Juan Bautista Arismendi, compañero y amistoso rival de Páez, y que desempeñó tan gran papel en la campaña del Apure, era margariteño. *(N. del A.)*

Abogaba Páez por una espera, con el objeto de dar tiempo a que Urdaneta tomase Caracas antes de encontrarse con Morillo en el campo. Tanto Páez como Bolívar temían que Morillo atacase y aniquilase a Urdaneta antes de que pudieran avanzar a prestarle ayuda. Por consiguiente cruzaron el Arauca en San Juan de Payara para atacar a Morillo en su propio campo.

Morillo estaba acampado en un lugar llamado Las Queseras del Medio, nombre que por los sucesos del día siguiente estaba destinado a hacerse célebre en los anales de Venezuela, tal vez aún más célebre de lo que en realidad merecía su importancia. Ciertos episodios y batallas en la historia de todas las guerras pasan a ser leyenda, y son más recordados y evocan más entusiasmo que otros, que aunque menos espectaculares han tenido una influencia más decisiva dentro de la historia. Tal fue el encuentro entre las dos caballerías en Las Queseras del Medio. Todo niño en Venezuela conoce la historia, y todo orador (y los oradores suelen quedarse en niños toda la vida) cuando se ve en apuros para conmover a su público recurre a ella, generalmente con éxito.

Estimaba Páez más su participación en esta batalla que en cualquier otra, pues ésta tenía todas las características que atraen a los de su temperamento romántico. A Páez lo picó el amor propio por una información de un desertor de los realistas de que Morillo había concebido un plan para capturarlo. Había observado Morillo que a menudo Páez, con unos cuantos soldados, seguía de cerca sus filas, y después de efectuar un ataque simulado, fingía retirarse y luego volvía a la carga.

Morillo destacó un contingente de doscientos hombres montados en caballos escogidos, dispuestos a perseguir a Páez en su fuga, y al impedirle volver a la carga obligarlo a huir de veras mientras el grueso del ejército avanzaba para cortarle la retirada. Ni Morillo ni Páez tenían gran cosa que aprender el uno del otro en cuanto a las estratagemas que exigía este tipo de acción. A no ser por la advertencia que le hiciera el desertor, Páez pudo caer en la trampa. Estando sobre aviso, decidió pagarle a Morillo con su propia moneda.

Después de haber obtenido permiso de Bolívar para atacar el campo de Morillo, Páez cruzó el río Arauca con un cuerpo escogido de ciento cincuenta hombres de caballería. Conociendo ya las intenciones de Morillo, fingía atacar y luego se retiraba. Esta maniobra la repitió

varias veces, con los llaneros inclinándose sobre los caballos, mostrando solamente la mano izquierda y el pie derecho hacia el enemigo a la manera de los indios pamperos del sur o los apaches del norte. Como oscurecía rápidamente, eran casi invisibles.

Pensando los realistas que su plan se estaba llevando a cabo con éxito, destacaron un contingente de caballería en cada lado, con la esperanza de atrapar a Páez y sus hombres, haciendo imposible su retirada. Confiesa Páez en sus Memorias que por poco lo logran y que su situación era extremadamente peligrosa. La artillería realista abrió fuego sobre él y varias compañías de infantería que Morillo había colocado para tender la emboscada también abrieron fuego. Páez que en esos momentos se sentía en su elemento, destacó a uno de sus oficiales, un tal Rondón, para que simulara el ataque. La caballería de Morillo, cegada por el humo de su propia artillería y por la falta de luz, creyó que todo el cuerpo republicano se hallaba acorralado. Caían sobre los patriotas, y ya no en dos filas organizadas sino en una confusa masa de caballería.

Vio Páez su oportunidad, y con sus hombres escogidos cargó sobre esta masa humana en medio de la semioscuridad y la tomó por sorpresa. Los realistas pensaron que el ejército de Bolívar había avanzado sobre ellos y se dieron a la fuga. Con la velocidad del rayo cayeron sobre ellos los bravos jinetes, matándolos a lanzazos. La oscuridad, los gritos de los llaneros y el polvo que, mezclado con el humo de la artillería, formaba una densa nube, completaron la derrota. La caballería realista íntegra se volvió y huyó; la infantería se refugió en un bosque y los artilleros, en su afán de salvarse, abandonaron todas sus piezas en el campo.

Al amparo de la noche Morillo retiró a su ejército a su cuartel general en Achaguas, temiendo seguramente que cundiera el pánico entre sus filas, pues el ejército que mandaba era numéricamente muy superior a los de Páez y Bolívar juntos. Los realistas tuvieron quinientos muertos y muchos heridos. Las bajas de los republicanos fueron insignificantes. Tal fue el encuentro conocido como la batalla de Las Queseras del Medio, la cual tuvo lugar el 3 de abril de 1819.

En Venezuela es recordada con los mismos sentimientos con que se recuerda en Inglaterra la carga de la Brigada Ligera en Balaclava. Ningún venezolano puede referirse a ella sin sentir un nudo en la

garganta y una exaltación orgullosa, porque representa el apogeo de un período heroico en que sus antepasados no escatimaron sacrificios para libertar a la patria.

Bolívar, quien viera el encuentro desde la ribera opuesta del río, incapaz de resistir, presa de duda y ansiedad, hizo una proclama general a "Los Bravos de Apure". En ella les manifestó su agradecimiento, diciéndoles que la futura victoria estaba asegurada. Pero esto no fue todo, pues dio la Cruz de los Libertadores, Orden que él había instituído, a todos los que habían escapado con vida. Páez conserva religiosamente los nombres de todos ellos en sus memorias.

CAPITULO XII

El resultado de la Batalla de Las Queseras del Medio, tan inesperado para los españoles, los desmoralizó mucho. Con todo lo veterano que era, Morillo se tuvo que retirar inmediatamente con todas sus fuerzas a Achaguas perseguido por Páez y Bolívar, quienes habían obtenido una victoria tras otra. No obstante, efectuó la retirada ordenadamente. Tan ordenadamente que Bolívar no creyó conveniente provocar una acción general en las llanuras.

Cuando llegaron los patriotas a Achaguas, Morillo la evacuó. Una vez más surgió una divergencia de opinión entre los generales. Bolívar deseaba atacar Barinas, mientras Páez pensaba que era mejor atravesar las llanuras de Casanare hasta Nueva Granada, la cual se sabía favorable a la causa patriota. En este trance, llegó el coronel Jacinto Lara, enviado por el General Santander para informar a Bolívar de que Nueva Granada estaba dispuesta a rebelarse.

En un consejo de jefes militares, el cual presidió Bolívar personalmente, aprobaron sus generales por unanimidad el plan de Páez de trasladar las operaciones a Colombia [1]. De nuevo las relaciones entre los dos jefes se hicieron tensas pero afortunadamente Bolívar se ganó a Páez mediante una carta discreta escrita de su puño y letra. Proponía Bolívar en su carta que se encontrasen en Guasdualito, y allí decidieran quién de ellos debería mandar el ejército destinado a Nueva Granada y quién quedarse en los llanos.*

---

1. Nueva Granada. *(N. del A.)*

* Según lo han comprobado trabajos documentados posteriores a la edición inglesa del libro de Graham, Bolívar tenía decidido libertar a la Nueva Granada, y Páez advertía las dificultades de la empresa. El punto está explicado por el doctor LECUNA en su ya citada obra *Crónica razonada de las guerras de Bolívar,* t. II, págs. 301-302. *(N. del E.)*

La carta debió de ser extraordinariamente diplomática, según la referencia que a ella hace Páez, pues parece que Bolívar le manifestó que si Páez fuese a Nueva Granada él se quedaría en los llanos, para tratar de reclutar un ejército lo bastante grande para atacar la capital. Añadía Bolívar que si él mismo fuese elegido para mandar el ejército destinado a Nueva Granada, confiaría en Páez para retener Apure a toda costa, y que le importaban poco las prérdidas con tal de que quedase en sus manos. Páez, quien sentía la obligación de responder a gestos de tal naturaleza, se encontró con Bolívar en Guasdualito, después de agradecerle su fina carta, dejando la decisión en manos de Bolívar, diciendo que siempre estaba dispuesto a ejecutar las órdenes que éste le diera. Naturalmente, Bolívar escogió ir a Nueva Granada, donde era muy conocido y donde por el momento encontraría un campo de acción más amplio.

Páez permaneció en los llanos, su natural esfera de acción, en donde por su crianza y por la gran ascendencia que tenía sobre los llaneros resultaba más útil que el Libertador.

Bolívar salió inmediatamente para Bogotá, marchando con tal rapidez que pudo reunirse con el General Santander en la ciudad de Arauca el 11 de junio de 1819, habiendo salido el día 4.

El historiador Baralt,[2] uno de los más entusiastas admiradores de Bolívar, culpa a Páez porque éste no avanzara hasta Cúcuta para apoyar a Bolívar. Dice Baralt que Páez había recibido órdenes estrictas de hacerlo.

Como Páez no disponía de infantería en ese momento, y en su camino se interponían varias posiciones fuertemente sostenidas por los españoles, no sería lógico considerarlo culpable. Como quiera que una extensión de veinte leguas, en la que no había pasto para los caballos, los separaba de la ciudad de San Cristóbal, la primera de las posiciones fuertemente sostenidas por los españoles que habrían tenido que atravesar, Páez se retiró a Achaguas, donde permaneció para organizar un cuerpo de infantería.

Aunque era soldado de caballería por excelencia, comprendía cabalmente la necesidad de una infantería para atacar una plaza y para hacer oposición a la infantería traída por Morillo, veterana de las guerras napoleónicas de España.

2. *Resumen de la Historia de Venezuela,* París, 1841. *(N. del A.)*

En varias ocasiones la había visto arrebatarle a él la victoria de sus manos, y salvar a los realistas derrotados de una destrucción total mediante su obstinada valentía. El núcleo de la Infantería de Páez era el regimiento llamado Los Bravos de Apure, reclutados en la ciudad de Apure y en sus alrededores. A éste unió una parte de la Legión Británica, y estando de esta manera fuertemente reforzado, emprendió el ataque contra el pueblo de La Cruz, una población pequeña que habían fortificado los realistas y en donde habían concentrado algunas de sus mejores tropas.

De nuevo Páez hubo de enfrentarse a la obstinada resistencia de la infantería española. Desalojados de la iglesia que defendían hasta última hora, los españoles peleaban de casa en casa, un tipo de lucha que siempre inflige severas bajas en el bando atacante, el cual se encuentra expuesto al fuego en medio de las calles. Al fin, después de bajas prodigiosas si se considera el reducido número de las fuerzas en el campo, los restos de la infantería española se refugiaron en una casa aislada bajo el mando de un cabo venezolano, que resistió valientemente, incitando a sus hombres a morir antes que entregarse a los enemigos del Rey. Al anochecer Páez atacó y tomó la casa por asalto, y al penetrar en ella sólo encontró montones de cadáveres. En el último momento el cabo y treinta soldados penetraron las filas patriotas y guiados por otro venezolano, un tal Capitán Yarza, a quien llama Páez "El Ingrato Americano", escaparon en medio de la noche. Sea porque fuese venezolano o porque realmente admirara su coraje, Páez se refiere al valiente cabo en términos muy elogiosos. Los patriotas sufrieron tantas bajas en esta refriega que, aunque victorioso, Páez se vio obligado a retirarse de nuevo hacia Achaguas, ciudad que había evacuado Morillo.

Para evitar el paso por la ciudad de Nutrias, la cual se encontraba en manos de los españoles,[3] dio un largo rodeo por los llanos inundados, marcha en que padecieron terriblemente los soldados. Hizo esto por temor a un encuentro con el enemigo, en cuyo caso se habría visto obligado a abandonar a todos sus heridos. Era la estación de las lluvias y estaban todos los llanos sumergidos bajo varios pies de agua. Como siempre sucede en la época de las lluvias, el ganado

3. Nutrias está en el Apure superior, a cierta distancia de San Fernando. *(N. del A.)*

había emigrado a los lugares más altos que se encontrasen, de modo que la ruta por donde avanzaban se encontraba completamente desprovista de reses. Los venados y todos los otros animales no anfibios como los váquiros y tortugas se habían refugiado en los terrenos[4] más altos. Los soldados marchaban todo el día sobre sus caballos fatigados a través de agua y fango. Calados hasta los huesos por las lluvias constantes los hombres tiritaban de frío y de humedad. Resultaba imposible encender una hoguera por falta de combustible. Tampoco había nada que cocer. Los hambrientos soldados se alimentaban de frutas silvestres, poco alimenticias e inapetecibles. Los cascos de los caballos se ablandaban hasta hacerlos cojear. La pequeña provisión de pólvora que llevaban se mojó y se volvió inservible.

Los pies de los jinetes se hinchaban y les dolían tanto que no se atrevían a colocarlos dentro de los estribos, dejando colgar las piernas como si montasen a pelo. Pasaron sobre sus cabezas grandes manadas de patos silvestres, pero no había medios de darles caza. Durante días enteros se escondía el sol tras un velo de niebla, y eso en un país donde durante la mayor parte del año sus rayos se vierten como plomo derretido sobre el jinete en medio de las llanuras.

Riendas, ronzales y correas de cuero desaparecen y se hacen inútiles y los lazos que cuelgan de la silla parece que pesan una tonelada.

Los troncos secos del mastranto,[5] que parecen gordolobos gigantes, asomaban a la superficie del agua rozando los estribos a medida que los fatigados jinetes chapaleaban por el terreno inundado. De vez en cuando matojos de campanillas,[6] con sus flores de color lila casi borradas, retorcidas y oscurecidas por la lluvia, mostraban dónde era más firme el suelo bajo el pie. En la remota lejanía, las matas de palmeras moriches emergían como islas en el vasto mar interior, y todavía caía la lluvia incesante sobre la fila de espantapájaros, que con la carga de los heridos, se esforzaban en avanzar, con sus caballos cayendo de vez en cuando, para no levantarse nunca, en algún hondo charco o en el lodazal.

Tales eran sus pruebas durante el día, pero cuando caía la noche y acampaban acurrucados unos contra otros, hombres y caballos en su miseria común, en algún trozo de terreno que se levantase sobre la

4. Carpinchos. *(N. del A.)*
5. Hyptis suaveoleus.
6. Contarea Hexandra.

inundación, los mosquitos, jejenes y mil plagas de insectos hacían de sus vidas un purgatorio; tanto que si el más humano de los dogmas existe ellos habrán hecho méritos para el paraíso sin ninguna etapa intermedia.

Al fin, después de vadear innumerables ríos y soportar infinitas penalidades, llegaron al pequeño lugar de Santa Catalina y después de enviar los heridos a Achaguas por el río Apure abajo, Páez cruzó el río por El Paso del Frío, y una vez más estableció su cuartel general en Achaguas. Hasta él y sus regios llaneros necesitaban un descanso después de las penalidades que habían padecido.

Además hubo un receso en las hostilidades de Venezuela, porque Nueva Granada (Colombia) se convirtió por el momento en el centro de las luchas.

Pasó Páez la mayor parte del año 1820 en Achaguas, o en su hato de Yagua, y se dedicaba a entrenar un cuerpo de infantería cuando estaba en el primer sitio. En Yagua se recreaba cogiendo caballos salvajes para domarlos y también se dedicó a la cría de ganado que habría de ser utilizado en la siguiente campaña.

Hizo en enero una expedición a Barinas, y en el camino dio con Bolívar quien regresaba de Nueva Granada. Pasaron la noche juntos discutiendo los futuros planes. Luego el Libertador siguió su marcha hacia la provincia de Guayana, mientras que Páez ocupó Barinas, de donde se habían retirado los españoles. Para esta época ambos bandos habían llegado a avergonzarse de la sangrienta guerra de exterminación que comenzara en 1813, en la que ni realistas ni revolucionarios daban cuartel, masacrando despiadadamente a sus prisioneros.

En el mes de agosto (1820), Morillo envió un emisario a San Juan de Payara, donde acampaba Páez, para proponer el cese de las hostilidades. Con más discreción de la que generalmente tenía en esa época, contestó Páez que la guerra o la paz no estaban en sus manos, sino que dependían del Gobierno Patriota. Luego Morillo envió una comisión al Congreso de Guayana, el cual se celebraba en esos días en la ciudad de Angostura. El Congreso manifestó "que estaba deseoso de establecer la paz y oiría con gusto todas las proposiciones que surgieran de parte del Gobierno Español, siempre que tuviesen por base el reconocimiento de la Soberanía e Independencia de Co-

lombia".[7] Encontrándose ausente Bolívar, el Congreso dio poderes a Pedro Briceño Méndez y al General Urdaneta para llevar la contestación en su nombre al General español.

Por el momento resultaron fútiles las negociaciones ya que Morillo no accedía al reconocimiento de la independencia, aunque ofreció como cebo en caso de aceptar la soberanía de España que todos los oficiales patriotas conservarían los grados que hubiesen adquirido durante la contienda.

No obstante, se había establecido el contacto por vez primera desde el comienzo de las hostilidades, y poco después escribió Bolívar a Morillo proponiéndole una conferencia entre los dos jefes. Tanto los españoles como los patriotas estaban hartos de la interminable lucha, y además sabían que las barbaridades cometidas por ambos lados habían horrorizado al mundo entero. El 20 de octubre, Morillo escribía a Bolívar para proponerle un armisticio.

El 2 de noviembre de 1820, fecha memorable en la historia de Venezuela, se encontraron Morillo y Bolívar en la ciudad de Trujillo, y firmaron un tratado que había de rehabilitar a ambos jefes ante los ojos del mundo. Acordaron tratar generosamente a los prisioneros de guerra, canjeándolos por otros de su mismo rango y clase. Se comprometían a respetar las vidas y propiedades de los habitantes[8] de las ciudades invadidas por cualquiera de los dos bandos. Una de las cláusulas del tratado resultaba extraordinaria y demuestra un espíritu de bondad que posiblemente sólo poseen las razas latinas, aunque harían muy bien las razas nórdicas en imitarlo.

Rezaba así: "Originándose esta guerra de la diferencia de opiniones (políticas), hallándose ligados con vínculos y relaciones muy estrechas los individuos que han combatido encarnizadamente por las dos causas, y deseando evitar el derramamiento de sangre tanto como

7. El nombre de Colombia se aplicaba en esos días tanto a Venezuela como a Nueva Granada, es decir, la moderna República de Colombia. *(N. del A.)*

8. Este tratado firmado en 1820 en un país asolado por la guerra civil, muy lejos de Europa y semi-civilizado, debería atravesar la armadura de autosatisfacción de los que hoy chochean sobre el progreso universal en la esfera moral. *(N. del A.)*

   Al hablar de chochear, el autor emplea la palabra escocesa "Blether", y la explica diciendo que no sólo implica, en sentido despectivo, charlatanería mental sino también una correspondiente bobería en el empleo físico de la boca. *(N. del T.)*

sea posible, se establece que los militares o empleados que habiendo antes servido a cualquiera de los dos gobiernos hayan desertado de sus banderas y se aprehendan bajo las del otro, no pueden ser castigados con pena capital".

Han pasado más de cien años desde que Bolívar y Morillo se encontraron y pusieron sus firmas en un tratado que contenía una cláusula concebida para poner coto a las ambiciones de los políticos y los militares, haciendo así más llevadero el azote de la guerra.

A invitación de Morillo, quien anhelaba una entrevista personal, los dos generales y sus respectivos estados mayores se encontraron en la pequeña población de Santa Ana. Llegó Morillo con una escolta de húsares acompañado de todo su estado mayor. El general O'Leary, ayudante de campo del Libertador escribe en sus memorias que Morillo había preguntado con qué escolta llegaría el jefe de los republicanos. Al saber que Bolívar venía acompañado solamente de diez o doce oficiales y sin escolta ninguna, contestó Morillo: "Creía que mi escolta era lo bastante pequeña para resguardarme; pero he aquí que el enemigo me ha vencido en la generosidad". Al instante dio órdenes de que se retirase su escolta.

Ambos generales se apresuraron a saludarse con gallarda galantería y "hombría",[9] esa expresión tan difícil de traducir a una lengua extranjera.

Morillo llevaba uniforme de gala, con todas sus condecoraciones y todos los de su estado mayor llevaban uniformes nuevos, brillando en la luz del sol sus cascos, espadas, lanzas y estribos.

Cuando apareció el pequeño grupo de patriotas, preguntó Morillo ansiosamente: "¿Cuál es Bolívar?" Cuando éste le fue señalado, exclamó: "¿Cómo, aquel hombrecito de chaqueta azul montado en una mula?"

Avanzaron, desmontaron y se dieron un abrazo.[10] Cogidos del brazo se dirigieron a la mejor casa del pueblo, donde Morillo había

9. Implica fineza de carácter combinada con espíritu varonil. *(N. del A.)*

10. Los hombres de Venezuela todavía se abrazan como lo hacían los patriarcas y los héroes de la Ilíada. A aquellos cuyo método nacional de saludo es estrecharse las manos o frotarse las narices, esta costumbre puede parecerles curiosa. A pesar de todo la costumbre venezolana tiene algo de heroico y del estilo del viejo mundo. *(N. del A.)*

hecho preparar "un banquete militar, sencillo y delicado".[11] Ningún banquete en Sudamérica se consideraba completo sin un derroche de oratoria. La larga residencia en Sudamérica ha equipado al autor con amplios medios para haber suministrado los discursos del estilo de los que Tucídides pone en boca de todos sus héroes.

Por fortuna es innecesario que el autor haga uso de estas facultades, pues o Páez ha imitado al historiador de las guerras del Peloponeso o algún desconocido taquígrafo se hallaba en el banquete tomando notas. De todos modos las palabras que Páez ha conservado están tan bien para la ocasión que tiene muy poca importancia si fueron realmente pronunciadas en el banquete o redactadas muchos años más tarde por el jefe llanero.

El Libertador, uno de los grandes oradores de su época, orador como sólo los hay quizás en América en estos tiempos decadentes, propuso el siguiente brindis: "Brindo por la heroica firmeza de los combatientes de uno y otro ejército; por su constancia, sufrimiento y valor sin ejemplo; por los hombres dignos que a través de los males horrorosos sostienen y defienden su libertad. Por los heridos de ambos ejércitos que han manifestado su intrepidez, su dignidad y su carácter. Odio eterno a los que deseen sangre y la derramen injustamente".

A esto le contestó el General Morillo, para no ser menos: "Castigue Dios a los que no estén animados por los mismos sentimientos de paz y amistad que nosotros". El General español Latorre, su segundo en mando, dijo a Bolívar lleno de entusiasmo: "Descenderemos juntos a los infiernos en persecución de los tiranos".

Palabras hermosas en bocas de hombres que habían masacrado a sus prisioneros a sangre fría durante diez largos años. No obstante, la oratoria como el vino, se sube a la cabeza, y sin duda todos eran sinceros durante sus discursos, especialmente el General Latorre, pues debía saber que si encontraba a los tiranos que perseguía hacia las regiones infernales hubiera mirado atrás como Orfeo y se habría quedado allí con sus amigos.

---

11. Citado en español en *N. del A.*, que prosigue: Los banquetes militares de estos días rara vez son sencillos y no rara vez desabridos; pero en el pueblo de Santa Ana en aquellos días la sencillez era obligatoria y quizás implicaba sabor y gusto. *¡Simplex mundilis!* "Delicado" en el sentido actual de la palabra apenas podía serlo. *(N. del A.)*

Después del banquete, los dos generales se unieron para llevar hasta su sitio un bloque de piedra que había de constituir el primer cimiento del monumento que Morillo había propuesto que se erigiese para conmemorar ese día.[12]

Páez, alma sencilla fácilmente llevada al entusiasmo y muy susceptible a la generosidad, resume de la siguiente manera los sucesos de ese día memorable: "La historia no presenta nada más bello ni grandioso, y semejante espectáculo prueba que el corazón humano, por más que lo endurezcan las pasiones siempre conserva un resto de sensibilidad que sólo necesita tal vez un simple hecho para mostrarse en toda su grandeza".

Para un corazón sencillo como el suyo, albergado por un fuerte cuerpo, esto parecía una perogrullada, pero cuántas leguas de llano tiene que cabalgar un hombre para encontrar un rastro de tales sentimientos...

12. Se eleva en la plaza de Santa Ana y presenta a los generales unidos en abrazo fraternal sobre el fondo de un obelisco. *(N. del A.)*

CAPITULO XIII

Algo se había ganado con el histórico encuentro, y aunque se reanudaron las hostilidades al expirar el armisticio en abril de 1821, cesó desde entonces la carnicería de los prisioneros.

En toda guerra cada bando acusa a sus enemigos de actos inhumanos. Desde luego es el modo más eficaz de conmover a la población civil, sin cuyo respaldo no puede sostenerse una guerra.

La Guerra de Exterminación, ya felizmente repudiada, fue en realidad decretada por Bolívar en la ciudad de Trujillo el 15 de junio de 1813. El motivo de este sanguinario edicto fueron las salvajes masacres practicadas por las armas españolas. Concebido en términos elocuentes, decía: "Españoles y canarios: contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en favor de la Independencia; americanos: contad con la vida, aun cuando seáis culpables". Si en realidad semejante masacre resultó provechosa a la larga, o si más bien perdió por ella la simpatía de los criollos más acaudalados; si estimuló a los españoles a hacer mayores esfuerzos, debe dejarse por necesidad a la opinión personal de cada quien. Son muchos los historiadores que han discurrido sobre la cuestión y la han discutido ampliamente, sin que nadie haya quedado convencido.*

Lo que sí logró la guerra de exterminación fue despertar un sentimiento de condenación y oprobio del mundo entero para todos aquellos que participaron en ella. No es poco probable que haya retardado la independencia por la exasperación que provocara. Lo cierto es que la guerra de hoy es tan sangrienta como lo era en Venezuela hace cien años. Ni Bolívar ni Morillo descargaron muerte y destrucción sobre poblaciones indefensas desde aviones. Lo que hu-

---

* Véase la *N. del E.* de la página 83, *ut supra. (N. del E.)*

bieran hecho si hubieran tenido los medios es difícil de decirlo. El animal humano se hace por años más sangriento y salvaje. No parece haber sido hecha ninguna proposición para limitar la matanza en el último carnaval de sangre cristiano.

Poco antes de declararse el armisticio, Bolívar, que había libertado a Nueva Granada de la dominación española durante su última campaña, concibió un proyecto que desde el comienzo estaba destinado a fracasar. Era éste el de unir a Venezuela y Colombia bajo un mismo Gobierno. Esta unión habría de llamarse La Gran Colombia. Para hacer el proyecto aún menos factible, debería participar en la unión el ahora llamado Ecuador, con el nombre de Quito, y Cundinamarca.*

Las condiciones naturales, la falta de comunicaciones, el clima, los indios de las varias provincias, tan diferentes entre sí, y otras muchas causas, como las diferentes regiones de origen de los Conquistadores españoles, habían formado durante los trescientos años de gobierno español distintos tipos nacionales en las tres provincias. Existía una gran diferencia en el acento, las costumbres y el modo de vida entre el llanero de las llanuras cálidas y húmedas de Venezuela que se elevan poco sobre el nivel del mar, y el hombre de la montaña, bien fuera de Colombia o de Ecuador, nacido en las alturas y capaz de soportar bajas temperaturas.

Por otra parte, los habitantes de la costa de los tres países, aunque más semejantes entre sí que los dos primeros tipos mencionados, eran sin embargo muy diferentes de ellos. Los habitantes de las regiones ricas en agricultura de los tres países formaban otro tipo de

---

* El poderoso Estado forjado en 1819 por Bolívar, se llamó en su tiempo República de Colombia, que los historiadores modernos suelen designar bajo el nombre de "Gran Colombia" para distinguirla de la Actual República de Colombia. Cundinamarca era parte de la Nueva Granada y no del Ecuador, como parece creerlo Graham. Este confunde a veces las antiguas divisiones territoriales de Hispanoamérica. Por lo demás, tampoco parece haber penetrado bien los móviles y las razones prácticas que condujeron a Bolívar a crear la gran República, potente máquina de guerra que hizo posible la emancipación del Continente. Precisamente las tensiones internas y externas que amenazaban la solidez de la Gran Colombia y acabaron por desmembrarla, hacen más admirables aún los resultados de orden estratégico, político y diplomático que Bolívar supo alcanzar gracias a su genial creación. *(N. del E.)*

hombre. En Quito y Cundinamarca[1] prevalecían tradiciones más antiguas, de tendencia más aristocrática. La clerecía tenía gran poder tanto allí como en Colombia, como lo tiene aún.

En Ecuador, la mayor parte del pueblo estaba compuesta de indios que habían aceptado el dominio español o habían sido obligados a sufrirlo, pero eran poco diferentes a los de la época de los incas y de la conquista.

Colombia tenía un porcentaje de indios mansos, pero no los bastantes para que resaltaran mucho en el conjunto de la población.

En Venezuela apenas había indios de esa clase. En esa República, en parte por estar más cerca de Europa y en parte porque los primeros colonos eran de otra clase, las ideas de libertad y de autogobierno se habían abierto más paso que en lo que hoy son las otras Repúblicas. En ninguna de las otras dos provincias que se proponía unir en un solo estado había hombres ni remotamente semejantes a los llaneros de aquellos días. Como Pablo de Tarso, los llaneros habían nacido libres. La Naturaleza había decretado su libertad. Querían pocas cosas, y lo poco que necesitaban la Naturaleza lo ponía a su alcance para que lo cogiesen con una cuerda de cuero y lo usaran en provecho propio.

El ganado vagaba en manadas incontables por las llanuras. Tropeles de caballos salvajes, que cualquier hombre podía coger y domar, erraban por miles. Todo lo que el llanero quería era un caballo. Con él quedaba libre de las llanuras. Sin caballo se hubiera encontrado tan mal preparado como sus antepasados, los indios achaguas.

Tales hombres como los llaneros nada tenían que ver con los montañeses colombianos o ecuatorianos. Esto parece haberlo comprendido Páez, que era uno de ellos, desde el comienzo del desafortunado plan. Esto no solamente le llevó a apartarse de Bolívar, sino que lo colocó en la oposición directa.

En las capitales y ciudades mayores de los tres estados, la diferencia de tipos no era tan grande. Con independencia de que el gobernador español fuera llamado Virrey o Capitán General, había a su alrededor una pequeña corte. En México y Perú, los más ricos de los virreinatos, la corte virreinal era rica y señorial. En los estados más pequeños, como Colombia y Venezuela, aunque con menos organiza-

1. Ecuador. *(N. del A.)*

ción, la capital seguía siendo el foco de los criollos más ricos, los funcionarios enviados de España, los militares y el alto clero. Sin comunicación con los otros virreinatos a causa de las grandes distancias, los ríos sin puentes, los Andes, y en algunos casos terrenos que eran verdaderos desiertos, o al menos distritos sin población,[2] cada uno de estos centros aislados desarrollaban un intenso patriotismo local.

Aun bajo el dominio español, los hombres se distinguían entre sí llamándose venezolanos, neogranadinos, peruanos y mexicanos.[3] De modo que el proyecto del Libertador de crear un gran estado que se llamase la Gran Colombia estaba destinado al fracaso.

El feliz armisticio que había puesto fin a las carnicerías que tanto deshonraban a los dos bandos, llegó a su fin el 21 de abril de 1821.

Poco después de firmarse el armisticio, Morillo, sin duda el más experimentado y enérgico de los jefes enviados de España, bien por estar disgustado por el cariz que había tomado la situación, bien por haber perdido toda esperanza de victoria, regresó a la Península. Era el único oficial español que pudo habérselas con Páez en las guerrillas de los llanos.

Con su acostumbrada generosidad para con sus enemigos, Páez describe el carácter de Morillo. En tanto que no le niega las cualidades militares que sin duda poseía, censuró su crueldad y su negligencia en contener a los bandidos, quienes bajo el mando de Boves y Monteverde habían dejado el país casi en ruinas.

Escibiendo en la vejez desde su exilio en Nueva York, Páez analiza la táctica de Morillo con gran agudeza. Para esta época Páez se había convertido en un hombre culto, y sin duda había estudiado los tratados sobre estrategia militar. Con la información que hubo adquirido, unida a su aptitud para la forma de guerra en que habían participado él y Morillo, señala certeramente sus errores. No vacila en decir que si Morillo no hubiese perdido tanto tiempo y hombres en las interminables guerrillas en los llanos y hubiese marchado de una vez sobre Angostura y después de ocupar esta ciudad hubiese cortado

2. Llamados en español "despoblados". *(N. del A.)*
3. CERVANTES, en *Don Quijote*, habla de uno de sus personajes como montando tan bien como un mexicano. *(N. del A.)*

toda comunicación con el mundo exterior, impidiendo la navegación por el Orinoco, habría puesto en peligro grave la causa patriota.

Páez fue siempre particularmente moderado al juzgar a sus adversarios. Eralo menos con sus amigos, como es natural en los humanos, pues a nuestros amigos los investimos de todo aquello que creemos ser nuestras propias cualidades, y nos resulta generalmente difícil creer que puedan errar. Por esto, cuando nuestros amigos actúan contrariamente a nuestros deseos, por lo general, nos parece que han rehusado la luz que recibieran de nuestra omnisciencia. De este modo, su falta se transforma en pecado de *lesa Majestad* contra el Espíritu Santo. Páez estaba lleno de estas ingenuas flaquezas que tanto contribuyen a hacer amables a los hombres.

CAPITULO XIV

El año de 1821 fue el más memorable en la prolongada lucha contra España.

La ocupación de Maracaibo por las tropas del General Urdaneta motivó una protesta por parte de los realistas, a la que contestó Bolívar rompiendo el armisticio. Ambos bandos estaban preparados para reanudar las hostilidades y ambos se daban cuenta de que la suerte de Venezuela sería decidida en la campaña inminente. La reanudación de las hostilidades le fue impuesta a Bolívar, pues sus fuerzas acampadas en los Llanos se encontraban agobiadas por el hambre y las enfermedades.

"Es mi deber hacer la paz o pelear", dijo, y como no había posibilidad de paz en esas circunstancias, comenzó al momento la campaña.

Las fuerzas españolas para esa época contaban unos quince mil hombres, pero estaban dispersas a través de todo el territorio. Su Comandante era el General Latorre, el mismo que en la conferencia propusiera ir a las regiones infernales[1] para perseguir a todos los tiranos. Aunque competente como jefe, Latorre era inferior a Morillo, tanto en experiencia como en ingenio. Tenía su cuartel general en San Carlos, no muy distante de la ciudad de Valencia. Con él se encontraba el grueso de la infantería. La caballería, bajo el mando del General Morales, estaba estacionada en Calabozo, capital del estado Guárico. Por su parte, los patriotas tampoco permanecían ociosos.

Páez recibió órdenes de Bolívar de reunirse con él en su cuartel general en Guanare junto con todas las tropas que tuviera a su mando. Emprendió la marcha el 10 de mayo de 1821 con mil soldados de

1. Véase el capítulo XIII. *(N. del A.)*

infantería y mil quinientos de caballería, llevando una reserva de dos mil caballos y cuatro mil reses.

Nadie que no haya llevado grandes manadas de caballos semiferinos o ganado semisalvaje por las llanuras puede tener la menor idea de la enorme dificultad de la tarea. Los animales no pueden ser llevados rápidamente, pues pierden su condición y se desmandan. Tienen que detenerse y pacer a intervalos y abrevar en sitios convenientes, pues los saltos abruptos de agua o los charcos fangosos son peligrosos para ellos. En todas estas ocasiones, los primeros dos o tres días existe la posibilidad de que haya una estampida.

Los peones vigilantes cabalgan bajo el sol que quema, la lluvia o el viento helado, sin perder de vista a la manada. No deben gritar, agitar látigos ni ponchos, y han de evitar sobre todo el poner a sus caballos en súbito galope. Por la noche no deben encender cerillas, pues su llama podría alarmar al rebaño, y la alarma pronto se torna en fuga. Para hablar con un camarada, no hay que llamarlo, sino cabalgar hasta encontrarse a su lado y casi murmurar a su oído.

Los que duermen en torno al fuego de campamento deben mantenerlo mortecino, y no arrojar nunca a las llamas madera verde o ramas con hojas, pues crujirían y producirían combustiones súbitas, y entonces la manada, con un fuerte bufido, se pierde en la noche. Cuando hay estampida los vigilantes de la manada deben cabalgar como locos, con peligro de su vida, pues a veces montan caballos a media doma que apenas conocen el bocado. Por muy acidentado que sea el terreno u oscura la noche, han de avanzar agitando sus ponchos y látigos, gritando con todas sus fuerzas, echados sobre el cuello del caballo y esforzándose en desviar a los que van primero para así contener la estampida. Los caballos saltan en la oscuridad como los corceles de las valquirias, y a la luz de la luna tensan sus nervios bajo el látigo y la espuela.

Si un hombre cae delante del rebaño fugitivo, tiene muy poca oportunidad de volver a levantarse nunca después de que miles de cabezas de ganado han pasado sobre su cuerpo, demasiado enloquecidos con la excitación de su salvaje galope para ver nada. Si al fin, a fuerza de duro cabalgar, se detiene la fuga, los jinetes rodean lentamente la horda de animales, alzándose de su grupo un melancólico canto que parece tener un efecto maravilloso para calmarlos. En cualquier momento pueden echar a correr de nuevo, pero si empiezan a

girar en círculo, fenómeno que los ganaderos llaman "miling", no huirán otra vez, por lo menos la misma noche.

Aunque Páez era diestro llanero, acostumbrado a luchar con el ganado y los caballos salvajes sobre la marcha, insiste en todas las dificultades de esta tarea.[2]

Todas las noches los caballos se escapaban en tropel, sin que bastaran los hombres que los cuidaban para detenerlos en la fuga. Por fortuna, como habían estado siempre reunidos por manadas en los potreros, corrían juntos y era fácil seguirlos por las huellas que dejaban en la tierra, muy blanda entonces, pues para mayor aprieto era la estación de las lluvias. Estas deserciones se repetían todas las noches a las ocho, pues por el instinto maravilloso de estos animales, una vez que han encontrado la posibilidad de escapar a sus dehesas, redoblan siempre sus conatos a la misma hora del día siguiente. Al fin los llaneros los cogían, y al otro día alcanzaban a Páez, con ellos, en la marcha. Por ser el principio de la estación de las lluvias, esto hacía más fácil seguir la pista que cuando los llanos están secos.

Páez continúa observando un hecho bien conocido de todos los que han vivido la vida que él llevó en las llanuras, a saber, la extraordinaria sagacidad que muestran los animales una vez que saben que pueden escapar de noche.

Durante todo el día pacen y dan poco que hacer, y al inexperto le parecería que no hay peligro de estampida. Por la noche, casi a la misma hora que sus compañeros se escaparon la noche anterior, se ponen inquietos y súbitamente algunos corren como un remolino de viento en la dirección del lugar donde los criaron. Nada les detiene, y siguen su camino como una paloma mensajera lo hace por el espacio. Casi invariablemente toman un camino diferente de aquél hacia el que se les ha empujado. Nunca vacilan, y no necesitan brújula para orientarse, pasando por pantanos y ríos profundos si se interponen entre ellos y su "querencia".[3]

La dificultad de cruzar ríos, como el Arauca, el Apure o La Portuguesa, todos ellos de una anchura de al menos un cuarto de milla,

2. "No son de contar las molestias y el trabajo que nos hizo pasar durante nuestra marcha la conducción de tan crecido número de animales". *Memorias,* Cap. XIII, pág. 237. *(N. del A.)*

3. El lugar donde el animal fue criado se llama en español "la querencia" *(N. del A.)*

debe de haber sido casi insuperable excepto para hombres como Páez, que se encontraban a sus anchas tanto en una canoa como sobre un caballo.

Es fama que los caballos domados son difíciles de dirigir en manada y al menos son tan peligrosos en relación con las estampidas como los salvajes, e incluso resulta más difícil aún obligarlos a entrar en un río si saben que han de nadar.

El hacer cruzar ganado, aunque requiere experiencia y cuidado, pudo haber sido una tarea menos difícil.

Un escritor[4] de aquellos días relata que si al ganado no le gustaba enfrentarse con el agua, los llaneros de aquellos días solían atar los cuernos de una vaca a la cabeza de un buen nadador, que se echaba entonces al agua, y el ganado, viendo los cuernos, creía que era un animal y lo seguía obedientemente.

Antes de que comenzara definitivamente la campaña, Bolívar destacó al General Bermúdez para que ocupara Caracas. Esto lo logró con éxito, con el efecto de que el General realista Morales evacuara Calabozo y marchara contra Bermúdez, mientras Latorre, Comandante en Jefe español, abandonaba su posición en San Carlos para tomar otra en las históricas llanuras de Carabobo. Embestido por todas las fuerzas de Morales, Bermúdez se vio obligado a retirarse hacia el este, y después de varias victorias insignificantes en El Alto de Macuto, sufrió una severa derrota en el lugar llamado "El Calvario de Caracas", en las afueras de la capital.

Este Calvario se alza donde el camino de La Guaira entra en un puerto de montaña. Sobre él se eleva la montaña llamada El Cerro de La Silla,[5] cuya depresión central forma el asiento, mientras que los salientes extremos son como el arzón delantero y el borrén trasero.

4. *Historia de la Revolución de Caracas*, pág. 114; COMANDANTE FLINTER, Londres, 1819.

   El hombre que hoy hace cruzar ganado en grupos de doscientos desde San Fernando de Apure hasta Puerto Miranda, no lleva cuernos en la cabeza, aparte de los que haya ganado en "les champs clos" del matrimonio.

   Su única arma contra los caimanes es un corto palo de madera dura con el que les da fuertes golpes en el hocico si le atacan.

   Con la mano izquierda coge la cola de uno de sus dos caballos, ya sea el castaño o el prieto, que, en el lenguaje de los llaneros, son "baquianos" en esta tarea. *(N. del A.)*

5. "Silla" significa montura. *(N. del A.)*

Extendida bajo el alto Calvario está Caracas, que se ve como desde un aeroplano natural. Las esbeltas palmeras de los jardines y plazas, las casas de un color blanco deslumbrador, las calles que comenzando en la gran plaza donde Bolívar monta su caballo llanero, crucificado en gloria por los descendientes de los hombres que destrozaron su corazón y lo echaron al exilio, terminan en arenosas ramblas,[6] le dan un aire oriental. Ni una sombra de niebla estropea la atmósfera, que es tan clara y tan transparente que las torres de las iglesias, las cúpulas y edificios se elevan sobre el fondo del cielo como si la ciudad fuese una maqueta recortada de cartón.

El pequeño Guaire que corre por los maizales y campos de caña de azúcar, cruzado por algunos puentes de hierro de aspecto eficiente de las escuelas de Birmingham o Pittsburgh, sin duda substituyendo a construcciones españolas, no demasiado modernas para la conciencia artística de estos últimos años de cultura y de gracia, divide la ciudad desde el parque de El Paraíso, enterrado en vegetación lujuriante. Salvo por los puentes y los automóviles, pues para entonces los dignos ciudadanos de Santiago de León de Caracas cabalgaban desde Aragua al paso en sus mulas o caballos, la ciudad no puede haber cambiado mucho desde la batalla del Calvario. El árbol gigante conocido como "el árbol de San Francisco"[7] surgía como una torre en el centro de la ciudad, donde sigue hoy.

El campanario de la catedral, aunque probablemente sin su reloj, que parece ser un aditamento moderno, se elevaba como un faro en el viaje al cielo, como lo hace aún, aunque quizá pocos marineros guíen sus barcos por él. Las montañas, los cielos translúcidos, la vegetación lujuriante, el clima suave y delicioso, no han variado; el único cambio es que la bandera nacional, con sus colores bien elegidos, ha substituído al estandarte de sangre y naranja de Castilla.

El premio era digno de todo lo que realistas y republicanos sufrieron para poseerlo, y la última derrota los patriotas la sufrieron en El Calvario de Caracas, pero esto los endureció para la gran victoria que había de seguirse en las llanuras de Carabobo.

Las operaciones del General Bermúdez fueron de gran provecho para los patriotas, pues aunque hubiese sido derrotado en El Calvario,

6. "Rambla", del árabe "rhamel", arena, es un término frecuentemente usado en España para tales calles. *(N. del A.)*

7. O un samán (Mimmosa gigantea) o una ceiba (Bambyx Ceiba). *(N. del A.)*

pudo detener a una parte de las tropas españolas, dando así tiempo a los patriotas para concentrar todas sus fuerzas en el cuartel general de Bolívar en San Carlos.

Páez y sus llaneros se reunieron con Bolívar, y poco después llegó Urdaneta. Luego se dirigieron hacia Carabobo, donde se encontraba fuertemente atrincherado el General Latorre, en espera de la contienda. Los ejércitos enemigos estaban igualados en número. Ninguno de los dos bandos contaba más de seis mil hombres. Con este reducido número y unas cuantas piezas de artillería se decidía la suerte de todo el continente, pues si los españoles eran expulsados de Venezuela, su colonia más cercana a Europa, había poca esperanza de que pudiesen conservar las de la costa del Pacífico, como Perú y Chile.

Aunque pequeños, los ejércitos de cada lado estaban compuestos por las mejores tropas de que disponían. Páez tenía bajo su mando la Primera División, compuesta por caballería llanera, la infantería que él mismo había disciplinado, conocida como "Los Bravos de Apure", la Legión Británica. La Segunda División, bajo las órdenes del General Cedeño, contaba con una brigada de la Guardia, los Batallones de Tiradores y el Escuadrón Sagrado al mando del Coronel Aramendi, y los Batallones Boyacá y Vargas. La Tercera División, estaba compuesta por la Primera Brigada de Guardias, los Batallones Rifles y Granaderos, y un Regimiento de Caballería, a las órdenes del Coronel Rondón.

Los realistas confiaban principalmente en su infantería. Muchos de sus regimientos habían luchado en la Península contra Napoleón. Eran dignos descendientes de la célebre infantería española de la Edad Media,[8] y jamás eran tan temibles como cuando se veían en circunstancias adversas, de modo que rara vez cundía la confusión entre ellos ni aun en la retirada.

La llanura de Carabobo, resecada por el sol y barrida por los vientos, es una meseta alta[9] al sur del Valle de Valencia. La ciudad se encuentra a unas seis leguas de distancia, y el gran Lago de Valencia, con sus innumerables islas, sus orillas de espesa vegetación tropical y sus aguas de pálido jade, se encuentra a un extremo del valle. Y ha-

8. Los Tercios de Flandes. *(N. del A.)*
9. Se la ha comparado a una bandeja de té con lados altos por parte del historiador Blanco Fombona. *(N. del A.)*

cia el este se elevan las grandes montañas, dándole el aspecto de un Loch Lomond[10] transportado a los trópicos.

El camino a la ciudad de San Carlos atraviesa la llanura de norte a sur. Otro camino a la ciudad de El Pao la atraviesa lateralmente. En esa época, los caminos no han debido de ser sino veredas polvorientas en el verano y barrizales en la estación de las lluvias. Al amanecer del 24 de junio de 1821, el ejército de Bolívar emprendió la marcha para tomar posición en la llanura. Vadearon el Chiriguá, pasaron por los valles accidentados entre los cerros denominados Las Hermanas, cruzando primero el estrecho paso de Buenavista. Es difícil comprender por qué no fueron atacados cuando desfilaban por Buenavista. La misma naturaleza del terreno lo hacía fácil de defender. El no haber atacado al ejército de Bolívar cuando pasaba por las montañas probablemente costó la victoria al ejército español. Es posible que la pérdida de un destacamento en Trujillo un día o dos antes de la batalla atara las manos del General español. Cuando el ejército patriota hubo salido del paso montañoso y hubo formado sus filas en el campo de Carabobo, se situaron Bolívar y su Estado Mayor en el pequeño cerro de Buenavista. Desde esta posición se podía supervisar todo el curso de la batalla, pues los dos ejércitos eran pequeños y de avanzadas necesariamente pequeñas.

Los españoles aguardaban, seguros de su superior disciplina, mas sin el entusiasmo que inspira a los hombres que luchan en defensa de su tierra nativa. Aunque el General Latorre no había logrado atacar al ejército venezolano cuando éste atravesaba las colinas, destacó a sus mejores tropas para impedir el paso al campo. El Regimiento de Valencey, el mejor de la infantería española de los que en aquel tiempo servían en América, resguardaba el camino entre Valencia y San Carlos. A la derecha estaban los regimientos de Barbastro y Hostalrich, ambos habiendo servido en la Península y cuyo nivel de disciplina era muy alto. Otro, conocido como el Regimiento del Infante, defendía el camino a El Pao. Todos estos cuatro regimientos estaban bien armados y equipados, y habían visto mucha acción tanto en América como en España.

Cuatro escuadrones de húsares y cuatro de carabineros estaban colocados en cada punta de las líneas españolas. El Regimiento de Bur-

10. Famoso y pintoresco lago escocés. *(N. del T.)*

gos, bajo el mando del General Morales, se tenía en calidad de reserva. Tan confiado estaba Latorre en la superioridad de su infantería que envió a los regimientos de Navarra y Barinas a que auxiliasen al Coronel Lorenzo, quien se encontraba acosado en San Felipe por los Comandantes patriotas Reyes Vargas y Carrillo. Fue éste otro error de su parte que muy caro hubo de costarle.

Al ver tan fuertes las posiciones españolas, Bolívar optó por atacar uno de los flancos. Guiado por un campesino, tomó un sendero apenas practicable llamado La Pica de la Mona. Al ver esta maniobra, reorganizó Latorre su frente, y al entrar al campo el regimiento de Los Bravos de Apure, fue violentamente atacado por la infantería española, la cual sembró gran confusión entre las filas patriotas tras un combate en el que se luchó cuerpo a cuerpo. Durante la lucha dice la tradición que un soldado gigantesco del Apure se enzarzó contra un robusto[11] soldado de Zaragoza perteneciente al batallón de Barbastro, y que después de haber roto todas sus armas se atacaron con los puños a la manera de los guerreros de la Ilíada.

Páez ordenó entonces a la Legión Británica que avanzara. En perfecto orden, con redobles de tambor y ostentando sus colores, se colocaron en formación bajo el mando del Coronel Farrar,[12] quien desmontó y ordenó a sus hombres que se pusieran rodilla en tierra. Luego, en las palabras de un escritor venezolano, palabras que inspiran orgullo: "Desde entonces la Legión Inglesa deja de ser un cuerpo como todos los otros, echa raíces en la tierra y se convierte en un muro de granito". Expuestos al fuego mortífero de los dos regimientos españoles, caían como moscas, pero conforme iban cayendo sus compañeros silenciosamente estrechaban sus filas diezmadas, sosteniendo un fuego constante, tan impasibles como si se hubiera tratado de una fiesta campestre.

Cayó Farrar, gritando con el último aliento: "¡Permaneced firmes!". Recibió el mando el mayor Denny, pero al momento él también se encontraba tendido en el campo. Luego tomó el mando el joven Capitán Scott, pero fue muerto al instante. Al apreciar sus bajas, y temiendo que fuesen completamente aniquilados, Páez dio la orden

11. "Un rudo zaragozano de Barbastro y un soldado de Apure, rotas las armas se dieron de puñaladas", *Memorias de Páez. (N. del A.)*
12. Páez, Baralt y otros escritores venezolanos le llaman Farriar. Pudo haberse llamado Farrar o Ferrier, pero difícilmente Farriar. *(N. del A.)*

de cargar a la bayoneta. La Legión se puso en pie y bajo el mando de un joven Teniente llamado Minchin se unió al regimiento de Apure y barrieron al enemigo. En menos de media hora había perdido la Legión Británica a diecisiete de sus oficiales y casi la mitad de sus hombres. Su firmeza había sido decisiva. Entonces Páez, lanza en mano, se dio a la carga a la cabeza de sus llaneros y dispersó a la caballería española.

Al ver el estado de las cosas, los regimientos realistas de Valencey y Barbastro se retiraron hacia el lugar en que se encontraba el grueso del ejército. Al verse el regimiento de Barbastro completamente rodeado y sin municiones, tuvo que entregarse y corrió la misma suerte el Regimiento de El Infante. Durante la carga le sobrevino a Páez uno de esos extraños ataques epilépticos, y por poco fue hecho prisionero. Al ver el peligro que corría, el Comandante Antonio Martínez, llanero de la ciudad de Calabozo, no obstante servir en las filas realistas, cogió el caballo de Páez por las bridas, y llamando a otro soldado[13] para que lo sujetara en la silla, lo puso a salvo entre sus propios soldados.

La batalla estaba ya ganada y todo el ejército español estaba en retirada. Sólo el regimiento de Valencey conservó la disciplina, se retiró dándole frente al enemigo, bajo el mando de un valiente oficial llamado Don Tomás García, resistió numerosas cargas de los llaneros, y luchando obstinadamente logró refugiarse en los fuertes de Puerto Cabello, el último pedazo de tierra venezolana que quedaba en manos de los españoles.

La victoria fue completa, después de una batalla encarnizada que apenas durara una hora. Los patriotas tuvieron casi doscientas bajas, entre muertos y heridos, la mayoría de los cuales[14] eran de la Legión Británica. Las bajas españolas no fueron numerosas; pero los patriotas capturaron unos dos mil prisioneros, gran cantidad de municiones y toda su artillería.

Después de una marcha forzada, lo que quedaba del ejército español llegó a Puerto Cabello, a donde había llegado primero el heroi-

13. Lo que movió a Antonio Martínez a esta acción, Páez dice que nunca lo comprendió, pues el hombre había servido en las filas españolas desde la época de Boves. *(N. del A.)*

14. *Historia de Venezuela,* por H. N. M., Caracas, 1927. *(N. del A.)*

co Regimiento de Valencey. La caída de la noche y una violenta tormenta que hizo crecer los ríos los salvó de ser hechos prisioneros.

La prolongada lucha había llegado a su fin y la independencia de Venezuela estaba asegurada. Después de la batalla, al recobrar Páez el sentido, se encontró rodeado de Bolívar y su Estado Mayor. En medio de vítores, Bolívar en nombre del Congreso ascendió a Páez al grado de General en Jefe.

En Carabobo perdió Páez un fiel servidor, un tal Pedro Camejo, quien lo había acompañado durante muchos años. Apodado por su valentía "El Negro Primero", al verse herido de muerte se dirigió hacia el sitio en que se encontraba Páez montado en su caballo.

—¿Por qué huyes? —le gritó Páez—. El hombre no contestó hasta acercarse, y luego abriendo su camisa mostró una herida mortal.

—Vengo, mi General —dijo— para decirle adiós, pues me muero.

Diciendo esto cayó muerto a los pies del General.

Correspondieron a Páez los laureles del triunfo. Debido a la naturaleza del terreno fue su División la única que realmente luchó. Mucho se debió a la actitud heroica de la Legión Británica, fuertemente secundada por los Bravos de Apure. Por último, la carga de los llaneros encabezados por Páez abrió brecha en las filas españolas. Sólo el Regimiento de Valencey resistió todos sus ataques. Los otros regimientos, menos disciplinados o peor capitaneados, fueron hechos prisioneros o se dieron a la fuga.

Bolívar reconoció generosamente la intrepidez de Páez en una proclama que hiciera poco después:

"Solamente la División de Páez, compuesta de dos batallones de infantería y mil quinientos jinetes, bastaron para derrotar al ejército español en tres cuartos de hora. Si todo el Ejército Independiente hubiera podido obrar en aquella célebre jornada, apenas habrían escapado algunos enemigos. Sellóse en Carabobo la Independencia de Colombia. El valor indomable, la actividad e intrepidez del General Páez contribuyeron sobremanera a la consumación de triunfo tan espléndido".

El 25 de junio, Bolívar y Páez marcharon sobre Caracas y la ocuparon sin encontrar la menor resistencia, pues el General Pereira

al enterarse de su inminente llegada, la evacuó y se retiró hacia La Guaira. Al no encontrar allí embarcaciones, se vio obligado a capitular con todos sus hombres.

Colombia y Venezuela se encontraban libres del yugo español. Esto dejaba a Bolívar libre para proseguir la conquista del Ecuador y de Perú, emprendiendo marcha hacia estos países en agosto de 1821. Quedó Páez solo en el Comando Supremo de Venezuela, y la heroica etapa de la Guerra de la Independencia había llegado a su fin.

CAPITULO XV

Nunca más volvería Páez a ocupar la misma situación ante los ojos de sus compatriotas que la que gozara durante los primeros meses después de la Batalla de Carabobo. Los años de servicio dedicados a la causa patriota lo habían colocado en una posición sólo eclipsada por la del Libertador. Sus diversas y extrañas aventuras, sus hazañas en el campo de batalla, el haber surgido de una cuna humilde y el mejor don que puede recibir un hombre de la naturaleza —una personalidad que le ganaba el afecto de todos sin esfuerzo de su parte— le habían convertido en héroe. Junto con las cualidades de un valiente jefe de guerrilleros, poseía esos pequeños defectos que a menudo hacen más popular a un hombre que sus virtudes más admiradas. Su vanidad, aunque abierta y manifiesta, carecía de engreimiento, y era el rasgo inherente al guapo soldado de caballería que al oír tocar una banda marcial y saberse observado, yergue un poco la cabeza, saca el pecho, y desafía los aplausos.

Además era muy generoso con el dinero cuando lo tenía, le encantaba el baile, y era accesible y cortés, cualidades esenciales para hacerse popular entre españoles y suramericanos.

Y por último, en la América del Sur de aquellos días, era un jinete consumado y el mejor lancero de todo el ejército patriota. Tanto contaba esto que se narra como la principal virtud de Francisco Pizarro,[1] el conquistador del Perú, que en su día tuvo renombre toreando con la lanza corta llamada "rejón".

Páez no se había mostrado ambicioso, ni era sanguinario, a juzgar por el criterio de la época, ni mucho menos vengativo. Sus aven-

1. "Pizarro mismo, tan ennoblado después, fue un rejoneador de los más renombrados en su tiempo". *Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba,* por MIGUEL GONZÁLEZ FERRER. *(N. del A.)*

turas amorosas habían sido de carácter moderado y no de las que provocan escándalo público; era abstemio en una tierra en que eran muchos los que rendían pleitesía a Baco. La política, ese fetichismo que siempre deja algún lastre, no lo había contaminado todavía.

Dotado de una memoria extraordinaria, era casi todavía analfabeto. Tal vez esto explica en parte el hecho de que recordara sucesos y aventuras que habían tenido lugar en su juventud, al escribir sus voluminosas memorias ya en la vejez.

De la misma manera que ve un indio unas huellas en la tierra que resultan invisibles al ojo de un blanco, en parte porque la mente del indio está completamente desligada de todo asunto que no tenga relación con la tarea que tiene entre manos, asimismo el ciego o el analfabeto se ven obligados a confiar en su memoria. Con todo, poseía Páez un sentido del humor que le hacía acumular dichos curiosos, frases pintorescas e idiosincrasias de los diferentes personajes, y conservarlos para las futuras generaciones.

La narración que hiciera de su fiel seguidor Pedro Camejo ha debido de ser contada por su propia boca, pues es difícil concebir que otro lo hubiera hecho con tal vivacidad e inconsciente estilo, aunque hubiese tenido a su disposición los datos necesarios.

Hasta el final de su larga vida jamás olvidó Páez a sus antiguos amigos y seguidores. Por sobre todos estimaba a Pedro Camejo, conocido como "El Negro Primero", que, moribundo, se le acercara para despedirse, cayendo luego muerto de su caballo, en la hora de la victoria de Carabobo. Escribiendo acerca de las bajas que habría sufrido en Carabobo, entre oficiales y amigos, dice:

"Entre todos con más cariño recuerdo a Camejo, generalmente conocido entonces con el sobrenombre de "El Negro Primero", esclavo en un tiempo...

"Cuando yo bajé a Achaguas después de la acción de El Yagual, se me presentó este negro, que mis soldados de Apure me aconsejaron incorporase al ejército, pues les constaba a ellos que era hombre de gran valor y sobre todo muy buena lanza. Su robusta constitución me lo recomendaba mucho, y a poco de hablar con él, advertí que poseía la candidez del hombre en su estado primitivo y uno de esos caracteres simpáticos que se atraen bien pronto el afecto de los que los tratan. Llamábase Pedro Camejo y había sido esclavo del propietario vecino de Apure, Don Vicente Alfonso, quien le había puesto al

servicio del rey porque el carácter del negro, sobrado celoso de su dignidad, le inspiraba algunos temores.

"Después de la acción de Araure quedó tan disgustado del servicio militar que se fue al Apure y allí permaneció oculto algún tiempo hasta que vino a presentársele, como he dicho, después de la función de El Yagual.

"Amitíle en mis filas y siempre a mi lado fue para mí preciosa adquisición.[2] Tales pruebas de valor dio en todos los reñidos encuentros que tuvimos con el enemigo, que sus mismos compañeros le dieron el título de El Negro Primero.

"Estos se divertían mucho con él, y sus chistes naturales y observaciones sobre todos los hechos que veía o había presenciado mantenían la alegría de sus compañeros que siempre le buscaban para darle materia de conversación.

"Sabiendo que Bolívar debería venir a reunirse conmigo en Apure, recomendó a todos muy vivamente que no fueran a decirle al Libertador que él había servido en el ejército realista. Semejante recomendación bastó para que a su llegada le hablaran a Bolívar del negro con gran entusiasmo, refiriéndole el empeño que tenía en que no supiera que él había estado al servicio del rey.

"Así, pues, cuando Bolívar le vio por primera vez, se le acercó con mucho afecto, y después de congratularse con él por su valor le dijo: '¿Pero qué le movió a usted a servir en las filas de nuestros enemigos?' Miró el negro a los circunstantes como si quisiera enrostrarles la indiscreción que habían cometido, y dijo después: 'Señor, la codicia' — '¿Cómo así?', preguntó Bolívar.

" 'Yo había notado', continuó el negro, 'que todo el mundo iba a la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía después vestido con un uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo. Entonces yo quise ir también a buscar fortuna y más que nada a conseguir tres aperos de plata, uno para el negro Mindola, otro para Juan Rafael y otro para mí. La primera batalla que tuvimos con los patriotas fue la de Araure: ellos tenían más de dos mil hombres, como yo se lo decía a mi compadre[3] José Félix. Nosotros teníamos mucha más gente y yo

2. Aquí el autor llama la atención en una nota sobre el pintoresco estilo usado por Páez en tales frases como la anterior. *(N. del A.)*
3. Compadre significa literalmente padrino, pero se usa frecuentemente en el sentido de amigo. *(N. del A.)*

gritaba que me diesen cualquier arma con que pelear, porque yo estaba seguro de que nosotros íbamos a vencer. Cuando creía que había acabado la pelea, me apee de mi caballo y fui a quitarle una casaca muy bonita a un blanco que estaba tendido muerto en el suelo. En ese momento vino el comandante gritando: —A caballo —¿Cómo es eso?—dije yo— ¿Pues no se acabó la guerra? —Acabarse, ¡nada de eso! Venía tanta gente que parecía una zamurada.

" '¿Qué decía usted entonces?', dijo Bolívar.

" 'Deseaba que fuéramos a tomar paces. No hubo más remedio que huir, y yo eché a correr en mi mula, pero el maldito animal se me cansó y tuve que coger monte a pie'.

" 'Dicen, le interrumpió Bolívar, 'que ahí mataba usted vacas que no le pertenecían'.

" 'Por supuesto', replicó, '¿y si no, qué comía? En fin, vino el mayordomo[4] a Apure, y nos enseñó lo que era la patria y que la *diablocracia* no era ninguna cosa mala y desde entonces yo estoy sirviendo a los patriotas' ."

Páez y Bolívar lo hacían hablar de este modo durante las marchas, pues tenía una manera original y pintoresca de expresarse.

El día antes de la Batalla de Carabobo, donde fue muerto, cuenta Páez que oyó al Negro arengando a sus compañeros en el mismo lenguaje que él (Páez) empleaba en ocasiones similares, prometiéndoles el paraíso si luchaban bravamente y las regiones infernales si huían.

No es probable que Páez haya conservado notas coetáneas de esta conversación entre Bolívar y el Negro, pues en la época en que tuvo lugar este incidente Páez era casi, si no completamente, analfabeto. De modo que ha debido guardarla latente en su memoria durante más de cuarenta años. No es posible que la haya inventado, pues tiene todos los visos de ser verdad. En todo el diálogo no hay rasgo de condescendencia; por el contrario se respira un ambiente de verdadero afecto, con esa ligera crítica amable con que vemos las debilidades de nuestros amigos, quienes sin duda no dejan de pagarnos con la misma moneda.

Aunque la victoria estaba ganada y la independencia de Venezuela asegurada para siempre, todavía le quedaba a Páez trabajo por

4. Así — "El Mayordomo" — solían llamar los llaneros al General Páez. *(N. del A.)*

hacer, pues el General Latorre, con los restos de su ejército destrozado, oponía aún resistencia en Puerto Cabello, y había muchos bandos errantes de realistas, capaces de cometer mucho daño, aunque sin poner en verdadero peligro la causa de la Independencia.

Por vez primera ejercía Páez el Comando Supremo, y era virtualmente dictador del país. Al marcharse Bolívar a Bogotá, el gobierno local de Caracas dependía de Páez, que en seguida se puso a la tarea de someter el resto del ejército español.

Cercado junto con Latorre en la ciudad de Puerto Cabello se encontraba el Regimiento de Valencey, que tan valientemente había luchado, con los restos de otros regimientos derrotados; pero el mayor haber de los realistas era una banda de casi doscientos llaneros bajo el mando del Coronel José Alejo Mirabal, que había servido con Boves en la caballería. Este hombre activo y enérgico, ducho en las tácticas guerrilleras, era poco escrupuloso, y como había servido en la feroz escuela de Boves, probablemente era cruel y sanguinario; fue despachado por Latorre con la caballería nativa para hacer una incursión contra Calabozo y atacar a los patriotas por la retaguardia.

Abandonando de noche y sigilosamente la ciudad y tomando caminos poco frecuentados, sorprendió y masacró a un destacamento de patriotas en un lugar llamado Canoabo. Luego, al encontrar poca oposición, pues Páez y el grueso de las fuerzas patriotas se encontraban en Valencia, pudo Mirabal llegar hasta las llanuras. Allí, probablemente mediante promesas de saqueo hechas a los inquietos llaneros, pudo reunir pronto un ejército considerable. Con él puso sitio al Comandante patriota Piñango en Calabozo, y probablemente lo habría obligado a rendirse a no ser por Páez, quien llegó en persona al rescate, después de una marcha forzada, a la cabeza de su Guardia de Honor.

Cuando Mirabal supo de su aproximación, levantó al momento el sitio de Calabozo y se dio a la fuga. Perseguido por Páez fue alcanzado y derrotado; después de errar, solo, por las llanuras durante varios días, se entregó al Gobernador de El Pao. Junto a él iba Antonio Martínez, el hombre que había salvado la vida a Páez en su ataque epiléptico[5] en Carabobo. Páez perdonó a éste al instante y envió a Mirabal preso a su cuartel general. Mas Mirabal nunca llegó allí,

5. Véase el capítulo XIV. *(N. del A.)*

pues como se acostumbraba en aquellos días tanto en América como en España, al intentar escapar fue muerto a tiros por el soldado que lo custodiaba. Esto se practicaba (y aún se practica en la España moderna) cuando se conducía a los bandidos a juicio, y se conocía como "la ley de fugas".

El procedimiento usual era custodiar al prisionero con fingida negligencia. Si al pasar por un lugar propicio para la fuga intentaba escaparse, era muerto a tiros. Si acaso conociera el prisionero cuál había de ser su suerte y no intentara fugarse, lo mataban a sangre fría. El sargento, cabo, o el que estuviera al mando, informaba que el prisionero había intentado fugarse y había agredido a los guardias, quienes se vieron en la necesidad de matarlo en defensa propia. Así se evitaban las demoras legales, ya que en estas circunstancias no había apelación posible ante una corte superior.

Después del fracaso de la expedición de Mirabal, el General Latorre, que aún dominaba el mar, organizó varios ataques por tierra y mar, más todos resultaron infructuosos; con su caballería fácilmente desplazable pudo Páez impedir todo desembarco en la costa. Si por casualidad lograban desembarcar los españoles, como en el caso del Coronel García, quien salió de Puerto Cabello con quinientos hombres con el objeto de atacar Valencia, descendía Páez sobre ellos con fuerzas superiores y los obligaba a retirarse a su base.

Hasta abril de 1822 no se le puso sitio a Puerto Cabello.

En la primera semana de mayo decidió Páez sitiar formalmente dicha ciudad. Apenas comenzó sus operaciones, tomando varias pequeñas poblaciones de las afueras, como La Vigía, Borburata y el Pueblo de Afuera, cuando tuvo lugar la insurrección en San Fernando de Apure, la cual obligó a Páez a desplazarse hasta ese lugar. El Gobernador patriota había exasperado a los habitantes con sus extorsiones y el mal trato que les daba, y había asesinado a varios oficiales. De modo que antes de que los venezolanos se hubiesen visto completamente librados de los españoles, comenzó la guerra civil. Esta estaba destinada a durar, con excepción de algunos cortos intervalos de paz, por más de ochenta años. Páez pronto aplastó la revuelta y regresó al lugar del sitio.

El General Latorre se vio tan apremiado por la escasez de alimentos, que llegó a expulsar a más de doscientas mujeres, niños y ancianos de la ciudad, y sin duda se hubiera visto obligado a entregarla

si no hubiese recibido provisiones por medio de un barco de guerra español, el cual con poco esfuerzo rechazó a las pocas embarcaciones pequeñas de los patriotas, que se encontraban ante el puerto.

Nombrado Capitán General de Puerto Rico en junio de 1822, el General Latorre se embarcó para tomar posesión de su nuevo cargo, y dejó en su lugar al General Morales.

Durante el sitio Páez cuyas ideas sobre la condición de General eran de carácter homérico se exponía a la muerte tan temerariamente que el General Santander le escribió recriminándole: "Una vez más le insto que no exponga la vida innecesariamente. Su vida es preciosa, y por su honor no debería usted exponerla sin urgente necesidad. No sea usted temerario cuando la ocasión no lo exije; digo esto, porque lo que usted ha hecho en Puerto Cabello es una locura, nacida de la temeridad.[6] Ciertamente, Santander tuvo sobradas razones en su amonestación. El comportamiento de Páez, quien amaba el peligro de por sí, había sido extremadamente arriesgado. Algunas veces, vestido de soldado raso, trabajaba bajo las órdenes de un cabo en las obras del sitio. En otras oportunidades, vistiendo el uniforme de gala se dirigía a los lugares que se encontraban bajo el fuego y permanecía allí, blanco de los francotiradores. En otras, iba en una canoa para efectuar un reconocimiento cerca de los fuertes, atrayendo sobre sí las descargas del enemigo.

Aunque esto le ganara la admiración de los soldados, cosa que apreció durante su vida entera por encima de todo, no era precisamente el deber de un general. No hay duda de que Páez, en sus momentos de calma, se daba cuenta de esto, pero el peligro era para él lo que la morfina para el que toma drogas, o la bebida para los alcohólicos, y daba rienda suelta a esta pasión.

A pesar de todos sus esfuerzos y de su temerario valor, las fiebres malignas inherentes a las regiones cálidas y húmedas de la costa venezolana hicieron tales estragos entre sus tropas, expuestas a las lluvias tropicales, al sol abrasador, y que por otra parte estaban mal alimentadas, que Páez se vio obligado a levantar el sitio y regresar al clima más benigno de Valencia. De los tres mil trescientos hombres con que había comenzado el sitio, al cabo de dos meses sólo mil so-

6. Fragmento de una carta del General Santander, fechada en Bogotá el 15 de Junio de 1822. *(N. del A.)*

brevivieron. No duró mucho tiempo allí su tranquilidad. El nuevo Gobernador, Morales, quien había sustituido a Latorre, lo atacó y le obligó a sostener varias escaramuzas sangrientas. En éstas, Páez, aunque victorioso, tuvo grandes bajas. Quedaban todavía muchos simpatizantes de los realistas en Venezuela. Estos acudieron de todas partes a auxiliar a Morales, de modo que al poco tiempo pasaban de dos mil hombres sus fuerzas. Se atrincheró fuertemente en las montañas que se encuentran entre Valencia y la costa.

Al recibir Páez refuerzos del General Anzoátegui,* con tropas y caballería frescas, obligó a Morales a adentrarse en las montañas, infligiéndole considerables bajas. Sólo la noche y el terreno difícil lo salvaron de ser capturado, ya que Páez, por una vez prudente, no creyó conveniente exponerse a una emboscada continuando la persecución.

Morales permaneció diez o doce meses entre las colinas, confiando en el éxito de una rebelión que había sido organizada en Calabozo por Antonio Martínez, el mismo que tan extrañamente auxiliara a Páez durante su ataque epiléptico en Carabobo. Estalló la revuelta, mas fue sofocada inmediatamente. Luego, Morales regresó a Puerto Cabello, y con una fuerza considerable se embarcó para Maracaibo. Desembarcó en la península de la Goajira, y derrotó un ejército patriota en el lugar llamado Salina Rica. Después de tomar el Castillo de San Carlos, fuerte situado en una isla en la boca del lago de Maracaibo, ocupó la ciudad.

Fue este un serio revés para los patriotas, pues Maracaibo, por su singular posición, era y siempre será de gran importancia para la república.

El Golfo de Maracaibo, cuya entrada está resguardada por las dos penínsulas de La Goajira y Paraguaná, tiene en la parte sur un estrecho canal de unas pocas millas de largo que conduce al lago, el cual estaba defendido por el Castillo de San Carlos. Sólo pueden navegar en él embarcaciones pequeñas.

Puertos de Altagracia está situado al este del lago, y Maracaibo en el oeste. Una vez traspuesto el canal, el lago se ensancha, aunque raramente pasa de los treinta pies de profundidad. La parte este es baja, con cañas, mientras que en la parte oeste el terreno se eleva ha-

---

* Debe ser un lapsus, por *Batallón Anzoátegui*. El General José Antonio Anzoátegui había muerto a fines de 1819, y su hermano Agustín, que no lució nunca las charreteras de General, se hallaba entonces en el Perú. *(N. del E.)*

cia las faldas de los Andes. Cuando llegaron los primeros conquistadores al lago, las chozas de techo de cañas de los indios, colocadas sobre estacas en medio de las aguas, motivaron que uno de ellos exclamara: "Esta es una pequeña Venecia".[7] Andando el tiempo el nombre llegó a aplicarse a todo el país. En el límite sudoccidental del lago se enciende una llama a la caída de la noche sobre la cordillera baja. Su causa exacta nunca ha sido explicada satisfactoriamente. Los antiguos navegantes le llamaban "La Linterna de Maracaibo" y algunos de los primeros navegantes se refieren a ella en sus escritos. Hoy lleva el nombre de "El Faro de Catatumbo" por un pequeño río que desemboca en el lago.

Una vez establecido en Maracaibo, Morales, quien nada había aprendido de la experiencia, emitió un decreto donde se amenazaba con la muerte a todo extranjero que hubiese tomado las armas. Con torpeza característica, también declaró inválidos varios de los artículos del Tratado de Trujillo, el cual habían firmado Bolívar y Morillo. Después de aniquilar una fuerza patriota bajo el mando de José Sardá, ocupó la ciudad de Coro, la cual se encuentra más abajo en la costa.

Creyendo Páez que la escuadra española no podría cruzar la barra en Puertos de Altagracia, y pensando que el Castillo de San Carlos, el cual había sido entregado sin oponer resistencia alguna por su cobarde comandante el Coronel Natividad Villasmil, estuviera aún en posesión de los patriotas, reclutó un ejército considerable para atacar a Morales, con la convicción de que éste tendría que capitular al encontrarse embotellado dentro del canal que daba al lago. Durante su marcha, recibió al llegar a Trujillo la noticia de la pérdida del Castillo de San Carlos y también de que la escuadra española había pasado la barra hacia el mar interior.

Páez comprendió que mientras existiese la flota española, ésta siempre haría constantes incursiones contra la costa, y por lo tanto reunió una pequeña escuadra, compuesta de veintidós embarcaciones, las cuales junto con mil trescientos hombres puso bajo el mando de José Padilla.* La flota española era numéricamente superior y mucho mejor armada, pero sus veleros resultaban difíciles de maniobrar, rodeados de tierra en las aguas poco profundas del lago.

7. De aquí Venezuela, la pequeña Venecia. *(N. del A.)*

* En realidad, Padilla había salido de Cartagena, obedeciendo órdenes emanadas directamente del gobierno central. *(N. del E.)*

El 24 de julio (1823) la flota patriota cruzó la barra con el viento a su favor, y antes de que los realistas pudiesen levar anclas, los atacó logrando apresar sus embarcaciones. Después de una lucha feroz que duró unas tres horas, diez barcos españoles fueron apresados y uno hundido. Quedaron prisioneros sesenta y nueve oficiales y trescientos hombres, y Morales, acosado por todas partes, tuvo que capitular, según había previsto Páez.

El 3 de agosto firmó la capitulación con Padilla, el almirante patriota. En ella, en su calidad de Capitán General de Costa Firme, entregó a Maracaibo, el castillo de San Carlos, Puerto Cabello y lo que quedaba de la flota.*

El 15 de agosto se embarcó para La Habana, después de haber recibido cinco mil pesos de los patriotas para los gastos del viaje. Así abandonó el país el último representante oficial de España, después de una lucha que había durado casi veinte años.

El General Calzada, a quien Morales había nombrado Comandante de Puerto Cabello, se negó a reconocer la capitulación que su jefe concertara con los venezolanos, declarando que mientras quedara una piedra sobre otra lucharía por España.

Páez, que a pesar de su crianza no era hombre sanguinario, escribió a Don Sebastián de La Calzada, instándole a que entregara la plaza para evitar derramamiento de sangre innecesario, y le ofreció veinticinco mil pesos para la repatriación de sus hombres. También escribió a un civil español, Don Jacinto Iztueta, a quien sabía simpatizante de la causa patriota. Las cartas fueron confiadas a dos presos quienes en una pequeña embarcación de vela se dirigieron a Ocumare, y desde allí continuaron en canoa, habiendo recibido instrucciones de manifestarle a Calzada que habían escapado de la prisión de La Guaira, y como para darle un toque de autenticidad a la historia, aún llevaban argollas en los tobillos.

Contestó Calzada diciendo que su honor y su deber no le permitían considerar semejante alternativa, y reiteró su decisión de resistir. Al ser rechazada su proposición, Páez se dispuso a sitiar la ciudad. Puerto Cabello estaba dividida en dos secciones. Una se lla-

* La plaza de Puerto Cabello no quedó incluida en la capitulación. Fue tomada en noviembre de 1823 por Páez, en un asalto que constituyó la digna coronación de sus casi mitológicas hazañas. *(N. del E.)*

maba "Pueblo Interior",[8] y formaba una península que por medio de un istmo se unía a la población llamada "Pueblo Afuera". La parte interior de la ciudad estaba separada de la exterior por un canal que corría del mar hacia la bahía, cuyas aguas llegaban hasta la batería llamada La Estacada, la cual junto con un baluarte en el este llamado El Príncipe, y otro llamado La Princesa en el oeste, defendía la plaza por el lado sur. Por el este había otra batería llamada el Picayo, al borde de la ciudad. Por el norte la única defensa que había era la batería El Corito, la cual junto con el Castillo de San Felipe, situado en una pequeña isleta que se encuentra en la boca del canal, formaba una cadena tendida entre fortificaciones.

El sitio de Puerto Cabello fue la única ocasión en la vida de Páez en que era Comandante Supremo de una empresa de tal magnitud. Hasta ese momento, aunque era el ídolo de todos los venezolanos, había estado eclipsado por el genio y puesto superior de Bolívar. Ahora Bolívar se encontraba lejos de Bogotá,* y no quedaba nadie en Venezuela que igualara la figura del general llanero. El General Soublette, su único rival, aunque valiente y diestro comandante y viejo patriota, carecía de las cualidades que le habrían ganado el afecto del pueblo. Por lo tanto, es natural que Páez hubiese dado en sus memorias gran prominencia a las incidencias del sitio. Su bravura temeraria y la absoluta indiferencia por su seguridad personal fueron corroboradas[9] por varios testigos imparciales.

Sin duda Puerto Cabello estaba bien defendido, tanto por su situación natural como por sus numerosos y bien construidos fuertes y baterías. Dentro de sus murallas se encontraba lo que quedaba del heroico Regimiento de Valencey y muchos de los soldados que habían escapado de la derrota de Carabobo, en el mismo año. El General Calzada era hombre resuelto y de mucho carácter. Además, en el puerto se hallaban dos o tres barcos de guerra, los cuales no se encontraban en Maracaibo a la hora de la capitulación. Entre ellos estaba la poderosa corbeta Bailén.[10]

8. *Memorias del General Páez,* Cap. XV, pág. 267. *(N. del A.)*

* Desde septiembre de 1823, se hallaba en el Perú.*(N. del E.)*

9. Véanse las cartas del General Santander y del General López, citadas en la pág. 177. *(N. del A.)*

10. Llamada así por la decisiva victoria ganada por los españoles a los franceses, en Bailén, en las guerras napoleónicas. Los franceses mandados por Dupont fueron obligados a capitular con veinticinco mil hombres. *(N. del A.)*

Páez empezó sus operaciones atacando la batería El Trincherón, situada a orillas de un manglar y defendida por excelentes artilleros. Se apoderó de ella el 7 de octubre. Esto le permitió dirigir un ataque directo sobre la ciudad. Luego hizo construir una batería en un lugar llamado Los Cocos, la cual dominaba hasta la boca del río San Esteban, de donde obtenían los sitiados sus provisiones de agua potable. Por el este de Los Cocos hizo colocar otra batería, a pesar de una resistencia desesperada por parte de los realistas. Estas obras le permitían dirigir el fuego pesado sobre los muros de la ciudad y sobre las fortificaciones que la defendían. Las brechas que abría su artillería durante el día eran reparadas por los defensores durante la noche.

A pesar de haber capturado el puesto avanzado denominado Mirador de Solano, sus perspectivas de una victoria no eran nada brillantes hasta que ocurrió un accidente que le permitió tomar la ciudad por asalto.

Algunos de sus exploradores habían observado todas las mañanas huellas humanas frescas en la arena húmeda de la playa. Llevaban desde la ciudad hacia afuera y de regreso. Al principio se le prestó poca atención. Luego, como apareciesen todos los días, apostó Páez a varios hombres en el manglar para que vigilasen la playa. Una noche sorprendieron a un negro que salía del manglar y lo hicieron prisionero.

Al ser llevado ante Páez, dijo ser esclavo de un rico español, quien lo enviaba para que informara sobre la posición de la artillería enemiga. Bien sea por amenazas, por promesas de recompensa, o por ambas, logró Páez que el negro se pusiera de su parte. Después de señalar el paso a varios oficiales que lo acompañaban, regresó el negro a la ciudad y continuó efectuando sus salidas nocturnas, mas sin revelar lo que había sucedido.

Ha debido Páez ejercer alguna influencia magnética sobre él, a no ser que el negro fuera en realidad simpatizante de la causa patriota. Al tener la seguridad de que podría atacar y tomar Puerto Cabello, Páez exhortó dos veces al General Calzada a que capitulara para evitar un derramamiento inútil de sangre. A la tercera vez le advirtió que si no se rendía o no se presentaba a firmar la capitulación dentro del plazo de veinticuatro horas, tomaría la plaza por asalto y pasaría por las armas a toda la guarnición.

Contestó Calzada que la ciudad estaba defendida por viejos y veteranos soldados, y que en el último caso estaban resueltos a seguir los gloriosos ejemplos de los defensores de Sagunto y Numancia. Añadió que si la suerte le resultaba adversa, esperaba que Páez no querría manchar el brillo[11] de su espada con un hecho digno de los tiempos de la barbarie.

Teniendo ambos, sin duda, el amor de los de su raza por el lenguaje altisonante, deben haber disfrutado lo indecible al escribirse de este modo.

Para dar un toque pintoresco a la escena, al pasar el emisario de Páez de regreso por la puerta de la ciudad, los soldados españoles, formados[12] a lo largo de los muros, invitaban con gran algazara a los venezolanos a que fueran a pasarles a cuchillo, si es que podían. Héctor y Aquiles no lo habrían hecho mejor bajo los muros de Troya.

Para que los españoles no creyeran que él tenía la intención de efectuar un asalto directo, Páez puso a quinientos de sus hombres a trabajar durante la noche, cavando trincheras para desviar el curso del río, como para hacer ver que deseaba intensificar el bloqueo. Durante estas operaciones escapó milagrosamente de la muerte. Al amanecer, mientras dirigía las maniobras, cayó una bala de cañón sobre un montón de arena donde por casualidad él se encontraba, arrojándolo dentro de una de las trincheras, pero sin hacerle el menor daño. Durante todo el día anterior al del asalto planeado, dirigió un bombardeo prolongado de artillería sobre la ciudad, para fatigar al enemigo y para distraer su atención, evitando que se diesen cuenta de sus preparativos.

A las diez de la noche del siete de noviembre, organizó una fuerza de asalto y ordenó a los soldados que se desnudasen, conservando solamente sus armas y cananas. Bajo el amparo de la cálida noche tropical partieron unos quinientos soldados. Durante cuatro horas cruzaron el manglar, con el agua hasta el pecho y los pies sumergidos en fango negro, que siempre se acumula donde crecen los manglares. Pasaron tan cerca de la batería de La Princesa que pudieron oír hablar a los centinelas, uno de los cuales comentó que debía

11. Citado textualmete de las *Memorias* en N. del A. *(N. del T.)*
12. *Id.*

haber gran acumulación y movimiento de peces aquella noche, que mantenían tan agitada el agua.

Cuando llegaron a terreno seco, pasando muy cerca de la corbeta Bailén, asaltaron inmediatamente. Los españoles fueron tomados por sorpresa. Creyendo imposible que se pudiese pasar por el manglar, no le habían puesto vigilancia, y lucharon desesperadamente, pero al ver que estaban perdidos, abandonaron las baterías exteriores y se retiraron hacia la ciudad.

Al amanecer, se presentaron dos sacerdotes al lugar donde se encontraban las tropas desnudas, manifestando que el General Calzada, quien se había refugiado en una iglesia, aguardaba a Páez para entregarle su espada. Partió Páez, medio desnudo como iba para reunirse con Calzada, quien entregó su espada y lo felicitó "por haber puesto sello a sus glorias".[13] Fueron sus palabras, que, con encomiable orgullo transcribió textualmente. Páez, quien no se dejaba aventajar en generosidad, se lo agradeció cortésmente, y probablemente con extensión considerable, porque la ocasión no era para menos, y ciertamente era un momento propicio para un derroche de adjetivos altisonantes. Luego los dos generales, cogidos del brazo,[14] se dirigieron a la casa que había ocupado Calzada durante el sitio, para tomar café.

Un incidente desafortunado por poco estropea las relaciones amistosas recién entabladas. En el Castillo no se había recibido noticia del cese de hostilidades, y abriendo fuego, sus ocupantes mataron a un sargento que se encontraba cerca de Páez. En ese mismo instante, el comandante de la corbeta Bailén la hizo volar, llenándose el puerto de una densa nube de humo. Indignado, Páez recriminó a Calzada su acto de traición. Este envió inmediatamente un mensaje a la comandancia del Castillo manifestándole que la guerra había terminado y que él se encontraba preso. El comandante, loco o valiente soldado de cabeza dura, contestó que como Calzada era prisionero, dejaba de reconocer su autoridad como Jefe Superior.

No deseando Páez reanudar las hostilidades, y conociendo probablemente la clase de hombre con quien tenía que tratar devolvió

13. Citado en las *Memorias* en *N. del A. (N. del T.)*
14. "Dile las gracias y tomándole familiarmente del brazo fuimos juntos a tomar café a la casa que él había ocupado durante el sitio". Cita de las *Memorias* en *N. del A. (N. del T.)*

a Calzada su espada y lo envió al Castillo para que parlamentara con su subalterno, que al ver en libertad a su jefe, con su espada en la mano, reconoció su autoridad y capituló.

Calzada luego invitó a Páez a almorzar con él. Páez, "fiado como siempre de la hidalguía castellana[15] y con toda la gallarda cortesía que tenía que esperar de tan valientes adversarios", aceptó la invitación, y fue recibido con todos los honores militares.

Con la caída de Puerto Cabello llegó a su fin la Guerra de la Independencia. A los españoles no les quedaba posesión alguna dentro del territorio venezolano. No obstante, existían todavía agrupaciones de bandidos que se resistían en algunos puntos remotos, las cuales tuvo Páez que dispersar luego.

Después de tantos años de lucha desesperada y sangrienta, dice mucho a favor de los españoles el que un hombre como Páez los tuviera en tal grado de estimación. El que confiara en la "hidalguía castellana", demuestra que aún existía un alto concepto del honor.

Esta simple narración de dos enemigos, que después de una noche de sangrienta contienda, van cogidos del brazo a tomar desayuno juntos, mientras que sus caballos, amarrados en el palenque o la reja de una ventana, cabecean bajo el sol, casi induce a creer las palabras de Páez: "El corazón humano, por más que lo endurezcan las pasiones, siempre conserva un resto de sensibilidad que sólo necesita tal vez un simple hecho para mostrarse en toda su grandeza".

15. Citado de las *Memorias* en *N. del A. (N. del T.)*

CAPITULO XVI

Orgulloso por su triunfo en el sitio de Puerto Cabello, Páez fue llamado a habérselas con algunos de los feroces bandidos que bajo la máscara de realistas todavía cometían estragos en varias regiones aisladas del país. En la ejecución de su deber mostró Páez su acostumbrado desdén por el peligro y ese magnetismo personal que jamás dejó de surtir efecto sobre los caracteres más indómitos y temerarios.

En una breve campaña, sojuzgó y dispersó a la mayoría de los bandidos, ejecutando a varios de sus jefes. Un tal José Dionisio Cisneros, refugiado en los profundos valles y las montañas de la región del Tuy, aún se resistía. Este bribón, que había sido sargento en el ejército español, reclutó a un grupo de asesinos, desertores de ambos ejércitos, cimarrones y toda la ralea que inevitablemente sale a flote en todas las guerras civiles. Decíase defensor del trono español.

A pesar de todos sus crímenes, Cisneros parece haber sido un hombre de un coraje temerario, y, como lo demostraría posteriormente, no desprovisto de cierta generosidad. Por una razón u otra, por el momento Páez lo dejó tranquilo, aunque varios años después le diera su merecido.

Páez fue pronto llamado a afrontar dificultades de una naturaleza más compleja. Las mismas cualidades que tanto le sirvieron para ejecutar empresas como la de aniquilar las hordas de bandidos, no le eran tan propicias en el desempeño de los deberes de la administración civil.

Después de la caída de Puerto Cabello, Páez marchó hacia Caracas con los generales Mariño y Bermúdez. Como era de esperar, su regreso fue una larga marcha triunfal. En cada ciudad salía la ciudadanía a recibirlo, y las damas le arrojaban flores desde sus balcones. Los habitantes de la recién emancipada república habían considerado a Puerto Cabello como la clave del poderío español. Su situación excepcional y los muchos fuertes que la defendían, en los cuales habían invertido los

ingenieros españoles toda su maestría, habían creado la leyenda de que era inexpugnable. Desde el año 1812 había resistido cuanto asalto se le hiciera. Ahora había caído, después de un breve sitio, y con insignificantes pérdidas para los patriotas. Así que la victoria infundía un legítimo orgullo, y todos sus compatriotas veían en Páez la encarnación de su independencia. Bolívar se encontraba lejos, en Nueva Granada,* y ninguno de los otros generales, como Mariño, Santander o Bermúdez, poseía las cualidades personales de Páez. De modo que, por el momento, disfrutó durante un corto período de tiempo de una posición que jamás volvería a ocupar de nuevo durante su larga carrera.**

Fueron grandes las dificultades que tuvo que afrontar en esa época. Terminada la guerra, surgió la necesidad de remunerar a las tropas que habían servido durante tan largo período prácticamente sin paga. Las arcas de la tesorería general estaban vacías, y el único camino que le quedaba al Gobierno para contentarlos era asignarles el ganado y los caballos confiscados de las propiedades que habían pertenecido a los realistas.

No existía organismo alguno que pudiera distribuir estos animales entre los soldados favorecidos, y el gobierno se vio obligado a dejar que cada quien cogiera lo suyo.*** Esto provocó naturalmente graves desórdenes, los cuales fueron denunciados como bandidaje por algunos historiadores venezolanos.[1] Al encontrarse los soldados completamente sin dinero, deseaban convertir el ganado en efectivo antes que dedicarse a cuidarlo. Fue tan grande la carnicería de estos infelices animales, los cuales eran sacrificados con el objeto de obtener su grasa y su cuero, que los llaneros a menudo utilizaban los huesos para hacer empalizadas de sus corrales. Tuvo Páez que enviar varias expediciones a los llanos para establecer el orden.

---

* Como se ha dicho más arriba, Bolívar estaba en el Perú. *(N. del E.)*

** En realidad, Páez llegó en los años siguientes a ocupar posiciones todavía más notables, pues desempeñó por dos veces la Presidencia de la República, y fue durante varias décadas el árbitro de la política venezolana. *(N. del E.)*

*** Desde 1817, Bolívar había dictado en Guayana la repartición de los bienes nacionales, y existía una comisión encargada de hacerla efectiva, lo cual no impidió, como lo señala el autor, que el abigeato causara estragos en los llanos. *(N. del E.)*

1. *Resumen de la Historia de Venezuela,* RAFAEL MARÍA BARALT, París, 1841. *(N. del A.)*

En mayo de 1825, el Congreso de Caracas,* alarmado por los rumores sobre una expedición española para recobrar su territorio perdido, y en vista de la necesidad de proveer de tropas a Bolívar, quien libraba en el Perú una guerra contra los españoles, emitió un decreto a los efectos de reclutar una fuerza de cincuenta mil hombres. Era una empresa arriesgada para un gobierno tan recientemente instaurado, que surgía después de dieciséis años de guerra. Además, la noticia de la expedición española no estaba fundada sino en rumores. En realidad, después de la derrota de Carabobo, los españoles no parecen haber abrigado propósito siniestro alguno contra Venezuela ni Colombia. El decreto no inspiró mayor satisfacción al pueblo, harto de guerra. No obstante, con encomiable patriotismo, fue equipado un ejército de diez mil hombres,** el cual se embarcó en Puerto Cabello para el Perú.

En detrimento de su popularidad, la tarea de reclutar las fuerzas recayó sobre Páez. Nadie menos apto para esta labor. Como quiera que la ciudadanía de Caracas respondió poco al decreto, recurrió Páez al sistema de levas forzosas y hacía redadas de cualquiera que se encontrase en la calle, como si se hubiese tratado de recoger ganado en las llanuras. Narra Páez la historia, mostrando genuina sorpresa ante el hecho de que la gente pudiese haberse opuesto, y atribuye la recalcitrante actitud de todos los caraqueños a su propia lenidad,[2] la cual probablemente les incitó a resistirse. Aunque prevalecía este sistema en todas las repúblicas de la América del Sur hasta hace pocos años y aún prevalece en algunas de ellas hoy día, en esa época el germen de la libertad y de los derechos del hombre ya estaban inculcados en las mentes de los nuevos republicanos de Venezuela.

No concordaba con sus ideas republicanas el ser arreados como mulas para ser encerrados en el Convento de San Francisco. No po-

---

* No existía Congreso en Caracas, para esa época. El autor quiere decir sin duda *Bogotá. (N. del E.)*

** No eran sino unos tres mil, lo cual constituía ya un esfuerzo considerable para la exhausta Venezuela. *(N. del E.)*

2. "Asistieron pocos, y obligado a convocarlos de nuevo... y como ni aun así obedecieron el decreto, tal vez envalentonados por la lenidad con que yo procedía mandé piquetes de los batallones Anzoátegui y Apure para que trajesen al convento de San Francisco los ciudadanos que hallasen por las calles". *Memorias de Páez. (N. del A.)*

seían todavía la experiencia que habían de adquirir todas las repúblicas al correr del tiempo. Hasta entonces ningún General había escrito desde su cuartel general: "Gracias por los quinientos voluntarios; devuelvo las sogas".

Páez parecía estar realmente admirado ante el escándalo que siguió. Dice Páez que al día siguiente "El Intendente[3] [Juan Escalona],* fingiéndose celoso defensor de los derechos del pueblo, en una comunicación al Ejecutivo denunció como abusos las medidas que yo había tomado".

La Municipalidad de Caracas protestó también en igual forma. Apenas se dio por concluido el asunto cuando estalló una rebelión en la villa de Petare, a dos leguas de la capital. Páez fue llamado para ocuparse de la revuelta, y según sus propias palabras, "terminé el asunto militarmente". Sólo castigó[4] a tres cabecillas. Este método natural y militar de proceder también fue objeto de críticas por parte de un entrometido diputado, un tal doctor José Antonio Pérez, en el Senado de Caracas.** Estas dos cuestiones habrían podido tener consecuencias desagradables para Páez si, afortunadamente para él, no hubiese tenido lugar una violación del territorio nacional por parte de una escuadra francesa. Naturalmente, los venezolanos se alarmaban ante la idea de una agresión contra la libertad que acababan de adquirir a costa de tanta sangre.***

---

3. "Intendente" es el tesorero del Gobierno o el capitán de cuartel del ejército. *(N. del A.)*

* Téngase en cuenta, para la recta comprensión de este capítulo, que Juan de Escalona, Intendente del Departamento de Venezuela, era en 1825 la primera autoridad civil del mismo, así como Páez, Comandante General del Departamento, era la primera autoridad militar. No había preeminencia legal de la una sobre la otra, aunque de hecho la personalidad y el prestigio de Páez acabaron por prevalecer. *(N. del E.)*

4. "Castigué". No dice en qué consistió el castigo, pero era demasiado buen economista para gravar el erario público de la recién nacida república con la carga del mantenimiento de presos. *(N. del A.)*

** Como se ha dicho anteriormente, de Bogotá. *(N. del E.)*

*** En este párrafo, el autor mezcla sucesos ocurridos a fines de 1824 (la asonada de Petare) con otros de fines de 1825 (la denuncia de Escalona y la protesta de la Municipalidad de Caracas). La amenaza de la escuadra francesa ocurrió en marzo de 1825, y mal pudo ejercer influjo alguno sobre los acontecimientos de fines de ese año y comienzos del siguiente. *(N. del E.)*

Páez fue investido de poderes extraordinarios por el Ejecutivo Nacional para organizar la resistencia contra cualquier invasión por parte de cualquier potencia extranjera y para hacer frente a cualquier revolución interna. Así que el año de 1823* terminó con toda felicidad para él. Aunque sus métodos cuando se trataba de una leva eran los de un ganadero llanero que al ver que una manada de novillos tarda en entrar al potrero o en cruzar un río cae sobre ellos junto con sus hombres, vociferando, dando latigazos al aire y de vez en cuando repartiendo garrotazos a los más retardados, Páez vio más claramente que cualquier otro hombre público que la unión de Venezuela y Nueva Granada en un solo estado estaba destinada al fracaso. Lejos, en el Perú, Bolívar, triunfante, objeto de todas las miradas, celebrada su fama en el mundo entero, y su cabeza llena de esas visiones heroicas[5] que han inspirado a todos los conquistadores desde Alejandro hasta Napoleón, había perdido un poco el contacto con su tierra nativa. Páez, quien seguía siendo un venezolano puro y simple que vivía en el país, se dio cuenta de la profunda discordia que existía entre venezolanos y neogranadinos.[6] Conocía bien las necesidades y aspiraciones de su propio pueblo y reconoció en seguida los síntomas de la inevitable ruptura que pronto debía tener lugar.

Por el momento, la cuestión de la separación quedó en suspenso, y Páez tuvo que hacer frente a graves acusaciones de haber quebrantado la ley y haber ultrajado a la ciudadanía con sus procedimientos arbitrarios en la cuestión del reclutamiento obligatorio. Acusado ante el Gobierno de Caracas** no sólo de haber violado la ley, sino de haber disparado sobre los ciudadanos que se negaron a alistarse, y en algunos casos de haber incendiado sus casas, Páez pasó por los momentos más amargos de su vida.

En un período de pocos meses, el haber sido aclamado como el salvador de su patria para después verse acusado de crímenes graves por el mismo gobierno cuya propia existencia se debía a la valentía de Páez, ha debido de resultarle muy doloroso. Arrostró la tormenta

---

* Así se lee en la edición inglesa. Acaso sea una errata, por 1825. *(N. del E.)*

5. Algunos comentadores las llaman jaquecas. *(N. del A.)*

6. Colombianos. *(N. del A.)*

** La acusación se hizo, como se sabe, ante el Senado reunido en Bogotá. *(N. del E.)*

con el mismo coraje que tantas veces había mostrado en el campo de batalla.

Las envidias mezquinas que siempre contribuyen a agriar la vida de todo hombre público ahora se dirigían contra Páez con gran virulencia. Parecía el incidente tener relación con la cuestión de la separación de las dos repúblicas, la cual empezaba a dominar en la mente de todos. El Vicepresidente del Ejecutivo, General Santander, era neogranadino. Sabiendo, o quizás intuyendo, que Páez no era amigo de Nueva Granada, parece haber desempeñado un papel doble, escribiendo[7] a Páez en términos de amistad y respeto, mientras que a Bolívar se manifestaba de otra manera. Después de alguna vacilación la Cámara de Representantes acusó a Páez formalmente. El Senado, también después de cierta vacilación, ratificó la acusación. Páez fue relevado del mando, y para colmo, su acusador el General Escalona fue nombrado para sucederle.

En esta oportunidad, Páez se comportó con dignidad ejemplar. Aunque nada le habría sido más fácil que retirarse a los Llanos y desafiar al gobierno, el cual no disponía de fuerzas para luchar contra él, se sometió de inmediato al decreto que le privaba del mando.

En el mismo día que asumiera el mando el General Escalona, estalló un movimiento en Valencia a favor de Páez. La Municipalidad de esa ciudad dio un voto deplorando la acusación que se le hacía y manifestó su convicción de que él sabría justificarse. Hizo constar que todos los ciudadanos estaban convencidos de la probidad que había demostrado Páez en el ejercicio de su autoridad, y que éste se había ganado el afecto y respeto de todos.

Desgraciadamente, en un arrebato de indignación, el pueblo asesinó a dos hombres infelices que no habían tenido arte ni parte en la acusación contra Páez, y arrojó sus cadáveres a la entrada del edificio de la Municipalidad. El Coronel Carabaño ordenó a las tropas regresar a sus cuarteles; pero éstas se rebelaron y condujeron a Páez en hombros por las calles hasta el edificio de la Municipalidad. Años

7. "Mi opinión fue que la acusación era ligera, y que se debían esperar nuevas pruebas". Fragmento de una carta del General Santander a Páez fechada el 10 de Mayo de 1826.

El 15 de Julio escribió a Bolívar condenando a Páez en los más fuertes términos. Esta carta está contenida en el vol. VI de *Los documentos de la Vida Pública del Libertador,* pág. 210. *(N. del A.)*

después, se lamentaba Páez del paso que hubo de dar, pero dice con mucha razón que su posición era extremadamente difícil. Valencia era la ciudad en que residía y donde era querido por todos. En la escalinata de una antigua casa española, hoy Museo Páez, cuyas paredes están cubiertas de ingenuos murales alusivos a sus hazañas, sus conciudadanos, como quien dice, lo coronaron a la fuerza. Menos hipócrita que Cromwell en circunstancias similares, no rechazó la corona,* y en el mismo día que había sido testigo de su caída fue restituido al poder. Dice Páez: "En hora menguada para mí, reasumí el mando del que se me había suspendido tan injustamente, y ya dado el primer paso, era necesario ser consecuente con el error cometido".[8]

Este paso puede haber sido desafortunado para él, pero para su patria probablemente fue afortunado, pues de no haber existido una mano de hierro en el mando, ciertamente habría estallado la guerra civil. Valencia invitó a todas las otras ciudades a seguir su ejemplo, y a aprobar el movimiento que había iniciado, con el objeto de que se uniesen todas para mantener a Páez en el mando en bien de la paz y el orden público, hasta que regresase Bolívar para presidir la convención que había sido convocada para el año 1831, y en la que se trataría sobre las dificultades públicas.

Todas las ciudades siguieron el ejemplo dado por Valencia; aun Caracas, que tan hostil se había mostrado hacia él, cedió ahora: y llevado por una ola de entusiasmo popular, Páez vióse investido de la autoridad suprema, tanto en lo civil como en lo militar.

Con este giro de la rueda de la fortuna, quedaba Páez de nuevo virtualmente en la presidencia, aunque sin el título. Es de suponer que algunos de los ciudadanos que habían sido reclutados tan arbitrariamente no se sentirían del todo complacidos con el trato de que habían sido objeto. Con toda probabilidad a la mayoría le haría gracia todo el episodio, pues los sudamericanos de aquellos tiempos no se quejaban mucho cuando el que ejercía el mando demostraba que sabía mandar. Existían otros factores en esta situación que inducían a los venezolanos a contemplar con lenidad los métodos arbitrarios

* El autor habla aquí en sentido figurado, y la palabra *corona* es para él sinónimo de *mando,* mas no de *monarquía. (N. del E.)*

8. Citado en *N. del A. (N. del T.)*

que empleara Páez. El problema de la separación de los dos países,[9] aunque no se había ventilado públicamente, sin duda preocupaba a todo el mundo. El hecho de que el General Santander, nativo de Bogotá, desempeñara tan alto cargo en Caracas,* debió hacer que los venezolanos consideraran a Páez como un representante del nacionalismo. Esto seguramente los hacía sentirse inclinados a pasar por alto el carácter brutal de sus recientes métodos, porque todas las naciones desde que el mundo es mundo, y está bien que así sea, han preferido el gobierno mediocre de un compatriota, a uno impuesto desde fuera, por beneficioso que éste resultase.

Conociendo a sus compatriotas, con el mismo instinto con que un caballo distingue entre un jinete y un "maturango", casi antes de montarlo, Páez lanzó de inmediato una proclama, concebida en los términos más atractivos para ellos. Todos los pueblos se han sentido conquistados, y quizá se sentirán siempre, por las palabras hermosas, como es muy natural, pues como la mente y el vocabulario de la inmensa mayoría de la humanidad están pobremente surtidos, les parecen las palabras altisonantes como si vinieran de lo alto.

Comenzó por manifestar que había sido llevado al poder por el libre voto de todas las ciudades. El hecho de que no hubiera habido votación alguna carecía de importancia para él y para sus compatriotas. Continuó diciendo que la conservación era la primera ley de la naturaleza, lo cual ha debido parecerle propio al público que lo escuchaba, una verdad grande que había descubierto por sí mismo en los llanos.

Después de haber empleado todos los recursos de la retórica, en la misma forma que lo han hecho todos los estadistas, desde Pericles a Gladstone, fue al grano. Siendo hombre honrado, y sincero amante de su patria, no podía ignorar la gravedad de la situación interna de Venezuela. Por consiguiente, aseguró al pueblo que utilizaría toda su influencia para que el Congreso, fijado para el año 1831, tuviese lugar inmediatamente.

Terminó diciendo: "El Libertador Presidente será nuestro árbitro y mediador, y él no será sordo a los clamores de sus compatrio-

9. Venezuela y Nueva Granada, es decir, Colombia. *(N. del A.)*

* Santander era nativo de Cúcuta; desde fines de 1821 hasta mediados de 1827 residió en Bogotá, como vicepresidente de Colombia encargado del Poder Ejecutivo. *(N. del E.)*

tas...". La antigua costumbre y el hábito, la mayor potencia del mundo, le obligaron a concluir con una muestra de lenguaje convencional: "El poder que me habéis confiado no es para oprimiros, sino para protegeros y asegurar vuestra libertad".

La proclama, firmada en su Cuartel General en Caracas, con fecha de 19 de mayo de 1826, ha debido surtir efecto, pues la opinión general en Caracas se tornaba rápidamente hostil a la autoridad central cuyo asiento estaba en Bogotá, ciudad que había sido declarada la capital de todo lo que se llamaba la Gran Colombia.

Situada a más de mil quinientos kilómetros de distancia, e inaccesible excepto por una larga y ardua marcha a través de los Andes, o por mar hasta Cartagena, y de ahí otro viaje de unos mil quinientos kilómetros por el río Magdalena en embarcaciones primitivas, no es de extrañarse el que las relaciones entre Caracas y Bogotá se agriaran, como ocurrió casi inmediatamente. El Ejecutivo de Bogotá declaró que los sucesos de Valencia el 30 de abril (1826), que llevaron a Páez casi al mando supremo, constituían una rebelión armada. Afortunadamente para la paz de ambas repúblicas, Bolívar sostenía una opinión diferente.

Su secretario, el General José Pérez, en un discurso dirigido a la Municipalidad de Guayaquil, inspirado desde luego, por el Libertador, aplacó los ánimos exaltados. Dijo: "Aunque su Excelencia no ha recibido hasta hoy oficialmente la relación de los acontecimientos de Valencia en los últimos días de abril para formar un justo concepto de su carácter y naturaleza, por informes privados de personas respetables está instruido de que aquéllos no han causado escisión en el pacto colombiano".[10]

El Secretario Pérez continuó diciendo que Venezuela necesitaba una reforma en su Constitución, y que Páez había recibido el gobierno provisionalmente. "El General Páez ha expresado que el nombre del Libertador está escrito en el fondo de su corazón", y el

10. En este Pacto entraron los delegados de Venezuela y Colombia, en la ciudad de Cúcuta, el 6 de Mayo de 1821. Instituía un estado artificial llamado La Gran Colombia que comprendía Colombia, Venezuela y Ecuador. Bolívar fue elegido Presidente y se le acordó oficialmente el título de Libertador. El Vicepresidente era el General Santander, y en Bogotá se fijó la capital. *Historia de Venezuela,* pág. 167, por H. N. M., Caracas, 1927.

secretario tenía la convicción de que Páez no abrigaba motivos ulteriores y que todo permanecería igual hasta la llegada del Libertador.

Era más que tarde, pues todo el país estaba cayendo en la anarquía. Algunas ciudades favorecían el sistema federal, el único según su criterio que podría salvar a la patria. Como si ningún sistema salvase algo excepto a sí mismo.

Los políticos de todas las edades y países siempre han tenido algún remedio mágico para curar todos los males de la humanidad. Lo que hace y generalmente ha hecho la cosa peor es que han sido bestialmente sinceros en la mayoría de los casos. Si hubieran sido canallas, podrían haber tenido alguna oportunidad, pues aunque la humanidad sufriente no es generalmente oprimida por la inteligencia, la lógica de los duros hechos podría hasta cierto punto haber compensado la falta de inteligencia.

Otras ciudades deseaban que se adoptase el Código Boliviano. Era ésta la Constitución que había concebido Bolívar para el nuevo estado, que recibiera su nombre del Libertador. Como la mayoría de las constituciones de su clase, se veía muy practicable en el papel, más contenía aspiraciones demasiado elevadas para que pudiesen llegar a ser factibles.

Un partido quería la descentralización, pero sin la separación respecto de Colombia. Y por último hubo un grupo que deseaba establecer una especie de monarquía, aunque resulta difícil comprender cómo hubiesen podido conseguir que alguien aceptase un trono tan vacilante y una corona con tantas espinas.

Todos los partidos parecían estar dispuestos a apelar a las armas para demostrar su amor a la patria y a la libertad, y su fe en que la solución que ofrecían era la mejor.

Puerto Cabello se adhirió al sistema federal el 8 de agosto (1826), y pronto siguieron su ejemplo Maracaibo, Aragua y Cumaná. Finalmente, para empeorar la situación, Quito y Guayaquil, situados en el otro extremo de la Gran Colombia, se solidarizaron con Valencia.

Se efectuaron muchas reuniones y convocatorias y Páez, más acostumbrado a los caprichos del ganado salvaje, que al menos obraba por instinto, que a las maneras de los republicanos, ultralógicos, ha debido anhelar los días en que al amanecer montaba a caballo para emprender una larga jornada por las llanuras.

El 5 de octubre (1826) fue adoptado el sistema federal en una conferencia que tuvo lugar en Caracas; una asamblea de los colegios electorales dispuso que se debía efectuar una segunda conferencia en el Convento de San Francisco en Valencia, a comienzos del año siguiente.

Todo parecía tranquilizarse al fin, cuando Puerto Cabello, que anteriormente se había adherido calurosamente al sistema federal, de repente se pronunció contra él, y un batallón de granaderos acantonado en esa ciudad provocó una revuelta. Páez se vio en la necesidad de enviar tropas para reducirlo a la obediencia. Ha debido estar a punto de enloquecer ante tantos problemas.

El 25 de mayo anterior había escrito una carta a Bolívar, la cual muestra la enorme tensión que sufría. En ella le ruega: "Venga usted a ser el piloto de esta nave que navega en un mar proceloso, condúzcala a puerto seguro, y permítame que después de tanta fatiga vaya a pasar una vida privada en los llanos de Apure, donde viva entre mis amigos, lejos de rivales y envidiosos, y olvidado de una multitud de ingratos que comienzan sus servicios cuando yo concluyo mi carrera... Pensé quemar en la plaza pública todos mis uniformes, monumentos de mi desgracia, y conservar solamente el busto de usted que me había mandado la República del Perú". No era esto mera adulación, pues los sentimientos de Páez hacia Bolívar rayaban en la veneración, tratándolo como a un hermano mayor con el que el menor riñe pero en su corazón reverencia.

Después de mucho intercambio de correspondencia entre los dos generales, cruzada entre las enormes distancias que los separaban, Páez, en una carta desde su Cuartel General en Valencia con fecha 3 de enero de 1827, asegura a Bolívar que aunque había jurado no volver a obedecer jamás al Gobierno de Bogotá, estaba resuelto, por el bienestar y la paz de la República, a ponerse en manos de Bolívar para que éste juzgara la actuación de Páez, durante la ausencia de Bolívar en el Perú.

Bolívar había comprendido que para salvar el país de una completa anarquía se hacía imprescindible su presencia en Venezuela. Había partido de Lima, y llegado a Bogotá el 14 de noviembre, después de una breve estada en Guayaquil.

El 31 de diciembre de 1826 había arribado a Puerto Cabello, y al día siguiente le escribió a Páez confirmándolo en el mando. Llegó

el Libertador en un momento muy oportuno. Si se hubiese demorado, hubiera estallado la guerra civil; pero era tan grande su prestigio entre sus compatriotas que su mera presencia restauró el orden, y aplacó las controversias civiles.

Páez se encontraba en su casa de Valencia, y tan pronto supo la llegada del Libertador a Puerto Cabello partió para recibirlo. Descendiendo por el camino montañoso, tornándose la vegetación cada vez más tropical, y el calor más intenso conforme se iba acercando a Las Trincheras con sus aguas termales, hasta llegar a la llanura ya próxima al mar, en una atmósfera cerrada como un baño turco, ha debido él ir meditando acerca de la forma en que sería recibido.

El Libertador no era hombre de admitir discusiones, y su posición había adquirido mucha más autoridad desde la última vez que se habían visto. Se encontraron al pie de la colina de Naguanagua, un poco más arriba del paso, y desmontándose ambos se dieron un estrecho abrazo. Tan cordial fue el abrazo que se enredaron sus espadas. Bolívar, siempre ingenioso, aprovechó la ocasión exclamando: "Este es un buen presagio, General, que nos anuncia la suerte que nos ha de caber en el futuro". Cuando llegaron a Valencia la población entera se encontraba en la calle para recibirlos. Después de la inspección de rigor de las tropas, partieron hacia la capital. La llegada del Libertador a Caracas fue motivo de un sentimiento general de alivio. Fue aclamado como: "El Primogénito de la Fortuna, el Creador de tres Repúblicas, el Genio de la Guerra y de la Paz, que desde el templo del Sol, viene armado con la Oliva a dar otra vez Vida a la Patria"[11].

Palabras elocuentes, sin duda sinceras en el momento, dichas por quienes, al cabo de dos cortos años, habrían de decretar el ostracismo al mismo hombre a quien colmaban ahora de elogios.

Rivalizaban los caraqueños para rendirle honor a su más ilustre conciudadano. Arcos de palma y sauce revestidos de cintas con los colores patrios, y coronados de banderas, fueron erigidos en las calles por donde había de pasar el Libertador.

Según las palabras ingenuas del propio Páez: "Aunque no comparables a los suntuosos arcos de mármol que la fastuosa Roma elevaba a Trajano, ni a los que contra el voto de sus sentimientos edificó la

11. En las clásicas palabras de alguien que no era mezquino exponente del arte de la bocatería, la hipérbole era "hinchada hasta el decaimiento" por estos robustos gongoristas. *(N. del A.)*

humillación de los vencidos a los afortunados conquistadores, mil veces eran más demostrativos de afecto y gratitud, porque los ofrecía el corazón.

Se desplegaban las banderas de las nuevas repúblicas junto con el pabellón estrellado del Aguila del Norte. Esa ave no había mostrado en ese tiempo las garras a sus hermanos más jóvenes en democracia, sino que arrullaba tan dulcemente como un pichón cuando se lo alimenta.

En la Catedral los Dióscuros escucharon un Te Deum, y luego pasaron a la casa en que se tenía preparada una recepción. No hubo descanso para ellos pues se presentaron también a recibir al Libertador quince jóvenes ricamente ataviadas simbolizando las virtudes cívicas y militares. Le presentaron dos coronas de laurel.[12] Una de ellas por el triunfo del Libertador sobre los tiranos de la patria y la otra porque había alcanzado a impedir la guerra civil. Probablemente pensaría Bolívar que resultaba difícil ostentar con elegancia las dos coronas a la vez, y presentó una a Páez, colocándosela con sus propias manos; dedicó la otra al ilustre pueblo de Colombia.

Sucediéronse muchos banquetes y bailes y abundaron los discursos, cada cual elevándose más cerca del Olimpo que el otro, y tan densamente adornados de metáforas y tropos, citas clásicas y sobre todo adjetivos, que todos los diccionarios de Caracas deben haber sido muy revisados para buscarlos. La Municipalidad ofreció a los héroes un "ambigú"[13] al cual asistieron doscientos invitados.

Cuando le tocó a Páez hacer uso de la palabra, se expresó de la siguiente manera: "Señores: Permítaseme expresar un sentimiento de orgullo: yo no puedo contenerlo en mi corazón, porque es un noble orgullo. Señores: el Libertador ha colmado la medida de sus beneficios, de mi gloria y hasta la de su poder: ya no puede darme más: me ha dado la espada con que ha libertado un mundo.[14] Si la de Federico que no hizo más que defender su herencia y usurpar la ajena, pudo

12. "...dos coronas de inmarcesible laurel". *(N. del A.)*
13. "Ambigú es una palabra anticuada que significa almuerzo o colación. En este Ambigú o en el banquete que siguió cree el autor que su abuelo materno, el Alimirante Fleeming (el Honorable Charles Elphinstone Fleeming) y su abuela Doña Catalina Paulina Jiménez y Alexandro, estaban presentes.
14. A su llegada a Caracas le había regalado Bolívar una espada, una hermosa lanza con grabados de oro, dos magníficos caballos peruanos y un lujoso neceser. *(N. del A.)*

ser un presente inestimable para el soberano de la Europa, ¿qué diré yo al ver en mi poder la espada de terror para los tiranos, la espada redentora del género humano...? Y ¿qué uso haré yo de esta espada? ¿Cómo conservarle sus laureles, sus glorias y su honor singular? Ella centuplica mis deberes: me pide fuerzas que sólo Bolívar tiene. Ella me confunde. ¡La espada redentora de los humanos!

"Pero ella en mis manos no será jamás sino la espada de Bolívar: su voluntad la dirije: mi brazo la llevará. Antes pereceré cien veces, y mi sangre toda será perdida antes que esta espada salga de mi mano ni atente jamás a derramar la sangre que hasta ahora ha libertado. Conciudadanos, la espada de Bolívar está en mis manos: por vosotros y por él iré con ella hasta la eternidad".

Ni Pericles, ni Marco Antonio, ni Mirabeau habrían podido remontarse a mayores alturas de elocuencia. Como las piedras eran prácticamente desconocidas en todos los llanos de Apure, hay que suponer que Páez era un orador nato, pues no era posible que hubiese encontrado chinas que ponerse en la boca, siguiendo el ejemplo de Demóstenes, si hubiese tartamudeado al principio.

El alcalde, aludiendo al regalo de Bolívar, dijo: "Brindo, pues, por la inviolabilidad de este monumento[15] erigido entre el pueblo y su Libertador, y porque la espada y la lanza donadas por éste al Aquiles venezolano, no se empleen sino en defensa de los derechos del pueblo". Para que no faltara nada y estuviesen justificados el Aquiles venezolano y el Libertador como si dijéramos por boca de las criaturas y niños de pecho, una bella niña llamada María de la Paz, dirigió una graciosa alocución poniendo en manos de Bolívar una palma, y ciñó sus sienes con una guirnalda.

El Libertador, dice Páez, dio una contestación breve,[16] cedió la palma a los representantes del ejército y brindó al pueblo la corona que "simbolizaba el triunfo y el poder".

---

15. Debe de haber sido un monumento moral, algo quizás semejante a una victoria moral, pues no consta que haya monumento alguno ni en mármol cario ni en bronce imperecedero, que se erigiese entonces. *(N. del A.)*
16. El autor tiene sobre esto sus dudas, pues aunque Bolívar era en extremo elocuente, no solía ser breve. *(N. del A.)*

Por fin se acabaron los banquetes y los discursos, y tanto el Libertador como "el Aquiles de los Llanos" habían cumplido con todo lo que se podía esperar de ellos.

Era la hora de partir. Páez salió para el Apure, y Bolívar partió hacia Bogotá.

CAPITULO XVII

Bolívar, ciertamente tenía gran visión y, como dice la frase convencional, pensaba en términos de continentes. En este tiempo (1827) dedicaba toda su atención a la emancipación de Cuba de la dominación española. Aunque carecía de iniciativa, Páez era un lugarteniente extraordinario y por lo tanto acogió la idea con entusiasmo. En su imaginación se veía conduciendo al ejército colombiano, veterano de muchos años de guerra, a luchar por la emancipación de la Perla de las Antillas.

Esto no resultaba irrazonable, pues la salud de Bolívar había sufrido mucho por los largos años de campaña. Aunque era relativamente joven, pues no pasaba de los cuarenta y cinco años, las largas campañas, los arduos viajes a caballo a traves de los llanos cálidos de Venezuela, y por los fríos pasos andinos, tantas veces repetidos, lo habían envejecido prematuramente. Sucre, el único jefe capaz de substituirlo, se encontraba lejos, desempeñando la presidencia de Bolivia. Santander, militar competente, jamás fue fiel a Bolívar, aunque en esa época aún daba ostensibles muestras de amistad.

México había prometido apoyar la empresa. A la luz de la historia no era el proyecto tan utópico como parece. Sin duda los ejércitos de Venezuela y Nueva Granada eran la mejor fuerza combativa de aquel tiempo en las Américas. Habían mostrado su valor no sólo en las guerras de Independencia de Venezuela sino en las del Perú, cuya libertad se debió principalmente a los ejércitos que condujeron Bolívar y Sucre hasta la costa del Pacífico, afrontando toda clase de penalidades.

Páez, quien desde el principio había luchado por abolir la esclavitud en Venezuela, contaba con la vasta población de negros cuya libertad intentaría conquistar.

De ingenio más fértil y con mayor visión que su lugarteniente, Bolívar había concebido un plan que sólo podría haberse originado en un cerebro como el suyo. Consistía en formar un ejército con los negros cubanos una vez libertados, y llevarlo a España como demostración de la grandeza de Colombia y liberar a aquel país de los malos gobiernos que lo habían llevado a la ruina. La mente humana no ha concebido un proyecto más grandioso en cuanto a creación de imperios. El plan tenía ese poco de ridículo que se encuentra en la mayoría de las grandes empresas que no se han materializado, cuando son vistas a la fría luz de los acontecimientos subsiguientes por las mentes de los que son incapaces de ideas generosas. Si esto hubiese tenido éxito, y en aquella época el mundo atravesaba uno de esos períodos heroicos que dejan en barbecho el heroísmo para una generación, como las plantas que dan fruto y flores con exceso y quedan estériles por una estación hasta que se recuperan, César y Alejandro se abandonarían como despojos en la playa de la historia.

Páez sin duda se vio liberando esclavos, deshaciendo entuertos y dando leyes tan pertinentes como las que quiso imponer Sancho Panza en Barataria, si los majaderos que controlaban su destino no se lo hubiesen impedido.

Para hacer justicia a Páez, nunca había vacilado desde el comienzo de su carrera en sus ideas humanitarias sobre los negros.

En 1816 había manumitido a todos los esclavos del distrito Apure, cuando no era más que Comandante en Jefe de los reclutas locales. Ahora, con la Presidencia de la República casi en sus manos, era natural que la utópica idea de Bolívar le atrajera. El mismo escribe en sus Memorias: "No olviden jamás que un pueblo no puede ser libre si mantiene esclavos en su seno".[1]

Desgraciadamente, no lo quiso el destino, y la emancipación de Cubanacán[2] fue postergada por dos generaciones. De haber sucedido en tiempos de Bolívar y Páez, Cuba tal vez hoy sería un estado independiente en lugar de haber cambiado una forma de esclavitud por

1. Texto español proporcionado en *N. del A.* De ahora en adelante no se indicará especialmente si los textos son dados en español, aunque seguirán entrecomillándose las palabras principales que aparezcan en español en el original. *(N. del A.)*
2. El nombre indio original de la Isla. *(N. del A.)*

otra no menos humillante. La situación interna de Venezuela exigía una atención más inmediata que la posible emancipación de las Antillas.

No es lógico suponer que un país escenario de tantas luchas y devastado por las constantes guerras pudiera restablecerse sin convulsiones internas. Las tormentas de Venezuela se aplacaron poco a poco como se calman las borrascas en el mar, no sin enorme oleaje al principio.

Estando cada jefe militar acostumbrado a un comando casi independiente, debido a lo vasto del territorio y a la falta de comunicaciones, se miraban a sí mismos como los gobernadores de tribus miraban desde lo alto de su puesto en Marruecos antes de que el país perdiera su independencia.

Como no estaban acostumbrados al dominio, excepto bajo la severa dominación de los españoles, los jefes de unos pocos centenares de hombres no se sentían dispuestos a reconocer una autoridad central. Esta misma autoridad era débil, de pocos recursos, y el ejército andaba muy atrasado en sus pagas.

Los hermosos discursos en los banquetes que se daban en Caracas no contribuyeron en nada a establecer la paz del país.

El profundo resentimiento contra la unión artificial de Venezuela y Nueva Granada, aunque al principio apenas se manifestaba abiertamente, iba cobrando fuerza e intensidad. Varios ex-oficiales descontentos, a la cabeza de pequeños grupos de bandidos, que se decían realistas, pillaban y saqueaban las poblaciones del interior, a tal punto que llegó a ser peligroso transitar por los caminos. El principal de estos era un tal Juan Dionisio Cisneros,[3] quien desafió todo intento de capturarlo, refugiándose en las montañas que se encuentran en las cabeceras del río Tuy.

Tuvo lugar un episodio que debió advertir a los venezolanos el peligro de los disturbios domésticos. El Coronel José Antonio Arizábalo, oficial español que había pasado la mayor parte de su vida en Venezuela, reunió un contingente de ex-soldados descontentos, cimarrones y cuatreros. Luego escribió al Gobernador de Puerto Rico, General Latorre, el mismo que había huido después de la derrota de Carabobo, para pedirle su reconocimiento y armas.

3. Véase el capítulo XVI. *(N. del A.)*

Latorre prometió ayudarlo y se comprometió a enviar grandes refuerzos hacia fines de ese mismo año. Animado por la respuesta de Latorre, Arizábalo intentó lograr que las diversas bandas de guerrilleros lo reconociesen por su General. Como había servido muchos años en el ejército español en calidad de Oficial de artillería y era hombre intrépido y emprendedor, los caudillos insurgentes se sometieron de buena gana a su autoridad. La única excepción fue Cisneros, quien había actuado independientemente durante tanto tiempo que se mostraba renuente a someterse a otra autoridad. No obstante, por la adhesión de los otros jefes a su causa, Arizábalo se encontró al frente de un ejército considerable.

Novecientos hombres bajo el mando de un jefe de bandidos, de nombre Centeno, y cuatrocientos con otro jefe llamado Tazón, se unieron a Arizábalo. Estos, junto con los hombres que había reunido Arizábalo por su cuenta, constituían un ejército de dos mil hombres de la flor y nata de bandolerismo que podía producir el país.

Arizábalo nombró oficiales a varios de los jefes, Centeno, Rodríguez y Herrán, todos los cuales habían cometido crímenes atroces. A esta banda de ladrones y asesinos le confirió el digno calificativo de "Los Defensores del Altar y del Trono". Defendió estas venerables instituciones en la forma consagrada por la tradición, imponiendo contribuciones para sostenimiento del ejército que las protegía.

Naturalmente, esto hizo que el ordinario defensor del altar y del trono mirase a Centeno y a sus alegres camaradas con cierto recelo, pues una cosa es apoyar una institución en teoría y otra verse obligado a respaldarla con el propio bolsillo. Luego Arizábalo escribió a Páez proponiéndole un armisticio entre el ejército de la iglesia y la corona y los republicanos. Páez, que no carecía de sentido del humor, se rió de sus pretensiones y envío un ejército contra él.

Su decisión fue oportuna, pues Arizábalo había sorprendido y hecho prisioneros a varios pequeños destacamentos de soldados del Gobierno que ignoraban que aquél le estaba haciendo la guerra al Gobierno. Animado por estas victorias, hizo bendecir públicamente su estandarte en la población de Lezama y lo dedicó al Rey de España. Luego se apresuró a hacerse una posición fuerte hasta que llegasen los refuerzos de Puerto Rico. Con esta intención marchó hacia las colinas de Tamanuco y allí fortaleció sus posiciones.

Su buena suerte pronto lo abandonó. Todos sus lugartenientes fueron derrotados y quedó él con pocos hombres, disminuídos por las continuas deserciones, llegando a desesperarse al ver que no aparecían los refuerzos que aguardaba.

Como último recurso intentó atraer a Cisneros a su causa con diversas promesas. Este bandido, viendo su situación, le negó hasta las vendas para los heridos, aconsejándole que siguiera su ejemplo, asesinando a los heridos para ahorrar tiempo y gastos. Al fin, viéndose solo sin los refuerzos con que contaba Arizábalo capituló honrosamente, en mucho mejores condiciones de lo que merecía.

Este fue el último intento serio de insurrección en Venezuela a favor del Rey de España. Cisneros, aun no capturado, le dio el nombre de "Real Ejército" a su banda de doscientos asesinos, pero se limitaba a las montañas, y aunque saqueaba y cometía muchas atrocidades, carecía de importancia política.

La coincidencia de varios reveses hizo del año 1828 uno de los más infelices en la vida de Páez. Las arcas de la Tesorería estaban vacías, muchos de los soldados no habían recibido remuneración. Harapientos y hambrientos, erraban cometiendo robos o mendigando, según las circunstancias. Los demagogos, con sus mentes llenas de teorías indigestas, que habían asimilado mediante traducciones de los historiadores de la Revolución Francesa, deseaban aplicar inmediatamente el sistema federal a Venezuela, señalando que había tenido mucho éxito en los Estados Unidos.

Otros deseaban que regresara Bolívar para que ocupase el cargo de Presidente Vitalicio con la esperanza de que su prestigio fuese la solución de todas las dificultades.

Algunos querían invitar a algún Príncipe extranjero a que ocupara el trono de Venezuela en calidad de rey constitucional. No parecía preocuparles la dificultad de hallar a alguien que quisiera arriesgar su vida en tan peligrosa aventura.

Bolívar, cuya salud empezaba a decaer a causa de la vida agitada que había llevado durante tantos años, gran parte del tiempo a caballo, mal alimentado y mal alojado durante meses enteros, cuando no estuviera encadenado a su escritorio dictando y escribiendo y obligado con frecuencia a hablar en público, empezaba a perder toda esperanza. Se refirió a Venezuela y Colombia como "un inmenso desierto po-

blado de fieras dispuestas a devorarse unas a otras".* Frase que en boca de quien durante tantos años había tenido fe y confianza, muestra que la amargura había penetrado ya en su alma.

Su popularidad declinaba, además, y todas sus acciones eran objeto de crítica acerba. Los seis años que había pasado en el Perú, entre los elogios y la adulación de toda la población, habían hecho que perdiese contacto con su propia patria.** Los rumores infundados de que aspiraba a ser coronado Emperador de la Gran Colombia le habían hecho mucho daño y sin duda habían menoscabado su prestigio.

Durante los años en que Bolívar se encontraba ausente en el Perú, el prestigio de Páez iba en ascenso en la estimación pública. La situación de Venezuela y Nueva Granada se volvía cada día peor. El país era presa de las facciones que hasta entonces se habían abstenido de recurrir a las armas, aunque la tensión era grande. Una sola idea en común tenían todos los partidos. Era el deseo de una reforma de la Constitución, la cual había sido improvisada durante la guerra y ahora resultaba demasiado inflexible. Páez sin duda se encontraba en una posición difícil. El país clamaba por una reforma de la constitución y él, sabiéndose poco letrado, se sentía renuente a embarcarse en una empresa para la cual no se consideraba lo bastante competente.

Además, aunque posteriormente se vio obligado por las circunstancias a declararse en contra de Bolívar, aún sentía un gran respeto por él, mezclado de veneración, producto de sus anteriores relaciones. Debía de ver en Bolívar al Libertador no sólo de Venezuela y Nueva Granada, sino del Perú y el Ecuador, siendo su nombre célebre en el mundo entero.

Sabía del nuevo estado que se había creado y que recibiera el nombre de Bolivia por el Libertador. Por lo tanto no era extraño que mirara a este hombre, compañero de tantas luchas y peligros, con sentimientos de profundo respeto. En otros tiempos al surgir cualquier dificultad cívica o militar, cuando la situación se veía más desesperada, aparecía Bolívar, y descendiendo como un dios del cielo, solucionaba todo con el mero prestigio de su nombre.

---

* La frase entre comillas, no figura en el epistolario de Bolívar publicado por el doctor Lecuna. Es posible que el autor haya traducido libremente alguna otra expresión del Libertador. *(N. del E.)*

** Fueron sólo tres: de septiembre de 1823 a septiembre de 1826. *(N. del E.)*

En las Memorias, expresa sus temores en un pasaje que demuestra elocuentemente su gran modestia: "Desconfiando de mis propias luces y temeroso de errar en la difícil posición en que me habían colocado la más pródiga fortuna, el voto de los pueblos y la voluntad del Libertador,[4] reuní en torno mío los más hábiles consejeros,[5] escogidos entre los hombres que por su patriotismo, amor al orden, talentos y virtudes me parecían entonces y con justicia pasaban por ser representantes del pueblo inteligente y honrado".

Respondiendo al clamor general en pro de una reforma de la Constitución, fue decretada una convención que debía tener lugar en Ocaña. La elección de delegados a la convención fue motivo de la primera manifestación pública de hostilidad hacia el Libertador. El General Santander fue el principal instigador de esos ataques, haciendo lo posible por hacer nombrar a delegados adversos tanto a Páez como a Bolívar.

Cuando se reunió la convención, el 9 de abril de 1828, los diputados inmediatamente se dividieron en dos partidos contrarios. Los partidarios del Libertador, conocidos como los bolivianos, favorecían una república centralizada. El partido de la oposición, los santanderistas, querían una forma de gobierno federal.

Los sentimientos se exaltaron tanto y las pasiones eran tan violentas que dice Páez: "La exaltación de los federales dejó muy atrás la de los jacobinos de la Revolución Francesa".[6] Después de muchas disputas y varias rebeliones abortadas en diferentes partes del país, la convención decretó un gobierno central, pero sin llegar a adoptar ninguna reforma apreciable de la Constitución. De modo que el objetivo principal de la convención no se realizó. Los delegados se separaron con sentimientos de mutua insatisfacción y la situación del país se tornó aún más grave que antes.

Desesperado, Páez escribió al Libertador "pidiéndole de rodillas que la salve (la patria) a cualquier costo".[7] Bolívar, quien había regresado a Bogotá, fue solemnemente investido de poderes dictatoriales el 24 de junio de 1828. En el mes de diciembre, Páez juró reconocerlo

4. Aquellos de sus compatriotas que se muestran detractores de su conducta harían bien en leer este pasaje y meditar sobre él. *(N. del A.)*
5. *Autobiografía,* pág. 448. *(N. del A.)*
6. Cita textual en *N. del A. (N. del T.)*
7. Texto proporcionado en *N. del A. (N. del T.)*

como Jefe Supremo de la Gran Colombia. En una asamblea solemne en la plaza principal de Bogotá, las cortes de justicia, las corporaciones, los oficiales y todos los soldados del ejército, unos seis mil en total, se juramentaron a apoyar al Libertador en su dictadura.* Todo parecía augurar una solución de la situación, pero al mes se planeó una gran conspiración para asesinar a Bolívar.

Dos franceses y un venezolano, Pedro Carujo, posiblemente instigados por el General Santander, o al menos con conocimiento suyo, aunque tuvo la precaución de ausentarse, planearon acechar y asesinar a Bolívar durante una excursión que se sabía que él pensaba realizar a Soacha el día de San Simón.[8] Se dice que el General Santander a quien no le gustaba el plan o temeroso de ser descubierto, aplazó la ejecución del crimen, mas sin advertir al Libertador del peligro que corría.

Los conspiradores entonces decidieron adelantar la fecha para el 25 de septiembre. A medianoche, los asesinos se dirigieron al Palacio Presidencial. El edificio queda en una calle angosta e inclinada, no lejos de la plaza principal de la ciudad, y la atravesaba el llamado arroyo de San Agustín. Aun existe el puente bajo el cual se refugió el Libertador esa noche memorable.

Dormía Bolívar con su amante Manuela Sáenz, dama quiteña[9] que lo había seguido desde el Perú. Doña Manuela, una amazona que muchas veces cabalgaba vestida de hombre con el cuerpo de guardia de Bolívar con un dolmán escarlata con trencilla dorada y pantalón blanco, al ser despertada por el estrépito se precipitó valientemente hacia la puerta armada de la espada del Libertador. Tuvo Bolívar el justo tiempo de ponerse alguna ropa y dejarse caer desde la ventana a la calle; pero solo y sin arma alguna, pues había dejado su espada con la valiente mujer, se escondió bajo el puente.

---

* La redacción de este párrafo parecería dar a entender que Páez estuvo en Bogotá en 1828. Se sabe que no fue así. Ocurre que el autor pasa a veces, sin transición, de sucesos acaecidos en Caracas a otros de Bogotá. *(N. del E.)*

8. El 28 de octubre. *(N. del A.)*
9. Nacida en Quito. *(N. del A.)*

Después de maltratar a doña Manuela[10] y de asesinar al Coronel Ferguson, quien había corrido a auxiliarla, irrumpieron los conspiradores en la habitación. La encontraron vacía, pues el pájaro había volado. Durante dos horas interminables, en peligro de su vida, permaneció Bolívar oculto, temblando de frío, pues las noches de Bogotá son intensamente frías. Escuchaba el clamor de la lucha que se libraba justamente encima del sitio donde se encontraba, pues sus partidarios habían corrido a las armas para atacar a los conspiradores. No se atrevió a moverse, porque ignoraba qué partido dominaba la situación. Por fin, al oir los continuos gritos de "¡Viva el Libertador!", salió de su escondite y encontró que habían sido derrotados los conspiradores y apresados sus jefes. Algunos fueron ejecutados, otros condenados a muerte, y otros fueron perdonados. Entre éstos se encontraba el General Santander. Por el momento, el infame atentado revivió la popularidad de Bolívar, pero era un pájaro con las alas heridas.

Después que se hubo calmado la indignación que provocara el atentado contra el Libertador, la situación en Venezuela empeoró cada vez más. El país estaba dividido, y parecía haber tan poca probabilidad de que mejorara la situación, que a comienzos del año 1829, muchos de los hombres moderados llegaron a pensar que era la mejor solución el establecer una monarquía constitucional.

Aunque republicano fiel, Páez era uno de esos raros hombres, y aún más raro en la América del Sur de aquella época, que anteponía el bienestar de su país al triunfo de sus principios. Pocos hombres han sido más peligrosos o han causado más daño que los que han preferido que el mundo entero descendiera a los abismos antes que sacrificar una pizca de justicia abstracta. Por lo tanto es posible que como último recurso, especialmente en caso de que hubiere recibido una insinuación por parte del Libertador, no habría rechazado Páez la idea,

10. Manuela Sáenz nació en Quito y se casó con un inglés, un tal Dr. Thorne. Vio a Bolívar por primera vez en Lima* y se enamoró inmediatamente de él. Pronto dejó a su marido y se hizo amante de Bolívar, al que acompañó en muchas de sus campañas.

En 1851, Garibaldi, en uno de sus viajes a Lima, la vio y dejó una interesante referencia sobre ella. La describió siendo todavía bella, aunque paralítica, y obligada a permanecer en una silla, pero brillante e inteligente y llena de historias de sus días aventureros. LORAINE PETRIE, *Simón Bolívar*, Londres, 1910. *(N. del A.)*

* No fue en Lima, sino en Quito, año de 1822. *(N. del E.)*

aunque a la manera de todos los políticos del mundo entero, la hubiese condenado al principio.

No hay la menor seguridad, pues es mucha la controversia que ha habido al respecto, de que Bolívar hubiese contemplado la posibilidad de hacerse Emperador. El historiador Restrepo, quien goza de alta estimación entre sus compatriotas en Bogotá, reproduce en un pasaje muy comentado de su biografía sobre Simón Bolívar una prueba muy significativa, mas dicha prueba se funda en algo que sólo se supo de oidas. "Varios de sus amigos habían oído decir al Libertador que Colombia (es decir, La Gran Colombia, comprendiendo Venezuela, Nueva Granada y Ecuador) y toda la América española, no tenían otro remedio para libertarse de la anarquía que devoraba a sus pueblos sino establecer monarquías constitucionales, y que si los habitantes de Colombia se decidieran por este sistema de Gobierno y llamaran a un príncipe extranjero, él sería el primero que se sometería a su autoridad y le apoyaría con todo su influjo. Esto mismo repitió en una época posterior".[11]

Es probable que Bolívar, quien era muy temperamental y en ciertas oportunidades no medía sus palabras, hubiese dicho algo por el estilo al sentirse asqueado ante el estado de las cosas, la falsedad de sus amigos y el egoísmo de los jefes de partido.

No obstante, no resulta esto una prueba de que él hubiera deseado convertirse en monarca. Quizá no habría objetado a una dictadura vitalicia, pues en su mensaje al Congreso de Guayana, recomendó que se adoptase en Venezuela la Constitución Boliviana.** A menudo se refirió a esta constitución, concebida en su mayor parte por él mismo para el nuevo estado de Bolivia, como "una monarquía sin corona".[12] Observa Restrepo con justicia que "el proyecto de cambiar las insti-

---

11. *Vida de Simón Bolívar,** Restrepo. Tomo IV, pág. 207. *N. del A.* que cita el texto español. *(N. del T.)*

* Debe referirse a la *Historia de la Revolución de la República de Colombia.* No se conoce ninguna obra de Restrepo titulada *Vida de Bolívar. (N. del E.)*

** El proyecto de Constitución para Bolivia es muy posterior al Discurso de Angostura, si bien es cierto que Bolívar sostiene en ambos documentos opiniones similares en materia constitucional. *(N. del E.)*

12. Algunas personas sin duda habrían preferido una corona sin monarquía, como existe hoy en Gran Bretaña, por más decorativa. *(N. del A.)*

tuciones republicanas por las monárquicas podía ser extemporáneo, inadaptable y casi ruinoso a Colombia, mas no era criminal".[13]

En Bogotá, donde los sentimientos eran más conservadores y mucho más clericales que en Caracas, prevalecía la convicción de que la única manera de evitar la anarquía era invitar a un príncipe extranjero a ocupar el trono.

Si se hubiera visto muy presionado, y hubiese tenido la seguridad de poder contar con un apoyo desde Europa, quizás Bolívar hubiera asumido la corona. Sus simpatías estaban por el orden y la seguridad, y el poder que había ejercido durante tantos años sin duda lo inducía a no tolerar fácilmente oposición alguna.*

Aunque Páez después se convirtiera en opositor político, todavía en su corazón lo veneraba casi como a un dios. En ese momento lo habría apoyado hasta donde le hubiese sido posible. Y aún es posible que le hubiese instado a que aceptase el trono, como declararon sus enemigos; pero esto en un momento de desesperación.

En una carta dirigida desde Guayaquil al Coronel Patrik Campbell, el Encargado de Negocios británico, con fecha 5 de agosto de 1829, Bolívar da muestra, en una frase profética, de su profunda intuición política. Hablando del poco apoyo que recibiría un príncipe extranjero dice: "Cuánto no se opondrían los nuevos Estados americanos, y los Estados Unidos, que parecen destinados a plagar la América de miserias en nombre de la Libertad".[14]

Para comienzos de 1829, Páez se encontraba tan disgustado ante la situación en Venezuela que no deseaba otra cosa que retirarse a su hato en Apure y lavarse las manos de la vida pública.

Bolívar, cuya salud empeoraba, también quiso a menudo retirarse.

Páez le escribió una carta en que muestra toda la bondad y sencillez de su corazón. Puso a su disposición su casa en Apure y le pro-

---

13. La diferencia es tan pequeña que esa acción sería más bien una inconveniencia que un crimen. *(N. del A.)*

* Las más recientes investigaciones sobre los proyectos de monarquía en Colombia dejan suficientemente aclarado que el Libertador nunca pensó ceñirse la corona. Así, la Historia ha confirmado el dicho de Benjamín Constant, de que Bolívar sería el hombre más extraordinario del mundo, si moría sin haber ocupado el trono. *(N. del E.)*

14. Citado en español en *N. del A.*, que añade: Bolívar parece haber previsto la violenta intervención de los Estados Unidos en Cuba, Panamá y Nicaragua... por supuesto que siempre en nombre de la Libertad. *(N. del T.)*

puso que ambos fuesen allí a pasar sus días "como simples ciudadanos romanos". Quizás habría resultado mejor para ambos si Bolívar hubiese aceptado este ofrecimiento.

Escribiendo desde Guayaquil en septiembre de 1829, Bolívar le contestó como se podría contestar a un fiel servidor, a un hermano menor o a un empleado muy amigo de la familia: "Quedo de usted, amado General, su agradecido amigo; digo agradecido, pues esta carta que contesto es muy noble y generosa para mí. Me ha enternecido la idea que usted me ha dado, y ojalá pueda gozar con usted de la vida privada y compañía íntima".[15]

No es difícil imaginar lo que sentiría Bolívar al contestar la sencilla y generosa carta de su amigo de épocas anteriores. Ha debido sonreir levemente y luego pasarse la mano por la frente, esfumándose la sonrisa.

15. Citado en español en *N. del A. (N. del T.)*

CAPITULO XVIII

Pocos hombres en la historia tuvieron mejor oportunidad de usurpar el poder supremo que la que se le presentó a Páez en esta época de su vida. El que hubiese resistido la tentación resulta un elogio de su carácter, y muestra cómo un hombre, que carecía casi totalmente de educación primaria, objeto de adulaciones en todas partes, y sin contar con un verdadero amigo en quien confiar para pedirle consejo, pudo mantener una actitud serena y ecuánime.

En abril de 1829,* el General José María Córdova, joven y valiente soldado que se había distinguido luchando en el Perú al lado del Libertador, impresionado por la idea de que Bolívar pudiera abrigar aspiraciones monárquicas, se rebeló contra él. Escribió a Páez instándole a que se le uniera en la causa común contra "el tirano". Señaló los grandes servicios que Páez le había prestado a la patria, insinuando que Bolívar le debía más a Páez de lo que éste le debía al Libertador, intentando así despertar en él la envidia. Páez se negó a hacerle caso, y Córdova, después de una breve campaña, pagó su desatino con la vida. A Páez se le aproximaba el momento más crítico de su carrera.

El sentimiento latente de que la constitución resultaba inadecuada para los tiempos, y que era impracticable el proyecto dentro del cual se había concebido la unión grancolombiana, llegó al fin a su punto álgido.

En una convención que tuvo lugar en Caracas, en el mes de noviembre de 1829, Páez, que la presidía, tuvo que llamar al orden a varios oradores que criticaron al Libertador en términos desmedidos. Después de una discusión prolongada y violenta, se redactó un manifiesto firmado por los sacerdotes, padres de familia y principales de Caracas, el cual fue enviado al Libertador. Aunque concebido en términos muy

---

* La rebelión de Córdova estalló en septiembre de 1829. *(N. del E.)*

corteses, exigía explícitamente la separación de Venezuela de la Gran Colombia, y expresaba su intención inmediata de formar gobierno aparte.

Páez se encontraba en una situación verdaderamente desconcertante. Por una parte, su admiración por Bolívar y el hecho de haberse sometido durante tanto tiempo a su voluntad lo inclinaban a oponerse al proyecto. Por la otra, su natural ambición, pues tenía que haber comprendido que una vez eliminado Bolívar recaería inevitablemente el poder sobre sus hombros, lo incitaba a defender el derecho de Venezuela a gobernar su propio territorio.

Además era republicano por convicción, y sostenía que la Deidad había usado a los "sacerdotes, padres de familia, y notables" como megáfono para hacer audibles sus deseos.

Y por último era un patriota en su tierra nativa, y sabía que era imposible que continuara existiendo la Gran Colombia.

Al fin Venezuela entera se rebeló en contra de la unión. El pueblo veía en Páez el portaestandarte del movimiento a favor de la independencia nacional.

Lo curioso es que Bolívar, siendo nativo de Caracas, era casi odiado allí; pero en Bogotá, aunque no era del lugar, todavía gozaba de gran popularidad. Esto era más extraordinario, pues el patriotismo local está siempre muy metido en todo miembro de la raza española. Quien no ha nacido en "mi pueblo" es un extranjero, o al menos un "outlander" (extraterritorial), pues así es como mejor se traduce la palabra "forastero" que es usada por los españoles.

El movimiento separatista no era nada nuevo.

Antes del año 1731, las provincias de Caracas, Cumaná, Barinas, Guayana y Maracaibo eran dependencias de Nueva Granada. El Virrey vivía en Bogotá. En ese año (1731), debido a la enorme distancia que separaba las provincias venezolanas de la capital, les fue concedida la independencia de Bogotá, con el título de Capitanía General de Venezuela.*

Este estado de cosas duró un siglo, hasta el comienzo de la lucha por la independencia de la madre patria. De ahí que el estado artificial de la Gran Colombia, concebido por Bolívar con la idea de que resultaría un baluarte más fuerte para resistir a los españoles, nunca

* La creación de la Capitanía General de Venezuela, por Real Cédula de Carlos III, data de 1777. Las disposiciones del 1731 fueron en cierto modo, preparatorias de este último paso. *(N. del E.)*

gozara de popularidad. Baralt, tal vez el más independiente de los historiadores de Venezuela, pudo comprender esto. Escribiendo sobre esta cuestión dice: "¿Mas qué pacto, se dirá, podía hacer el prodigio[1] de confundir pueblos que separa la naturaleza?". Se refería al pacto conocido como "La Constitución de Cúcuta (1821)" concebido principalmente por el mismo Bolívar.

Una serie de actos arbitrarios por parte de algunos oficiales del Libertador, que quedaron impunes, sirvieron para exaltar más aun los ánimos. Incrementada la convicción de que Bolívar aspiraba, bien a una dictadura militar, o a una monarquía, esto acabó de hacerlo impopular. Fue violentamente atacado por la prensa local. Siguió el mismo ejemplo la prensa internacional, la cual calificaba a Bolívar de ídolo caído.

Para mayor encomio suyo, Páez lo defendió lealmente. Los ataques, en su mayor parte, eran injustos. El Libertador había sacrificado su fortuna y su salud a la prolongada lucha contra España. Durante veinte años no conoció el descanso. Había dado poca importancia a su vida, arriesgándola muchas veces temerariamente. Ahora, cuando su salud estaba deshecha y su fortuna disipada, la horda que lo había adorado se volvía implacablemente contra él.

Comoquiera que a los hombres se les juzga más bien por sus palabras que por sus actos, las críticas que hiciera a veces Bolívar de sus compatriotas parecían pesar más que todos sus brillantes servicios. "He arado en el mar", dijo en una oportunidad, probablemente cuando le asediaban los estúpidos, raza que, a diferencia del trato que el Apóstol daba a los gentiles, él nunca supo sufrir de buen grado. En otra ocasión dijo: "La América hispana es ingobernable. Todo lo que hemos ganado con la revolución es nuestra independencia". Estas frases y otras parecidas le hicieron gran daño.

Los hombres mediocres entre los cuales se movía Bolívar, verdadero héroe entre seres despreciables, nunca perdonaron estas expresiones, pues sabían que algo tenían de verdad.

Aunque no poseía el genio de Bolívar, Páez percibía más claramente que su jefe la razón de la inquietud social. En sus propias palabras lo expresaba con admirable claridad: "El estado[2] del país es

1. *Resumen de la Historia de Venezuela,* vol. II, pág. 7. RAFAEL MARÍA BARALT, Curazao, 1887. *(N. del A.)*
2. *Autobiografía de Páez,* Vol. II, Cap. III, pág. 27. *(N. del A.)*

la consecuencia legítima de todos y cada uno de los males heredados de la ominosa dominación colonial".

Bolívar tenía que haber sabido esto, pues dijo en una ocasión que Venezuela "no había conocido nada sino las cadenas en la infancia, y en la madurez nada sino armas para romper las cadenas".

En Bogotá la situación empeoraba rápidamente.

En enero de 1830 renunció Bolívar al poder, pero desafortunadamente una mala inspiración le hizo volver.

La mayoría de las ciudades de Venezuela, siguiendo el ejemplo de Caracas, se habían declarado por la separación. Todo indicaba la elección de Páez como primer presidente. Ante el dilema de su lealtad hacia el Libertador y de lo que él consideraba su deber, emitió una proclama de la cual es preámbulo lo siguiente: "Pueblos de Venezuela habéis manifestado que queréis separaros del Gobierno de Bogotá, y no depender más de la autoridad de S. E. el Libertador General Simón Bolívar. Os habéis pronunciado al mismo tiempo porque se establezca en Venezuela un gobierno soberano popular, representativo, alternativo, electivo y responsable: y ha sido tal la decisión de vuestros votos, tal la unanimidad con que los habéis emitido, que faltaría a mis deberes para con la patria, si no aceptase el honroso encargo[3] que me habéis hecho de sostenerlos y de hacerlos efectivos..." lo encabeza José Antonio Páez, Gobernador Civil y Militar de Venezuela.

Sabía que sería elegido para la presidencia. Dadas las circunstancias en que se encontraba, era difícil que Páez hubiese podido actuar de otro modo. Si se hubiera negado a presidir el Gobierno, el país habría caido en la anarquía, pues no había otro hombre de suficientes méritos y de carácter para sustituirlo. Si se hubiera mantenido fiel a Bolívar a toda costa, habría caído irremisiblemente. Cuando llegó la noticia a Bogotá de los últimos acontecimientos, se aferró Bolívar a la idea de la unión, aun a sabiendas de que era inevitable la separación.

Era natural. En la plenitud de su gloria y poder había creado la Gran Colombia, y sin duda esperaba ser recordado como el autor de esa empresa. Esto pudo haber sido útil por breve tiempo, y el simulacro de un gran estado, pues no era otra cosa, capaz de reunir grandes ejércitos al ser provocado, impresionó mucho a los españoles. Esta

3. Esta es la substancia de su proclama desprovista de muchos de sus incontables adjetivos. *(N. del A.)*

época, si realmente existió, ya había pasado. Un hombre que poseyera el penetrante intelecto de Bolívar debió haberlo comprendido; mas la vanidad y la fe del hombre en sus creaciones a menudo ofuscan el entendimiento, y son pocos los que renuncian con dignidad un trono o una silla presidencial.*

Estaba a punto de declararse un estado de guerra entre Venezuela y Nueva Granada, conocida desde entonces como la República de Colombia.

Al mismo tiempo que enviara una misión a Caracas y escribiera a varias personas influyentes en ese lugar para que intentasen efectuar una reconciliación entre las dos repúblicas, Bolívar despachaba a su fiel amigo, el General O'Leary, con un ejército de considerables proporciones hacia la frontera venezolana. Aún sus admiradores más incondicionales deben admitir que fue éste un gran error de su parte.

Páez naturalmente se vio en la necesidad de adoptar medidas de defensa, y escribió al General Mariño ordenándole que vigilara cuidadosamente la frontera situada en las inmediaciones del Orinoco.**

Nada sucedió. Obviamente Bolívar no podía invadir su tierra natal, y ya había pasado la época en que todos hubiesen acudido ante la mera presencia del Libertador. Había otra razones más poderosas. Los días del Libertador estaban contados. Su salud estaba completamente minada, y él, que había vivido prácticamente a caballo durante veinte años, se encontraba ahora tan debilitado que apenas podía soportar dos horas en la silla.

Ambos países comprendían que el ir a las armas habría resultado la ruina de todos; las arcas estaban casi vacías y la gente estaba harta de la guerra.

Principalmente por complacer a Bolívar, se convocó una conferencia en Cúcuta entre los comisionados de los dos países. Se disolvió sin que se hubiese logrado nada, emitiéndose únicamente un protocolo que es el último recurso del diplomático.

---

* Graham no parece haber captado aquí, ni en el los párrafos que siguen, los verdaderos motivos que impulsaban a Bolívar. Es un hecho incuestionable que éste no quería el mando por ambición ni vanidad, sino porque deseaba emplear el prestigio excepcional de su nombre para la estabilización de los pueblos que había libertado. *(N. del E.)*

** Es un error. Mariño se dirigió a la frontera del Táchira. *(N. del E.)*

Bolívar aún se aferraba obstinadamente a la dictadura, alentado por su amor al poder o por los consejos desatinados de sus amigos. Las ciudades de Nueva Granada una tras otra se le declararon en contra, dejándolo casi solo, con excepción de Bogotá.

Al fin, presionado por las circunstancias y la enfermedad, convocó una asamblea entre sus amigos para que le aconsejasen si debía aceptar la Presidencia en unas próximas elecciones. Sus amigos, entre los que estaba el historiador Baralt,* le aconsejaron retirarse. Cuando le comunicaron su opinión, dice Restrepo[4] que siguió una escena dolorosa.

Bolívar se había habituado tanto al poder y se había quemado tanto incienso en su honor, que le resultaba difícil comprender que su hora había pasado.

Además sus partidarios eran numerosos e influyentes. Al fin cedió a los consejos de los ministros extranjeros y a los ruegos de sus amigos, quienes no deseaban que triunfasen sus enemigos en las elecciones.

El 29 de abril de 1830, envió su último mensaje al Congreso, depositando en sus manos el poder que durante tanto tiempo ejerciera.

Al día siguiente partió para Cartagena, con la decisión de terminar sus días en Europa, lejos de la tierra ingrata a la que había llevado a la independencia a costa de su fortuna y de su salud. Pero el destino no permitió que se cumpliesen sus deseos. Después de caer enfermo en Cartagena, se refugió en la pequeña quinta española de San Pedro Alejandrino, construida al estilo antiguo a poca distancia de Santa Marta. La casa aún existe, rodeada de árboles seculares, de los que cuelgan hojas de musgo español y alrededor de cuyos troncos trepan lianas como serpientes que se enroscan a Laocoonte y sus dos hijos. Sus flores rojas y amarillas sobresalen a través de las hojas de tono oscuro metálico y los colibríes se posan sobre sus pétalos superando todo el arte de los joyeros con su brillo iridescente.

Un pequeño jardín con algunos arbustos descuidados da ese aire de desolación que solamente sabe dar un jardín abandonado, que

---

* Rafael María Baralt, el historiador, andaba entonces por la línea del Táchira, acompañando al General Mariño como secretario. El autor debe haberlo confundido con su tío Andrés Baralt, el senador, quien se hallaba en Bogotá y tuvo descollante participación en aquellos sucesos. *(N. del E.)*

4. *Historia de la Revolución de Colombia:* José Manuel Restrepo, París, 1827, *(N. del A.)*

habla de manos que se fueron y que en el pasado cuidaban de las flores que se marchitaban. Detrás se eleva la Sierra de Santa Marta con sus nevados picos.

Los restos de Bolívar no reposan en la pequeña quinta, pues su tierra nativa, la misma que en vida lo rechazara tan ignominiosamente, ha erigido un catafalco de mármol sobre sus restos mortales. ¡Qué lástima! Mucho mejor se habrían quedado en la solitaria y pequeña casa de campo española al pie de la "Sierra" cuyos picos se ven lejanos desde la costa en los buques que pasan y aran el océano, como él, con sus propias palabras de amargura, había arado la mar.

Ahora Páez era incuestionablemente la primera figura en el país y su elección a la Presidencia se daba por segura. El Ecuador pronto siguió el ejemplo de Venezuela y se separó de la unión. La Gran Colombia se disolvió. Así acabó el grandioso sueño del Libertador, y a las tres repúblicas sólo les quedó "apenarse por sus males". Resultaba inevitable desde hacía muchos años. Ninguna de las tres repúblicas sufrió por ello. También se había disuelto la larga amistad entre Páez y Bolívar. Juntos habían atravesado tantas leguas de llanuras, habían soportado juntos los rayos del sol abrasador de Apure, habían vadeado tantos ríos poblados por caimanes y juntos habían peleado tantas veces, casi tocándose los estribos, que cada uno debió lamentar que la política los hubiera convertido en enemigos, o al menos en "contrarios", para usar la palabra española. Si el Libertador se hubiera mostrado un poco más flexible, la ruptura inevitable de la unión se habría efectuado más airosamente y juntos habrían continuado disfrutando la misma posición que habían ocupado durante tantos años, de maestro y discípulo, o de dos hermanos, el uno venerado por el otro.

Páez quedaba ahora solo en el campo. Su único rival de consideración era el General Santander en Bogotá, pero éste jamás gozó de la popularidad entre el pueblo de que gozaran Páez y Bolívar.

En el año de la disolución, Sucre, el vencedor de Ayacucho,[5] la figura más noble que produjeran tanto Nueva Granada como Venezuela, fue vilmente asesinado cerca de Popayán cuando emprendía un

5. La batalla de Ayacucho se libró en los Andes del Perú el 9 de diciembre de 1824. Sucre derrotó totalmente a los españoles, y tomó prisionero al Virrey La Serna. Después fue Presidente del nuevo estado constituido, Bo-

viaje por los Andes. De una lealtad incondicional, Sucre fue el único de los generales de Bolívar que jamás conspiró contra él ni desobedeció mandato alguno.

De cuna humilde, Páez llegó a ser el ciudadano más importante de la República. La rueda de la Fortuna había dado una vuelta completa, y él, que en un tiempo lavaba los pies del negro Manuelote, se hallaba sentado en la silla presidencial. Hasta el año 1847 rigió los destinos de la República, haciendo y deshaciendo generales a su antojo y gobernando como un patriarca.

---

livia, territorio que antes se conocía como Alto Perú. Su capital era Cuzco.* *(N. del A.)*

* Se trata de un lapsus, pues Cuzco no fue nunca la capital de Bolivia. *(N. del E.)*

CAPITULO XIX

Una vez establecido en la Presidencia, Páez comenzó inmediatamente a activar la abolición de la esclavitud. Años antes, cuando según él mismo ignoraba por completo todas las teorías sobre los derechos del hombre, había logrado abolir la esclavitud en el distrito de Apure, cuando sólo era un oficial al frente de un ejército local.

Páez parece haber tenido un sentido espontáneo de la justicia, y el hecho de que muchos negros pelearan bravamente en sus filas influyó mucho en él, al reflexionar que ellos ponían en peligro sus vidas por libertar un país que les negaba la libertad más elemental. Indujo al Congreso a aprobar una ley que no abolía la esclavitud por completo pero limitaba ese mal por medio de varias concesiones, tales como la prohibición de vender un esclavo fuera de la región en que vivía.

Dicha ley estipulaba que se diese educación a los negros y prohibía la importación de nuevos esclavos. Sin duda esto era un paso hacia una solución y era el único que podía dar sin peligro en ese momento. No estaba destinado a recoger el fruto de sus esfuerzos, pues había de hacerlo su enemigo mortal el General Monagas años más tarde.

Páez pronto se daría cuenta de que el peso de la responsabilidad de un Presidente era mucho más difícil de llevar que el de un domador de caballos llanero o el de un jefe de guerrillas.

El Arzobispo de Caracas, uno de esos eclesiásticos que creían que su consagración los colocaba por encima del poder civil, se negó a prestar el juramento de lealtad que prescribía la Constitución de Venezuela. Páez, que a través de su vida aún conservaba la fe que le habían inculcado desde niño, se sentía renuente a proceder drásticamente con el recalcitrante eclesiástico.

Su posición se hacía doblemente difícil por el hecho de que el Arzobispo era hombre de vida ejemplar, muy respetado por sus compatriotas, y siempre había sido buen patriota.

Dos veces se negó a prestar el juramento. A la tercera ofreció presentarlo, mas con una interpolación de su propia invención llamada "cortapisa". La cortapisa decía: "Juro respetar la Constitución si incluye una cláusula respetando la inmunidad de la Iglesia, la cual juré defender a mi consagración".

Tras muchas negociaciones, Páez le dio cuarenta y ocho horas para jurar o abandonar el país. El Arzobispo escogió el camino del martirio, obrando sin duda de acuerdo con su conciencia. Páez lo embarcó para Curazao. Como ésta era una isla holandesa, donde prevalecía la fe del maldito "Calvino", sin duda el digno sacerdote moría día a día en su arenosa Patmos.

Al ser alejado el Arzobispo, los demás clérigos prestaron el juramento y se salvó la Pequeña Venecia.[1]

Al fin de ese memorable año, murió el Libertador, pobre y abandonado. Dicen algunos que llegaron a faltarle los medios más elementales de subsistencia. Ninguna tragedia de Eurípides contiene un final más trágico que el del Libertador. Desde el más alto pináculo de la fama, pregonado su nombre en el mundo entero, objeto de tanto afecto y adulación, cayó, mas no como Lucifer, sino como habría caído el Arcángel Miguel, si el cielo hubiese estado poblado de hombres en lugar de ángeles. La misma casa en que muriera se debió a la bondad de un "buen español", Don Joaquín de Mier.[2] El médico que lo asistió en su última enfermedad era un francés, Don Alejandro Reverend. Rico de nacimiento, no dejaba propiedad alguna, salvo su espada, sus ropas y sus libros. A pocos se podría aplicar con mayor justicia la vieja sentencia *sic transit gloria mundi.* La gloria pasó sin duda, pero su nombre no se olvidará nunca mientras el sol ilumine la nieve sobre Puracé o Sotará, los caimanes se tiendan como troncos mojándose en el Apure y los blancos conos de Illimani y Pichincha se

1. Es decir, Venezuela. *(N. del T.)*
2. "El día 6 de diciembre fue trasladado a la quinta de San Pedro Alejandrino, propiedad de un buen español, Don Joaquín de Mier, que generosamente le brindó hospitalidad". *Historia de Venezuela* por H. N. M., Caracas, 1927. *(N. del A.)*

eleven como faros del camino al cielo, vistos por el marinero que pasa muy en alta mar.

Páez ha debido sentir arrepentimiento por su muerte y ha debido lamentar el no haber hecho constar su protesta contra la difamante sentencia que dictara Venezuela en contra de su hijo más ilustre. El haberle tildado de tirano, llegando a afirmar que constituía un peligro para la patria, como lo hiciera el Congreso de su ciudad natal,* no mermó en absoluto su gloria y sin duda desprestigió al Congreso. Pero puede ser que los políticos, que tan fielmente dan y reciben y lanzan los epítetos de canalla, asesino y bribón, se conozcan mejor entre sí de lo que los conocen los mortales corrientes.

Jamás se adhirió Páez a las críticas en contra del Libertador después de su caída del poder. Cuando casi todos lo colmaban de insultos, sólo Páez se refería a él con afecto y respeto.

En junio (1830) escribió al Doctor Yanes, Presidente del Congreso, recomendando que se diese una pensión anual de setenta mil pesos al Libertador, como contribución de Venezuela a los trescientos mil que se le habían asignado como Presidente de La Gran Colombia en el congreso que tuvo lugar en Cúcuta en 1821. También manifestó que era una cuestión de honor nacional el apoyar al Libertador en su litigio por la posesión de las minas de Aroa, que constituían una herencia de su familia.

Ahora que se habían trocado sus posiciones, sin duda surgió en la memoria de Páez su primer encuentro con Bolívar en Apure, la admiración que sintiera por él en su juventud, las largas travesías que habían hecho juntos por las llanuras abrasadas. Esta clase de recuerdos es la que siempre perdura en hombres como Páez, que han pasado largas horas a caballo, hambrientos y abrasados por la sed.

Solamente una vez se le oyó a Páez criticar adversamente a su amigo, en los primeros días cuando ambos eran jóvenes. Después de una lucha que tuvo lugar cerca de Villa de Cura, se le oyó a Páez manifestar al Libertador: "Nunca perdí una batalla cuando obraba por mi cuenta, y siempre he sido derrotado al pelear junto con usted o bajo su mando". En verdad el autor que conservó esta anécdota[3] fue

* El Congreso Constituyente de 1830 se reunió en Valencia, no en Caracas. *(N. del E.)*

3. *Memoirs of Bolivar.* Ducoudray Holstein, Londres, 1830, tomo II. Pág. 402. *(N. del A.)*

en extremo adverso al Libertador, negándole vocación militar, coraje y hasta la honradez.

Con Páez en la presidencia, evitado el peligro de una guerra con Colombia y el de cualquier intento de España para recuperar el poder, la situación en Venezuela debió volverse más tranquila, pudiéndose dedicar el país a sus problemas internos. Pero el destino lo dispuso de otro modo.

Un jefe de guerrillas, rico patriota, el General José Tadeo Monagas, quien desde el principio le envidiaba a Páez su ascenso al poder, se negó a reconocer el acta de la separación y tomó las armas contra el gobierno. Atrajo a su causa al General Mariño, uno de los jefes patriotas que habían servido con gran valentía con el Libertador, pero quien era un intrigante nato y sólo luchaba por sus propios intereses.

El movimiento encabezado por Monagas no llegó por el momento a provocar una guerra civil.

En una entrevista celebrada entre los dos rivales en el Valle de la Pascua, se llegó a un acuerdo en que se declaraba una amnistía general. Aunque se aplacaron los ánimos momentáneamente, seguía la inquietud, y de esta fecha data la prolongada lucha entre los moderados y los liberales.

Por una ironía del destino, llegó Páez a ser jefe del partido aristócrata, conocido como el de los Mantuanos. Monagas, dueño de muchas propiedades y hombre de una educación esmerada, llegó a ser el paladín de los demócratas. Sus rivalidades provocaron miserias incalculables en el país, e iniciaron una larga serie de guerras civiles que han sido la maldición de Venezuela, hasta comienzos del siglo actual.

Monagas no fue el único en incitar a la rebelión. Surgían bandas de semi-bandidos, semi-revolucionarios, que en Venezuela se llamaban facciosos, por todas partes.

Castañedo, Cegamón y Alcázar, todos oficiales descontentos que habían participado en la Guerra de la Independencia, y que no conocían otro oficio que el de la guerra, reunieron cuanto bandido pudieron encontrar y saqueaban y pillaban el país en nombre de la Libertad. Hasta el General Bermúdez, quien había sido uno de los oficiales de confianza del Libertador y que siempre se había opuesto

a la separación con respecto a Nueva Granada, se declaró en rebelión en la provincia oriental.

Páez se encontraba constantemente alerta, y se pasaba la vida montado a caballo, silla probablemente más cómoda que la presidencial, o en Caracas, creando medios de poner coto a los numerosos levantamientos de los facciosos.

De una manera u otra, algunas veces por la fuerza y otras por medio de una atinada clemencia, logró en pocos meses reducir a la obediencia a todos los oficiales descontentos.

Sólo el bandido José Dionisio Cisneros seguía resistiendo en su inaccesible refugio montañoso. Este bribón había reclutado una banda de soldados descontentos, cimarrones y salteadores de caminos, unos doscientos en total. Les inculcó disciplina y los convirtió en una formidable fuerza bien armada. Su principal refugio eran los profundos valles en la región del Tuy, no muy lejos de la capital. Desde allí salía a saquear, llegando a veces hasta las mismas puertas de Caracas.

El río Guaire corre por la parte alta de este distrito. En el curso de siglos, el río ha cortado su camino en lo hondo por las montañas y fluye en una serie de cascadas hasta que desemboca en el Tuy. Sus orillas se hallan revestidas de la más lujuriante vegetación tropical y son el lugar favorito de grupos de monos y de innumerables papagayos y guacamayas. Grandes mariposas surcan los claros de los bosques y parece que no mueven las alas, como los búhos vuelan imperceptiblemente por los calveros del septentrión, mientras que de lo alto de las copas de los árboles llega el lamento del perezoso.

Tal país, tan abundante en cuevas y escondites y fácilmente defendible, era un refugio ideal para un jefe de bandidos.

Páez envió varias expediciones para capturar a Cisneros pero todas fracasaron. En un solo mes gastó el Gobierno de Caracas sesenta mil pesos sin obtener el menor resultado.

Una de las estratagemas que empleaba Cisneros para despistar a sus perseguidores era la de obligar a sus hombres a pisar sobre la misma huella del soldado que iba a la vanguardia. Esto dejaba una sola huella, y muchas veces lograba engañar a los que lo perseguían. Algunas veces los hacía marchar hacia atrás, lo cual hacía imposible seguirle la pista sino a baquianos muy diestros de la frontera.

Las horribles atrocidades que cometía Cisneros mantenían aterrorizadas a todas las poblaciones, viéndose los habitantes en la necesidad de convertirse en sus espías, so pena de ser asesinados.

Este rufián parece haber creído sinceramente que era el último defensor de los derechos de España y de la religión, e inspirado opositor de los republicanos.

Varias veces el Arzobispo de Caracas, el Doctor Méndez, exhortó a Páez a que librase el país de este facineroso.

El momento no era oportuno, pues Páez tenía que concentrar todos sus esfuerzos en sofocar varias rebeliones. Posteriormente en el año 1831, tomó una de esas decisiones que sólo un hombre de su talla podría haber tomado. Su propósito era ganarse a Cisneros por medio de la bondad, y después de entablar relaciones personales con él, ejercer sobre él ese poder de fascinación del que se sabía poseedor.

Debe tenerse en cuenta que en esa época Páez era Presidente de la República, y no tenía obligación alguna de exponer su vida persiguiendo a los bandidos hasta sus propias guaridas. Semejantes consideraciones jamás preocupaban a Páez, quien después de haber escapado milagrosamente con vida tantas veces, probablemente se consideraría invulnerable.

Una de las expediciones enviadas para apresar a Cisneros logró por una casualidad capturar a un hijo suyo, un muchacho de unos dieciséis años de edad. Este joven orangután, pues era un auténtico salvaje de las selvas, aún no había sido bautizado. Páez decidió que se celebrara esta ceremonia con alguna pompa, haciendo él mismo las veces de padrino del muchacho. La ceremonia del bautizo, además de la significación mística que tenía para los creyentes en España y América del Sur, se consideraba como origen de un lazo espiritual entre el padrino y los padres del niño.

Después de celebrarse el bautizo debidamente, como sin duda lo fue, a cargo del Arzobispo de Caracas, con la sal adecuadamente llevada a los labios del neófito, y después de dar las acostumbradas limosnas,[4] Páez y Cisneros se encontraron atados por los lazos espirituales mucho más fuertes, según los teólogos, que el más fuerte acero.

4. "Trajeron el agua que estaba bendita / La Sal en la boca, soltaron la guita". Canción antigua. *(N. del A.)*

En cuanto al aspecto material, Páez se encargó de la educación del muchacho, salvado, si no de la hoguera, por lo menos del cadalso. Luego escribió a Cisneros informándole de los lazos místicos que los unían, pues ya eran compadres, es decir, padres comunes en el Señor, del involuntario catecúmeno.

Cisneros pareció sentirse halagado, pues su contestación fue muy amable, sin duda con toda la riqueza de adjetivos que constituye el don común de los estadistas, los bandidos, los muleros y los príncipes de la iglesia en las Américas. Páez volvió a escribir proponiéndole "que abandonase la vida errante por los bosques para buscar el reposo y tranquilidad de la vida civilizada protegido por las leyes". También ofreció proporcionarle medios de vida al lado de su hijo, quien era ya miembro de la Iglesia Católica y de una escuela.

Le advirtió que era inútil ser más realista que el Rey, pues el Rey de España había renunciado a todos sus derechos en Venezuela. Cisneros contestó en una carta oficial que jamás se cansaría de servir a Dios y que era oficial del Rey, que sabía lo que era el honor y que nunca faltaría a su palabra.

Páez, quien jamás vacilara en exponer su vida, fue a pasar una temporada a una hacienda llamada Súcuta, situada en medio del territorio en que operaba Cisneros. Allí invitó a todos los campesinos, que bien sabía eran de la confianza del bandido, a una serie de grandes comilonas. En ellas les obsequiaba carne y hallacas,[5] plato local consistente en carne picada, especiada y enrollada en una hoja de maíz; y todo bañado en copiosos chorros del nuevo ron de Carúpano.

Estos banquetes terminaban siempre con un baile llamado el Carrizo, muy popular en el distrito en aquellos días. Probablemente participaba el mismo Páez, pues hasta una edad muy avanzada jamás desperdició oportunidad de bailar, ejercicio que le gustaba casi tanto como la pelea.

Por medio de estos obsequios, y generosas provisiones de ron, se hizo tan popular que Cisneros le escribió manifestándole que le había llegado a cobrar afecto. Luego Páez propuso una entrevista, a lo que contestó Cisneros que "en nombre de la Santísima Trinidad

5. Las hallacas o hayacas se llaman en México y también son plato nacional en aquella república.

esperaría al Presidente en la Montaña Lagartijo, en la provincia de Caracas".

Páez partió a su encuentro, se supone que bajo la misma sagrada égida, pues era devoto trinitario y sostenía todos los dogmas de la Iglesia en su integridad, sólo un poco teñidos de los dogmas de la Revolución Francesa, pero no de un modo muy importante. Se fue llevando dos ayudantes de campo y un soldado llanero, antiguo lancero.

Al llegar al pie de la montaña, Páez se detuvo y despachó al soldado para que le informara a Cisneros que acudía a la cita. A la media hora regresó el soldado exhortando a Páez que no continuara, pues le esperaban doscientos bandidos bien armados de pies a cabeza, cuyo jefe le había dicho que Páez sería recibido como se merecía. Ordenando a sus edecanes y al soldado que lo esperasen donde estaban, y diciéndoles que si no regresaba al atardecer debían informar a las autoridades en Caracas que había muerto, Páez avanzó solo. Al doblar una senda de montaña sobre una pequeña meseta, se encontró con un cuerpo de doscientos bandidos en formación que lo esperaban.

Cisneros estaba a unos pocos pasos de la tropa apoyado sobre un trabuco. Aunque completamente armado y sin duda obedecido por todos sus seguidores, no parece haber sido la imagen de un jefe de bandidos ideal, a pesar de su fiereza. Bajo[6] y de estructura liviana, su cara estaba casi completamente oculta por la masa de suspenso cabello que le caía a cada lado de las mejillas.

—Presidente Páez —le dijo— ¿qué diablos vienes a hacer aquí?

—Vengo solamente a entenderme contigo —le repuso Páez.

—Tú ves —le dijo Cisneros— que con mis doscientos valientes compañeros... puedo poner precio a tu cabeza o verla caer a balazos; pero no se trata de eso... ¿quieres para formar una idea de la habilidad de mis compañeros de armas, mandarles algunas maniobras y el ejercicio de fuego?

Páez naturalmente se convenció de que le había llegado su hora; no obstante dio algunos pasos hacia adelante y les mandó algunas evoluciones que ejecutaron con gran precisión y rapidez. Al fin llegó el momento crucial. El ejercicio en aquellos días terminaba en una descarga de las tropas. Páez dio la acostumbrada orden de cargar,

6. *Escenas Salvajes de Suramérica,* RAMÓN PÁEZ, Londres, 1865, pág. 369. *(N. del A.)*

pero el ruido sordo de las baquetas de las armas indicaba que ya estaban cargadas.

—¡Apunten! —dijo, convencido de que estaba ordenando su propia ejecución.

En el momento de dar la orden de fuego, Cisneros, quien probablemente había concebido toda la escena para poner a prueba el valor de Páez, hizo una señal con la mano, y los soldados, levantando sus armas, dispararon al aire. Avanzando, Cisneros exclamó:

—¡Me has vencido! —De aquí en adelante cuenta conmigo vivo o muerto. Al echar el bandido una ojeada envidiosa al colgante montado en plata que llevaba Páez, éste lo quitó de su cinto y se lo dio.

Juntos partieron hacia Súcuta donde esperaba ansioso el General Ortega. Cuando llegaron juntos, seguidos de la mayoría de los bandidos, Ortega, utilizando un conocido dicho llanero, que se refiere al caballo salvaje ya medio sometido, dijo: "General, el indio dejó caer la oreja". Cisneros había ciertamente dejado caer la oreja y se había sometido.

Páez le asignó unas tierras en el distrito del Tuy en las que pudo establecerse junto con su gente. Por un tiempo permaneció tranquilo, aunque de vez en cuando se imponían sus viejo hábitos, y cometió varios pequeños excesos, los cuales Páez, orgulloso de su hazaña, siempre disculpaba.

Cuando se le citaba a comparecer ante el Gobierno, se defendía diciendo: "Yo no me sometí a gobierno alguno, sino a mi compadre Páez; la suya es la única ley que obedezco".

En varias oportunidades prestó valiosos servicios contra otros bandidos, siempre empleado según el principio de poner un bandido a cazar otro bandido.

Todo parecía augurar que Cisneros acabaría sus días como próspero ganadero, pero la política lo perdió, como ha perdido a hombres de mayores méritos de los del ex-jefe de bandidos.

Estando complicado en uno de los tantos movimientos revolucionarios que en esos tiempos parecían servir para purificar la sangre, como el cantar a lomo de caballo en primavera purifica los malos humores del animal, pagó con su vida, siendo pasado por las armas. El suyo fue un fin digno de uno que había servido, según decía él mismo, a Dios y al Rey.

CAPITULO XX

Todo el episodio del bandido Cisneros fue una experiencia poco usual para el presidente de un estado soberano, aún en la Venezuela de 1831. Muestra el carácter aventurero del hombre, y sin duda despertaba más simpatía entre la mayoría de sus compatriotas, que si hubiera producido un código de ley. Junto con esta tendencia de exponer innecesariamente su vida, Páez a menudo afectaba una actitud moralizadora que es a veces característica en los hombres de acción que erróneamente se creen poseedores de la virtud de la prudencia.

Esto se deja entrever cuando escribe acerca del regreso del General Santander a Bogotá, después de un período de exilio, motivado por su participación en el complot para asesinar al Libertador. "Ya para esta fecha (1831), había vuelto a la patria el General Santander, y se le habían restituido sus grados y honores militares.

"Estos y muchos otros ejemplos debieran servir de lección a los hombres públicos para retraerlos de acudir a la violencia cuando se les sacrifica a las pasiones o a las necesidades de un partido. El tiempo es, en estos casos, el mejor tribunal de apelación".

Excelente consejo que Páez asiduamente evitaba seguir, cuando su propio partido fue expulsado. Su firmeza con el clero de Caracas tuvo éxito, pues a finales de 1831, el Arzobispo y sus sacerdotes, debidamente arrepentidos y metafóricamente vestidos con sacos y cubiertos de cenizas, firmaron la Constitución sin "cortapisa" ni tontería alguna. Esto aumentó considerablemente el prestigio de Páez, pues en esa época a ningún gobernante le convenía correr el riesgo de tener en su contra el poder eclesiástico, no obstante ser Venezuela un estado liberal.

Pero, su posición estaba llena de dificultades, las cuales tuvo que afrontar.

Las revueltas en pequeña escala contra el gobierno central eran casi continuas. Estas las pudo sofocar sin grandes inconvenientes, aunque hubo una rebelión de todos los esclavos de la República, la cual le dio mucho más que hacer.* Cuando disponía de tiempo, su mayor preocupación era la educación pública.

Aunque casi analfabeto para esta época de su vida, pudo comprender que donde existía la ignorancia no podía haber libertad. Así protegió con toda su influencia al célebre Feliciano Montenegro, en sus esfuerzos por establecer las escuelas primarias.

El comentario que hace Páez acerca de la suerte del maestro de escuela muestra su mentalidad penetrante y comprensiva. "No se olvide que el magisterio es la carrera más penosa que abraza el hombre instruido... ella exije la más completa abnegación, porque es lucha continua y a brazo partido con la ignorancia, con las preocupaciones y vicios de la época".

Nadie ha escrito con mayor simpatía y comprensión hacia la vida cotidiana del maestro de escuela. Eso hace honor al que escribe, no sólo por las cualidades intelectuales que demuestra, sino por los delicados sentimientos de su corazón.

Páez tuvo siempre por el saber un respeto que sólo sienten los más cultos y los analfabetos.

Montenegro no era un hombre común. Considerando prematura la revolución, se alistó en el ejército español, llegando a ser coronel, y al terminar la guerra, no siendo reconocidos sus servicios en España, regresó a Caracas. Allí se convirtió en el precursor de la educación venezolana, y enfrentándose a la mala voluntad que se le tenía por su participación en la guerra revolucionaria, venció toda oposición por su seriedad. Selló sus servicios a la patria fundando el Colegio de la Independencia en Caracas, purgando así la falta de espíritu patriótico que había demostrado en su juventud.

Aquellos que han acusado a Páez de serle hostil a Bolívar, deberían leer su carta dirigida al Congreso, con fecha 3 de enero de 1833, en la que pide que se rindan honores públicos a la memoria del Libertador. "El nombre de Bolívar no puede pronunciarse sin admiración, y merece todo nuestro respeto".

---

* La Historia no parece haber retenido esa rebelión. *(N. del E.)*

Habla también de que "acciones grandes, esfuerzos magnánimos, sacrificios continuos, un patriotismo eminente, forman la historia de este inmortal caudillo, ya canonizado por la fama".

Eran tales las exaltaciones partidistas que hubo un debate acrimonioso en el Congreso de Venezuela sobre la proposición de Páez. Un diputado que había servido contra la patria en las filas españolas, cuyo nombre no menciona Páez, llegó a decir que ni Nueva Granada ni Venezuela se habían beneficiado por lo que había hecho el Libertador.

Esta opinión, bastante natural en boca de uno que había peleado por España y en contra de su tierra natal, no parece haber provocado mayor comentario en esos momentos. Debido a la participación de Páez en el debate, fueron acordados los honores a la memoria del Libertador, mas por sólo una pequeña mayoría.

Hoy Bolívar ha llegado a ser un semidiós, y existen más estatuas de Bolívar que de cualquier otro héroe nacional, con excepción, tal vez, de Garibaldi. El título de Magnánimo fue añadido al de Libertador. Un honor póstumo es, después de todo, el que menos daño hace al que lo recibe, pues estando él muerto, sólo los que lo conceden hacen el ridículo.

Se decretó que Caracas debía llamarse Ciudad Bolívar. Este apelativo honorífico ha caído en desuso, y la ciudad aun lleva el nombre de los indios que tenían su ranchería en el lugar que hoy ocupa Caracas.*

El primer período de la presidencia de Páez llegaba a su fin.

A pesar de todas las dificultades que tuvo que afrontar, su total falta de experiencia administrativa, su carencia de instrucción, y las numerosas rebeliones que tuvo que sofocar, desempeñó su cargo honrosamente.

La situación del país era bastante próspera, las finanzas de la nación mejoraban gradualmente, y todo lo que necesitaba Venezuela para lograr una prosperidad definitiva era un largo período de paz.

---

* Es difícil conjeturar donde obtuvo el autor los datos sobre ese título de "Magnánimo" concedido en forma póstuma al Libertador; respecto al cambio de nombre de la ciudad de Caracas, debe haber sufrido una confusión con la antigua Angostura, en las márgenes del Orinoco, llamada hoy Ciudad Bolívar. Por lo demás, nada tienen de ridículos los pueblos que rinden a sus bienhechores honores póstumos en señal de reconocimiento. *(N. del E.)*

En 1835 fue elegido Presidente el doctor José María Vargas, aunque Páez apoyó la candidatura de su viejo compañero de armas el General Soublette, veterano de la Guerra de la Independencia.

Se ha conservado la siguiente descripción del General Soublette: "Hombre de finas maneras, de fácil acceso, dulce en palabras, reservado en sentimientos, oye todo y nada dice; cortés por carácter y cortesano por inclinación".

Su accesibilidad y cortesía fueron las dos cualidades más reconocidas en este encantador esbozo del hombre público. Tanto en aquella época como ahora nadie lograba alcanzar el éxito en la vida pública en Sudamérica sin buenos modales, por encima de cualesquiera otras cualidades que pudiera poseer.

Páez abandonó las riendas del gobierno al parecer con el mismo gusto con que tomaba las riendas y la "falseta"[1] de un caballo medio salvaje en su posesión de San Pablo a unas doscientas millas en el interior, y se dispuso a reanudar su vida de ganadero.

Estaba destinado como Diocleciano a permanecer en su retiro sólo cuatro meses, no plantando coles a la manera de su prototipo romano, sino domando probablemente potros salvajes. Una mañana, temprano, cuando montaba en su caballo, disponiéndose a juntar el ganado, se le presentó un grupo de partidarios que llegaba de la capital. Le traían cartas de los principales ciudadanos de Caracas en las que le imploraban volver a la ciudad.

Un grupo de revolucionarios, conducido por el Mayor Pedro Carujo, había sorprendido al Presidente en su palacio, haciéndolo prisionero. Le instaron a que instituyera algunas reformas que deseaban, o que abdicase de inmediato. Aunque fue amenazado de muerte instantánea si se negaba, rehusó obstinadamente diciendo que no correspondía a su dignidad, ni a la de la nación, que el Primer Magistrado elegido cediese ante la fuerza de las armas. En cuanto a las reformas, dijo que las presentaría al Congreso; más lejos no iría. Carujo, espada en mano, dijo:

—Señor doctor, el mundo es de los valientes.

A lo que contestó Vargas tranquilamente:

1. La "falseta" es un cabezal con riendas hecho de pelo de caballo, y se usa para un caballo salvaje antes de que se le haya puesto bocado. Cuando se usa con un caballo domado, la cuerda que forma las riendas se emplea solamente como ronzal. *(N. del A.)*

—Se engaña usted, señor; el mundo es de los hombres honrados.

Su constancia fue admirable y su fe en la humanidad suficiente para poner el Aconcagua sobre el Cotopaxi, si se considera el mundo[2] en que vivía. Los revolucionarios lo embarcaron a la fuerza para la isla de Saint Thomas y luego proclamaron al General Mariño Jefe Supremo[3] de la República. Como concesión al ejército, Páez fue nombrado Comandante. Las reformas exigidas consistían en que se estableciera el sistema federal y que el catolicismo fuese decretado fe nacional; por último debía regir la ley marcial en todo el país.

No disponía Páez de tropas, excepto un pequeño grupo de adeptos. Reclutó apresuradamente una banda de campesinos, armados sólo de machetes y garrotes. Llegó un grupo de treinta o cuarenta jinetes de Villa de Cura para auxiliarlo. Con este contingente inadecuado marchó hacia Maracay donde fue reforzado por varios cuerpos de soldados veteranos. Rápidamente tomó Valencia. Luego emprendió marcha hacia la capital, creciendo cada día más el número de sus fuerzas. Tuvo un encuentro con el General Alcántara, en un lugar llamado Lagunitas, y allí tuvo lugar un episodio de carácter curioso y primitivo. Decidido a evitar a toda costa un derramamiento de sangre, convocó a

2. Este mundo ha cambiado poco, y los hombres honrados no parecen haber recibido el sello de su herencia. *(N. del A.)*

3. Todo el episodio es casi semejante al que ocurrió al Presidente Leguia del Perú sólo hace pocos años. Establecido en Lima en la residencia presidencial, fue sorprendido, como lo fue Vargas hace un siglo. Amenazado de muerte si se negaba a abdicar, rehusó valientemente, como lo había hecho su prototipo. Arrastrado a la plaza por una multitud tumultuosa de revolucionarios, se mantuvo todavía en su actitud, a pesar de que un negro gigante, situado en el pedestal de una estatua, levantaba en sus manos una gran piedra dispuesto a machacarle los sesos a una señal dada. Las tropas estaban todas en los cuarteles, algunos dicen que por ignorancia de lo que estaba pasando, y otros que porque habían sido ganados a la causa revolucionaria. En medio de la disputa, un grupo que llevaba un cañón de tiro rápido, completamente ignorante del peligro que corría el Presidente, volvía de practicar con el cañón. Los revolucionarios abrieron fuego contra el grupo de ametralladoras, pensando que acudían a rescatar al Presidente. El oficial al mando del grupo puso en acción su arma y segó a los revolucionarios como trigo. Los que quedaron con vida huyeron a ocultarse. Entonces salió ileso de entre los cadáveres el Presidente, que a la primera descarga se había arrojado de bruces haciéndose el muerto, y montando un caballo que alguien le había traido, se fue al palacio sin daño y entre los vivas del pueblo. *(N. del A.)*

una conferencia a Alcántara, y apelando a sus buenos sentimientos le convenció de que abandonara las armas. Luego a todo pulmón gritó al uno y al otro bando que se postrasen en tierra para dar gracias al Omnipotente por haberlos librado del horrible trance de regarla con sangre de hermanos. Después de esta sencilla oración ambos se arrodillaron dando gracias a Dios.

Debió de haber sido un espectáculo extraño y patético el ver cómo se arrodillaban y rogaban. El salvaje ambiente, los mal armados bisoños del campo y los caballos medio salvajes componían una escena que debió de dejar al Dios de las batallas complacido a medias y a medias colérico por el hecho de que tanta sangre como él consideraba que era la libación que se le debía no se reservase para una ocasión que le fuera más grata.

Durante catorce días Páez y su siempre creciente ejército atravesaron el país, recibiendo la sumisión de los jefes revolucionarios, quienes se arrepentían de su precipitación. Cuando llegó a Caracas, los rebeldes abandonaron la ciudad de noche, y pudo entrar sin oposición. Luego llamó al doctor Vargas del exilio y lo restituyó en el poder. Fue un verdadero triunfo moral, a diferencia de la victoria corriente, en la que ésta es generalmente el premio del partido más fuerte y la moralidad consuela a la víctima.

El partido revolucionario no supo jugar sus cartas. Tuvo a su disposición todas las ventajas, el ejército, el tesoro, todos los antiguos oficiales de la Guerra de la Independencia, y todos los barcos de guerra, los cuales se encontraban anclados en los diferentes puertos. Páez sólo contaba con su prestigio personal, y la opinión pública que estaba a su favor.

Aunque todo estaba tranquilo en la capital, el partido revolucionario aun contaba con muchas simpatías en las provincias. Con su acostumbrada generosidad Páez perdonó a todos los insurgentes. Parece haber sido excesivamente indulgente en este período de su carrera, pues la clemencia era mal entendida en esos días, y generalmente era tomada por debilidad por quienes sin duda no la habrían ejercido, de ser vencedores.

El Congreso Nacional aprobó un voto de agradecimiento hacia Páez y además le confirió el título de Ciudadano Esclarecido, una recompensa que desde luego no empobrecía el Tesoro Nacional y que añadía poco peso al caballo de Páez en una larga marcha. No cabe duda

de que Páez se sintiera complacido por el apelativo honorífico. Los que lo inventaron deben de haberse quedado contentos de su poder de imaginación, y después de todo el apelativo es más justificable que las medallas de guerra que los ministros civiles se conceden a sí mismos por emitir protocolos.

El General Monagas continuaba siendo el opositor principal de Páez. José Tadeo Monagas era un rico ganadero de Barcelona, donde se había establecido su familia desde hacía mucho tiempo, y la cual había servido honrosamente bajo el mando del Libertador. Alto y de fuerte contextura, pasaba por ser el mejor lancero que tuvo Venezuela en las guerras de la Independencia. Bastante culto y acaudalado, tenía una sed insaciable de poder.

Se decía que jamás pudo mirar de frente a la persona con quien hablaba, lo cual restaba el aire de distinción que de otra manera habría poseído.

Medía más de seis pies, su rostro expresaba gran determinación y aunque ya contaba sesenta y dos años, en la época[4] en que lo describe Ramón Páez, aparentaba cincuenta años escasos, pues su cabello y barba aún eran negros.

La envidia que sintiera por Páez rayaba en la obsesión a pesar de que durante algún tiempo habían sido amigos y habían servido juntos durante muchos años bajo las órdenes de Bolívar.

Ambos eran excelentes jinetes y grandes lanceros, y ambos estaban adiestrados en las guerrillas fronterizas, ávidos del aplauso popular, ambiciosos, temerarios, ponían poco precio a la vida humana, y eran descuidados con las propias. En el campo relativamente estrecho de Venezuela, no cabían en el mismo firmamento dos estrellas tan brillantes.

Monagas parece haber sido sincero en su deseo de restablecer la unión entre Nueva Granada y Venezuela, deseo que demuestra su inferioridad como estadista comparado con Páez, y su poco criterio en las cuestiones políticas. Una proclama que emitiera Monagas en 1835 muestra su mentalidad: "Debemos restablecer la República de Colombia y organizarla en Estados federales para sacar a los venezolanos del estrecho círculo en que los considero; declarar que la Religión Católica

4. *Escenas Salvajes de Suramérica.* RAMÓN PÁEZ, pág. 575. *(N. del A.)*

Apostólica y Romana es la oficial de la República; y dar los empleos públicos a los antiguos patriotas y fundadores de nuestra libertad".

Como quiera que todas las religiones y rebeliones se sostienen mediante el ofertorio, pues sin dinero no pueden perdurar ni religión ni rebelión, Monagas como primer paso hacia la Libertad obligó a la ciudadanía a pagar un impuesto de doscientos cincuenta mil pesos, para el cual seguramente emitió bonos, pagaderos cuando fuese Presidente.

Como suele suceder, la guerra civil pronto se hizo sangrienta, porque la libertad debe ser regada con sangre para que florezca. Ningún ciudadano podía contar con su vida, pues existían muchas bandas que iban por el país defendiendo las instituciones libres y asesinando a las gentes.

Como quiera que sentía un verdadero horror hacia la guerra civil, Páez propuso una conferencia entre delegados de ambos bandos. Monagas ofreció desbandar sus tropas si Páez convocaba un congreso inmediatamente, para que se aprobasen las reformas que él deseaba. La principal de éstas se relacionaba con la ley según la cual debían verificarse las elecciones. Su segunda proposición consistía en una completa amnistía para todos aquellos que hubiesen tomado parte en el movimiento, conservando sus oficiales sus grados y propiedades.

Creyendo tal vez insegura su posición, Páez desgraciadamente aceptó estas dos proposiciones, las cuales han llegado a ser una maldición para Venezuela, como lo han sido para México hasta hoy. Una vez aseguradas la vida y la propiedad después de una derrota, ningún revolucionario dejaba de probar su suerte, pues si fracasaba no había castigo.

Páez fue criticado duramente por su desatinada clemencia, tanto en las tribunas como por la prensa; pero las críticas eran de la naturaleza del adagio español "paga y reclama", es decir, reclama después que has sido obligado a pagar.

Aun se resistía Puerto Cabello bajo el mando del Mayor Pedro Carujo, quien desde hacía años venía participando en cuanto complot se hiciera contra el Gobierno.

Páez decidió tomar la ciudad a toda costa. El día de Pascua (1835) atacó la ciudad y la tomó después de una sangrienta refriega en la que fue apresado Pedro Carujo, mortalmente herido, y un día o dos después expiró. Con su muerte dejó de existir uno de los agitadores más decididos y turbulentos de la nación.

Una vez más reinó la paz, ese fuego fatuo de Venezuela, en esa tierra ensangrentada, mas no por mucho tiempo, pues poco después Páez fue llamado a sofocar una insurrección en su territorio nativo de Apure.

Dos hermanos, Juan Pablo y Francisco Farfán, llaneros de gigantesca estatura, ferozmente temerarios, desconociendo toda ley que no fuese la fuerza, se habían declarado en rebelión.

Sus razones eran las mismas que alegara Monagas; la restitución de la Gran Colombia y la defensa de la Iglesia Católica, la cual en realidad jamás había sido atacada.

Estos dos defensores de la fe católica habían sido bravos pero indómitos oficiales de Páez durante la Guerra de la Independencia. Ambos se habían pasado con frecuencia a las filas realistas, cuando quiera que hubiesen tenido algún disgusto con los republicanos. Habían servido bajo las órdenes de los Generales Yáñez y Morillo, y sólo volvieron con Páez cuando éste ofreció ascender al grado de capitán a cualquiera que se le presentase al frente de cuarenta hombres.

Justamente antes de la batalla de Mucuritas[5] desertaron de nuevo, volviendo luego a las filas patriotas. Harto ya de insubordinación Páez los expulsó del ejército, jurando hacerlos ejecutar si volvían. Durante varios años habían vivido tranquilos en sus propiedades de los llanos, mas jurando vengarse de Páez al presentárseles la oportunidad.

Páez comprendió la necesidad de actuar con rapidez. Conocía bien a sus compatriotas de los llanos y la presteza con que se unían a cualquier aventurero que se rebelase, cualquiera que fuese la causa.

Su vida errante, los fines de una vida pastoral y la abundancia de caballos en las llanuras les hacían mirar la revolución como una especie de jira campestre en la que, en tanto que veían pocos peligros, podían gozar de una vida aventurera, y si triunfara la causa que seguían, su fortuna estaba asegurada, y si fracasaban estaban seguros de la amnistía. Incluso, sin ésta, todo lo que tenían que hacer era irse a casa, enterrar las armas en algún sitio conveniente y reanudar la vida ordinaria, pues las distancias eran tan enormes que era imposible perseguirlos en las llanuras sin límite.

Reuniendo a unos sesenta de sus partidarios mejor montados, Páez cruzó el Apure de noche, hazaña que pocos querrían intentar. Los

5. Mucuritas fue una de las primeras victorias de Páez. *(N. del A.)*

caimanes y otros habitantes de las aguas del Apure acechaban tanto de noche como de día, y son más difíciles de ver de noche.

Al amanecer prosiguió a toda marcha la persecución de los hermanos Farfán. Al cruzar el Payara, río hondo y fangoso e infestado de caimanes, logró alcanzar a los rebeldes en la pequeña población de San Juan de Payara. Contaban éstos con unos cuatrocientos hombres, mas a pesar de la desigualdad numérica, Páez decidió atacarlos. Sus caballos debieron estar algo cansados después de la larga marcha nocturna, pero esto no impidió que cargaran al instante contra los cuatrocientos jinetes rebeldes.

Tan violenta fue la lucha, y tan exiguas parecían las posibilidades de vencer, que siempre se refirió Páez a la acción de Payara como la más desesperada de su vida.

Juan Pablo Farfán, el mayor de los dos hermanos, alcanzó a ver a Páez y lo agredió ferozmente con su lanza, pero fue muerto al instante por un sirviente de Páez llamado Rafael Solima, quien lo traspasó con una lanza.

Francisco, el hermano menor, salvó la vida debido a la velocidad de su caballo, después de haber logrado eludir a sus enemigos.

Los rebeldes dejaron casi doscientos muertos en el campo, mientras Páez sólo tuvo tres muertos y siete heridos. Esta hazaña la valió el título de El León de Payara, apelativo que aun se le adjudica entre sus compatriotas hoy día.

Una vez más Páez se hizo popular y admirado como el prototipo consumado de guerrero llanero.

Contaba ya cuarenta y siete años, y se hallaba en el ápice de sus facultades mentales y físicas.[6] Durante casi diez años había ejercido una influencia decisiva en Venezuela, aunque su popularidad empezara a decaer después de su segundo período presidencial.

En 1835, por medio de su Ministro en Londres, Don Alejo Fortique,[7] inició las negociaciones para que la Independencia de Venezuela fuese reconocida por la madre patria. Las negociaciones resultaron infructuosas, pues España no era país que aceptase sin lucha lo inevitable. Quiso el destino que durante su seguido período presidencial,

6. La acción de Payara se libró en 1837. *(N. del A.)*
7. Don Alejo Fortique fue amigo del abuelo materno del autor, el Almirante Fleeming, y de su abuela, durante su residencia en Inglaterra. Su nombre era una palabra familiar para el autor en su niñez. *(N. del A.)*

en el año 1838, tuviese Páez el honor de llevar a cabo las negociaciones que colocaran a España y Venezuela en un mismo nivel de Estados soberanos independientes.*

Escribiendo a la reina Cristina, Páez ofreció a España la posición de nación preferida, y continuó diciendo que la naturaleza, religión y lenguaje indicaban que España y Venezuela debían ser amigas. En un pasaje noble dice: "El Decreto de la Providencia está cumplido... Reconózcalo V. M. para que el Nuevo Mundo que debió a Isabel I, de gloriosa memoria, el descubrimiento de su existencia a la faz del antiguo, deba ahora a la augusta madre de Isabel II la ratificación de su existencia nacional". Quiso la suerte que el humilde llanero escribiese a los príncipes en términos de igualdad.

Bolívar, como Moisés, había visto la tierra prometida desde lejos, pero le tocó a Páez penetrar en el corazón de ella, montando su pegaso llanero.

* En 1834 y en 1835-36 las misiones enviadas a España para negociar la paz y el reconocimiento de la independencia estuvieron a cargo de Mariano Montilla y de Carlos Soublette. Fortique intervino más tarde. Tampoco fue en 1838 cuando llegaron a su feliz término las arduas negociaciones, sino en 1845, como lo dice el autor más adelante. *(N. del E.)*

CAPITULO XXI

Para esta época el nombre de Páez se había hecho célebre en el mundo entero.

Guillermo IV[1] le envió una espada de honor en el año 1837. La inscripción que lleva hace honor al discernimiento del rey, y es prueba de que poseía más imaginación de la que suponen sus biógrafos. La inscripción dice: "De Guillermo IV al General Páez en prueba de admiración por su carácter y por el patriotismo desinteresado que ha caracterizado su gloriosa y brillante carrera".

Como la Constitución de Venezuela no permite a ningún venezolano aceptar regalo alguno de potentados extranjeros sin previo permiso del Congreso, Páez pidió al Congreso que le permitiese aceptar la espada y la colocó en su casa al lado de las toscas[2] armas que había usado en la Guerra de la Independencia.

Tanto el rey como el patriota se honraron en el obsequio y la aceptación del regalo.

En 1838 Páez fue elegido Presidente por segunda vez, con doscientos doce votos de un total de doscientos veintidós electores oficiales de la República. El Congreso le regaló una espada de honor con ocasión de su elección.

Ya anciano describe: "La espada, una de las pocas alhajas que he salvado del naufragio de mis bienes, es de oro; forma su puño la estatua de La Victoria con una corona de laurel en la cabeza (en donde) está grabado este lema: *Al Ciudadano Esclarecido, defendiendo la Constitución y las Leyes de su Patria, la Representación de 1836".*

---

1. Nuestro muy querido "Guillermito el Tonto". *(N. del A.)*
2. "En mi hogar al lado de las toscas armas que me dieron la victoria en las lides de la Independencia". *(N. del A.)*

Su segundo período presidencial transcurrió más pacíficamente que el primero.

Siendo menos frecuentes las rebeliones, tuvo tiempo de dedicarse al fomento de la agricultura, la cual había sido muy descuidada durante la Guerra de la Independencia y las guerras civiles. A Páez se debieron las primeras carreteras que se hicieron en la República desde la expulsión de los españoles.

Sus esfuerzos fueron sólo intentos, pues el ingreso nacional era reducido, la población escasa y existían pocos vehículos de transporte. Durante todo este período, la paz, visitante poco común en Venezuela, podría decirse que permaneció como huésped de la república. Con una visión que difícilmente podía esperarse de un hombre de tan escasa cultura,* Páez logró durante su segunda gestión administrativa mantener buenas relaciones entre Venezuela y los gobiernos extranjeros.

La discutida cuestión de los límites fronterizos entre la Guayana inglesa y la venezolana casi provocó una guerra con Inglaterra. Esto no se arregló finalmente hasta 1899, e incluso ahora los puestos fronterizos, perdidos en el vasto territorio inexplorado, mantienen una malévola neutralidad recíproca.

Sin ejército ni flota, con poco dinero en el tesoro nacional, Páez gobernaba casi como un patriarca, confiando en su prestigio personal para mantener el orden dentro del vastísimo territorio al cual se extendía su autoridad.

Se aproximaba el momento más trascendental de su vida civil. Las tres repúblicas, Venezuela, Colombia y Ecuador, todas las cuales debían su independencia al Libertador, Simón Bolívar, y las cuales se habían puesto en su contra, aún en vida, acusándolo de ser un peligro para las instituciones libres, decidieron que había llegado la hora de hacerle justicia y de repatriar sus restos a la ciudad de Caracas pa-

---

* El autor insiste excesivamente, a lo largo de la obra, en la "escasa cultura" del General Páez. Uno de los aspectos más dignos de destacarse en la popular figura del ilustre caudillo, es el de su poderosa inteligencia, su capacidad de asimilación y su admirable perseverancia, que le permitieron cultivar su espíritu y hacer muy notables y rápidos progresos. Existe una inmensa diferencia entre el joven pastor que le lava los pies a Manuelote, según el mismo PÁEZ lo cuenta en su *Autobiografía,* y el Presidente que rige los destinos de Venezuela con la elevada noción de los deberes que impone la Primera Magistratura, y reposada comprensión de las realidades. *(N. del E.)*

ra que reposaran en un mausoleo de mármol en la ciudad donde había nacido, y la que lo había rechazado tan inconsideradamente.*

El crédito de esta gesión pertenece en primer lugar a Páez, quien desde la muerte del Libertador no cesó en exhortar al Congreso a que repatriase sus restos. Con gran pompa, los representantes de las tres repúblicas trasladaron los restos mortales del inmortal Libertador, los cuales fueron depositados con todas las ceremonias del caso en un lujoso mausoleo en el Panteón de Caracas.

Se cumplieron los honores, y hoy la tumba del Libertador es lugar de peregrinaciones.

Páez descansa bajo una sencilla lápida de mármol donde sólo está grabado su nombre. Los venezolanos en general parecen haber invertido su estimación en los dos libertadores, Páez y Bolívar, y mientras que éste es justamente honrado por su heroica vida, Páez, quien impidiera que su país fuese meramente una parte del gran Estado de Nueva Granada,[3] no tiene un monumento digno de su fama.** Al terminar su segundo período presidencial, Páez se retiró a la vida privada, aunque continuaba arbitrando los destinos de su patria. Tal vez habría hecho mejor en establecerse en los llanos, reanudando su antigua vida de ganadero.

Desde ese momento empezó a decaer su influencia. En las elecciones presidenciales, el General Carlos Soublette, antiguo oficial del Libertador y hombre de elevadas condiciones morales, fue el candidato de Páez. Su gobierno fue bueno y atinado, mas la oposición, a través de Soublette, atacó con gran virulencia a Páez. Había cierta veracidad en sus alegatos de que los electores no fueron consultados y de que Soublette debía su posición a unos pocos oligarcas.

Aunque mermaba la influencia de Páez en el país, su fama en el extranjero estaba en su apogeo. Al retirarse de la presidencia recibió la Gran Cruz de la Legión de Honor que le envió Luis Felipe. El Rey de Suecia y Noruega lo hizo Comendador de la Orden de la Espada. En 1845, España reconoció la Independencia de Venezuela, y el Con-

* La decisión fue tomada por el Gobierno de Venezuela, en acercamiento a la disposición testamentaria del Libertador. *(N. del E.)*

3. Hoy Colombia. *(N. del A.)*

** Venezuela nunca fue parte de la Nueva Granada (la Colombia de nuestros días): junto con la Nueva Granada, el actual Ecuador, y Panamá, formó la gran República de Colombia creada por Bolívar. *(N. del E.)*

greso en especial manifestó su agradecimiento a Páez, no sólo como soldado del Libertador, sino como inspirador de las negociaciones con la madre patria, coronadas ahora por el éxito.

La paz había reinado ahora durante diez y seis años en Venezuela, un lapso sin precedentes.

Soublette, cuyo período presidencial se acercaba a su fin, había gobernado con acierto, y las finanzas del país estaban en vías de recuperarse, pero como dice el refrán español, "la cabra tira al monte", y en el año 1846, el General Leocadio Guzmán izó una vez más el estandarte de la revolución.

Casi instantáneamente, el país cayó de nuevo en la anarquía. Aparecieron en todas partes bandas armadas que se dedicaban a sus acostumbradas prácticas de saquear a los campesinos, como siempre, en nombre de la Unión Grancolombiana, de la Libertad, la religión, y otros gritos de guerra que a través del mundo han traído tanta miseria a la raza humana.

Monagas, generalmente el primero en aprovecharse de las circunstancias, teniendo en cuenta sin duda que "a río revuelto, ganancia de pescadores", se puso a las órdenes del Gobierno. Fue nombrado Segundo Jefe del Ejército, y ayudó a Páez eficazmente a sofocar el momiento revolucionario.

Páez, quien vivía tranquilamente en Maracay, con la esperanza, sin duda, de descansar un poco de las guerras, padecía en ese momento de fiebre.

Al saber que Leocadio Guzmán estaba en campaña, abandonó inmediatamente su lecho, montó su caballo y partió hacia la provincia de Barinas, donde los facciosos se habían alzado bajo el mando de un indio llamado Rangel.

Al pasar por el pequeño pueblo de Magdaleno, un hombre le disparó un trabucazo desde una ventana, casi a boca de jarro, lo que le desgarró las ropas.[4]

Páez parece haber llevado una vida encantadora, lo que ocurre frecuentemente con aquellos que toman pocas precauciones con respecto a su seguridad.

4. Este fue realmente un caso de "a quema ropa", pero Páez dice "a boca de jarro". Ambas expresiones se traducen "point blank". *(N. del A.)*

El agresor fue detenido inmediatamente y llevado a presencia de Páez, mas éste lo puso en libertad. La mayoría de los generales de esos tiempos lo habrían pasado por las armas. En estas cuestiones, Páez siempre demostraba sentimientos humanos que le hacían honor y que demostraban su generosidad nata. Aunque no era de naturaleza sanguinaria, debió presenciar y ordenar tantas ejecuciones militares durante la Guerra de la Independencia, que resulta extraordinario el que su carácter no hubiese sido afectado por tanto derramamiento de sangre.

El indio Rangel fue derrotado en un lugar llamado El Rincón del Limón por el General Guerrero, quien representaba al Gobierno.

Monagas dispersó las otras bandas y en cualquier otro país se habría asegurado la paz. La presidencia de Soublette terminó en 1846, y en vista de que Monagas había prestado valiosos servicios contra los rebeldes en los disturbios recién sofocados, apoyó Páez su candidatura a la presidencia, y desde luego que con semejante respaldo fue elegido.

Como la paz parecía asegurada, y durante mucho tiempo Páez había descuidado sus propios intereses, éste partió en compañía de su hijo Ramón para el Estado Guárico donde tenía varios hatos. Era la última vez que hubo de disfrutar de la vida rústica de sus llanos nativos, libre de las preocupaciones de la política.

Un buen día, en diciembre de 1846, Páez viajó a Maracay para hacer su última visita a los llanos.

Por aquellos tiempos un viaje a los llanos exigía tantos preparativos como una expedición en Marruecos hace treinta años, o un viaje de San Antonio de Texas a Ciudad de México en el siglo pasado. Como los llanos no ofrecían otro sustento que no fuese carne, y aún para obtener ésta había que capturar y matar el animal, todo había que llevarlo en mulas. La caravana constaba casi de cien personas. Había peones de ganado, muleros, un tesorero a cuyo cuidado estaban el arca militar repleta de pesos de plata, los ponchos, los pañuelos multicolores, y navajas para ser obsequiadas a los campesinos, y un médico. El joven Ramón Páez fue nombrado secretario, siendo sus deberes el llevar el diario de la expedición y tomar nota de la flora, fauna y geo-

logía de la región que visitaba. Esta función la cumplió admirablemente como se puede ver en su libro.[5]

Nació en Achaguas en los llanos, pero fue criado en Nueva York, y probablemente el inglés le era tan familiar como su lengua materna. Tenía conocimientos prácticos de botánica y geología, y había estudiado suficiente historia natural para poder clasificar los diferentes animales que encontraba de acuerdo con sus denominaciones científicas. Como había tenido poco contacto con su tierra nativa desde su niñez, sus impresiones resultaban muy vivas, y demuestran una mente observadora y un intelecto agudo.

Pocos hijos pasaron sus vidas en ambiente tan diferente al de sus padres, como este joven estudioso, graduado de una universidad norteña, quien ahora había de vérselas con los llanos por primera vez. La admiración que sentía por su célebre padre se deja traslucir en cada línea que escribiera acerca de "Nuestro Jefe", como siempre lo llamaba. Probablemente sentiría Páez igual admiración por su hijo.

Un deportista inglés, posiblemente invitado por Páez en Caracas, y que también acompañaba la expedición, un cocinero mulato de mucha experiencia, llamado Mónico, y un negro, de nombre Gaspar, que era el lavandero, cincuenta peones de ganado y un pequeño grupo de hombres, de oficio indefinido, cada uno de los cuales debía cumplir un deber más o menos ilusorio, componían el personal. Además de las mulas de carga la expedición llevaba una reserva de unos doscientos caballos, con los que dirigir el ganado, además de unas veinte mulas con el equipaje.

Este pequeño ejército, parecido a una caravana oriental, excepto que faltaban los camellos, partió de Maracay al amanecer. Todos usaban la silla de montar llanera, con su alto arzón como la mexicana y su blando asiento como el "recado" argentino, sus largos estribos triangulares hechos para jinetes que cabalgan descalzos o en sandalias, y su abigarrado "sobre-puesto", es decir, la pieza de tela bordada que va sobre el suave "pellón", mantenido en su sitio por un amplio sobrecincho.

Sus hamacas y cobijas (el poncho llanero) estrechamente arrolladas, iban atadas bajo las sillas, junto con una mosquitera si el jinete

5. *Wild Scenes in South América,* RAMÓN PÁEZ. Londres, 1863.

era blanco, es decir, un hombre que pertenecía a las clases superiores pero no necesariamente blanco en realidad.

Blanco es un adjetivo elástico en las Américas, comprendiendo a los que descienden de antiguas familias españolas cuya sangre nunca se ha mezclado con la de indios o negros, y que los hombres de otros países calificarían francamente como de color con un poco de herencia blanca. La cobija cuadrada, que corresponde al poncho de las pampas, y en ambos casos es una supervivencia de la capa española y tiene unos seis pies cuadrados. Hecha de dos mantas, una azul y la otra roja, con una abertura al medio a través de la cual mete la cabeza el llanero, dejando caer los extremos a los costados de su caballo, es una prenda española y puede decirse de ella, como la capa española,[6] que lo cubre todo. Con tiempo nublado la cobija se lleva con la parte azul hacia afuera, pues la experiencia ha mostrado a los habitantes de las llanuras que el azul absorbe más el calor. Bajo el feroz sol del mediodía, se vuelve hacia él el lado rojo, pues el llanero sabe como el científico moderno que el rojo es el color que hace más fácil de soportar una luz fuerte.

Como los lechos son siempre escasos y difíciles de encontrar en los llanos, el viajero que va de camino ata la hamaca en dos árboles y con una cuerda que le sostiene la cobija por encima, arma una especie de tienda de campaña.

Así equipado, con un lazo arrollado ante su rodilla derecha y un cuerno de vaca rústicamente tallado con caimanes, caballos, cabezas de toro o cualquier otra forma que impresione la fantasía del tallador, pero invariablemente lleno de "cocuy"[7] o el blanco ron de Carúpano el llanero está dispuesto a viajar.

Salieron de Maracay al amanecer, y después de lo que parece haber sido una marcha extraordinariamente larga, llegaron a la población de Villa de Cura por la tarde. Al no encontrar acomodo para

6. "La capa lo tapa". Las cobijas acostumbraban a ser sumergidas en una solución de caucho para hacerlas inpermeables.
   El abuelo materno del autor trajo algunas de las cobijas tratadas de este modo y que le regaló Páez. Se las mostró una vez al célebre Mackintosh, que, según la tradición de la familia tomó de esas cobijas la primera idea de tratar con caucho las telas para hacerlas impermeables. *(N. del A.)*
7. Cocuy es una bebida espirituosa hecha de la raíz de la planta cocuiza. Se parece al mescal de los mexicanos, que también se hace de la raíz de una de las "Bromelias" o del áloe silvestre. *(N. del A.)*

tantos animales en la pequeña llanura pedregosa, continuaron hasta un lugar llamado El Rodeo, a unos pocos kilómetros de distancia y acamparon allí para pasar la noche.

Allí durmieron al aire libre sobre la silla al pie de una colina. Era una dura iniciación en la vida llanera para un joven acostumbrado a Nueva York. Al día siguiente pasaron por San Juan de los Morros cuyos fantásticos picachos, vistos desde las llanuras, parecen surgir como alguna isla en medio del Pacífico o de un mar de ensueños. Pasando por Ortíz, llegaron al hato de San Pablo, que pertenecía a nuestro "Jefe".

Un viejo y grave mayordomo negro, arrodillándose en el suelo, le besó la mano a Páez cuando éste se apeaba del caballo, y luego condujo el caballo hasta un pozo para bañarlo, según la costumbre de los llaneros, que no conocen las almohazas.

El hato de San Pablo, pertenecía a Páez, dos veces Presidente de la República, contaba con una casa de habitación poco mejor que un establo. La comodidad de cualquier clase era contrabando en la larga y baja choza de techo de palma y paredes de cañas y barro. La parte central de la construcción no tenía paredes, sino que era un mero caney, es decir, una choza construida en el estilo nativo, copiada de los habitáculos de los indios.

El aire corría libremente a través de esta casa, lo cual era el desiderátum, pues así el ambiente era fresco o al menos todo lo fresco que puede serlo en los Llanos. Por eso la parte de la casa sin paredes se usaba como comedor. Las ventanas eran completamente desconocidas, y sólo dos de las habitaciones tenían puerta. Cuando llovía se extendían pellejos de buey entre los pilares del comedor donde se sostenía el techo y así se protegían del mal tiempo. Los muebles eran tan completamente primitivos como la casa y constaban de una mesa rústica apoyada contra la pared para mantenerla firme, dos a tres sillas de fabricación casera con asientos de piel de buey de la que nunca se había quitado el pelo excepto con el uso, de modo que siempre quedaban trozos sin pelo en la piel sin curtir, como si tuvieran sarna. Las hamacas de hierba que colgaban de las paredes se usaban ya como camas por la noche, ya como mecedoras por el día. El que yacía en ellas dejaba siempre colgar una pierna, para mecerlas apoyando el pie.

Por toda la pared, de astas de venado y cuernos de buey colgaban las sillas, bridas, estribos y lazos de los ocupantes de la casa.

Una litografía alemana de la Santísima Virgen sentada en su trono y rodeada por angelitos gordinflones, además de estar coronada de gloria, era la única concesión al arte, o a la religión, según el gusto del contemplador.

Aunque en la hacienda pastaban muchos miles de cabezas de ganado, la leche apenas se podía obtener como solía ocurrir en las "estancias" de la Argentina, pues todos los animales eran salvajes y se necesitaban los esfuerzos de dos o tres vaqueros para enlazarlos y atarlos en el corral. Como concesión a la categoría del amo dos o tres vacas mansas o casi "mansas" habían sido traídas de un establecimiento vecino. Respondían a los nombres de Maravilla, Clavellina y Flor del Campo, y permitían que se les ordeñara, protestando a medias, después que sus terneras había mamado un poco.

Páez, quien había disfrutado de poco descanso de las guerras y de los deberes públicos en tantos años, debió sentirse feliz al encontrarse en el ambiente que le era familiar, cogiendo el ganado al amanecer, luego meciéndose en la hamaca, rasgueando una guitarra, fumando continuamente y escuchando las historias de llanuras, de caballos, de ganado, de estragos causados por los tigres, temas tan agradables para aquellos a quienes interesan, como las cuestiones más importantes de la llamada gente de gran mundo, y que pierden su pequeñez personal en esta inmensidad. En medio de su retiro, sólo ocupado con los proyectos de marcar y vender ganado, Páez fue sorprendido por la noticia de que un célebre bandido, José Urbano, había cometido varios asesinatos cerca de San Pablo. De inmediato despachó a una docena de sus hombres, con órdenes estrictas de no regresar sin el bandido, vivo o muerto.

Partieron al anochecer y en la oscuridad cruzaron por un camino en el cual existían señales de que por él habían transitado diez o doce hombres. Convencidos de que habían dado con la pista de los bandidos, continuaron bajo la luz de la luna hasta llegar a una choza solitaria, en la que dormían tranquilamente varios hombres. Sin decir palabra los perseguidores irrumpieron en la choza, disparando. Fueron muertos tres en la primera descarga, y sólo entonces se dieron cuenta los hombres de Páez de que habían matado a unos inocentes peones ganaderos, quienes dormían en la choza después de haber terminado las faenas del día.

Avergonzados de su desafortunado error, siguieron hasta dar con la verdadera pista, la cual los llevó al rancho donde dormía Urbano con una de sus numerosas queridas.

Aunque fue tomado por sorpresa, y a pesar de la desigualdad abrumadora, opuso una resistencia desesperada —su querida le tenía un arma cargada tan pronto como vaciaba la que disparaba. Cuando al fin cayó, a los pies de la morena amazona, encontraron un amuleto que tenía tan fuertemente sujeto entre los dientes, en su agonía mortal, que hicieron falta los esfuerzos de dos hombres para quitárselo.

Resultó ser lo que se llama en los Llanos "la oración del Justo Juez", curioso amuleto en manos de un bandido. Amarrado al lomo de un caballo, el cadáver del malhechor fue llevado a presencia de Páez, quien lo hizo colocar a la vista de todos en el camino real durante veinticuatro horas, como suelen colocar los agricultores pájaros muertos en un campo de papas para ahuyentar a los vivos.

Al acabar de marcar debidamente al ganado en San Pablo, Páez se trasladó a otra propiedad, la Yegüera, donde la compañía incluía pollitos, perros y un gallo de pelea que cacareaba a intervalos toda la noche.

Durante varios meses, Páez llevó la vida que más amaba, y quizás la que mejor entendía, montando todo el día en busca de ganado, y de noche bailando los bailes llaneros de la época, la Marisola, El Raspón y la Zapa, hoy día todos reunidos en el Joropo, pues hasta el último día de su vida fue un bailador infatigable.

Acampado en las riberas de la laguna llamada Los Borales, montado sobre una mula, dictaba Páez a su hijo su negativa a aceptar el ofrecimiento de un tercer período presidencial.

Probablemente tuvo razón, pues indudablemente era indeseable que la Presidencia llegase a convertirse en una dictadura, como casi llegó a serlo con el Libertador.

Abogó por la candidatura del General Monagas, quien fuera su enemigo durante tanto tiempo, o en el mejor de los casos celoso rival de la posición que había desempeñado. No previó Páez que su generoso apoyo a Monagas llegaría a ser su ruina, que le impediría para siempre disfrutar de la vida libre que llevaba, al negarse a asumir de nuevo la primera magistratura de la República.

En medio de estas ocupaciones campestres, Páez fue sorprendido por la visita de un inglés alto, de rostro colorado, Lord James Butler,

quien había venido para cumplir una promesa que le hiciera el año anterior, cuando conoció a Páez por primera vez en la capital.

Siempre tuvo Páez una simpatía especial por los ingleses, después de la gallarda conducta de la Legión Británica en la Guerra de la Independencia, y por lo tanto le dispensó una calurosa bienvenida.

El hijo de Albión llevaba consigo un negro de la isla de Barbados, de habla inglesa. Nada les resultaba tan asombroso a los llaneros como lo que a ellos les parecía una habilidad lingüística del negro y todos los días se agrupaban para verlo, pidiéndole que les hablase en inglés.

Lord James había tardado un mes en hacer el viaje de Ciudad Bolívar a San Fernando de Apure, en una curiara primitiva. De San Fernando partió solo en busca de Páez quien estaba acampado cerca de Achaguas, a una distancia de unas quince leguas. Fue practicamente un acto de locura para un hombre desacostumbrado a las llanuras, y por poco le cuesta la vida a Lord James. Al caer la noche una lechuza saltó bajo las patas de la mula en que iba montado. Esta viró rápidamente y lo arrojó al suelo. Al encontrarse solo en la llanura, de noche, a pie, y desorientado, su situación era mucho más grave de lo que él creía.

Aun de día, hombres nacidos en los llanos se pierden a menudo en el vasto océano de hierba verde. Los palmares, aunque la mayoría son conocidos por nombres, son tan desconcertantemente parecidos, que pocos logran guiarse por ellos.

Lord James nada sabía de esto ni del peligro que corría, y prosiguió su marcha a pie en el mejor de los ánimos. Ir a pie por los llanos lo pone a uno en una situación tan perdida como la del que se agarra a un madero llevado de acá para allá por las aguas. Afortunadamente, un llanero que andaba en busca de reses perdidas avistó la mula ensillada, la enlazó, y siguiendo el camino por donde venía, dio con Lord James, quien ambulaba feliz, en dirección opuesta y completamente inconsciente de la gravedad de su situación.

Durante su permanencia con Páez, improvisaron un rodeo para su esparcimiento y lo iniciaron en las costumbres llaneras. Al cabo de una semana se separaron jurándose hermanos, y prometiendo volver a verse.

Después de haber reunido varios millares de cabezas de ganado, Páez partió para Calabozo, dejando el ganado bajo la vigilancia de su mayordomo, quien debía conducirlo a su hato del interior.

Al llegar a Calabozo, Páez fue recibido con grandes manifestaciones de regocijo por parte de los habitantes, entre los cuales siempre había gozado de grandes simpatías. Sucediéronse banquetes y bailes y el cambio repentino a la opulencia, después de dos o tres meses de vida espartana en las llanuras, le proporcionó una fiebre que por poco lo lleva a la tumba. Tan pronto como pudo montarse en un caballo, partió para la capital, donde el nuevo Presidente, Monagas, estaba enseñando el juego, despidiendo a todos los oficiales del ejército nombrados por Páez y sustituyéndolos por hombres de su confianza. La mayoría de éstos habían servido con él en las revoluciones de los años 1831 y 1835. En consecuencia, renunciaron algunos de sus ministros, y el país entero se encontraba en estado de tensión, a la espera de los acontecimientos.

En esos días llegó a Venezuela un viejo patriota, el General Juan José Flores, después de una ausencia de veinticinco años. Como gozaba del respeto de todos los partidos, muchos de los principales ciudadanos solicitaron sus consejos. Flores imploró a Páez que se entrevistase personalmente con Monagas para averiguar las intenciones de éste. Páez consintió y partió para un lugar llamado Las Cocuizas, que Monagas había elegido para la reunión.

En el camino lo alcanzó un mensajero de Monagas, portador de una carta, en la que decía que había cambiado de idea y que no pensaba acudir a la cita. Luego llegó la noticia de que Monagas había ocupado la capital con las fuerzas armadas y que había intimidado al Congreso.

Asqueado por el estado de cosas en el país, Páez se preparaba para salir hacia la república hermana de Colombia, cuando recibió una noticia que despertó en él todo su espíritu de demócrata.

Al verse frustrado en todas sus atribuciones, burlados sus decretos, rodeado el edificio por las tropas, el Congreso aprobó una moción para trasladarse a Puerto Cabello, donde pudiesen efectuar sus sesiones con mayor seguridad. En medio del debate, irrumpió en el edificio una banda de soldados, haciendo fuego sobre los diputados mientras deliberaban.

Fueron muertos cinco instantáneamente y muchos otros fueron heridos. Entre los muertos se encontraba Santos Michelena, hombre respetado por todos los partidos a causa de sus largos servicios prestados a la República y de su vida ejemplar. Con él cayó Guillermo

Smith, héroe inglés de las guerras de la Independencia, casado con una dama venezolana.

Se extendió una ola de indignación por todo el país, y los diputados que lograron escapar del sangriento atropello se refugiaron en las distintas legaciones extranjeras.

El pueblo acudió a Páez como su salvador, como siempre hacía en los momentos difíciles.

El reaccionó inmediatamente y tomó armas contra el tirano, mas la justicia de su causa no le proporcionaba los batallones necesarios, sin los cuales no podía triunfar ni la justicia ni la verdad en este valle de lágrimas, en el que nadie se preocupa de si triunfan.

Monagas controlaba el ejército y el tesoro, estaba fuertemente establecido en la capital, y aunque no era querido, era temido, y el temor en la Suramérica de aquel tiempo era una fuerza más potente que el amor.

Reuniendo apresuradamente algunas tropas llaneras improvisadas Páez se enfrentó a las fuerzas del Gobierno que peleaban bajo el mando del antiguo jefe de su Guardia de Honor, Cornelio Muñoz, en un sitio llamado Los Araguatos, y fue derrotado instantáneamente, no pudiendo sus tropas inexpertas contra el ejército veterano del Gobierno.

Como en tantas ocasiones anteriores, debió su vida a la rapidez de su caballo. Embarcándose apresuradamente en Puerto Cabello, pudo llegar a Jamaica, padeciendo de un agudo ataque de malaria, y encontrándose casi sin dinero. Todos sus bienes fueron confiscados por los monaguistas, y todos sus partidarios fueron severamente perseguidos. Páez se trasladó de Jamaica a Santo Tomás, donde permaneció hasta 1849.

Luego, mal aconsejado por sus amigos, regresó a Venezuela, y encabezando una banda de partidarios intentó llegar hasta los llanos donde sin duda habría podido mantenerse casi indefinidamente.

Al ser alcanzado por los monaguistas fue obligado a capitular en un lugar llamado Macapo en el estado Guárico. Fue conducido a Caracas, y luego fue encarcelado en el Castillo de San Antonio de Cumaná.

Situada en la provincia oriental, en la costa, la ciudad de Cumaná es tan calurosa como La Guaira o Maracaibo, y la temperatura raras veces baja de los 90º F. Le pusieron grillos pesados y lo encerraron en una pequeña celda, y con semejante temperatura, Páez, acostumbrado a

la vida libre de los llanos, sufrió intensamente. A veces era tan asfixiante la atmósfera de la celda, que se veía en la necesidad de acostarse en el piso para respirar el poco aire que se infiltraba por debajo de la puerta, pues tanto la puerta como la ventana estaban cerradas. Sin duda esperaba Monagas que no pudiera sobrevivir a semejante trato.

No era fácil acabar con el León de Payara, a quien le quedaban aún muchos años de vida, a pesar de contar casi sesenta.

Su esposa, a quien Páez había abandonado desde hacía mucho tiempo por una atractiva valenciana llamada Bárbara Nieves,[8] con quien vivía cuando se encontraba en Valencia, apareció en Cumaná e hizo todo lo posible por satisfacer sus necesidades. Por lo visto, la alegre Bárbara, compañera de sus días felices, nada hizo para ayudarlo y ni siquiera lo visitó en la prisión.* Páez jamás se dejó influenciar por las mujeres durante su vida, y no parece haberse preocupado por[9] su esposa ni por su amante durante su largo exilio en los Estados Unidos, pues no se hace mención de ninguna de las dos, ni en sus Memorias ni en las informaciones de los periódicos neoyorquinos.

"Al fin", dice su hijo Ramón, "su fuerte constitución cedió ante este inicuo maltrato y sufrió un derrame cerebral, el cual sin duda habría tenido un desenlace fatal a no ser por la rápida intervención de dos competentes facultativos del lugar".[10]

Como quiera que era del conocimiento público que, según los términos de su capitulación en Macapo, a Páez le sería permitido abandonar el país, el pueblo de Cumaná, indignado por el trato que aquél recibía, se levantó como un solo hombre para exigir su libertad. Aunque dominado por los monaguistas, el Congreso de Caracas no pudo contemplar con indiferencia la persecución de un hombre a quien tanto le debía la patria. Coaccionado por la indignación pública, Monagas se vio obligado a ponerlo en libertad, enviando a Cumaná el vapor "El Libertador" para que lo trasladase a los Estados Unidos.

---

8. Bárbara Nieves es descrita como "bullanguera, amiga de fiestas y bailes". *(N. del A.)*

* Como se ha dicho, había muerto años antes, en 1847. *(N. del E.)*

9. Posiblemente Páez estaría de acuerdo con el motivo de una canción popular francesa. "Quand je vois une tête de veau ça me rappelle ma légitime", pues él no era capaz de dejarse atar mucho tiempo ni siquiera por lazos convenientemente forjados en el latín de la Iglesia. *(N. del A.)*

10. *Escenas Salvajes de Suramérica,* RAMÓN PÁEZ. *(N. del A.)*

Sólo un tributo le rindió. Al recordársele que en una ocasión similar, al ser hecho prisionero, recibió de Páez un trato que más bien correspondía a un huésped que a un cautivo, y al insinuársele que dispensara el mismo trato que había recibido, dijo: "La idea es muy generosa, pero temo que si traigo a mi casa al General Páez, él llevará a cabo la revolución hasta conmigo mismo". Verdadero tributo éste a su magnetismo personal.

Cuando llegó "El Libertador" a Cumaná, no había carbón en el puerto. Temiendo los habitantes una treta para acabar con Páez a última hora, invadieron un aserradero y amontonaron la madera sobre la cubierta del barco. Luego, al encontrarlo insuficiente, arrancaron de las casas las puertas y las ventanas, añadiéndolas al montón.

Acompañado por una enorme concurrencia de gente que arrojaba flores a su paso, se dirigió triunfalmente al barco.

El 26 de julio de 1850 llegó a Nueva York, donde fue recibido con honores públicos por las autoridades.

CAPITULO XXII

Páez desde el primer momento parece haber gozado de gran popularidad en los Estados Unidos. Se había seguido el curso de su carrera con gran interés, y en esos días la agresión arbitraria, disfrazada con el nombre de progreso y de respeto por la libertad, no había creado aún la desconfianza hacia ese vecino poderoso que ahora prevalece desde México hasta el Cabo de Hornos.

En realidad, el Aguila del Norte no había aún mostrado que águilas y buitres tienen muchos rasgos que les gustan a ambos.

Después de todo, a la hora de desembarcar en los Estados Unidos, Páez no era más que el líder derrotado de un partido. Había sido, desde luego, dos veces Presidente de Venezuela, y fue heroica su trayectoria de jefe patriota en la Guerra de la Independencia. La opinión pública en los Estados Unidos de esa época ha debido diferir mucho de la de hoy. El pensar que cualquier ex-presidente de alguna república sudamericana, cuya estrella se hubiese eclipsado, con todo su prestigio personal, fuese recibido hoy día con honores públicos en Nueva York sobrepasa la imaginación del hombre común, por poderosa que fuera.

En 1850, cuando desembarcó en Nueva York, contaba justamente sesenta años, aunque apenas representaba cincuenta, según descripción de dos de sus compatriotas.[1]

"El General Páez es de mediana estatura. Su rostro es alegre, y tiene los ojos vivos, la frente altiva, y el cabello ya algo canoso. Sus modales demuestran sencillez a la vez que dignidad, y son los de un perfecto caballero. Su aire de franqueza y cordialidad lo hace

1. *El General Páez en los Estados Unidos*, por dos VENEZOLANOS. Nueva York, 1850.

sumamente grato. Ha sido representado ante el público como mulato.[2] Por el contrario, es tan blanco como cualquiera que se encuentre al norte de la frontera de Mason y Dixon.[3]

"Viste con elegancia paltó negro y chaleco blanco con botones de oro, pantalones negros y botas patentes. Tiene los pies pequeños. Nadie se imaginaría al ver al General que acabara de sufrir una rigurosa prisión, y toda suerte de persecuciones... Nos aseguró que eran verídicas sus declaraciones a la prensa neoyorquina, en que decía que su celda era tan estrecha y el aire tan asfixiante que algunas veces se vio obligado a acostarse y colocar la boca en la rendija que existía entre el piso y la puerta para obtener un poco de aire. Atribuye el buen estado de su salud a los ejercicios que hacía durante su prisión. Al preguntársele cómo pudo hacer esto en un espacio tan reducido, contestó que los soldados de guardia siempre cantaban canciones insultantes para molestarlo. Cuando empezaban, siempre bailaba al compás de la música que canturreaban, hasta sudar profusamente, y luego se acostaba a dormir.

"El General Páez es obviamente un hombre de espíritu indómito y de constitución férrea, capaz de soportar con ecuanimidad todos los reveses del destino".

Su hijo Ramón, quien fuera encarcelado junto con él, cuenta que durante el confinamiento su padre era el más animado y menos apesadumbrado de los dos. Demuestra esto con elocuencia la fortaleza de carácter de un hombre desposeído repentinamente de toda su fortuna y poder, para ser confinado luego en una celda obscura e inmunda, en donde a cada momento esperaba la muerte. En una palabra, sus modales eran los de un distinguido caballero y su comportamiento el de un valiente y digno soldado.

El tiempo había obrado un cambio maravilloso en el descalzo mozo llanero, que en un tiempo lavara los pies al negro Manuelote. Páez se había convertido ahora en un hombre culto, que hablaba tan bien el francés como el inglés, con algún conocimiento del italiano. Quien había visto en su niñez a los caballeros españoles que entonces gobernaban a

2. Alguien, quizá un dueño de esclavos, había escrito a la prensa protestando de que se diera a Páez una recepción pública, por el hecho de que tenía sangre negra. *(N. del A.)*

3. División arbitraria trazada entre los estados del norte y del sur de Estados Unidos en aquellos días. *(N. del A.)*

Venezuela, vestidos de pantalón y media de seda, con sus espadas al cinto, ahora vestía ropa de ciudadano elegante en los Estados Unidos. El cambio de traje no era un progreso estéticamente considerado, aunque puede haber ejemplificado el avance de lo que, quizá por eufonía, se llama el progreso del mundo.

Aunque Páez lo había perdido todo, el destino aún le guardaba uno de los cambios de fortuna más extraordinarios que ha podido acaecer a persona alguna en la historia. Mientras tanto, los norteamericanos obviamente lo acogían de todo corazón.

Su porte marcial, sus modales francos y su aire afable evidentemente conquistaron la simpatía, quizás insensiblemente, de un pueblo cuyo corazón sin duda era de oro mas cuyo exterior era duro.

En 1851, Páez fue recibido por la municipalidad de Baltimore con honores públicos.

Al hacer su aparición en Washington el entusiasmo fue indescriptible, y las gentes de todas las esferas y edades acudían a las calles para verlo pasar.

Páez, quien hasta la edad de sesenta años casi no conoció otra tierra que la nativa, se dispuso como el joven Anacarsis[4] a ver el mundo.

Durante los diez años siguientes parece haber viajado extensamente, pero fijó su residencia en Nueva York, donde en sus momentos de ocio escribía sus Memorias.

Fue colmado de honores en todos los países que visitaba, pues de hecho era el único representante sobreviviente de una lucha heroica y de una época que hacía mucho tiempo había pasado. Era, pues, natural que en México, el General Antonio de Santa Ana, que creía ser el Napoleón del hemisferio americano, hubiese recibido a Páez con grandes aclamaciones; mas resultaba extraño que el Rey Luis de Baviera hubiese movilizado a todo Munich para darle la bienvenida a quien durante toda su vida había sido enemigo de los reyes. Sin embargo, Londres, en los días de la virtuosa Victoria, enloqueció por dar la bienvenida a Garibaldi, aunque quizá fuera que lo miraban como portaestandarte del partido cuyo lema "Al infierno con el Papa" servía de prueba de ácido sobre su credo.

4. *Voyage du Jeune Anacharsis en Grèce,* JEAN JACQUES BARTHÉLEMY, París, 1788. *N. del A.)*

Las Memorias que dejara Páez, aunque tratan extensamente, y en general con cierta imparcialidad, de su juventud, y continúan hasta la hora de su expulsión por Monagas, no incluyen sus viajes posteriores. Nada sabemos de sus impresiones de los países extranjeros que visitara, ni qué sintió al encontrarse sentado al lado de la emperatriz Eugenia en un gran banquete en las Tullerías.

Desde el año 1848, las cosas en Venezuela habían cambiado rápidamente, conforme fue haciéndose el país más accesible a las influencias extranjeras. La esclavitud había sido abolida, se habían comenzado algunas carreteras en el interior, y en 1855, fue colocada la primera línea telegráfica entre La Guaira y la Capital.

La facción de Monagas, la cual había estado en el poder durante los últimos diez años, se había hecho impopular. A tal punto se impuso la opinión pública que en el año 1858, por decreto de la Convención Nacional, Páez fue restituido a su rango militar y le fueron devueltos todos sus honores. Todos los decretos, aprobados por los monaguistas, que tildaban de traidor a Páez fueron derogados, y fue invitado a regresar a la patria.

Nueva York estuvo a la altura del acontecimiento, pues no había olvidado a Páez en su pobreza, y aún veneraba al hombre a quien acogiera como exiliado diez años atrás. Una vez más se pusieron de acuerdo las autoridades públicas y los ciudadanos para rendirle honores. El General McLellan organizó un desfile militar para despedirlo, en el lugar del embarque, y puso a su disposición un espléndido caballo para llevarlo hasta el puerto. Avanzó el cortejo a los compases de una banda militar a través de las calles principales. Las jovencitas arrojaban flores sobre la cabeza del viejo guerrero cuando éste pasaba debajo de sus balcones. Todo iba bien, hasta que en pleno Broadway, justamente donde era más densa la muchedumbre, el caballo que montaba Páez se asustó, y resbalando le cayó encima triturándole una pierna. Era una ironía del destino que el viejo llanero, acostumbrado desde su juventud a montar caballos salvajes, estuviera a punto de perder la vida por una caída de un caballo militar, en una calle resbalosa.

Fue tan grave el accidente, que se llegó a temer por su vida, pero una vez más su constitución fuerte, lo salvó, aunque contaba casi setenta años.

En tal grado ansiaba su presencia el pueblo de Caracas, que Páez se hizo llevar a bordo del barco, en cuanto pudo abandonar la cama.

En Cumaná, escena de su persecución y encarcelación por Monagas, el pueblo entero se echó a la calle para recibir a quien llamaban el León de Payara. El león había vuelto a su guarida.

De nuevo tomó el familiar camino a su vieja casa en Valencia, la cual estaba destinada a recibirlo por última vez.

Su viaje a Caracas fue triunfal, y a su llegada el pueblo se desbordó de alegría. Los soldados veteranos de la Guerra de la Independencia acudieron a saludarlo y estrechar su mano.

A las generaciones jóvenes les ha debido parecer un héroe legendario resucitado.

Al año siguiente fue proclamado Dictador, encabezando tanto el poder civil como el militar. La rueda de la fortuna había dado un viraje completo, y Páez en su vejez se vio de nuevo aclamado como el salvador de su tierra nativa. Llevó sus honores con modestia, mas se había alejado demasiado tiempo de la patria y había perdido el contacto con la política venezolana.

Su edad avanzada por una parte y por la otra, su larga ausencia del país le obligaron a confiar en otros, y desafortunadamente cayó bajo la influencia de Pedro José Rojas, hombre arbitrario y reaccionario, cuyos malos consejos llevaron a Páez a cometer actos que destruyeron su prestigio.

Una vez más levantó la cabeza el Partido Federal y el General Falcón instigó una rebelión. La ciudad de Maracaibo y la provincia oriental se adhirieron al movimiento, y los generales Rubín y Michelena, enviados por Páez para atacar a Kallón,* se pasaron a las filas de Falcón. Páez se vio obligado a pactar con los revolucionarios, y en la Hacienda de Coche, a pocos kilómetros de Caracas se concluyó el Tratado de Coche, firmando en nombre suyo Pedro José Rojas, y en nombre de Falcón el General Guzmán Blanco.

Según los términos del tratado Páez accedía a abdicar, y fue nombrado Presidente el General Falcón.

El 22 de mayo de 1863, Páez abandonaba Venezuela por última vez, regresando a Nueva York despojado de sus bienes y prácticamente sin medios de vida, a excepción de una irrisoria asignación concedida por el General Falcón. Su extraordinaria carrera pública había llegado a su fin, y aunque Nueva York recibiera con respeto al ilustre exiliado,

* Así reza el texto inglés. Puede ser una errata, por *Falcón. (N. del E.)*

Páez era demasiado orgulloso para solicitar la ayuda que necesitaba, la cual con toda seguridad Nueva York le habría brindado.

Todavía queda un episodio de su carrera que reseñar; y es algo que debió conmoverlo y satisfacerlo en su vejez.

Aunque pasaba de los sesenta años, Páez era físicamente fuerte, y de una salud superior a la de muchos hombres de la mitad de su edad.

Empujado por la pobreza partió a la edad de setenta y ocho años para Buenos Aires en calidad de agente comisionista para una empresa ganadera.

Llegó allí en el mes de junio de 1868, llevando por único compañero un inmenso perro blanco que respondía al extraño apelativo de Pinkén.

Buenos Aires, pronta a dar rienda suelta a los impulsos generosos, no podía contemplar sin compasión al héroe legendario de cien batallas, obligado a ganar el sustento en un oficio tan indigno de sus méritos y sus años. Todas las principales familias lo acogieron con entusiasmo, disputándose el honor de recibirle como huésped. Fijó su residencia con los Carranza, y concibió un afecto muy especial hacia un pequeño muchacho, Adolfo, quien llegara a ser después el doctor Carranza, fundador y director del Museo de Historia de esa capital.

Los amigos tan extrañamente elegidos, seguidos invariablemente por Pinkén, pronto se hicieron conocidos a todo el que iba por las calles.

Bajo el techo hospitalario de los Carranza se reunían por la noche un grupo de exiliados, todos hombres distinguidos, la mayoría de edad avanzada, para pasar lo que se llama en español "un rato de tertulia", fumando y tomando mate, o limonada, y librando de nuevo sus batallas hasta altas horas de la noche.

Iba el colombiano Florentino González, quien tradujo a Lieber y a Grinke, y en esa época dictaba una cátedra sobre literatura en la Universidad. Toda su vida había sido liberal, pero estuvo complicado en un complot para matar a Bolívar y tuvo que abandonar su tierra nativa. También iba el octogenario Don Manuel Olazábal, uno de los héroes de la Guerra de la Independencia en el Río de La Plata; y el General Campero, pobre y exiliado, quien esperaba un cambio de fortuna que lo llevase a la Presidencia de Bolivia. En fin, componía la tertulia la flor y nata del mundo literario de Buenos Aires.

Sentados en el suelo de la casa colonial de techo bajo, abiertas las ventanas enrejadas a las arenosas calles sin pavimentar y a la vista de todos los transeúntes como era costumbre en aquellos días, daban rienda suelta a todos sus recuerdos.

La mayor parte de los "tertulianos"[5] tenían muchos recuerdos a los que dar suelta. Sus vidas habían estado llenas de aventuras y de fugas por el espesor de un cabello a través de ríos y de campos. Mientras hablaban sin cesar del General San Martín y su famoso paso de los Andes, de la batalla de Ayacucho y de la última posición que los españoles sostuvieron en el Callao, iba de aquí para allá la muchacha negra, o india parguaza, con sus blancos vestidos y los pies desnudos dando en el suelo como si fuesen de caucho, sirviendo mate y esperando en silencio hasta que el invitado hubiese sorbido el hirviente líquido a través del tubo de plata.

Afuera, entre los naranjos del patio, revoloteaban de acá para allá los cocuyos, como estrellas a la deriva del cielo, entre las oscuras hojas metálicas. A veces un visitante cabalgaba hasta la ventana enrejada, ataba las riendas de su caballo y saludaba al grupo. Sin desmontar, tomaría mate, que le pasarían a través de las barras, y escucharía en silencio quizás una hora completa, con una pierna descansando en el cuello de su caballo y su gran espuela de plata colgando floja del talón. Entonces, cuando resonaba en la silente calle la voz del sereno, informando a los buenos ciudadanos en nombre de la Santísima[6] Virgen de que eran las doce y la noche estaba serena, el jinete, volviendo a situarse bien en su silla, saludaría a la compañía y se desvanecería sin ruido por la rambla.

Sentados ante las cartas, los otros invitados jugarían al tresillo, y las damas bailarían un pericón a los sones de un acordeón y una guitarra.

Dice Carranza que Páez era el más notable de todos aquellos veteranos. Cuando, "en el lenguaje sencillo del héroe y con la sinceridad de un hombre de honor contaba al grupo sus aventuras, escuchaban atónitos" la narración de los hechos y episodios que habían aprendido en sus manuales de historia en el colegio. Le encantaba describir a los principales autores de la Guerra de la Independencia, detallando sus

5. En español en el original. Por lo visto, el autor cree que es así como se llama a los contertulios. *(N. del T.)*
6. "Ave María Purísima, las doce han dado, y sereno". *(N. del A.)*

características personales y sus habilidades, casi invariablemente en términos elogiosos. Hablaba con respeto hasta de sus enemigos, pues la amargura era extraña a su naturaleza generosa y afable, siempre dispuesta a perdonar. Cuando hablaba de Bolívar expresaba la más profunda admiración por él, y al recordar escenas en que ambos habían participado, se le llenaban a veces los ojos de lágrimas, e interrumpía de repente su narración para hablar de otras cosas, aunque sus recuerdos se remontaban a Apurito y las aventuras de su juventud.

El Gobierno al conocer las circunstancias en que se encontraba Páez, para eterno honor suyo se apresuró a auxiliarlo. El Presidente, el ilustre historiador Sarmiento, escribió al Senado en los siguientes términos: "El General José Antonio Páez ha llegado a este país desempeñando un modesto empleo para sostenerse en su vejez. Considerando que este ilustre guerrero es el único superviviente de los gloriosos días de la Independencia, y que sus hazañas, que han pasado ahora a la historia, ayudaron en gran medida a asegurar la libertad de América, el Presidente de la República Argentina, para asegurarle una vejez tranquila, en compensación por sus grandes servicios, decreta:

1. Que Don José Antonio Páez sea inscrito en el presupuesto nacional con el rango de General de Brigada.

2. Que este Decreto sea sometido al Senado de la Nación.

Buenos Aires, 3 de diciembre de 1869".

El Senado dio su consentimiento unánime.

Perú pronto siguió la iniciativa de Buenos Aires, asignándole una sustancial pensión. Asegurado el sustento, Páez pasó sus próximos años en Buenos Aires, la ciudad que lo había honrado en la hora de la vejez y la pobreza, y donde esperaba terminar sus días, aunque había expresado a sus íntimos el deseo de que después de su muerte fuesen trasladados sus restos a Venezuela, la patria desagradecida que lo había expulsado, de la misma manera que había repudiado al Libertador.

El destino de estos dos laureados héroes nacionales fue en extremo semejante. Se elevaron, florecieron y crecieron por encima de la masa de "honorables ciudadanos" que desde el comienzo del mundo han mirado a hombres como Páez y Bolívar como un arbusto mira a un roble. Cuando llega la ocasión se vengan de ellos, pues elevarse

equivale a ser odiado por los que sienten que ni la educación ni la riqueza pueden aumentar su tamaño ni por el borde de una uña.

De una modestia exagerada, sencillo en sus gustos como corresponde a quien ha conocido los extremos de la fortuna, Páez hizo pocos amigos. Los que tuvo lo apreciaban en todo su valor. En estos dos años, los veteranos que al principio asistían a la tertulia de los Carranza, se fueron al cielo que nos creamos en nuestros sueños, pues un cielo ya hecho sería todo lo más un habitáculo amueblado para el alma.

Aunque cojeaba un poco, por efecto del accidente que sufriera caundo encabezaba un desfile militar en Nueva York, Páez era aun extraordinariamente activo para sus años, tanto física como mentalmente.

En las reuniones de la mansión acogedora de los Carranza, Páez a pesar de sus setenta y ocho años bailaba como un hombre joven. "Tenía una voz poderosa, con la que cantaba el Miserere del Trovador, y saltaba por la sala con una agilidad increíble, tarareando canciones andaluzas".[7]

Páez, quien según una hermosa frase de Güiraldes[8] deseaba toda su vida "asimilar horizontes", quiso por encima de todo conocer al único jefe gaucho que aun sobrevivía, y quien vivía como un patriarca en su provincia nativa de Entre Ríos.

En verdad el General Justo José de Urquiza no había luchado por la independencia de su país como lo había hecho Páez. No obstante, había combatido al tirano Rosas,[9] y lo había derrotado.

Vivía Urquiza en San José, palacio que se había hecho construir a seis leguas de la ciudad de Concepción del Uruguay, en Entre Ríos.

---

7. *El General Páez.* Adolfo Carranza, Buenos Aires, 1924.
8. *Don Segundo Sombra.* Ricardo Güiraldes, Buenos Aires. 1927. Este autor, que murió demasiado joven, ha dejado en su última obra, *Don Segundo Sombra,* uno de los mejores escritos sobre el gaucho que se ha escrito jamás. En esto entra en el verdadero tuétano de los huesos de los gauchos, como ellos mismos dirían. *(N. del A.)*
9. Rosas, después de una carrera de crímenes y derramientos de sangre al fin buscó refugio en la Legación Británica y llegó a Inglaterra en un buque de guerra. Murió como un caballero del campo, cerca de Southampton, más o menos en olor de santidad, pues todavía era rico. *(N. del A.)*

El camino entre Concepción y San José estaba sembrado de árboles paraísos formando una avenida. ¡Ay del que los tocara!, pues el General Urquiza no era hombre de comprender bromas.

A lo largo de las dieciocho millas[10] de camino, los venados y avestruces que allí había eran tan mansos como las aves de corral. A nadie se le permitía cazarlos, y si algún gaucho, de regreso de la ciudad con una media botella de ginebra (siempre marca Ancora) debajo del cinturón, se le ocurriese espolear a su pingo,[11] y con un grito lanzar su boleadora contra alguno de ellos, y fuese descubierto por casualidad, debía expiar su delito amarrado a estacas durante toda una noche, con las manos y los pies completamente estirados, o pasarse un año como recluta de infantería. Ningún castigo era más temido por los centauros de las llanuras como el de ser enviados a la infantería.

Los rebaños de Urquiza eran de proporciones patriarcales. En ganado había unas quinientas mil cabezas. Entre caballos y yeguas poseía unos veinte mil. A través de muchas leguas en Entre Ríos sólo se veía una marca en los animales. Era la "Marca de la Flor",[12] sencilla y bastante fácil de cambiar o desfigurar con un hierro caliente, pero como reza el dicho, "el miedo guarda viñas y no vallado".

El palacio era un edificio largo y bajo de estilo colonial, con dos torres altas que medían unos cincuenta o sesenta pies de altura, conocidas como miradores. En una de ellas vigilaba un centinela, pues dominaban un amplio panorama.

Había una hilera de palenques bajo la sombra de un ombú, y amarrados en ellos, cabeceando al sol encontrábanse los caballos de los peones y los guardias. En aquellos tiempos cada peón cogía un caballo por la noche y lo amarraba a la "soga", es decir, una cuerda de atar, dándole suficiente largo para que pudiera pastar. Al amanecer lo ensillaba, salía a "campear" es decir, a cuidar ganado, y al terminar su trabajo dejaba el caballo amarrado al palenque, ensillado y listo para cualquier eventualidad.

En la puerta principal dos jaguares enjaulados le rugían al visitante. En el zaguán había una sala de guardia donde holgazaneaban los soldados gauchos, ataviados con sus chaquetas holgadas, sus gorras de

10. Melio Azdaroch. *(N. del A.)*
11. En el argot gaucho se designa así un buen caballo. *(N. del A.)*
12. Y.

pico, como las de los antiguos marineros, y pantalones a la turca, conocidos como "bombachos", o la "chiripa"[13] nacional arrollada perezosamente. O bien andaban descalzos o llevaban botas de piel de potro las cuales se volvían flexibles untándolas a menudo con grasa. Estas botas tenían una abertura en la punta, para que el que las llevara puestas pudiera coger los estribos con facilidad al montar un caballo indómito.

Las espuelas eran de hierro, elaboradas por el herrero de la vecindad; las rodajas medían varias pulgadas, y toda la espuela se sujetaba por unas correas de cuero. Estas espuelas, llamadas Nazarenas, las dejaban colgar aflojadas en los talones, y al caminar sonaban sobre las piedras del piso.

El sargento y el oficial llevaban botas, y uniformes generalmente hechos de dril durante el verano, y de paño azul en el invierno. Imponían la disciplina mediante látigos de piel cruda, con el plan de sus espadas, y otros métodos de castigo, como el de amarrar al culpable a cuatro estacas, o amontonarle varios rifles sobre el cuello, estando atada la víctima. Sin embargo gozaban todos de cierta igualdad. Se hablaban con cortesía, hasta ceremoniosamente, y se cambiaban cigarrillos y mates sin observar diferencias de grado.

Los guardias generalmente se encontraban dormidos, acostados sobre sus monturas, arropados con sus ponchos, dejando los fusiles colocados en un rincón, al alcance de la mano, y las espadas colgadas en la pared. Comprendían bien que el deber de un guardia es dormir bien, pues el sueño repara e iguala a todo el mundo, y el que duerme no se siente oprimido por preocupación alguna.

El zaguán[14] daba a un patio, y las habitaciones de la casa también daban hacia el patio, de acuerdo con el estilo colonial. De techos altos con travesaños de madera, las habitaciones eran espaciosas aunque oscuras, exceptuando el salón de baile.

De correctas proporciones, las paredes y el techo estaban forrados con espejos. Había grandes arañas de cristal colocadas a intervalos regulares, las cuales daban al salón un aire versallesco, diseñado por un

13. La chiripa era un cuadrado de tela tejida que se llevaba entre las piernas y se fijaba con una faja. Era así como una especie de pantalón holgado, y se ponía sobre calzones amplios, de algodón blanco, a veces adornados con rústico encaje. *(N. del A.)*

14. Zaguán es un espacio de paso entre la puerta y el patio. *(N. del A.)*

artista inferior, lo cual no resultaba desagradable debido al extraño contraste que hacía con los rústicos alrededores.

De las paredes de los espaciosos corredores colgaban retratos de Don Justo vestido con un uniforme que lo habría hecho sobresalir en los Campos de Marte durante el segundo Imperio y dirigía las hordas de su caballería de Entrerrianos, pasando con sus sables sobre los Mazorqueros[15] como el segador corta el trigo. Excepto un campo o dos de alfalfa para los caballos del General, y uno o dos maizales, no había cultivos, pues la carne era el principal artículo alimenticio. A poca distancia de la casa había un espeso bosque, principalmente compuesto por "nandubay",[16] "talas" y "espinillos de olor".

El terreno descendía abruptamente hasta el río Gená, por donde el sendero corría hacia el interior de la provincia. Arenoso y poco profundo, no se olvidaba el paso del Gená una vez que se había visto. Su absoluta soledad aunque la casa estaba a menos de media milla, la cálida y húmeda atmósfera, las bandadas de verdes papagayos parlanchines, y los carpinchos, esos roedores anfibios, tímidos y elusivos que se zambullen en el agua a la primera señal de peligro, el dulce perfume del espinillo de olor, con sus afelpadas bolitas de flor amarilla, creaban la imagen de un mundo más antiguo, como el que pudieron haber contemplado los primeros conquistadores. Dos o tres matas de cactus crecían al borde del agua. Sobre un árbol muerto siempre había inmóviles mergos que quizás todavía estén allí tejiendo fábulas.

En esta mansión patriarcal, mitad palacio y mitad fortaleza, fue acogido Páez con entusiasmo por su dueño. Desde el primer momento debió de existir una perfecta comprensión entre estos dos hombres. Ambos habían pasado una vida llena de aventuras, habían sufrido los vaivenes de la fortuna y pasado la mayor parte de su vida a caballo, y ambos eran hijos de las llanuras.

Desgraciadamente, no existe referencia alguna de sus conversaciones, pero es de suponer que librarían de nuevo sus batallas y narra-

15. Los mazorqueros era el nombre que el partido liberal daba a los seguidores del tirano Rosas. En punto a salvajismo, poca elección había entre los soldados de uno u otro lado. Pocas veces se hacían prisioneros, pues la práctica era cortarles el cuello con la larga navaja que el gaucho siempre llevaba a la cintura. Eso se llamaba "la Obra Santa" y se practicaba a conciencia. *(N. del A.)*

16. Acacia, cavemia. Celtis Tala. *(N. del A.)*

rían sus aventuras, quedándose hasta altas horas de la noche sentados en el patio, fumando y tomando mate, mientras revoloteaban los cocuyos entre los árboles. La visita duró tres días, y al despedirse, Páez regaló a su anfitrión el juego de pistolas que lo había acompañado en sus campañas. Quedó Urquiza solo, temido y respetado en toda la comarca, árbitro de la vida y muerte de miles de seres humanos y más rico en rebaños que el más rico de los patriarcas del Antiguo Testamento.

En el breve espacio de dieciocho meses, el ensueño se había desvanecido y la gran mansión quedaba vacía y desolada. A la hora de la siesta, cuando probablemente los guardias dormían pacíficamente irrumpió en la escena una banda de malhechores encabezada por un negro llamado Luna.

El General, sable en mano, salió a su encuentro acompañado solamente de su hija, armada de dos pistolas.

Ella abrió fuego, matando a uno de los asesinos, pero pronto fue reducida, cayendo inconsciente al suelo al recibir un golpe de una fusta con hierro en las puntas. El General, peleando como un león, cayó al fin atravesado por numerosas heridas.

Todo el episodio duró pocos minutos, y antes que la guardia, sorprendida, pudiera darse cuenta de lo que había pasado, los asesinos habían saltado sobre sus caballos, perdiéndose en las llanuras.

Obligado a abandonar Buenos Aires por una epidemia de fiebre amarilla que mató a muchos miles de sus habitantes, Páez se embarcó para los Estados Unidos, donde lo aguardaba su hijo Ramón. Contando ya ochenta años, viajó hasta el Perú y fue recibido en medio de aclamaciones por los habitantes de Lima y El Callao.

Su larga vida llegaba ahora a su fin. El 18 de junio de 1873,* aún fuerte y activo y lleno de interés por la vida, ascendió a los llanos celestiales, donde los caballos no se cansan y donde debe estar cabalgando gloriosamente sobre llanuras parecidas a los Llanos de Apure, si es que así lo dispone la voluntad de la providencia omnividente.

---

* Falleció el 6 de mayo, martes, de 1873 (A.A.M.)

APENDICE

Mi abuelo materno, el Almirante Fleeming (el Honorable Charles Elphinstone Fleeming), se encontraba al frente del comando de la Base Naval de las Indias Occidentales en 1828. Su buque insignia era el H. M. S. Barham. En aquellos tiempos, antes del advenimiento del telégrafo, eran difíciles las comunicaciones, y un almirante a bordo de su buque era un pequeño potentado.

Poco podía molestarlo el Almirantazgo, y esto en raras ocasiones.

A bordo del Barham iban Doña Catalina, mi abuela, una dama española, su doncella, y todo un circo de animalitos domésticos.

Enviado a Caracas en una misión semipolítica, ancló su buque en el puerto de la Guaira, que entonces era fondeadero abierto, en medio de un mar agitado.

Quiso el destino que naciera mi madre el día que tocaron puerto. Tan pronto pudo mi abuela montar una mula, se dirigieron a Caracas y tomaron en arrendamiento una antigua casa española cerca de la Catedral. Allí permaneció mi abuela durante tres años con su pequeña hija. El Almirante iba y venía periódicamente, navegando a veces hasta Halifax, en otras ocasiones a las Bahamas y Port Royal, mas me imagino que pasaba una buena parte del tiempo en Venezuela junto a su esposa e hija.

El y Páez parecen haber simpatizado desde un principio. Ambos estaban imbuidos por ideas liberales, llevando mi abuelo las suyas a la práctica cuando representó al Condado de Stirlingshire en el Parlamento de la Reforma.

Ambos gustaban de los caballos y eran muy buenos jinetes. Páez era uno de los mejores jinetes de los llanos. Tratárase de domar un caballo salvaje o de colear un toro, era experto con el lazo y el mejor lancero de toda Sudamérica. No es de suponerse que mi abuelo, terra-

teniente escocés, lo igualase en estas hazañas. Aunque se hiciera marinero desde la temprana edad de once años, siempre se dedicaba a la caza estando en tierra, generalmente en Warwickshire. A veces se llevaba a la mar a un caballo favorito para ir montado con la jauría de Gibraltar, que él había fundado haciendo traer diez parejas de perros de caza de su hacienda de Cumberland, en Dumbartonshire.

Tenían mucho en común estos dos hombres, y cuando se sentían apesadumbrados ante el desmembramiento de la Gran Colombia se dedicarían a los temas que jamás cansan a los amantes de los caballos.

En esa época se ocupaba Páez del gran movimiento en favor de la autonomía de Venezuela, y parece que el Almirante Fleeming lo apoyaba semioficialmente, a juzgar por la siguiente manifestación por un espíritu sencillo, en un verso inseguro:

Canción compuesta para el Obsequio que el Jefe Superior de Venezuela, General José Antonio Páez dio al Honorable señor Carlos Elphinstone Fleeming, Vice-Almirante de la Escuadra Británica, el 21 de Abril de 1829.[1]

Venid hijos ilustres
De Vespucio y Colón
A conocer a Fleming
Honor de su Nación.
Al llegar a las costas
De nuestro septentrión
Venezuela lo admite
Con justa admiración:
I sabiendo que es Fleming
De libertad pendón

1. "El 21 de abril de 1829 se dio en La Viñeta, histórica morada del General José Antonio Páez, una suntuosa comida al Vice-Almirante Fleeming, Comandante en Jefe de la Estación Naval de las Indias Occidentales. Se dijo entonces que su misión era apoyar al Jefe Supremo de Venezuela en sus propósitos separatistas. Lo cierto es que tanto el marino británico como su mujer, y la comitiva que los acompañaba, fueron singularmente agasajados por el elemento oficial, que trabajaba por la desmembración de la Gran Colombia". *Centón Lírico,* José E. Machado, Caracas, 1920. *(N. del A.)*

Más se empeña en amarlo
El Jefe Superior.

¡Oh Fleming valeroso
De la Inglaterra honor!
Tu nombre en las naciones
Resuena con amor;
I orgullosa la Escocia
Que te dio educación
Entre sus glorias, hace
Feliz ostentación.

Dichosos los Gobiernos
De Colombia y Albión
Fecundos en varones
De tanta admiración.
Viva, viva Bolívar
Viva el nuevo Nelson,
Recibiendo de Páez
Esta demostración
Inglaterra y Colombia

En su perpetua unión
Forman en sus principios
Una misma Nación;
La Gran Bretaña viva,
I el mundo de Colón
Vivan los colombianos,
Viva todo bretón.

La quinta de La Viñeta era en aquellos días una casa de campo que se encontraba en las afueras de la ciudad. Hoy día está convertida en una escuela para niñas, y está situada en una calle vulgar, dentro de la ciudad. Un frondoso níspero da sombra a uno de los patios, y debió existir el día en que el Supremo Jefe diera el banquete en honor de mis antepasados, pues es de un tamaño enorme.

Todos los niños de Venezuela conocen la historia de "El Jardinero de la Viñeta". Historia en sí curiosa y conmovedora, que muestra el carácter de Páez mejor que todo lo que se ha escrito sobre él. El jardinero era un antiguo granadero español que había servido en la guerra de la

Independencia con los Granaderos del Infante, uno de los cuerpos más selectos de España. Cuando veía a Páez malhumorado, solía esperarlo para atravesársele en el camino, y apuntándole con la manguera le decía en alta voz: "No me atropelle, mi General, porque le tiro". Esta frase tenía para ambos un hondo significado.

Durante la Guerra de la Independencia, después de una refriega en La Mirrael, cerca de El Sombrero, pequeña población de los llanos, el regimiento de Los Granaderos del Infante se retiraba hacia un bosque de palmeras, perseguido de cerca por Páez y su caballería. Lograron refugiarse entre los árboles, pero Páez, joven y bien montado, divisó a un hombre herido que luchando por seguir a sus compañeros, ya distantes unos cuatrocientos metros, trataba de ganar el bosque. El hombre era alto y aún lo parecía más por su alto chacó. Páez galopó hasta él y blandiendo su lanza en el aire le instó a que se rindiese.

El hombre que ya conocía a Páez de vista desde la batalla de Mucuritas, se negó, y apuntando a Páez con su mosquete, dijo con firmeza: "No me atropelle, mi General, porque le tiro", y diciendo esto iba arrimándose al bosque, siempre encañonando a Páez.

Páez se detuvo y mediante amenazas y promesas intentó hacerle cambiar de idea. El granadero contestó en igual tono a la amenazas, mas siempre arrimándose cada vez más hacia el bosquecillo. Impresionado por su valentía, redoblaba Páez sus instancias y amenazas, pero seguía negándose obstinadamente el granadero.

Al fin logró ponerse a poca distancia del bosque, y al ver Páez que se le escapaba, alzó la lanza, gritando: "Dispara y vete al infierno", preparado para el ataque. El español, arrojando la pistola sobre él, dijo:

—¡Dispara! ¿Cómo disparo yo si mi pistola está vacía?

Los dos valientes se quedaron mirándose, y luego Páez, que desconfiaba, temiendo una trampa, le mandó levantar en alto la pistola y dejar caer el detonador sobre el cañón. Así lo hizo, comprobándose que estaba vacía la pistola. Luego, mostrándole la cartuchera y mochila, dijo el terco granadero:

—Vea mi General que ambas están vacías. No he comido nada durante dos días.

Sintió Páez admiración y compasión por este hombre desdichado y heroico, y perdonándole la vida le instó a que cambiara de bando y

se pasara a sus filas. El soldado se negó, y entonces Páez, a quien siempre impresionaba la valentía, le preguntó:

—¿Qué puedo hacer por tí?

Y el otro contestó:

—Sólo déjame reunirme con mi regimiento.

Asintió Páez, y dando un saludo militar desapareció el soldado dentro del bosque.

De esa clase de hombres no puede decirse que salven su honor, pues nunca lo tienen en peligro.

Unas horas más tarde en otra escaramuza, Páez avistó al mismo soldado tendido en el suelo sin sentido, junto a un montón de cadáveres. Páez se apeó de su caballo y ordenó al médico que le vendase las heridas y que lo llevase a la retaguardia; en esto el hombre recobró el sentido, y le dijo a Páez en voz muy queda:

—Si es que no voy al otro mundo, me quedaré con usted mientras tenga vida.

Cuando se recuperó, Páez lo hizo jardinero de La Viñeta, donde debió a menudo regalarle flores a mi abuela, y tal vez a la niñita que jugaba junto a ella en el jardín.

Nada revela mejor que esta simple historia al hombre valiente, honorable y tierno.

Al llegar la hora de la despedida, Páez dio a mi abuelo dos caballos: Toni, de color crema, y Caballero, castaño oscuro. Ambos murieron cargados de años en Cumberland.

INDICES

INDICE ANALITICO

A

Acapro: 13.
Acarigua, Páez bautizado en: 1.
Acevedo: 38.
Achaguas, indios: 8.
Achaguas, cuartel general de Marillo en: 139, 141.
  Morillo la evacúa: 143.
  Páez organiza su infantería en: 139, 147.
  Mugica y Rangel atacan a Torrellas en: 96. a
"Acta" eligiendo a Páez Comandante en Jefe: 136.
Agüero, Gobernador Juan Victorio; Páez reclama reconocimiento de ser "blanco" ante: 1.
Alcántara, General, se reúne con Páez en Lagunitas: 238.
Alcaraván, el: 11.
Alcázar: 226.
Aldao, Pedro, cráneo de, en San Fernando: 125.
Algarrobo, árbol: 13.
Angelino: 13.
Angostura:
  (Ciudad Bolívar) bloqueada por Brión: 93.
  Bolívar toma: 100.
  bautizada de nuevo Ciudad Bolívar: 100.
  importancia de poseerla: 124.
  Bolívar en (1818): 131.
  la Legión Británica en: 133 y sgs.
Anzoátegui, General: 115.
Apure, Río: 7, 8, 9, 37.
  hazaña de Páez al cruzar el: 112-113.
Aragua, matanza dirigida por Boves en: 61-62.
Araguaquén, fugitivos enviados a: 94.
Araguato, el: 14.
Aramendi, 163.
Arauca, Río: 7, 8, 9.
  Páez derrota a Morillo en: 139.
Arce, Coronel, evacúa Guasdualito: 81.
Archila, Fray Simón, amistad con Páez: 42-44.
Argentina, República, honra a Páez: 268.
Arismendi, General Juan Bautista: 64, 115, 139.
Arizábalo, Coronel José Antonio, rebelión: 205.
Aroa, minas de: 225.
Artigas, Protector del Uruguay: 19.

B

Bailadores, duelo entre Páez y Sánchez en: 65, 67.
Bailén, batalla de: 181.
  Morillo en: 98.
Bailén, corbeta en Puerto Cabello: 181.
Banco de Chire, derrota española en: 81.
Baralt, Andrés: 220.
Baralt, Rafael María:
  sobre Páez y su grado de Capitán General: 135.

sobre la falta de apoyo de Páez a Bolívar: 144.
sobre la constitución de Cúcuta: 217, 220.
Barbastro, regimiento de, en Carabobo: 165, 167.
Barcelona, Bolívar abandona: 92.
Barham, H.M.S. (Buque de su Majestad Británica), buque insignia del Almirante Fleeming en Caracas: 275.
Barinas, Tiscar en: 36.
forma un ejército: 37.
Páez impedido de llegar a: 38.
Páez en la cárcel de, y escapado de: 41-45.
regresa: 47.
los españoles en: 105.
Páez la toma: 106.
Barquisimeto, terremoto en: 52.
Beaver, Capitán, referencia sobre la revuelta en Caracas: 32 y sgs.
Bejucos: 13.
Bermúdez, General: 187.
conspiración contra Bolívar: 93.
ocupa Caracas: 162.
y es derrotado en El Calvario: 163.
se rebela contra Páez: 226.
Biógrafo. ocupación del: XIX.
Boa constrictor, el: 14.
Bogotá, liberada por Bolívar: 56.
Morillo ocupa: 79.
atrocidades españolas en: 100.
autoridad central de la Gran Colombia en: 195.
Bolívar declarado Jefe Supremo en: 210.
Bolívar, Simón: XIX, XXIII, 21, 51, 55, 91, 243, 266.
y Manuela Sáenz: XXII, 210.
trato dado a Miranda por: 35-36, 54-55.
posición social y educación de: 37, 97-98, 109-110.
se retira a Caracas: 37.
derrota a Correa en Cúcuta: 56.
es nombrado Libertador de Venezuela: 56.
su campaña en contra de y su derrota en manos de Boves: 58-61.
en la emigración de Caracas: 62, 137-138.
declaración de guerra a muerte: 83-84, 153.
derrotado en Clarines: 92.
ocupa Angostura: 92, 100.
Páez le escribe sobre sus dificultades: 94.
admiración del heroísmo demostrado por: 97-98.
su genio para el mando: 98.
avanza para reunirse con Páez y el primer encuentro de ambos, 100, 105, 107, 108, 109.
Páez lo reconoce como Jefe Supremo: 107.
impresiones de Páez sobre: 110-111.
en el cruce del Apure: 112-113.
relaciones con sus Generales: 115-116, 128-129.
ayuda a Páez en Calabozo: 119.
diferencias entre Páez y: 121 y sgs., 135-136.
marcha a través de los Andes (1819): 122, 144.
ocupa Calabozo: 123.
y persigue a Morillo: 123 y sgs.
derrotado en Semen y La Puerta: 125.
en Ortiz: 126.
sorpresa del Rincón de los Toros: 126, 138.
en Angostura: 131.
pérdida de popularidad de: 134, 208-209, 216-217.
trato dado a los prisioneros por: 135.
motín contra, en San Fernando: 135-136.
se une a Páez y ataca a Morillo en Las Queseras del Medio: 139-141.
va a Nueva Granada: 143-144.
y a Guayana: 147.
firma trato en Trujillo, y se encuentra con Morillo en Santa Ana: 148-153.

creación de la Gran Colombia: 154 y sgs.
rompe el armisticio con Morillo: 159.
triunfa en Carabobo: 164 y sgs.
va al sur: 168.
y Pedro Camejo: 173 y sgs.
en el Perú: 191.
árbitro de los destinos de Colombia: 193-194.
su actitud con respecto a los sucesos de Valencia: 195.
invitado por Páez a hacerse cargo de la autoridad en Venezuela: 197.
visita Valencia y Caracas: 197.
desea libertar a Cuba: 203-204.
pérdida de salud de: 207, 213, 217, 220.
respeto y admiración de Páez hacia él: 208-209, 213-214, 217, 224-225, 268.
su actitud respecto a la monarquía y a la dictadura, 208 y sgs.
plan para asesinarlo, 210-211.
se le aconseja que se retire: 220.
su muerte: 220, 224.
pensión de: 225.
Páez exalta su memoria: 234-235.
consideración popular dispensada hoy día a: 235.
enterrado en Caracas: 246-247.
Bolivia, Sucre, su primer Presidente: 129, 221.
se le pone este nombre por causa de Bolívar, 208.
Bonaparte, José: 32, 51.
Boves, José Tomás Rodríguez, carrera de: 56 y sgs.
su crueldad: 58, 61-62, 125, 156.
ejército llanero de: 58 y sgs., 100.
derrotado por Campo Elías: 58.
toma Caracas: 61, 137-138.
muerte de: 62.
Boyacá, batallón: 164.
Bravos de Apure, batallón: 145, 164, 166, 168.
Briceño Méndez, Pedro: 148.
Brión, Almirante, bloquea Angostura: 93.
Brito, Gregorio: 90.
Buenos Aires, Páez en: 266 y sgs.
Buenos Aires, provincia de, incursiones indias en: 52, 61.
Bluter, Lord James, visita a Páez: 254-255.

C

Caballos, arneses de: 21-22, 26-27, 250.
de los llanos y de las pampas, comparación entre los: 22-23, 60.
uso de los, en los llanos: 22.
dificultad de acercarse a: 80.
valor de: 89.
los blancos son mejores nadadores: 105-106.
estimación de los llaneros por sus: 122.
Cabo San Vicente, batalla: 97.
Cajaro, Páez se escapa cruzando el: 48.
Cajigal, General, evacúa Barcelona: 58.
Calabozo, descripción de: 57, 116-117.
matanzas dirigidas por Campo Elías en: 52.
y por Boves en: 61.
la cabeza de Mugica enviada a: 96.
las fuerzas de Morillo en: 108, 112.
atacadas por Páez: 117.
evacuado por Morillo: 123.
ocupado por Bolívar: 126.
Mirabal pone sitio a: 175.
revuelta de Martínez en: 178.
recibimiento entusiástico a Páez en: 255.
Caldas Francisco, fusilado por Morillo: 100.
Callao, último baluarte de los españoles en: 267.
Páez en: 273.
Calzada, General Sebastián; Ricaurte lo derrota: 79

refuerza a Morillo: 101.
derrotado por Páez en Puerto Cabello: 180.
Camejo, Pedro, su muerte: 168.
Páez habla de él y le rinde tributo: 172, 174.
Campbell, Coronel Patrick, Encargado de Negocios Británicos: 213.
Campero, General: 266.
Campo Elías, Vicente, derrota a Boves en Mosquiteros: 58.
Canagua, éxito de Páez en: 38,40; Páez en: 46.
Caneyes: 8, 40, 77, 253.
Cañafístula, árbol: 12.
Carabaño, Coronel: 192.
Carabobo, victoria republicana en: 164, 165.
descripción de la llanura de, prefacio XXI: 84, 165, 168, 189.
Caracas, sentimiento contra los franceses en: 32.
proclama a Fernando Rey de España: 33.
terremoto en: 52.
revuelta de los esclavos en: 53, 54.
Bolívar anuncia el establecimiento de la República en: 56.
Morales ataca: 61.
Bolívar se retira de: 62, 137, 138.
la casa de Boves en: 62.
origen del nombre de la ciudad: 63.
Bolívar desea tomarla: 111, 112, 121.
descripción de: 162, 163.
el General Pereira evacua: 168.
violentos métodos de Páez para reclutar soldados en: 189 y sgs.
adopta el sistema federal: 196.
entusiasta recibimiento a Bolívar en: 198, 200.
retorno de los restos de Bolívar a: 246, 247.
Páez vuelve a, como Dictador: 265.
Caracas, Arzobispo de, rehusa prestar juramento de lealtad: 223, 224.
exhortaciones contra Cisneros: 228.
firma la Constitución: 233.
Caracas, Asamblea de: 1829.
críticas a Bolívar en: 125, 216.
Carache: 97.
Caribe, (pez): 13.
Carlos IV de España, secuestro de: 32.
Carora saquedada por Monteverde: 52.
Carranza, Dr. Adolfo: 266.
amsitad con Páez: 267.
escribe sobre Páez: 269.
Carranza, los, Páez vive con ellos en Buenos Aires: 226.
Carrao, Hato de, Páez recoge caballos de: 36.
Carretera, hierba: 9.
Carrillo, José de la Cruz: 116.
Cartagena sitiada por Morillo: 64.
Morillo la toma: 79.
Carujo, Comandante Pedro, intenta asesinar al Libertador: 210.
se subleva contra Vargas: 236, 237.
derrota y muerte de, en Puerto Cabello: 240.
Carvajal, Coronel: 122.
Casanare, llanuras de: 68.
Páez las limpia de españoles: 104.
Castañedo: 226.
Catire, el apodo dado a Páez, XXI: 6, 24, 25.
Ceballos, General Gobernador de Coro: 52.
Cedeño, General Manuel: 64, 128.
impopuralidad de: 135.
en la batalla de Carabobo: 164.
Cegamón: 226.
Ceiba, árbol: 13.
Centeno, jefe de bandidos: 206.
Chaparro: 13.
Chávez, General: 67.
Chesterton, Laval, se reune con Páez y sus impresiones sobre él: 113, 115.
sobre la estimación en que los llaneros tienen a sus caballos. 122.
Chiripa, la: 259.
Cisneros, José Dionisio, se levanta contra Páez: 187, 205.
actitud con respecto a Arizábalo: 207.

Páez lo conquista: 227.
su muerte: 231.
Ciudad Bolívar, nombre decretado para Caracas: 235.
Angostura vuelta a bautizar, véase: Angostura.
Clarines, Bolívar derrotado en: 92.
Cobija, la: 250, 251.
Coche, Tratado de: 265.
Cochrame, Almirante (después Lord Dundonald): 55.
Cocuy, bebida espirituosa: 20.
Código Bolivariano: 251.
Colegio de la Independencia, el fundado: 234.
Colombia, República de: 217, 226.
rinde honores a la memoria de Bolívar: 246.
Véase también: Nueva Granada.
Colombia (La Gran), planes de Bolívar para: 263, 156, 195.
posición de Páez sobre: 191.
cuestión de la disolución de: 193, 194, 205.
Bolívar declarado Jefe Supremo de: 210.
impracticable e impopular: 217 y sgs.
Bolívar en favor de: 218.
disuelta: 220, 276.
deseo de Monagas de restablecerla: 239.
Coporo, el: 12.
Córdova, General José María, se levanta contra Bolívar: 215.
Coro, provincia de, sigue fiel a España: 34.
Correa, Ignacio, en Barinas: 43.
Correa, Ramón, derrotado por Bolívar en Cúcuta: 56.
Corridos: 43.
Cotúas, pájaros: 9.
Criollos, la expresión, movimientos a favor de la independencia: 6, 32.
trato dispensado por España a los: 34, 35, 136, 137.
Cristina, Reina de España, Páez le escribe: 243.
Cuba, planes de Bolívar para libertar a: 203.
Cúcuta, victoria de Bolívar en: 56.
la Gran Colombia instituída en: 195.
la Constitución de: 217, 225.
conferencias en: (1830), 219, 220.
Cumaná, Páez en la cárcel en: 29.
matanza dirigida por Boves en: 257, 258.
Páez sale de, para los Estados Unidos: 258, 259.
y es entusiastamente recibido en, a su regreso: 265.
Cunaviche, Lago de, campamento de fugitivos organizado por Páez en: 95.
Curiepe, revuelta de negros al mando de (sic): 54.
Curito, el: 13.

D

Democracia, la, en Sudamérica: 91, 92.
Denny, Mayor, muerto en Carabobo: 166.
Derrengadera, enfermedad: 89.
Díaz, Gregoria, maestra en la escuela en que estudió Páez: 2, 109.
Dumouriez, el General: Miranda sirve a sus órdenes: 53.
Dupont, General, derrotado en Bailén: 98, 181.

E

Ecuador, forma parte de la Gran Colombia: 154 y sgs.
se separa de la Unión: 221.
rinde honores a la memoria de Bolívar: 246, 247.
Escalona, Juan, mal trato dado a Boves por parte de: 61, 62.
capitula en Valencia ante Boves: 62.
denuncia a Páez: 190.
nombrado para sucederle: 192.

Esclavitud, actitud de Páez con respecto a la: XXII, XXIII, 203, 204, 223.
su carácter en las colonias españolas: 24.
en Venezuela: 54.
Escutarol, dispone el rescate para Páez: 44.
se reune a Páez en Canaguá: 46.
España, política colonial de: 6, 31, 32.
su política en Venezuela: 31 y sgs.; 51, 52, 136, 137.
Venezuela se declara independiente de: 34.
las propuestas de Lord Liverpool para la mediación rechazada por: 34, 35.
fuerzas de, en Venezuela: 51, 52.
esfuerzos finales para reducir a Venezuela: 63, 64.
reconoce la independencia de Venezuela: 242, 243.
Espejo, Dr., asesinado por Boves: 62.
Estados Unidos de América, y la libertad: 213.
Páez en los: 259 y sgs.
Eugenia, Emperatriz, Páez visita a: XIX, 264.

F

Falcón, General, se rebela y se hace Presidente de Venezuela: 265.
Falseta, la: 60, 236.
Farfán, Juan Pablo y Francisco, revuelta de: 240, 242.
Farrar, Coronel, al mando de la Legión Británica, muerto en Carabobo: 166.
Fergusson, Coronel, su asesinato: 210.
Fernández, Antonio María: 37.
Fernández, Bernardo, cuñado de Páez: 2.
Fernández, José: 39.
Fernández Vinoni, Francisco, su traición: 54.
Fernando VII proclamado Rey de España por el pueblo de Caracas: 33.
asciende al trono: 63.
Figueredo, Fernando, Páez protesta contra su crueldad: 70, 71.
Páez discute con él, por causa de los métodos de éste: 74, 75.
depuesto por los patriotas: 75.
Fitzgerald, Gobernador de Angostura: 93.
Fleeming, Almirante Charles Elphinstone: 242.
su amistad con Páez: 199.
Flores, General Juan José: 256.
Flores, Juan Díaz, revuelta realista dirigida por: 52.
Fortique, Alejo, Ministro venezolano en Londres: 242.

G

Gabazo, Juan: 64.
Galerones: 43.
Gamelote, hierba: 8.
García de Sena, Ramón: 64.
García Robira, Custodio, General patriota: 67.
García, Tomás: 167, 176.
Garibaldi, Giuseppe: 211, 235, 263.
Garrido, Capitán, fusilado por Páez: 131.
Gaspar, negro: 250.
Gaucho y llanero comparados: 20 y sgs.
González, Florentino: 266.
Granada, Isla de, motín de los voluntarios británicos en: 133.
Granadilla, hierba: 9.
Guaco, el: 13.
Guanare, Páez en: 1, 2, 3.
Guasdualito, ocupado por Páez, 81.
lucha en: 84.
Guerrero huye de: 87.
Páez toma el mando principal en: 90.
Gobierno provisional de, asciende a Páez a General de Brigada, 92.
ocupado por Morillo, 100.

Bolívar y Páez se reunen en: 143, 144.
Guayacán, árbol: 12.
Guayana, Congreso de, responde a la proposición de paz de Morillo: 147.
Bolívar recomienda la adopción de la Constitución Boliviana por parte del Congreso: 212.
Guayana, cuestión fronteriza de la: 246.
Guerrero, Capitán: 69.
Guerrero, General, toma el mando dejado por Figueredo: 75.
sale de Guasdualito: 87.
regresa de Casanare: 90.
derrota a Rangel: 249.
Güiraldes, Ricardo: 269.
Guillermo IV, envía espada a Páez: 245.
Gumilla, Padre, cita sobre los indios del distrito del Orinoco: 76.
Guzmán, Antonio Leocadio, revuelta de: 248.
Guzmán Blanco, Antonio, General: 265.

H

Hatos: 5.
la vida en ellos: 24 y sgs. 250 y sgs.
Hayacas o Hallacas: 229.
Hermoso, Rafael, traición de: 54.
Herrán, jefe de bandidos: 206.
Hillo, Josef, (Pepe Hillo) sobre el arte de montar a caballo: 22, 23.
Herrera, María Violante, madre de Páez, 1, 3.
Hippisley, Coronel, citas sobre Páez: 91, 92.
al mando de los primeros Húsares venezolanos en Angostura: 132.
Historiador, ocupación del: XIX prefacio.
Huaco encopetado, el: 11.
Hudson, W. H., estudios de la vida de los pájaros llevados a cabo por: 11.
Humboldt, la población de Venezuela según cálculos de: XXIII y 51.
Húsares Venezolanos, véase el epígrafe: Legión Británica.

I

Indios, de la pampa, invasiones por los, en Buenos Aires: 58, 60.
del distrito de Meta: 75, 76.
Irlanda, política inglesa en: 136.
Iztueta, Jacinto: 180.

J

Jaguar, el: 22.
Jamaica, Páez en: 257.
"Jardinero de la Viñeta, el": 277, 278.
Joropo, el, baile venezolano: 16, 254.

L

La Calzada, Páez de peón en: 5, 19 y sgs.
obtiene caballos de: 47, 48.
La Carraca, Miranda encarcelado en: 54, 55.
La Cruz, ataque de Páez en: 145.
La Guaira: 33.
Lagunillas, hazaña de Sánchez en: 66, 67.
Lagunitas, encuentro de Alcántara y Páez, en: 237.
La Mata de la Miel, Victoria de Páez en: XXI
Manuelote hecho prisionero en: 28.
Lambedora, hierba: 9.
La Mirrael, captura de un soldado español por Páez en: 277, 278.
La Puebla, Almirante, habla sobre los caneyes: 7.
La Puerta, Bolívar derrotado en, por Boves: 61.
y por Morillo: 125, 126.
Lara, Coronel Jacinto: 143.

Larrazábal, Felipe, escribe sobre Páez y la Capitanía General: 135.
La Sabana de Mosquitero, Boves derrotado en: 68.
Las Queseras del Medio, Morillo derrotado por Páez en: XXI, 139 y sgs.
Las Trincheras, Bolívar derrota a Monteverde en: 56.
Latorre, General, derrotado por Páez en Mucuritas: 101 y sgs.
substituye a Morillo en el mando: 126.
en la entrevista de Bolívar y Morillo: 150.
en San Carlos: 159.
sale para Carabobo, y es derrotado: 164, 165.
en Puerto Cabello: 175.
y sitiado por Páez: 176.
sale para Puerto Rico: 177.
promete ayuda a Arizábalo: 205.
La Yegüera, hato de Páez: 254.
Legión Británica en Venezuela, servicio de la, e influencias sobre Páez: 94, 95, 107.
se une a Bolívar, 113, 114.
con Páez, 254.
en la Batalla de Carabobo: 272 y sgs.
Legión Infernal, la: 58.
Leguia, Presidente del Perú, revuelta contra: 237.
León, Marcos, muerto en lugar de Páez: 44.
"Libertador", (buque), lleva a Páez a los Estados Unidos, 258, 259.
Lignum Vitae, 12.
Lima, Páez en: 273.
Linache, ataque de los indios de Cunaviche a las órdenes de: 108.
Liverpool, Conde de, propuestas mediación entre España y Venezuela hechas por él: 34, 35.

LL

Llaneros, su alimento: 15, 20, 95.
sus características sociales: 15, 16, 254.
su indumentaria: 21.
caballo y arnés, de los: 21 y sgs.
véase también el epígrafe: Caballos; vida en el hato, 24 y sgs. 249 y sgs.
su habilidad como jinetes: 25 y sgs., 60, 88, 89.
su eficacia en las campañas de la Independencia: 38.
y su actitud con respecto a la lucha: 56, 65, 100, 137.
lanza de los: 66, 94.
expertos nadadores: 68, 69, 112, 113.
ropa de los, en el ejército de Páez: 94.
sus cargas: 102.
poco aprecio de las montañas: 122.
su modo de orientarse: 128.
sus dificultades en la época de las inundaciones: 145 y sgs.
su habilidad para transportar ganado: 160 y sgs.
Llanos, los: 5.
su clima: 7, 8, 14, 15, 100.
descripción de los: 7.
yerba de los: 8, 9, 94.
vida ornitológica en: 9 y sgs.
su vegetación: 12 y sgs.
insectos: 14, 22, 25, 146, 147.
animales: 13, 14, 20, 146; (véase también caballos.).
habitantes, 15 y sgs. (véase también llaneros); comparados con las pampas: 22.
condiciones de viaje: 77, 78, 249 y sgs.
quemas: 103.
bajo las inundaciones: 254 y sgs.
dificultades para tarnsportar ganados por ellos: 268 y sgs.
López, General, su plan para sorprender a Bolívar: 126, 128.

su muerte: 128.
López Méndez, Luis: 132, 133.
Lorenzo, Coronel: 132.
Los Araguatos, Páez derrotado en: 257.
Luis Felipe, Rey de Francia: envía a Páez la Gran Cruz de la Legión de Honor: 247.
Luis, Rey de Baviera, recibe a Páez: 263.
Luzardo, José María, Gobernador de Barinas, Páez le visita: 41, 42.
substituido por Puy: 43.

M

Macapo, Páez derrotado en: 257, 258.
Machango, el: 14.
McGregor, Gregor: 83, 135.
Mackintosh, inventor del impermeable: 251.
McLellan, General: 264.
Madrid, Napoleón ocupa: 32.
Magdaleno, atentado contra la vida de Páez: 248.
Maldonado, Rafael: 70.
Malones, incursiones indias en las Pampas argentinas: 58, 59.
Manrique, Coronel Manuel: 107.
Mantuanos, Páez se convierte en dirigente: 226.
Manuelote, Capataz de la Calzada, tiene a Páez peón a sus órdenes: XX 1.
hecho prisionero en La Mata de la Miel: 28.
Maraca, la: 16.
Maracaibo, permanece fiel a España: 34.
Urdaneta ocupa la ciudad: 159.
Maracaibo, Lago de campañas y derrota de Morales en: 178, 180.
Marchán, Comandante, capturado por Páez: 69.
y muerto por Olmedilla: 70.
Margarita, Isla de, Arismendi la libera: 64.
Morillo la ataca: 104.
isleños de: 139.
Mariño, General: 115, 128, 135, 188, 219, 220.
conspiración de: 93.
popular entre los ingleses: 114.
intriga de: 216.
proclamado Jefe Supremo por los reformistas: 237.
Martínez, Antonio, le salva la vida a Páez en Carabobo: 167.
es capturado y perdonado: 175.
dirige la revuelta de Calabozo: 178.
Matacaballo, el: 14.
Matapalo, árbol: 12.
Maturín, derrota de los patriotas en: 62.
Mazorqueros, los: 272.
Méndez, Ramón Ignacio, Arzobispo de Caracas: 79.
se niega a prestar juramento de fidelidad: 223, 224.
desea que Páez emprenda una acción contra Cisneros: 228.
firma la Constitución: 233.
Mendino, Comandante Miguel, busca a Páez para matarlo: 47.
Mescal, bebida: 20, 251.
Meta, Río: 75, 76.
México, ofrece ayuda para libertar a Cuba: 203.
Michelena, Arturo: 265.
Michelena, General:
Michelena, Santos, muerto en los sucesos de (1824): 256.
Mier, Joaquín: 224.
Miller, General, testimonio sobre la popularidad de Bolívar: 134.
Mirabal, Juan Antonio: 75.
Mirabal, José Alejo, hace una incursión contra Calabozo: 175, 176.
Miranda, Francisco de, primer jefe del Ejército de Venezuela: 35.
reprime la revuelta de Valencia: 52.

los comienzos de la carrera de: 52, 53.
capitula ante Monteverde: 54.
sus esfuerzos para la emancipación venezolana: 54, 55.
su muerte en España: 55.
McGregor su Ayudante General: 83.
Miyares, nombrado Capitán General de Venezuela: 35.
Monagas, General José Tadeo, su rivalidad con Páez: 64, 223, 226.
descripción de: 238, 239.
desea restablecer la Gran Colombia: 239.
Páez hace la paz con él: 240.
ayuda a Páez contra Guzmán: 248.
su tiranía: 255, 257.
encarcela y expulsa a Páez: 257, 259, 264.
se hace impopular: 264, 265.
Mónico, cocinero mulato: 250.
Montenegro, Feliciano, esfuerzos educativos de: 234.
Montero, Teniente: 37.
Monteverde, Domingo, Miranda entregado a: 35.
dirigente realista en Venezuela: 36.
saquea a Carora y ocupa a Valencia: 52.
Miranda capitula ante él: 54.
derrotado por Bolívar en Las Trincheras: 56.
Boves se le reúne: 57.
sus crueldades: 265.
Morales, Francisco Tomás, General lugarteniente de Boves, y su sucesor en el mando: 58.
derrota a Bolívar en Oriente: 62.
y en Semen: 125.
acantonado en Calabozo: 159.
rechaza a Bermúdez en Caracas: 162.
en Carabobo: 165.
sustituye a Latorre: 177.
derrotado por Páez en Maracaibo: 180.
Morillo, General Pablo: XXII, 37, 129, 241.
toma el mando de las fuerzas realistas: 63.
su campaña en la Nueva Granada: 79, 92, 99, 100.
avanza contra Páez: 94.
su carrera y su carácter: 97, 98.
emprende la acción contra Páez: 100 y sgs.
juicio sobre la batalla de Mucuritas: 103, 104.
ataca Magarita: 104.
en Calabozo: 117.
atacado por Páez: 118 y sgs.
evacua Calabozo: 123.
Páez deseoso de atacarle: 121 y sgs.
derrota a Bolívar en la Puerta: 125.
y es herido: 126.
ataca a San Fernando: 136 y sgs.
derrotado por Páez en las Queseras del Medio: 139 y sgs.
evacua Achaguas: 143.
propone el cese de las hostilidades: 147.
y se reúne con Bolívar en Santa Ana: 149.
su regreso a España: 156.
juicio de Páez sobre él: 156.
Moxó, Salvador, Jefe de la Corte Marcial permanente en Caracas: 63.
Mucuritas, Victoria de Páez en: XXI, 101 y sgs. 132, 277.
Mugica, Antolín: 90.
ataca Achaguas: 96, 196.
Muñoz, Cornelio, derrota a Páez: 257.

N

Nariño, Antonio: 32.
"Negro Primero", el (Pedro Camejo): 168, 172, 174.
Nieves, Bárbara, amante de Páez, XXI: prefacio 29, 258.
Nueva Granada (la actual Colombia), campaña de Morillo en: 79, 92, 99, 100.
otorga a Páez el grado de Teniente Coronel: 89.

Bolívar va a: 143.
la liberta: 154.
y propone que se una con Venezuela: 154 y sgs. (véase el epígrafe Colombia La Gran).
Nueva York; público recibimiento de bienvenida a Páez en: 259 y sgs.
honra a Páez: 264.
Páez regresa a: 265, 266.
Nutrias, Páez evita pasar por: 145.

O

Obando, General: 129.
Ocaña, Convención de: 209.
Ocumare, Matanza dirigida por Boves en: 58.
Ogden, Samuel, expedición a Venezuela equipada por: 55.
Olazábal, Manuel: 266.
O'Leary, General Daniel Florencio, Ayudante de Campo de Bolívar: 83, 97.
escribe sobre los ataques nerviosos de Páez: 80.
describe a Páez: 99.
lo que dice sobre la cultura de Bolívar: 109.
su admiración por el Libertador: 110.
su descarga hacia Páez: 134, 135.
escribe sobre la reunión de Morillo y de Bolívar en Santa Ana, 149 y sgs.
lleva tropas a la frontera venezolana: 219.
Olmeda, Francisco: 58.
Olmedilla, Páez se une a él: 68.
acción de, en Guasdualito: 69.
su crueldad: 70, 71, 74.
renuncia al mando: 74.
piensa retirarse a Vichada: 75.
y propone a Páez que se una a él: 76.
Páez es enviado a arrestarle: 77, 79.
su muerte: 79.
Orinoco, Río: 7, 8, 31, 76.
Ortega, General: 122.
Ortíz, Páez y Bolívar en: 126.
Páez pasa por: 251.
Ortiz, Dominga, esposa de Páez, XXI: 29, 44, 258.

P

Pacheco, Manuel, Comandante militar de Canagua: 40, 41.
acompaña a Páez a Barinas: 42.
Padilla, José, derrota a Morales en el Lago de Maracaibo: 179, 180.
Páez, Domingo, tío de José Antonio: 2.
Páez, José Antonio, Carrera; nacimiento y padres: 1, 3, 98.
intentan robarle a su regreso de Patio Grande: 3, 5.
peón de ganado: 3, 19 y sgs.
en el Pagüey: 29.
se casa con Dominga Ortiz: 29.
se alista: 36.
es Capitán de caballería de Tiscar: 36, 37.
se une a los patriotas: 37.
y es derrotado: 38.
vaga a solas: 38, 40
encarcelado en Barinas: 42 y sgs.
escapa y reúne un grupo de seguidores, 45, 49.
sirve a las órdenes de García de Sena: 64.
de Paredes: 65.
de Rangel: 65 y sgs.
su combate con Sánchez: 65, 67.
se une a Urdaneta: 67.
y después a Olmedilla: 67.
protesta contra la crueldad de Olmedilla: 70.
protesta contra los métodos de Figueredo: 70, 71, 74, 75.
rechaza la invitación de Olmedilla de abandonar la causa: 75, 77.
y es enviado a arrestarlo: 77.
sirve a las órdenes de Ricaurte: 79, 81.

captura a Peña: 82.
libra la batalla de la Mata de la Miel: 87 y sgs.
ascendido a General de Brigada: 92.
dificulades para proveer a su ejército de lo necesario: 94.
gana la batalla de Mucuritas: 101, 104.
establece una casa de acuñación de moneda en San Fernando: 104, 105.
toma Pedraza: 105.
y Barinas: 106.
su actitud con respecto a Bolívar: 107.
y su encuentro con éste: 108.
sus impresiones sobre Bolívar: 110, 111.
toma de las flecheras: 112, 113.
Chesterton se reúne con Páez y da sus impresiones sobre él: 113, 115.
ataca a Morillo en Calabozo, 116, 117, 119.
diferencias con Bolívar: 121.
toma San Fernando: 124.
movimiento para ascenderlo a Capitán General, 134.
quema San Fernando: 137.
su victoria en las Queseras del Medio: 139, 143.
entrena a la infantería: 144, 143.
ataca el Pueblo de la Cruz: 145.
Morillo le propone el cese de las hostilidades: 147.
su juicio sobre Morillo: 156.
se une a Bolívar en Guanare: 159.
y participa en la batalla de Carabobo: 164.
ascendido a General en Jefe: 167.
lo que cuenta de Pedro Camejo: 172 y sgs.
derrota a Mirabal: 175, 176.
pone sitio a Puerto Cabello: 176, 178.
derrota a Morales en Maracaibo: 180.
renueva el sitio de Puerto Cabello y lo toma: 180 y sgs.
estimación de que gozaba en Venezuela: 187, 188.
usa métodos violentos: 189, 191.
el gobierno le priva del mando, 192.
pero una asonada se lo devuelve: 192, 193.
invita a Bolívar a regresar: 194, 195.
y se reúne con él en Caracas: 197, 200.
derrota a Arizábalo: 205 y sgs.
su respeto por Bolívar: 206, 209, 210, 213, 224, 234.
a quien defiende: 217.
declara la separación de Venezuela respecto de la Gran Colombia, 218 y sgs.
y llega a ser Presidente: 221, 222.
su actitud hacia el Arzobispo de Caracas: 223, 224.
Monagas y otros se rebelan: 226.
derrota a Cisneros: 227.
termina su primer período presidencial: 235.
domina la rebelión contra Vargas: 236, 240.
enemistad de Monagas hacia él: 239.
derrota a Carujo en Puerto Cabello: 240.
y a los hermanos Farfán en Payara: 241, 242.
potentados extranjeros le rinden honores: 245, 247.
su segunda presidencia: 245 y sgs.
su política exterior y doméstica: 246.
su tumba: 247.
domina la rebelión de Guzmán: 248, 249.
su último viaje a los Llanos: 249, 255.
Muñoz lo derrota y lo hace prisionero: 257.
sale de Venezuela para los Estados Unidos: 258, 259.
su vida en los Estados Unidos: 261, 263.
regresa a Venezuela como dictador, pero abdica: 265.

y va a Buenos Aires: 266.
vida que lleva allí con los Carranza: 266 y sgs.
honrado por la República Argentina: 268.
visita al General Urquiza: 269.
sale de Buenos Aires: 273.
amistad con el Almirante Fleeming: 275.
y El Jardinero de la Viñeta: 277, 278.
su muerte: 273.
Cualidades: Carácter: XIX, XXXIII, 67, 71, 72, 90, 95, 113, 115, 171, 172, 211, 213, 214, 215, 248, 249.
educación: XX, 2, 94, 95, 107, 109, 138, 172, 234.
aboga por la emancipación de los esclavos: XX, XXI, 204, 223.
cualidades de estadística: XX, 104, 246.
cualidades Militares: XX, XXI, 99, 104, 107, 115.
aspecto físico: XXI, 73.
relaciones con las mujeres: XX, XXI, 29, 258.
caballerosidad, y humanitarismo: 69, 71, 82, 85, 216, 217.
popularidad: 73, 75, 92, 94, 100, 106, 107, 134, 208, 247, 261 y sgs.
ataques nerviosos: 80, 99, 115, 276, 175.
disciplina: 131.
memoria: 172.
escribe su Autobiografía: 263, 264.
Páez, José de los Santos: 2.
Páez, Juan Victorio, padre de José Antonio: 1.
Páez, Ramón, hijo de José Antonio, escribe sobre el valor de los caballos: 89.
acompaña a su padre a los Llanos: 249 y sgs.
su educación: 249, 250.
se refiere a la prisión de su padre: 258.
en Estados Unidos: 272.
Pagüey, el: 29.
Pajareque: 8.
Palomares, Profesor: 2.
Pampas: 22.
incursiones indias en las: 58, 60.
Pardo, Padre: 70.
Paredes, Gobernador: 65.
Patio Grande, Aventura de Páez al volver: 3 y sgs.
Payara, La: 13.
Payara, Páez derrota a los Farfán en: 242.
Pedraza, Páez toma: 106.
Pelo de guamo: 3, 21.
Peña, Juan Vicente, derrotado por Páez: 81.
es hecho prisionero: 82.
y es inducido a cambiar de partido: 82.
Pereira, General, capitula: 168.
Pérez, Antonio, pone a Páez encadenado: 42.
Pérez, doctor José Antonio, ataca a Páez en el Senado: 190.
Pérez, General José Gabriel: 195.
Pérez Nonato: 90.
Pernalete: 123.
Perú, Libertado por Bolívar: 56, 203, 208.
honra a Páez en: 268.
entusiástico recibimiento dispensado a Páez en: 273.
Petare, rebelión en: 190.
Piar, General: 83, 115.
sentenciado y fusilado: 96.
Pinken, perro de Páez: 266.
Piñango, Comandante en Calabozo, 175.
Pitt, William: 53.
Plaza, Coronel Ambrosio: 164.
Pore, Páez, en: 68, 75, 72.
Páez la toma por medio de una estratagema: 104.
Puerto Cabello, su pérdida en 1812: 54.
Monteverde en: 56.
Boves condenado en, por contrabandista: 57.

último baluarte español en Venezuela: 167, 175.
Páez pone sitio a: 176, 178.
toma de Puerto Cabello por Páez: 180, 185.
su pronunciamiento por el sistema federal: 196.
Pulido propietario de La Calzada: 5, 23, 24.
emplea a Páez: 29.
Páez sirve en la caballería a las órdenes de: 36.
Puy, Gobernador de Barinas, dispensa a Páez un trato traicionero: 43.

Q

Quintero: 81.

R

Rafarte, Capitán: 42 y sgs.
Ramírez, Diego: 46.
Rangel, Antonio: 65.
ataca Achaguas: 96.
Rangel, el Indio, derrotado por Guerrero: 249.
Renovales, Mariano, ataque por sorpresa contra Bolívar dirigido por: 126, 127.
Restrepo, escribe sobre las dificultades de Páez con los fugitivos: 94.
sobre la actitud de Bolívar en relación de la Monarquía: 212.
sobre el retiro de Bolívar: 220.
Reverend, Alejandro: 224.
Rey Zamuro: 10, 81, 82.
Ricaurte, Capitán: 69.
Ricaurte, General, derrota a Calzada, 79.
Rincón del Limón, Rangel derrotado en: 249.
Rivero, Padre Juan de: 7.
Rodríguez, jefe de bandidos: 206.
Rodríguez, Cristóbal: 25.
Rojas, Pedro José su mala influencia sobre Páez: 265.
Rondón, Coronel: 140, 164.
Rosas, Juan Manuel de: 269, 272.
Rubín, General: 265.

S

Sabanera, la: 14.
Sáenz, Manuela: XXI, 210.
Samán, árbol: 12.
San Antonio, Castillo de, Páez encarcelado en: XXI, 29, 257, 258.
San Carlos: 41.
San Carlos del Zulia: 178, 179.
Sánchez, José María, lucha con Páez: 65, 67.
San Felipe, Páez en: 2.
San Félix, batalla de: 93.
San Fernando de Apure, Morillo la ocupa: 104.
Páez establece una casa de acuñación de moneda en: 104, 105.
tomado por Páez: 124, 125.
Hippisley y Wilson se unen a Páez en: 132, 134.
movimiento en, para hacer a Páez Capitán General: 135.
Páez prende fuego a la ciudad: 137, 138.
revuelta en: 176.
San José, hacienda del General Urquiza en: 269.
San Juan de Payara, Bolívar y Páez se encuentran en: 107, 108, 109 y sgs.
Páez derrota a los Farfán en: 241, 242.
San Martín, General José de, pasa Los Andes: XIX, 267.
San Pablo, el Hato de, Páez en: 251, 254.
San Thomas, Páez en: 257.
Santa Ana, encuentro de Bolívar y Morillo en: 149, 151.
Santa Ana, General, recibe a Páez: 263.
Santander, General Francisco de Paula: 83, 115, 127, 128, 188.

en Nueva Granada: 135, 143, 144.
escribe sobre la temeraridad de Páez en Puerto Cabello: 177.
intriga contra Páez: 192.
Vicepresidente del Ejecutivo: 192, 194.
sus relaciones con Bolívar: 203, 209.
sobre el proyectado asesinato del Libertador: 210, 211, 233.
actitud popular con respecto a él: 221.
Sarmiento, Presidente, recomienda a la Argentina que honre a Páez: 268.
Scott, Capitán, muerto en Carabobo: 275.
Semen, derrota de, Bolívar en: 125.
Serrano, Gobernador de Casanare: el autor lo llama "Solano": 77.
Silla vaquera: 21, 22.
Silva, Juancho: 43.
Smith, Guillermo, muerto en sucesos de (1848): 256.
Solima, Rafael: 242.
Soublette, General Carlos: 181, 236.
llega a ser Presidente de Venezuela: 247, 248.
Sucre, General Antonio José de: 64, 83.
primer Presidente de Bolivia: 203, 221.
carácter y carrera de: 129.
en el Perú: 203.
asesinado: 129, 222.
Suecia y Noruega, el Rey de, hace a Páez Comendador de la Orden de La Espada: 247.

T

Tacamahaca, árbol: 12.
"Tamarindos": sobrenombre dado a los húsares españoles en Venezuela: 102.
Tazón: 206.
Tiscar, Antonio Páez enviado a la caballería por: 36, 37.
derrotado: 37.
Titirijí, el: 10.
Tolón, Morillo en el sitio de: 97.
Tonina, la: 13.
Toro, Marqués del: 36, 37.
derrotado en Valencia: 52.
Toro, Rafael, se une a Páez: 47, 48.
Torrellas, Reverendo Coronel Andrés: 96, 97.
Torres, Juan Santiago: 70.
Trafalgar, batalla de, Morillo en: 98.
Tres Marías, las, expresión que designa las boleadoras del gaucho: 59.
Trujillo, Bolívar proclama la guerra a muerte en: 153.
tratado entre Bolívar y Morillo firmado en: 148, 149, 179.

U

Urbano, José, asesino dominado por Páez: 253, 254.
Urdaneta, General Rafael, Páez se une a él: 67.
avanza sobre Caracas: 139.
es enviado a Morillo: 148.
se une a Bolívar: 164.
Urquiza, General Justo José de, su vida en San José: 269 y sgs.
Páez le visita: 269, 272.
su muerte: 273.

V

Valencey, Regimiento de, en Carabobo: 165 y sgs.
en Puerto Cabello: 175, 181.
Valencia revuelta realista en: 52.
ocupada por Monteverde: 52, 53.
movimiento para reinstaurar a Páez iniciado en: 192 y sgs.
Vampiros: 14, 23.
Vargas, doctor José María, elegido Presidente de Venezuela: 235.
revuelta contra él: 236.
Vargas Reyes, se rebela contra la República: 52.

en la Campaña de Carabobo: 165.
Venezuela, educación en: 2, 234.
extensión: 6, 28.
Llanos: 7.
(Véase también esta palabra); ríos: 8, 31.
política española en: 31, 35, 51, 52, 136.
actitud de la población hacia los franceses: 32, 33.
declaración de la independencia de, 34.
y esfuerzos de Lord Liverpool para una mediación entre España y Venezuela: 34, 35.
población hacia (1807): 6.
población en, (1813): 38, 54.
primera República establecida: 52 y sgs.
y revuelta contra ella: 52, 53.
República reinstaurada por Bolívar: 56.
Propuesta de unirse con Nueva Granada: 154, 156.
su independencia asegurada en Carabobo: 168.
origen del nombre: 179.
opiniones sobre los tipos de constitución deseados en: 195 y sgs. 207, 208.
cualidades de los ejércitos de: 203.
disensiones internas en: 205 y sgs.
reforma de la Constitución deseada por: 207.
desea la separación: 218 y sgs.
(véase también el epígrafe Colombia, la Gran); España reconoce la independencia de Venezuela: 242, 243, 247, 248.
problemas fronterizos con la Gran Bretaña: 246.
rinde honores a la memoria de Bolívar: 246, 247.
el progreso en: 264.
Vichada: 76.
Villasana, Comandante, fusilado por Páez: 131.
Villasmil, Coronel Natividad: 179.
Victoria, batalla de, Morillo en: 98.

W

Wellesley, Arthur, expedición destinada a Venezuela bajo su mando: 55.
Wellington, Duque de, elige a Pablo Morillo para el mando de Venezuela: XXI, 98, 132.
elogia al Libertador: 123.
Wilson, Coronel, al mando de los Húsares Rojos de Venezuela: 133 y sgs.
promueve un motín contra Bolívar: 134, 136.

Y

Yagual (o Yagua), hato del: 100, 147.
Yanes, Doctor: 225.
Yánez, Coronel: 41, 42, 46, 241.
Yarza, Capitán: 145.

Z

Zamuros, los: 10, 81, 82.

BIBLIOGRAFIA

Autobiografía del General Páez (Nueva York, 1867-69).

Campaigns and Cruises in Venezuela and New Granada (Londres, 1831) *(Campañas y Cruceros en Venezuela y Nueva Granada).*

Centón Lírico, José E. Machado (Caracas, 1920).

Documentos de la Vida Pública del Libertador, Los.

Don Segundo Sombra, Ricardo Güiraldes M. (Buenos Aires, 1927).

Efemérides Columbianas, Luis Gonzaga.

Estudios Históricos, Arístides Rojas (Caracas, 1926).

Estudios Sobre Personajes y Hechos de la Historia Venezolana, Pedro M. Arcaya (Caracas, 1911).

General Páez, El, Adolfo P. Carranza (Buenos Aires, 1924).

Historia de la Revolución de Colombia, José Manuel Restrepo (París, 1827).

Historia de Venezuela, H. N. M., Escuelas Cristianas (Caracas, 1927).

History of the Revolution of Caracas, Comandante Flinters (Londres, 1819). *(Historia de la Revolución de Caracas).*

Llanero, El, Daniel Mendoza (Caracas, 1922).

Los Idiomas de la América Latina, Félix y Tolorón (Madrid, 1872).

Memoirs of Bolívar, Ducoudray Holstein (Londres, 1830). *(Memorias de Bolívar).*

Memoirs of General Miller (Londres, Longman, 1828). *(Memorias del General Miller).*

Memorias del General José Antonio Páez, Biblioteca Ayacucho (Madrid, 1916).

Memorias del General O'Leary (Caracas, 1879-88).

Memorias del General Rafael Urdaneta (Madrid, 1916).

Memorias del General Morillo (Madrid, 1925).

Narrative of the Expedition to the Rivers Orinoco and Apure, G. Hippisley (Londres, John Murray, 1819) *(Narración de la Expedición a los Ríos Orinoco y Apure).*

Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba, por MIGUEL FERNÁNDEZ FERRER.

El Orinoco Ilustrado, por el P. JOSEPH GUMILLA (Madrid, 1741).

Peace, War and Adventure: an Autobiographical Memoir by George Laval Chesterton, Captain in the Army of Colombia (Londres, 1828) *(Paz, Guerra y Aventura: Memoria Autobiográfica,* por GEORGE LAVAL CHESTERTON, Capitán del Ejército de Colombia).

Recollections of a Service of Three Years During the War of Extermination in the Republics of Venezuela and Colombia (Londres, 1828) *(Recuerdos de tres años de servicio durante la guerra de exterminación en las repúblicas de Venezuela y Colombia).*

El Reinado del Terror de Francia, J. P. y W. ROBERTSON (Londres, John Murray, 1839) *(Francia's Reign of Terror).*

Resumen de la Historia de Venezuela, R. M. BARALT y R. DÍAZ (París, 1841; Curazao, 1887).

Simón Bolívar, E. LORAINE PETRIE (Londres, 1910).

Tauromaquia o arte de torear a caballo y a pie, JOSEF DELGADO (Pepe Hillo) (Madrid, 1804).

Vida de Bolívar, FELIPE LARRAZÁBAL (1865).

Wild Scenes in South América, or Life in the Llanos of Venezuela, RAMÓN PÁEZ (Londres, 1863). *(Escenas salvajes de Suramérica, o Vida en los llanos de Venezuela).*

INDICE GENERAL

Introducción, por Cristóbal L. Mendoza XI

Prefacio XIX

CAPITULO I 1
CAPITULO II 19
CAPITULO III 31
CAPITULO IV 51
CAPITULO V 63
CAPITULO VI 73
CAPITULO VII 87
CAPITULO VIII 97
CAPITULO IX 109
CAPITULO X 121
CAPITULO XI 131
CAPITULO XII 143
CAPITULO XIII 153
CAPITULO XIV 159
CAPITULO XV 171
CAPITULO XVI 187
CAPITULO XVII 203
CAPITULO XVIII 215
CAPITULO XIX 223
CAPITULO XX 233
CAPITULO XXI 245
CAPITULO XXII 261

Apéndice 275

Indices 281

Bibliografía 299

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

SERIE FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA

La Academia publicó y repartió la serie *Sesquicentenario de la Independencia* que comprende desde el volumen 1 hasta el 53 de la Biblioteca. La Serie *Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela* comenzó en el volumen 54 y llega actualmente al 114.

La nueva *Serie* comprende:

Vol. 1 y 2: *Autobiografía del General José Antonio Páez.* Tomos I y II.

Vol. 3 y 4: *Archivo del General José Antonio Páez.* Tomos I y II.

Vol. 5: *José Antonio Páez,* por R. B. Cunningham Graham.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
EN LOS TALLERES DE ITALGRAFICA,
S. R. L., CARACAS, EN EL MES DE
MAYO DE 1973